TERENCIO

COMEDIAS II

EL EUNUCO - FORMIÓN - LA SUEGRA
LOS HERMANOS

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
GONZALO FONTANA ELBOJ



BIBLIOTECA GREDOS

Pérez Galdós, 36. 08012 Barcelona

Diseño: Brugalla
ISBN: 978-84-473-6435-0

Depósito legal: B.37769-2009

Impresión:
CAYFOSA (Impresia Ibérica)

Impreso en España – Printed in Spain

EL EUNUCO

(Eunuchus)

INTRODUCCIÓN

En contraste con las demás comedias de Terencio, en *Eunuchus* predomina la acción sobre la reflexión y la mayor parte de la intriga acontece ante los propios espectadores. Ésta incorpora dos comedias de Menandro, el *Eunuco* y el *Kólax (El adulador)*, de la que Terencio extrajo el episodio del parásito Gnatón con el soldado Trasón[1]. Fedrias es un joven de buena familia en relaciones con la prostituta Taide. Repentinamente, ella le pide una interrupción temporal en su relación para poder complacer así los deseos de un buen cliente, el soldado Trasón, que le va a regalar una esclavita que compró para ella, una muchacha de quien se decía que era hermana de la propia Taide. Sin embargo, ésta en realidad es ciudadana ateniense y la hetera ha decidido hacerse con ella para devolvérsela a su hermano Cremes. Las razones de Taide no satisfacen en absoluto a Fedrias, quien, despechado, se retira al campo. Entretanto, Quéreas, su hermano pequeño, se enamora perdidamente en la calle. Se trata precisamente de la supuesta hermana de Taide. Sin saber cómo acceder a ella, Quéreas busca la ayuda del esclavo Parmenón, quien le suministra una idea feliz: Fedrias compró un eunuco para regalárselo a Taide y éste todavía está en casa. Bastará con

[1] Una exposición detallada del argumento del *Eunuco* de Menandro y de las innovaciones introducidas por Terencio, en E. J. KENNEY y W. CLAUSEN, (eds.), *op. cit.*, págs. 143-144.

que intercambie sus ropas con él para ser admitido en el burdel. Así lo hace Quéreas y, aprovechando la ausencia de Taide, quien ha ido a cenar con el soldado, fuerza a la muchacha. Conseguido su objetivo, Quéreas abandona la casa. Entretanto Taide, al saberse ya dueña de la muchacha, rompe con el soldado y regresa a su casa perseguida por Trasón, resuelto a recuperar su regalo. La situación es crítica. Y en ese punto dos hechos van a salvar la situación: de un lado, la anciana nodriza de la muchacha le confirma a Cremes que, efectivamente, ella es la hermanita que había perdido años atrás; de otro, el padre de los muchachos, ausente hasta ese momento, aparece en escena. Informado de la situación, pondrá todo en su sitio. Resolverá el agravio de la muchacha violada casándola con Quéreas. Taide también obtendrá su recompensa, pues el viejo la admite como cliente y protegida y así podrá proseguir su relación con Fedrias. Aquí acabaría la doble peripecia sentimental. Sin embargo, Terencio todavía da una vuelta más de tuerca, pues no va a dejar sin castigo al necio Trasón. Gnatón, el parásito del soldado, personaje que hasta el momento sólo ha sido un comodín para rellenar escenas cómicas llenas de ironía, hace su auténtica entrada en la trama de la obra. Hace reflexionar a Fedrias sobre lo muy caros que son los caprichos de Taide: nada mejor que engañar al soldado y hacerle pensar que la prostituta sigue con él. A cambio, Gnatón logra que los muchachos lo acojan como miembro de su grupo.

Si bien ésta es la más plautina de las obras de Terencio, ello no significa que renuncie a sus presupuestos estéticos. En la comedia, más que de hilaridad, hay que hablar de ironía, a veces cínica y cruel. Las declaraciones del prólogo sobre lo imposible de renovar el repertorio (vv. 35-43) resultan en realidad todo un engaño: Taide, más que responder al prototipo de la *mala meretrix* de Plauto, es interesada. No obstante, en lo sustancial sigue fiel a Fedrias. El parásito asume la carga cómica del esclavo, quien, a su vez, en lugar de ser el engañador resulta el engañado por la malvada broma de la esclava de Taide. Por otra parte, tampoco desaparece el afán de renovar el género. La doble trama en la que se engarzan las intervenciones del parásito y el soldado resulta ciertamente compleja. De entrada, el público tardará en comprender quién es el protagonista de la comedia. En *Andria* o en *Adelphoe*, éstas dan comienzo con la trama principal en el curso de la cual se engarzará la secundaria. Sin embargo, en esta obra la trama de Taide y Fedrias se ve repentinamente interrumpida por el que será el auténtico argumento, el travestimiento de Quéreas. Esta fórmula compositiva es también la que Terencio empleó en *Heautontimorumenos*.

DISCREPANCIAS CON LA EDICIÓN DE KAUER-LINDSAY

	KAUER-LINDSAY	LECTURA ADOPTADA
710	[nunc] ... credis ... esse	nunc ... credis ... [esse]
1017	ehem? Quid dixti	hem? Quid dixisti

BIBLIOGRAFÍA

1. *Comentarios*

BARSBY, J. A., *Terentius: Eunuchus*, Cambridge University Press, 1999.

BROTHERS, A. J., *Terence: The Eunuch*, Warminster, 2000.

TROMARAS, L. M., *P. Terentius Afer, Eunuchus. Einführung, kritischer Text und Kommentar*, Hildesheim, Weidmann, 1994.

2. *Estudios*

BARSBY, J. A., «Terence and the shipwrecked lover», *Liverpool Classical Monthly*, 14 (1989), págs. 9-10.

—, «Problems of Adaptation in the *Eunuchus* of Terence», en N. SLATER y B. ZIMMERMAN (eds.), *Intertextualität in der griechisch-römischen Komödie*, Stuttgart, M & P, Verl. für Wiss. und Forschung, 1993, págs. 160-179.

BROTHERS, A., «Terence, *Eunuchus* 189-206,», *Classical Quarterly*, 19 (1969), págs. 314-319.

BROWN, P. G., «The skinny virgins of Terence, *Eunuchus* 313-17», en H. D. JOCELYN y H. HURT (eds.), *Tria lustra, essays and notes presented to John Pinsent*, Liverpool, 1993, págs. 229-234 (Liverpool Classical Papers, 3).

DEDOUSSI, C., «A note on dramatic technique in new comedy (Men. *Aspis* 399, Ter. *Eun.* 941, Plaut. *Cas.* 621)», en J. H. BETTS y J. T. HOOKER, *Studies in honour of T. B. L. Webster*, Bristol Classics Press, 1986, págs. 79-83.

DESSEN, C. S., «The Figure of the Eunuch in Terence's *Eunuchus*», *Helios*, 22. 2 (1995), págs. 123-139.

FEHLING, D., «Die Eingesperrte (*«Inclusa»)* und der verkleidete Jüngling (*'Iuvenis femina'*)», *Mittellateinisches Jahrbuch*, 21 (1986), págs. 186-207.

FRANGOULIDIS, S. A., «Performance and improvisation in Terence's *Eunuchus*», *QUCC*, 48 (1994), págs. 121-130.

—, «The soldier as a storyteller in Terence's *Eunuchus*», *Mnemosyne*, 47. 5 (1994), págs. 586-595.

—, «Modes of metatheatre, theatricalisation and detheatricalisation in Terence, *Eunuchus*», *LCM*, 18. 10 (1993), págs. 146-151.

KONSTAN, D., «Love in Terence's *Eunuch*. The origins of erotic subjectivity», *American Journal of Philology*, 107 (1986), págs. 369-393.

LEFÈVRE, E., *Terenz' und Menanders Eunuchus*, Munich, C. H. Beck, 2003 (Zetemata 117).

MARTIN, R. H., «A Not-So-Minor Character in Terence's *Eunuchus*», *CPh*, 90. 2 (1995), págs. 139-151.

PACKMAN, Z. M., «Adulescens as virgo: a note on Terence's *Eunuch* 908», *Akroterion*, 42. 1 (1997), págs. 30-35.

PHILIPPIDES, K., «Terence's *Eunuchus*: elements of the marriage ritual in the rape scene», *Mnemosyne*, 48. 3 (1995), págs. 272-284.

POCIÑA, A., y LÓPEZ, A., «Contexto escénico del *Eunuchus* terenciano», *Emerita*, 46 (1979), págs. 291-318.

SMITH, L. P., «Audience response to rape, Chaerea in Terence' *Eunuchus*», *Helios*, 21. 1 (1994), págs. 21-38.

STEIN, M., «Der Dichter und sein Kritiker. Interpretationsprobleme im Prolog des Terenzischen *Eunuchus*», *Rheinisches Museum*, 146 (2003), págs. 184-217.

TROMARAS, L. M., «Ibi inerat pictura haec (Terent. *Eunuch.* 584-89)», *Ta Ellenikã*, Vol. 36, Tesalónica, 1985.

—, «Eine griechische Hetäre in Rom. Die letzte Szene des *Eunuchus*», *Akten des 4. Panhellenischen Symposiums für lateinische Studien*, Rethymnon, 1990.

—, «Textkritische Bemerkungen zum *Eunuchen* des Terenz», *Latomus*, 49 (1990), págs. 71-74.

WATSON, A., «Puella and virgo», *Glotta*, 61 (1983), págs. 119-143.

WHITEHORNE, J., «The rapist's disguise in Menander's *Eunuchus*», en N. SLATER y B. ZIMMERMAN (eds.), *Interetextualität in der griechsich-römishen Komödie*, Stuttgart, M & P, Verl. für Wiss. und Forschung, 1993, págs. 122-131.

EL EUNUCO

DIDASCALIA

REPRESENTADA EN LOS JUEGOS MEGALENSES,
SIENDO LUCIO POSTUMIO ALBINO Y LUCIO CORNELIO MÉRULA EDILES CURULES.
LA REPRESENTARON LUCIO AMBIVIO TURPIÓN Y LUCIO ATILIO PRENESTINO.
COMPUSO LA MÚSICA FLACO, LIBERTO DE CLAUDIO,
PARA DOS FLAUTAS DIESTRAS.
COMEDIA GRIEGA DE MENANDRO.
SEGUNDA PIEZA DEL AUTOR.
DURANTE EL CONSULADO DE MARCO VALERIO Y GAYO FANIO[1].

PERÍOCA DE GAYO SULPICIO APOLINAR

El soldado Trasón trajo sin saberlo a una muchacha que supuestamente era hermana de Taide y se la regala. Ella era ciudadana ateniense. Fedrias, amante de Taide, ordenó entregarle también un eunuco que había comprado y se retira al campo, ya que ella le había pedido que cediera su sitio a Trasón durante dos días. Un adolescente, hermano de Fedrias, que se moría por la

[1] Año 161 a. C. Los *mss.* de la recensión caliopiana mencionan también entre los cónsules a Lucio Mumio (cónsul en 146 a. C.), dato que debe de haberse filtrado al texto de la didascalia a partir de una representación en esa fecha.

muchacha entregada como regalo a Taide, se atavía con los ropajes del eunuco por consejo de Parmenón. Se introduce en su casa y deshonra a la doncella. Pero un ciudadano de Atenas, reconocido como hermano de ella, la entrega en matrimonio al adolescente que la deshonró. Fedrias accede a los ruegos de Trasón.

ELENCO DE PERSONAJES

Prólogo
Fedrias, *muchacho*, amante de Taide
Parmenón, *esclavo* del padre de Fedrias
Taide, *cortesana*, amante de Fedrias y Trasón
Gnatón, *parásito* a la sombra de Trasón
(Pánfila, *muchacha*, supuesta hermana de Taide)
(Una *esclava* de Trasón, que acompaña a Gnatón y a Pánfila)
Quéreas, *muchacho*, hermano de Fedrias, enamorado de Pánfila
Trasón, *soldado fanfarrón*, amante de Taide
(Una *esclava* etíope)
Pitíade, *esclava* de Taide
Cremes, *muchacho*, hermano de Pánfila
Doríade, *esclava* de Taide
Antifón, *muchacho*, amigo de Quéreas
Doro, *esclavo*, eunuco regalado por Fedrias a Taide
(Simalión, Dónax, Sirisco, *esclavos* de Trasón)
Sanga, *cocinero* de Trasón
Sófrona, *vieja*, nodriza de Pánfila
Un *viejo* (Démeas o Laques)[2], padre de Fedrias y Quéreas
(El cantor)

[2] No sabemos con seguridad cuál es el nombre del padre de Fedrias y Quéreas. El códice Bembino lo denomina Démeas; y, en cambio, los manuscritos

ESCENA

Una calle de Atenas, en la que se hallan las casas de Fedrias y la cortesana Taide. La convención teatral hace que la salida de la derecha, desde el punto de vista de los espectadores, conduzca al foro, y la de la izquierda al puerto o al campo.

PRÓLOGO

Si hay quienes se afanan en agradar a la mayor parte de las gentes de bien y ofender a los menos posibles, nuestro autor manifiesta públicamente aquí que su nombre ha de ser contado entre ellos. Además, si hay quien[3] ha considerado que ha sido aludido con demasiada dureza, que considere que aquello fue una respuesta, no una alusión, porque él atacó primero. Él, buen traductor, pero escritor de mal estilo, de buenas comedias en griego no las hizo buenas en latín. Es el mismo que hace poco representó *El fantasma* de Menandro[4]; y el que en *El tesoro* hizo que el personaje demandado pronunciara su alegato, refiriendo por qué razón el oro era suyo, antes de que el deman-

de la recensión caliopiana lo llaman Laques. Por su parte, Donato indica que en el original de Menandro el personaje recibe el nombre de Simón.

[3] Como en el resto de los prólogos, bajo esta fórmula velada, Terencio alude aquí a su enemigo literario, el comediógrafo Luscio Lanuvino.

[4] Donato nos ha transmitido el contenido de esta comedia: antes de casarse, una mujer había tenido una hija, a la que hizo educar en secreto en la casa vecina. Para poder verla sin testigos, hizo abrir un paso en el muro entre las casas y convirtió el paso en una capilla, a la que, con el pretexto de ofrecer sacrificios, iba a encontrarse con su hija. Esta mujer tenía un hijastro. Un día, éste sorprendió a la muchacha que había acudido al encuentro de su madre y se quedó tan impresionado por su belleza que, al principio, la tomó por una aparición; de ahí el nombre de la pieza, *El fantasma*. Como es de suponer, los jóvenes acabaron casándose.

dante explicara de dónde había sacado el tesoro o cómo le había llegado a su panteón familiar[5]. Para que en adelante no se engañe a sí mismo o se diga: «Ya estoy libre, nada hay que se me pueda achacar», le aconsejo que no se equivoque y deje ya de provocarme. Sé de muchos otros fallos que, de momento, se le perdonan y que han de salir a la luz si se obstina en ofenderme tal como ha decidido hacer.

La pieza que ahora vamos a representar es *El eunuco* de Menandro. Después de que la compraron los ediles, se las arregló para tener la posibilidad de verla[6]. Cuando se presentó allí el magistrado, la comedia empezó a representarse. Gritó que quien había presentado la comedia era un ladrón, no un poeta; y que, con todo, no había logrado su engaño. Según él, hay una antigua comedia de Nevio y de Plauto, *El adulador*[7], de la que habría sacado los personajes del parásito y el soldado. Si eso es un error,

[5] No es posible identificar con seguridad cuál sería el autor griego de la obra que serviría de modelo a la pieza de Luscio Lanuvino. Tenemos noticia de la existencia de cinco comedias con este título, entre ellas el *Tesoro* de Filemón, que es el modelo del *Trinummus* de Plauto. Con todo, lo más probable es que se trate del *Tesoro* de Menandro. En esta obra, un joven derrochador envía a un esclavo a realizar una ofrenda a la tumba de su padre, tumba que aquél había vendido previamente. El problema surge cuando se halla en ella un tesoro y su nuevo dueño lo reclama con el falso argumento de que era él quien había escondido el tesoro; el hijo interpone una demanda. En la versión de Luscio Lanuvino el juicio es abierto por el demandado, hecho criticado por Terencio por ir en contra del procedimiento judicial. Perteneciente a esta comedia, Donato nos transcribe el único pasaje que ha sobrevivido de Luscio Lanuvino: *Athenienses, bellum cum Rhodiensibus, / quod fuerit, quid ego praedicem quod tu scias? (Eun.* 10).

[6] Se sobreentiende la posibilidad de verla durante el ensayo previo a la representación.

[7] *Colacem esse Naevi et Plauti veterem fabulam; parasiti personam inde ablatam et militem.* Como señalan A. López y A. Pociña, *El eunuco*, pág. 78, n. 9, «Esta afirmación resulta sorprendente; tal y como está formulada, parece indicar que Nevio y Plauto colaboraron en la composición de dicha comedia, lo cual resulta bastante raro; sería el único caso de colaboración por parte de dos

es un error fruto de la inadvertencia del poeta y no de que éste pretendiera cometer un plagio. Ahora mismo vosotros podréis juzgar que esto es así: el *Cólax* es una comedia de Menandro. En ella hay un parásito, el Cólax[8], y un soldado fanfarrón. Él no niega haber trasladado estos personajes de la comedia griega a la suya, *El eunuco*; pero sí que niega rotundamente que supiera que estas comedias ya habían sido traducidas previamente al latín. Ahora bien, si no se le permite utilizar esos mismos personajes, ¿por qué le iba a estar más permitido describir al esclavo corredor[9], hacer unas matronas honradas, unas cortesanas malas[10], un parásito voraz, un soldado fanfarrón, el niño cambiado, o el viejo engañado por un esclavo[11]? ¿Y el amor, el odio y la sospecha?

dramaturgos latinos, cosa que consideramos harto improbable». J.R. Bravo, siguiendo a G.E. Duckworth, *op. cit.*, pág. 63, ofrece una solución muy verosímil al considerar que, en realidad, nos hallamos ante una comedia de Nevio, posteriormente reformada por Plauto *(cf.* Aul. Gel., III 3, 11-13). Esta hipótesis confirmaría que Plauto también se habría servido de la práctica de realizar nuevas versiones en latín de comedias ya utilizadas previamente por otros. Conservamos cuatro breves fragmentos del *Colax* de Plauto, el más largo de los cuales es de cuatro versos: *Qui data fide firmata fidentem fefellerint, / subdoli subsentatores, regi qui sunt proxumi, / qui aliter regi dictis dicunt, aliter in animo / habent (M. Caesar ad Frontonem* 2, 10, pág. 33 *Nab.).* Asimismo, Non. Marc., 545; *Schol. Veron. Verg. Aen.* 2, 670, y Varr., *LL* VII 105.

[8] A nuestro juicio, el empleo en el original latino del término *colax* ha de ser considerado como un tecnicismo. Remitimos a nuestras consideraciones en la «Introducción general» recordando que Teofrasto dedicó uno de sus capítulos al prototipo humano del adulador *(Char.* 2).

[9] Está aludiendo al personaje estereotipado del *servus currens*. Sin salir de la obra de Terencio, *cf. Andr.* 860; *Hec.* 358, 431 y 435; *Phorm.* 177.

[10] Salvo la Báquide de *Heaut.*, Terencio no acude a tal estereotipo. Sus prostitutas son, por el contrario, altruistas, generosas y amigas sinceras de los protagonistas de las comedias.

[11] Un eco de este pasaje, en Ovid., *Am.* I 15, 17-18: «Mientras vivan un esclavo embustero, un padre riguroso, una alcahueta impúdica y una cortesana seductora, Menandro existirá».

En fin, ya no se puede decir nada que no haya sido dicho antes. Por esta razón, es justo que vosotros lo sepáis y perdonéis a los poetas modernos si hacen lo que una y otra vez hicieron los antiguos. Procurad prestar atención en silencio para enteraros del argumento de *El eunuco*.

ACTO I

ESCENA PRIMERA

FEDRIAS, PARMENÓN

FEDRIAS.— Por tanto, ¿qué voy a hacer? ¿No he de ir ni siquiera ahora cuando toma ella la iniciativa de llamarme? ¿O más bien he de disponerme a no aguantar las afrentas de las cortesanas? Me ha echado; me ha vuelto a llamar. ¿He de volver? ¡No, aunque me lo suplique[12]!

PARMENÓN.— ¡Por Hércules, que si de verdad fueras capaz, nada sería más preferible, ni más efectivo! Pero si lo intentas y no perseveras con determinación y, cuando no puedas resistirlo más, te presentes por tu cuenta delante de ella sin haber hecho la paz, dando a entender que estás enamorado y que no puedes resistirlo, entonces, se acabó, estás perdido. Cuando se dé cuenta de que te ha derrotado, se reirá de ti[13]. Así que

[12] Ecos de esta escena en HOR. *Sat.* II 3, 259-271, y PERS., 5, 161-175. En concreto, en 171-173 sigue muy de cerca los primeros versos del pasaje terenciano (vv. 46-47): *At, si vocet, haut mora dicas / 'quidnam igitur faciam? nec nunc, cum arcessat et ultro / supplicet, accedam?'*.

[13] Algunos editores, tal es el caso de J. MAROUZEAU, consideran que los vv. 50-55, los cuales, siguiendo la edición de KAUER-LINDSAY, nosotros asigna-

piénsatelo dos veces, mientras hay tiempo, amo: una situación que en sí carece de razón y mesura, no puedes gobernarla con la razón. En el amor residen todos estos inconvenientes: desplantes, sospechas, enemistades, treguas, la guerra y otra vez la paz[14]. Si quisieras manejar estas incertidumbres según razón certera, no sacarías otra cosa que si te empeñaras en enloquecer siguiendo a la razón. Y lo que ahora piensas lleno de rabia: «Yo la..., ella que al otro..., que a mí..., que no[15]..., déjame ahora, preferiría morirme. Se va a enterar de qué clase de hombre soy», ¡por Hércules, que ella ha de extinguir todas esas palabras con unas lagrimillas de pega[16] que a duras penas sacará de sus ojos a fuerza de frotarlos miserablemente! Y ella, encima, te hará reproches; y tú, para colmo, tendrás que pedirle disculpas.

FEDRIAS.— ¡Vaya canallada indigna! Ahora me doy cuenta de que ella es una bruja y yo un desgraciado. De un lado, estoy asqueado y, de otro, me consumo de amor. Y a sabiendas y en mi juicio, vivo y todavía viendo[17], me muero y no sé qué voy a hacer.

PARMENÓN.— ¿Qué has de hacer, sino redimirte de tu cautiverio al menor precio posible? Y si no puedes por poco, pues por lo que puedas. Y no te aflijas.

mos a Parmenón, corresponden todavía al monólogo inicial de Fedrias. En tal caso, el empleo de la segunda persona habría de entenderse como un diálogo de Fedrias consigo mismo. Sin embargo, como señala con acierto J. R. BRAVO, *n. ad loc.*, parece «insostenible que un personaje pueda entrar en diálogo consigo mismo mientras está hablando con otro».

[14] Pasaje citado por CIC., *Tusc.* IV 35, 76. *Cf.* PLAUT., *Merc.* 18 y ss.

[15] Según Donato, estas aposiopesis deben ser comprendidas así: «Yo me he de vengar de ella», «ella que al otro lo recibió; que me puso en la calle, que no me dejó entrar».

[16] *Cf.* MEN., *Sent.* 584: «Son las mismas las lágrimas de la prostituta que las del orador».

[17] Proverbio citado por CIC., *Pro Sest.* 27, 59: *vivus, ut aiunt, et videns.*

FEDRIAS.— ¿Eso me aconsejas?

PARMENÓN.— Si eres cuerdo, no añadas más inconvenientes a los que ya conlleva el propio amor y soporta con cordura los que tiene. *(Ve a Taide, que sale de su casa.)* ¡Pero mira quién sale, ella precisamente, la ruina de nuestra hacienda! Pues lo que nosotros deberíamos recoger, ella nos lo birla.

ESCENA SEGUNDA

TAIDE, FEDRIAS, PARMENÓN

TAIDE.— *(A solas, sin verlos.)* ¡Pobre de mí! Temo que Fedrias se haya tomado a mal que ayer no le dejara entrar en casa, y que lo haya interpretado tergiversando mi intención.

FEDRIAS.— ¡Parmenón, me estremezco entero y tiemblo al verla!

PARMENÓN.— Ten buen ánimo; acércate a esa llama, *(Aparte.)* que ya te has de calentar más de lo necesario.

TAIDE.— ¿Quién habla aquí? *(Reconociendo a Fedrias.)* ¡Anda, mira! ¿Estabas aquí, Fedrias mío? ¿Por qué te has quedado parado aquí? ¿Por qué no has entrado directamente?

PARMENÓN.— *(Dirigiéndose a Fedrias en voz baja.)* Y del portazo, ni una palabra. *(Fedrias permanece en silencio.)*

TAIDE.— ¿A qué viene ese silencio?

FEDRIAS.— *(Irónicamente.)* Porque, por supuesto, la verdad es que siempre tengo abierta esta puerta y porque soy el primero en tu consideración.

TAIDE.— Manda esas aprensiones a paseo.

FEDRIAS.— ¿Cómo que «a paseo»? ¡Ay, Taide, Taide, ojalá nos tuviéramos un amor parejo! ¡Y, parejamente, ojalá sucediera que o bien te doliera a ti lo mismo que me duele a mí, o bien a mí no me importara nada el mal que me haces!

TAIDE.— ¡No te atormentes, por favor, vida mía, Fedrias mío! ¡Por Pólux, que no lo he hecho porque ame o quiera a nadie más que a ti! Pero así estaban las cosas, y tuve que hacerlo.

PARMENÓN.— *(Irónicamente.)* ¡Pobrecita, supongo que lo echaste a la calle por lo mucho que lo quieres! Cosas que pasan.

TAIDE.— ¿Con ésas me vienes, Parmenón? Venga. *(Dirigiéndose a Fedrias.)* Pero escucha por qué razón mandé a buscarte.

FEDRIAS.— Sea.

TAIDE.— *(Dirigiéndose a Fedrias.)* Pero antes dime si éste *(Señalando a Parmenón.)* puede guardar un secreto.

PARMENÓN.— *(Adelantándose a Fedrias.)* ¿Yo? Mejor que nadie. Ahora bien, atiende: te doy mi palabra con la siguiente condición: me callaré y me guardaré muy bien las verdades que oiga; pero si lo que cuentas es falso, inconsistente o inventado, de inmediato ha de hacerse público. Estoy lleno de grietas y me voy por aquí y por allá. Así que, si quieres que me calle, cuenta la verdad[18].

TAIDE.— Mi madre era de Samos[19], pero vivía en Rodas[20].

PARMENÓN.— Eso puede callarse.

TAIDE.— Entonces, cierto mercader le regaló a mi madre una niñita que había sido raptada de aquí, del Ática.

FEDRIAS.— ¿Ciudadana?

---

[18] Obsérvese cómo Terencio caracteriza la impertinencia de Parmenón. La anterior intervención de Taide («Pero antes dime si podrás guardar un secreto»), en realidad, va dirigida a Fedrias, quien no puede llegar a contestar, interrumpido por la intervención de su esclavo.

[19] Taide, al explicar su filiación, se limita a dar noticia tan sólo de su madre, señal inequívoca de que ésta también era prostituta. Al igual que ella misma, ejerció su profesión lejos de su patria de nacimiento.

[20] Isla griega en la costa sudoccidental de Asia Menor. En la comedia se da a entender que forma parte de la región de Caria.

TAIDE.— Eso creo; de seguro no lo sabemos. Decía el nombre de su padre y el de su madre; pero ni sabía su patria, ni el resto de sus señas; y no las podía saber debido a su edad. El mercader añadía lo siguiente: que los piratas a quienes se la había comprado le contaron que la habían capturado en Sunio[21]. Cuando mi madre se la quedó, empezó a darle con todo esmero una educación completa y a criarla como si fuera su hija. Casi todos creían que era mi hermana. Yo me vine aquí con un hombre, mi único cliente por aquel entonces, quien me dejó todo el patrimonio que ahora poseo.

PARMENÓN.— Ambas cosas son falsas y se van a escapar.

TAIDE.— Y eso, ¿a qué viene?

PARMENÓN.— Porque ni tú te hubieras contentado con un solo cliente, ni un hombre solo te dio todo esto; que aquí *(Señalando a Fedrias.)* hay uno que también te procuró una porción buena y abundante de ello.

TAIDE.— Sí, pero déjame llegar a donde quiero. Entretanto, el soldado[22] que había empezado a frecuentarme se marchó a Caria[23]. Por ese tiempo te conocí a ti. Desde entonces ya sabes lo íntimo del trato que tengo contigo y hasta qué punto te confío todas mis cosas.

FEDRIAS.— Eso tampoco se lo va a callar Parmenón.

PARMENÓN.— *(Irónicamente.)* ¡Oh! ¿Está eso en duda?

TAIDE.— ¡Oídme, queridos! Mi madre murió allá hace poco. Su hermano, que es un tanto avariento, cuando se percató de que ella era una doncella de belleza distinguida y que sabía tocar la lira[24], con la esperanza de sacar un buen precio, la llevó al mercado y la vendió[25]. Por un afortunado azar, allí se hallaba mi amigo. Me la compró como regalo sin percatarse de estas cosas e ignorante de todo. Vino, y al darse cuenta de que tú y yo también nos entendíamos, se afanó en inventar una excusa para no entregármela. Me dijo que, si tuviera la garantía de ir por delante de ti en mis favores y no temiera que lo abandonara tras hacerme con la muchacha, a gusto me la daría; pero que se temía eso. Ahora bien, por lo que me sospecho, se ha encaprichado con la doncella.

FEDRIAS.— ¿Y ha habido algo más?

TAIDE.— Nada, pues he hecho indagaciones[26]. Ahora, tengo muchas razones para querer arrebatársela, Fedrias mío. Para empezar, porque se decía que era mi hermana; luego para devolverla y entregarla a los suyos. Estoy sola. Aquí no tengo a

[21] El tópico de la muchacha raptada por los piratas ya aparece en el *Sykionios* de Menandro. Sunio, cabo al extremo sur del Ática, a 65 kilómetros de Atenas.

[22] Se trata de Trasón, el *miles* de esta comedia.

[23] Región de la costa sudoccidental de Asia Menor situada entre Lidia y Licia, justo enfrente de la isla de Rodas.

[24] La niña ha aprendido a tocar la lira en casa de la madre de Taide, quien la adoctrinaría en las artes propias de las prostitutas. Ésa es la esmerada educación que le suministró criándola como a una hija.

[25] Si la muchacha hubiera sido considerada libre, tal venta habría sido ilegal. En efecto, según la ley de Solón (PLUT., *Sol.* 23, 2), el *kýrios* de una mujer soltera sólo tenía derecho a venderla como esclava en caso de que ésta hubiera perdido su virginidad, cosa que sabemos explícitamente no ha sucedido. Ahora bien, la venta se puede explicar por el hecho de que Pánfila es, en realidad, esclava de la madre de Taide, quien, como hija de hetera, y por tanto ilegítima, no tiene derecho a heredar los bienes de su madre *(Cf. Andr.* 798). A su muerte, es el hermano, por tanto, quien hereda sus bienes. De ahí su derecho a vender como esclava a la muchacha.

[26] Mediante un eufemismo Fedrias trata de averiguar si el soldado ha desflorado a la doncella (expresión muy similar a *Andr.* 325: *num quid nam amplius tibi cum illa fuit?).* Y también con un eufemismo le contesta Taide. Sin excesivos detalles, le explica a Fedrias que se ha informado de que, efectivamente, la doncella sigue intacta. Si esto no hubiera sido así, como señala acertadamente J. R. BRAVO *(n. ad loc.),* ya no se hubiera podido producir el desenlace feliz en la comedia.

nadie, ni amigos, ni parientes. Por esta razón, Fedrias, deseo procurarme algunos amigos con mis favores. ¡Ayúdame para que esto salga más fácilmente, cariño! Déjale estos pocos días que haga conmigo de primer actor[27]. *(Fedrias permanece en silencio.)* ¿No me dices nada...?

FEDRIAS.— ¡Eres lo peor! Con semejante actuación, ¿qué te voy a responder?

PARMENÓN.— ¡Bien por nuestro Fedrias, te felicito! Al fin te ha picado, eres todo un hombre.

FEDRIAS.— ¡O no sabía adónde ibas a parar!: *(Parodiando a Taide.)* «Raptaron de aquí a una niña. Mi madre la crió como una hija más. Decían que era mi hermana. Deseo hacerme con ella y devolverla a los suyos...». En resumen, toda esa palabrería viene a parar a lo siguiente: a despacharme de casa y meterlo a él. ¿Y por qué? Porque a él lo quieres más que a mí y ahora te temes que la jovencita que ha traído te levante semejante cliente.

TAIDE.— ¿Eso es lo que temo?

FEDRIAS.— ¿Qué otra cosa te preocupa, pues? Dime. ¿Acaso es el único que te hace regalos? ¿Verdad que nunca has visto que se te cierren las puertas de mi generosidad? ¿Es que cuando me dijiste que querías una esclavita de Etiopía[28], no te la busqué dejando a un lado todas mis ocupaciones? Luego, como sólo los tienen las reinas, me dijiste que querías un eunuco. Te lo encontré. ¡Veinte minas[29] pagué ayer por los dos!

[27] Clara referencia metateatral.

[28] Para los griegos, Etiopía es una región de difusos contornos equivalente a nuestra «África negra» (PTOL., IV 8). Con esta mención el autor da a entender lo exótico del regalo que exige la cortesana. Los esclavos que aparecen en la comedia suelen tener origen europeo (Davo, Geta) o asiático (Siro).

[29] Esto es, dos mil dracmas, equivalentes a ocho mil sestercios romanos, unos nueve kilogramos de plata. Frente a esta afirmación, en el v. 984 el mismo Fedrias exagera diciendo que sólo el eunuco ya le ha costado veinte minas.

Aunque me desdeñabas, bien presentes tuve esos caprichos en mi memoria. ¡Y en pago a mis favores, me desprecias!

TAIDE.— ¿Qué puedo decirte, Fedrias? Aunque deseo llevármela —y, a mi juicio, bien puedo lograrlo mediante esta estratagema—, con todo, antes que tenerte por enemigo, haré lo que mandes.

FEDRIAS.— ¡Ojalá hubieras pronunciado ese discurso con corazón sincero! Si creyera que eso de «antes que tenerte por enemigo» lo decías sinceramente, podría aguantar cualquier desdén.

PARMENÓN.— *(Aparte.)* ¡Qué pronto se desmorona vencido por una sola palabra!

TAIDE.— ¿No te lo he de decir de corazón, pobre de mí? ¿Qué cosa no me has pedido, ni aun en broma, que al cabo no hayas conseguido? Y yo no puedo conseguir de ti que te retires sólo dos días.

FEDRIAS.— Si fueran de verdad dos días..., pero que esos dos no se hagan veinte.

TAIDE.— De verdad, no más de dos o...

FEDRIAS.— No hay «o» que valga.

TAIDE.— No serán más. Dame sólo ese gusto.

FEDRIAS.— Evidentemente, se ha de hacer lo que tú quieras.

TAIDE.— Con razón te quiero, bien me tratas.

FEDRIAS.— Me voy a ir al campo a consumirme allí estos dos días. Está claro que lo voy a hacer. Como de costumbre, hay que complacer a Taide. *(Dirigiéndose a Parmenón.)* Tú, Parmenón, haz que le lleven esos dos esclavos.

PARMENÓN.— Perfectamente. *(Parmenón entra en casa.)*

FEDRIAS.— Adiós, hasta dentro de dos días, Taide.

TAIDE.— Y tú, Fedrias mío, ¿mandas otra cosa?

FEDRIAS.— ¿Que si mando algo? Que con el soldado ese estés presente y ausente, que me ames de día y de noche, que me añores, que me sueñes, que me aguardes, que pienses en mí,

que me esperes, que te deleites en mí, que estés conmigo con todo tu ser. En fin, que seas mi alma, que yo tuyo soy. *(Entra en su casa.)*

TAIDE.— *(A solas.)* ¡Pobre de mí, quizás tenga poca confianza en mí y me juzgue por el carácter de las demás! ¡Por Pólux, que yo, que sé bien cómo soy, estoy segura de esto! ¡Bien sé que en nada lo engaño y que en mi corazón nadie me es más querido que mi Fedrias! Y cuanto he hecho, lo he hecho por la doncella esa. Pues confío casi en haber hallado ya a su hermano, un joven de muy noble posición, que ha decidido venir hoy a mi casa. Me voy a retirar de aquí y, mientras llega, lo esperaré dentro. *(Entra en su casa.)*

ACTO II

ESCENA PRIMERA

FEDRIAS, PARMENÓN

FEDRIAS.— *(Saliendo de su casa acompañado por Parmenón.)* ¡Como te mandé, haz que traigan a los esclavos esos!

PARMENÓN.— Lo haré.

FEDRIAS.— ¡Pero deprisa!

PARMENÓN.— Se hará.

FEDRIAS.— ¡Pero apúrate!

PARMENÓN.— Se hará.

FEDRIAS.— ¿Has entendido bien el encargo?

PARMENÓN.— ¡Ah! ¡Cuánto me atosigas! ¡Como si fuera algo difícil! ¡Fedrias, ojalá tuvieras tanta facilidad para encontrarte cualquier cosa como la que vas a tener para perder tu regalo!

FEDRIAS.— Y de paso también voy a perder lo que más quiero: a mí mismo. No te preocupes tanto por el regalo.

PARMENÓN.— No te preocupes, que cumpliré tu encargo. Pero ¿mandas algo más?

FEDRIAS.— Adorna mi regalo con toda la zalamería posible y a ése, mi rival, aléjalo de ella todo lo que puedas.

PARMENÓN.— Aunque no me lo adviertas, me acuerdo.

FEDRIAS.— Yo me marcho al campo y me quedaré allí.

PARMENÓN.— Me parece bien.

FEDRIAS.— Pero ¡escucha, tú!

PARMENÓN.— ¿Qué quieres?

FEDRIAS.— ¿Crees que podré resistir y aguantarme sin volver entretanto?

PARMENÓN.— ¿Tú? ¡Por Hércules, que me parece que no! Pues te has de volver de inmediato o, luego, esta noche el insomnio te va a empujar hasta aquí.

FEDRIAS.— Trabajaré hasta agotarme para quedarme dormido aunque no quiera.

PARMENÓN.— Aunque te agotes, te quedarás en vela. Eso es lo que has de ganar además.

FEDRIAS.— ¡Márchate, sólo dices tonterías, Parmenón! ¡Por Hércules, debo deshacerme de este carácter tan blando, me consiento demasiado! Después de todo, ¿no voy a poder estar sin ella incluso tres días enteros si hace falta?

PARMENÓN.— ¡Uy! ¿Tres días completos? Mira lo que vas a hacer.

FEDRIAS.— Ya está decidido. *(Sale de escena.)*

PARMENÓN.— *(A solas.)* ¡Dioses misericordiosos! ¿Qué mal le aqueja? ¡Que el amor transforme tanto a los hombres que uno no los llegue a reconocer! ¡Nadie fue menos bobo ni más serio y comedido que él! *(Ve a Gnatón, que entra en esce-*

na acompañado por Pánfila y una esclava.) Pero ¿quién es ese que llega aquí? ¡Tate, si es Gnatón, el parásito del soldado! Trae consigo a esa doncella para regalársela a Taide. ¡Vaya, vaya, qué preciosidad de cara! Raro será que hoy no haga yo aquí la risa con esa ruina de eunuco. ¡Si es más bella que la propia Taide!

ESCENA SEGUNDA

GNATÓN, PARMENÓN

GNATÓN.— *(A solas, sin ver a Parmenón.)* ¡Dioses inmortales, cómo aventaja un hombre a otro! ¡La diferencia que hay entre el avisado y el simple! Estas verdades me han venido a la cabeza por lo siguiente: hoy, mientras venía, me he encontrado a un tipo de mi clase y condición, hombre sin tacha, que, como yo, se había merendado el patrimonio. Lo veo desaliñado, flaco, enfermo, cubierto de andrajos y de años. Y le digo: «¡Oh! ¿Qué galas traes?» *(Parodiando a su interlocutor.)* «Es que, pobre de mí, he perdido todo lo que tenía. Mira a qué me veo reducido. Me han abandonado todos mis conocidos y amigos». Yo, al compararlo conmigo, sentí desprecio y le dije: *(Parodiándose a sí mismo.)* «Inútil, más que inútil, ¿cómo te las has apañado para quedarte sin esperanzas? ¿Has perdido el juicio al mismo tiempo que la hacienda? ¿Me ves a mí, que he salido del mismo sitio que tú? ¡Qué color, qué lustre, qué vestimenta, qué hechuras! Lo tengo todo y no tengo nada. Cuando no tengo nada, nada me falta». *(Parodiando a su interlocutor.)* «Pero yo, infeliz de mí, ni puedo hacerme el gracioso ni soportar los palos». *(Parodiándose a sí mismo.)* «¿Qué? ¿Crees tú que se hace

de esa manera? Vas del todo desencaminado. En otros tiempos, ya hace un siglo, la gente de nuestra clase así se ganaba la vida. Pero ésta es la nueva forma de echar el lazo al pájaro. Yo fui el primero en hallarla: hay un tipo de hombres que quieren ser los primeros en todo y no lo son. A ellos me arrimo. Yo no me presto a que se rían de mí, sino que les río las gracias mientras admiro su ingenio. Cualquier cosa que digan, se la alabo, y si luego se desdicen, pues también los alabo. Niega uno, pues niego. Dice que sí, pues digo que sí. En resumen, me impuse estar con ellos conforme en todo, medio de ganarme el sustento mucho más productivo».

PARMENÓN.— *(Aparte.)* ¡Qué individuo más listo, por Hércules! A la gente tonta éste directamente la vuelve loca.

GNATÓN.— *(A solas.)* Hablando hablando, en éstas llegamos al mercado y todos los proveedores de viandas salían alegres a mi encuentro: los pescadores de red, los carniceros, los cocineros[30], los chacineros, los pescadores de caña[31], gentes a quienes, tanto en la riqueza como en la ruina, había sido útil y aún lo soy con frecuencia. Me saludaban, me invitaban a cenar y se felicitaban por mi aparición. Cuando aquel pobre muerto de hambre vio que se me tenía en tanta consideración y que me procuraba el sustento tan fácilmente, el individuo empezó a su-

[30] Se trata de cocineros profesionales que acuden al mercado para ser contratados *(cf.* PLAUT., *Aul.* 280 y ss.; *Merc.* 742 y ss., y *Pseud.* 790 y ss.). En contraste con otros detalles de la vida cotidiana de la *palliata*, que son específicamente griegos y ajenos a la vida romana, en este caso sabemos de la existencia en Roma a fines del s. III a. C. de cocineros profesionales que se agrupan en un *collegium (CIL* I^2, 364).

[31] Con las expresiones de «pescadores de red» y «pescadores de caña» tratamos de reflejar el original latino *cetarii* y *piscatores*. NON. MARC., 49, comenta de *cetarii: genus est piscatorum quod maiores pisces capit.* Donato, por su parte, respecto a *piscatores* afirma: *qui recentem piscem praebent. Cetarii: qui cete, id est magnos pisces, venditant et bolonas exercent.*

plicarme que le dejara aprender de mí. Le ordené seguirme, a ver si es posible que, así como las escuelas de los filósofos adoptan el nombre de sus fundadores, de la misma manera los parásitos se llamen gnatónicos.

PARMENÓN.— *(Aparte.)* ¿Ves lo que logran la holganza y el comer a costa ajena?

GNATÓN.— *(A solas.)* Pero ya me retraso en llevar a esta muchacha a casa de Taide y pedirle que venga a cenar. *(Ve a Parmenón.)* Pero ¡si veo a Parmenón, el esclavo de nuestro rival, mohíno ante la puerta de Taide! ¡El asunto está solucionado! Estos individuos han tenido sin duda un frío recibimiento. Estoy resuelto a reírme de ese bribón.

PARMENÓN.— *(Aparte.)* Ésos, con semejante regalo, se piensan que Taide ya es suya.

GNATÓN.— Con sus mejores deseos, Gnatón saluda a su mejor amigo, Parmenón. ¿Cómo estás?

PARMENÓN.— De pie.

GNATÓN.— Ya veo. ¿Acaso ves aquí algo que no querrías ver?

PARMENÓN.— A ti.

GNATÓN.— Te creo. ¿Y alguna cosa más?

PARMENÓN.— Y eso, ¿a qué viene?

GNATÓN.— A que estás mohíno.

PARMENÓN.— De eso, nada.

GNATÓN.— No lo estés. Pero *(Señalando a Pánfila.)* ¿qué te parece la esclava?

PARMENÓN.— ¡No está mal, por Hércules!

GNATÓN.— *(Aparte.)* Estoy chamuscando al individuo este.

PARMENÓN.— *(Aparte.)* ¡Qué equivocado anda!

GNATÓN.— ¿Crees que el regalo le va a gustar a Taide?

PARMENÓN.— ¿Con eso das a entender ahora que ya nos han puesto en la calle? Ten cuidado, que toda situación puede dar la vuelta.

GNATÓN.— Parmenón, te voy a dar seis meses enteros de tranquilidad sin que tengas que ir corriendo de acá para allá ni veles hasta el alba. ¿Es que no te doy una alegría?

PARMENÓN.— *(Con ironía.)* ¿A mí? ¡Bah!

GNATÓN.— Así soy yo con los amigos.

PARMENÓN.— *(Con ironía.)* Digno de alabanza.

GNATÓN.— Te estoy entreteniendo; quizás estuvieras de camino a otro sitio.

PARMENÓN.— A ningún sitio.

GNATÓN.— Entonces, pues, hazme un pequeño favor: haz que Taide me permita pasar a verla.

PARMENÓN.— ¡Venga, entra ya! Como le traes la esclava, ahora tienes la puerta abierta.

GNATÓN.— ¿Quieres que haga salir a alguien de dentro de la casa?

PARMENÓN.— *(Aparte.)* Deja que pasen estos dos días. ¡Dichoso tú, que ahora abres esta puerta en mi cara con un dedito solo! De verdad, que he de hacer que en vano la cocees sin parar[32].

GNATÓN.— ¿Aún estás aquí, Parmenón? *(Con ironía.)* Oye, ¿es que, por un casual, te has quedado de guardia para que ningún intermediario del soldado le venga a escondidas?

PARMENÓN.— ¡Qué agúdeza! *(Aparte.)* ¿Qué tiene de raro que le guste de verdad al soldado? *(Ve a Quéreas, que entra en escena.)* Pero veo al hijo pequeño de mi amo que viene hacia aquí. Me pregunto por qué habrá dejado el Pireo. Pues ahora

[32] Este conjunto de alusiones a la puerta de la amada acabará por cristalizar en el siglo I a. C. en el tópico elegíaco del *paraclausíthyron*, o lamento del amante ante las puertas de la amada. Baste un solo ejemplo: «Tú, portero, que sin merecértelo estás atado con irrompible cadena, empuja el gozne y ábreme esa puerta infranqueable. Bien poco es lo que te pido: haz que la puerta a medio abrir deje el hueco suficiente por una estrecha abertura para que pueda pasar yo de medio lado» (OVID., *Am.* I 6, 1-4).

está haciendo allí una guardia del servicio militar[33]. Algo pasará. Y viene corriendo. No sé qué va mirando.

ESCENA TERCERA

QUÉREAS, PARMENÓN

QUÉREAS.— *(A solas.)* ¡Estoy muerto! La doncella no aparece por ninguna parte. Se ha ido; y yo igual de ido, por haberla perdido de vista. ¿Por dónde he de buscarla? ¿Por dónde seguir sus huellas? ¿A quién he de preguntar? ¿Qué camino he de seguir? Estoy hecho un lío. Ésta es la única esperanza: que, esté donde esté, no podrá pasar desapercibida mucho tiempo. ¡Oh, la hermosura de su semblante! Desde ahora, borro de mi recuerdo a todas las mujeres. Ya estoy aburrido de sus hechuras tan corrientes.

PARMENÓN.— *(A solas.)* ¡Mira, el otro! No sé qué es lo que habla de amor. ¡Oh, pobre del viejo! La verdad es que, si empieza éste, podríais decir que lo de su hermano fue un juego, una broma en comparación con lo que va a desatar la locura de este otro.

QUÉREAS.— ¡Ojalá los dioses y las diosas maldigan al viejo que me ha entretenido, y lo mismo a mí, por pararme con él! Más aún, por haberle hecho el menor caso. *(Ve a Parmenón.)* Pero ¡mira, ahí está Parmenón! *(Dirigiéndose a Parmenón.)* ¡Salud!

[33] Quéreas pertenece a la clase de los efebos y, como tal, atiende a las tareas de vigilancia de las fortificaciones del Pireo y las murallas de la ciudad. Por otra parte, a pesar de que en esta clase se ingresa a los dieciocho años, Terencio le rebaja la edad a dieciséis: de un lado, para hacerlo pasar mejor por eunuco; y, de otro, para asimilarlo a los jóvenes romanos, que reciben la toga viril precisamente a esa edad.

PARMENÓN.— ¿Por qué estás tan mohíno? ¿Por qué tan alterado? ¿De dónde vienes?

QUÉREAS.— ¿Yo? ¡Por Hércules, que no sé ni de dónde vengo ni a dónde voy! ¡Hay que ver cómo he perdido la cabeza!

PARMENÓN.— ¿Cómo? Por favor.

QUÉREAS.— Estoy enamorado.

PARMENÓN.— ¿Eh?

QUÉREAS.— Ahora podrás demostrar qué clase de hombre eres, Parmenón. Sabes que muchas veces me prometías aquello de «Quéreas, limítate a buscar un objeto para tu amor; entonces ya me encargaré yo de que sepas de mi habilidad». Y me lo decías cuando escondía a montones toda la despensa de mi padre en tu cuartito[34].

PARMENÓN.— ¡Anda, tonto!

QUÉREAS.— Pero ¡por Hércules, eso ha pasado! Ahora arréglatelas para cumplir tus promesas, por favor. A ver si el asunto no es digno de que le dediques tus energías: esa muchacha no es como las nuestras, cuyas madres procuran que vayan con los hombros caídos y el pecho ceñido[35] para que parezcan más delgadas. Si alguna está un poco más lozana, dicen que es un boxeador y le quitan la comida. Aunque sean de buena constitución, con el régimen las dejan como juncos. Y así logran que se enamoren de ellas[36].

[34] Parmenón parece poseer una pequeña habitación particular *(cellula)* en la casa de su amo. Quizás ésta sea una concesión a la fantasía de la «Atenas de comedia» de la *palliata*.

[35] En sus recomendaciones sobre la estética del aspecto femenino Ovidio parece tener en cuenta este pasaje: «A unos hombros altos les convienen unas finas almohadillas; si el pecho es escaso, que lo ciña una venda» *(Ars* III 273-274). Asimismo, CAT., 64, 65 *Tereti strophio vincta papillas*. *Cf.* NON., 1, 1: *Strophium est fascia brevis quae virginales tumores cohibet papillarum.*

[36] Según Donato, esta última frase de la intervención de Quéreas *(Itaque ergo amantur)* tiene doble sentido, de un lado irónico: «Y así nadie las ama»

Parmenón.— ¿Y cómo es esa tuya?

Quéreas.— Un semblante como nunca se ha visto.

Parmenón.— ¡Vaya, vaya!

Quéreas.— Su color es el suyo; su cuerpo, macizo y lleno de jugo.

Parmenón.— ¿Edad?

Quéreas.— ¿Edad? Dieciséis.

Parmenón.— La propia flor de la edad.

Quéreas.— Bien por la fuerza, bien a escondidas, bien mediante súplicas, arréglatelas para traérmela. Nada me importa con tal de hacerla mía ahora mismo.

Parmenón.— ¿Qué? ¿De quién es la muchacha?

Quéreas.— ¡Por Hércules, que no lo sé!

Parmenón.— ¿De dónde es?

Quéreas.— Lo mismo.

Parmenón.— ¿Dónde vive?

Quéreas.— Tampoco.

Parmenón.— ¿Dónde la viste?

Quéreas.— En la calle.

Parmenón.— ¿Por qué razón la dejaste escapar?

Quéreas.— Eso precisamente es lo que me estaba carcomiendo ahora mismo mientras venía. No creo que haya hombre al que toda la buena suerte le sea más contraria. ¡Qué desgracia ésta, estoy muerto!

Parmenón.— ¿Qué ha pasado?

Quéreas.— ¿Me lo preguntas? ¿Conoces a Arquidémides, el pariente y camarada[37] de mi padre?

(Itaque nemo illas amat); y de otro, resulta que aunque son amadas, no lo son gracias a la naturaleza, sino gracias a los artificios *(Atque ita fit, ut amentur non naturae merito sed industria).*

[37] Con el latín *aequalem*, Terencio parece querer aludir a un miembro de una *hetairía* ateniense, concepto que designa a cualquier grupo de personas vinculadas entre sí por cualquier razón. Así, son *hetairíai* los pitagóricos o los

Parmenón.— ¿Cómo no?

Quéreas.— Mientras la iba siguiendo, se me cruzó en medio.

Parmenón.— ¡Qué inoportuno, por Hércules!

Quéreas.— Más bien una auténtica calamidad, pues otras cosas son las que hay que llamar inoportunas, Parmenón. Es un hecho que puedo jurar que no lo había visto en los últimos seis o siete meses. Y precisamente me lo encuentro hoy, cuando menos hubiera querido y menos falta hacía. ¿Acaso esto no es como una señal? ¿Qué opinas?

Parmenón.— Sin duda.

Quéreas.— A continuación me viene corriendo, y desde qué distancia, encorvado, tembloroso, con los labios caídos y gimiendo: *(Parodiando la conversación con Arquidémides.)* «¡Escucha, escucha; a ti te digo, Quéreas!», me decía. Me detuve. «¿Sabes para qué te iba buscando?» «Dime.» «Mañana tengo un juicio.» «Bueno, ¿y qué?» «Quería que sin falta le recordaras a tu padre que no se olvide de que por la mañana tiene que asesorarme». Una hora pasó hasta que terminó de explicármelo. Le pregunté si mandaba algo más, y me contestó: «Eso es todo». Me fui, y, al volverme hacia la muchacha, ella entretanto había girado justo hacia aquí, hacia nuestra plazuela.

Parmenón.— *(Aparte.)* Raro sería que no se refiera a la que le acaban de regalar a Taide.

Quéreas.— Cuando llegué aquí, había desaparecido.

Parmenón.— Evidentemente, la muchacha tendría algún acompañante.

Quéreas.— Claro, un parásito con una esclava.

---

discípulos de Sócrates, como también lo son diversas agrupaciones políticas o intelectuales de todas las épocas del mundo griego. Los miembros de dichas sociedades suelen ser de la misma edad o condición y, por ello, se consideran *homoíoi*, que es verosímilmente el término que está traduciendo este concepto.

Parmenón.— *(Aparte.)* ¡Es ella, sin duda! *(Dirigiéndose a Quéreas.)* Déjalo. Ya puedes dar el asunto por enterrado[38].

Quéreas.— Te vas del tema.

Parmenón.— A eso voy, precisamente.

Quéreas.— ¿Sabes quién es, o la has visto? Dímelo.

Parmenón.— La he visto, la conozco, sé adónde la han llevado.

Quéreas.— ¡Oye, Parmenón, amigo! ¿La conoces?

Parmenón.— La conozco.

Quéreas.— ¿Y sabes dónde está?

Parmenón.— La han traído a casa de Taide, la cortesana. Es un regalo para ella.

Quéreas.— ¿Quién es tan poderoso como para hacer regalo semejante?

Parmenón.— El soldado Trasón, el rival de Fedrias.

Quéreas.— ¡Duro papel le adjudicas a mi hermano!

Parmenón.— Con más razón lo dirías si supieras el regalo que va a recibir Taide de su parte.

Quéreas.— ¿Qué, pues? ¡Dime, por Hércules!

Parmenón.— Un eunuco.

Quéreas.— Por favor, ¿aquel individuo horroroso que compró ayer, esa vieja?

Parmenón.— Ése precisamente.

Quéreas.— Sin duda, lo pondrán de patitas en la calle, a él y a su regalo. Pero no sabía que esa Taide fuera vecina nuestra.

Parmenón.— No hace mucho que lo es.

Quéreas.— ¡Infeliz de mí! ¡Que nunca la haya visto! Oye, dime: ¿es su belleza como se cuenta?

[38] La expresión *conclamatum est*, que aquí traducimos por «ya puedes dar el asunto por enterrado» hace alusión, según Donato, a la *conclamatio*, el ritual romano en el que el difunto es invocado a voces con el fin de garantizar formalmente su muerte. De ahí nuestro intento de mantener la alusión fúnebre en nuestra traducción.

Parmenón.— Sí.

Quéreas.— Pero ¿nada en comparación con la de mi amada?

Parmenón.— Es distinta.

Quéreas.— ¡Te lo suplico, por Hércules, Parmenón, arreglátelas para que me haga con ella!

Parmenón.— Me esforzaré por hacerlo, pondré mi empeño en ello y te ayudaré. ¿Quieres algo más de mí? *(Hace ademán de entrar en casa.)*

Quéreas.— ¿Adónde vas ahora?

Parmenón.— A casa; para llevar esos esclavos[39] a Taide, tal como me ordenó tu hermano.

Quéreas.— ¡Dichoso el eunuco ese, que lo colocan en esa casa!

Parmenón.— Y eso, ¿por qué?

Quéreas.— ¿Me lo preguntas? Siempre verá en la casa a una compañera de esclavitud de tan grande hermosura, hablará con ella, la acompañará en las mismas estancias, a veces compartirá con ella el alimento, incluso alguna vez dormirá a su lado.

Parmenón.— ¿Y qué pasaría si tú precisamente fueras ahora ese afortunado?

Quéreas.— ¿Cómo dices, Parmenón? Contesta.

Parmenón.— Podrías ponerte su ropa.

Quéreas.— ¿Su ropa? Y luego, ¿qué más?

Parmenón.— Yo te haría entrar en su lugar.

Quéreas.— Te escucho.

Parmenón.— Y diría que tú eres él.

Quéreas.— Comprendo.

Parmenón.— Podrías disfrutar de esas ventajas que hace poco mencionabas: como ninguna de ellas te conoce ni sabe

[39] El eunuco y la esclava etíope. La mención de esta última constituye una leve incoherencia en la trama, quizás un problema de adaptación, ya que Quéreas no sabe nada de ella.

quién eres, comerías con ella, te sentarías con ella, la tocarías, jugarías con ella, dormirías a su lado. Además, tu aspecto y tu propia edad resultan muy adecuados para que te tomen por eunuco.

QUÉREAS.— ¡Qué bien has hablado! Nunca he visto dar un consejo mejor. ¡Venga, vamos dentro ya! ¡Vísteme, sácame de aquí y llévame allí cuanto antes! *(Hace ademán de entrar en casa.)*

PARMENÓN.— ¿Qué haces? Si sólo era una broma.

QUÉREAS.— Bobadas.

PARMENÓN.— *(Aparte.)* ¡Estoy perdido! ¿Qué he hecho, pobre de mí? *(Quéreas empieza a tirar de Parmenón hacia la casa.)* ¿Adónde me empujas? ¡Que me tiras! ¡Que te lo repito, déjame!

QUÉREAS.— ¡Vamos!

PARMENÓN.— ¿Te empeñas?

QUÉREAS.— Estoy resuelto.

PARMENÓN.— Mira, no te excedas en tu astucia.

QUÉREAS.— De ninguna manera; tú déjame.

PARMENÓN.— Claro, pero esas habas a mí me las han de moler encima[40].

QUÉREAS.— ¡Bah!

PARMENÓN.— Vamos a cometer una infamia.

QUÉREAS.— ¿Infamia que me metas en la casa de una cortesana? ¿Esas mujeres que son nuestra cruz, que se burlan de nosotros y de nuestra juventud torturándonos continuamente de todas las maneras? ¿Infamia devolverles ahora el favor y engañarlas tal como ellas nos engañan a nosotros? ¿Sería más justo jugar a engañar a mi padre? Quienes lo supieran me condenarían; lo otro todos considerarán que se lo han buscado.

[40] *At enim istaec in me cudetur faba.* El sentido de la expresión proverbial que usa Parmenón es evidente. Hace alusión a la paliza que teme recibir.

PARMENÓN.— ¿Qué te voy a decir? Si estás resuelto a hacerlo, hazlo. Pero, luego, no me eches las culpas a mí.

QUÉREAS.— No lo haré.

PARMENÓN.— ¿Me lo mandas?

QUÉREAS.— ¿Si te lo mando? Te lo exijo y te lo ordeno. Nunca rehuiré mi responsabilidad. Sígueme.

PARMENÓN.— ¡Los dioses nos sean propicios! *(Los dos entran en casa.)*

ACTO III

ESCENA PRIMERA

TRASÓN, GNATÓN, PARMENÓN

TRASÓN.— *(Entrando en escena con Gnatón.)* ¿Que Taide me lo agradece mucho?

GNATÓN.— De la forma más efusiva.

TRASÓN.— ¿Y dices que está contenta?

GNATÓN.— No tanto por el regalo en sí como por el hecho de que venga de ti. Con esto sí que celebra un auténtico triunfo.

PARMENÓN.— *(Saliendo de casa, y a solas sin verlos.)* Vengo a ver la situación y, cuando sea el momento, llevaré a los esclavos. *(Ve a Trasón.)* Pero ¡mira, el soldado!

TRASÓN.— Sí, está en mi naturaleza causar la mejor impresión por todo lo que hago.

GNATÓN.— ¡Por Hércules, que ya me he dado cuenta!

Trasón.— El rey[41], por ejemplo, siempre me demostraba la mayor gratitud, hiciera lo que hiciera, cosa que no hacía con los demás.

Gnatón.— El que tiene salero como tú con sus palabras suele mover hacia sí la gloria que otros consiguen con grandes fatigas.

Trasón.— Lo entiendes.

Gnatón.— Así pues, el rey como a la niña de sus ojos...

Trasón.— ¡Evidentemente!

Gnatón.— ... te quería.

Trasón.— Sí. Me confiaba todo su ejército y sus decisiones.

Gnatón.— Impresionante.

Trasón.— Además, si alguna vez se cansaba de la gente o

[41] No es fácil determinar a qué monarca en concreto alude Trasón. Ni tampoco si en el original de Menandro aparecería su nombre. Por la peripecia del soldado que narra Taide (vv. 125-126) da la impresión de que Trasón ha sido soldado en Caria. Según esto, se estaría aludiendo a algún rey helenístico. A la muerte de Alejandro, Caria fue primero gobernada por Antígono Monoftalmo, en 301 pasó a formar parte del imperio de Lisímaco, después quedó bajo el control de los Ptolomeos y finalmente en la primera mitad del s. III a. C. llegó a manos de los Seléucidas. La mención a la presencia de elefantes en el ejército del rey induce a pensar en que éste sea, efectivamente, Seleuco I, a quien Chandragupta había entregado un fuerte contingente de elefantes de guerra que empleó exitosamente en la batalla de Ipso (Diod. Síc., XX 113, 4). De hecho, uno de los Seleucos es también mencionado como el rey al que sirve el Pirgopolínices del *Miles gloriosus* de Plauto (v. 75). Ahora bien, lo más verosímil es que el público romano, a pesar del anacronismo, identificara a este innominado monarca con Pirro, que es citado explícitamente en 783, y que, como es sabido, sorprendió a los romanos por su empleo de elefantes en las dos batallas que hizo contra Roma. Consideramos improbable la presencia de este personaje en el original griego, ya que este rey no logró fama hasta dos años antes de la muerte de Menandro (a. 292 a. C.). Nos hallaríamos, pues, ante una innovación de Terencio, quien habría considerado que el epirota resultaba más conocido para su público y, por tanto, más chistosa su mención.

se aburría de un asunto, cuando quería descansar..., como si... ¿Me entiendes[42]?

Gnatón.— Ya sé. Como si quisiera escupir del alma aquella miseria.

Trasón.— Eso es. Entonces me llevaba aparte como único comensal a su lado.

Gnatón.— ¡Anda! Hablas de un rey refinado.

Trasón.— Más bien sí. Es hombre de pocos, poquísimos amigos.

Gnatón.— *(Aparte.)* Más bien, me parece que de ninguno, si sólo trata contigo.

Trasón.— Y todos los demás, por detrás, estaban que mordían de la envidia. Pero yo no hacía el menor caso. Daba pena lo que me envidiaban; pero sobre todo uno, el que mandaba los elefantes indios. En cierta ocasión que estaba particularmente impertinente le solté: «Estratón, dime, me gustaría saber si te pones así de bravo por tener el mando sobre bestias».

Gnatón.— ¡Vaya, vaya, una respuesta fina y acertada, por Hércules! Lo degollaste. Y él, ¿qué?

Trasón.— Mudo en el acto.

Gnatón.— ¿Cómo no?

Parmenón.— *(Aparte.)* ¡Válganme los dioses, que este individuo es un infame y un desgraciado[43]; y el otro, un perjuro!

Trasón.— Gnatón, ¿nunca te hable de aquello, de cómo en un banquete le di de lleno a uno de Rodas[44]?

Gnatón.— Nunca, pero, por favor, cuéntamelo. *(Aparte.)* Más de mil veces se lo he oído.

[42] Esta intervención de Trasón parece ser una cita poética, quizás de una tragedia, que Trasón no sabe concluir y que tiene que rematar Gnatón.

[43] *Cf.* Men., *Sent.* 408: «Nada es más digno de lástima que la vanagloria»; 778: «No hagas elogio de ti mismo».

[44] Recordemos que Trasón ha pasado una temporada en Rodas (v. 134).

Trasón.— Compartía mesa en un banquete con el jovenzuelo rodio que te comento. Daba la casualidad de que yo tenía una ramera, con la que empezó a juguetear para burlarse de mí. Entonces le espeté al tipo: «¿Qué le dices, sinvergüenza? Aún eres una liebre, ¿y ya vas buscando estofado?»[45].

Gnatón.— ¡Ja, ja, ja!

Trasón.— ¿Qué hay?

Gnatón.— Encantador, fino, delicado... El no va más. ¿Era cosa tuya ese chascarrillo? Por favor. Creía que era un chiste viejo.

Trasón.— ¿Lo habías oído ya?

Gnatón.— Muchas veces, y lo cuentan entre los más agudos.

Trasón.— Pues es cosa mía.

Gnatón.— Es una lástima que se lo endilgaras a un muchacho poco avisado y de buena familia.

Parmenón.— *(Aparte.)* ¡Que los dioses te confundan!

Gnatón.— ¿Y el otro qué dijo? Cuéntame.

Trasón.— Anonadado. Todos los presentes se morían de la risa. En fin, todos me cogieron miedo.

Gnatón.— No sin razón.

Trasón.— Pero atiende, ¿debo darle explicaciones a Taide por sus sospechas de que estoy enamorado de su esclava?

[45] El chiste parece tener una cierta relación con la fábula milesia narrada por Apul., *Met.* IX, 27-28. Éste es el único de los personajes de Terencio que hace mínimamente referencia a una hipotética actividad homosexual, circunstancia que se termina de perfilar con más claridad en el v. 479. En última instancia, ambas alusiones caracterizan al más ridículo y vil de los personajes de la comedia. Por otra parte, según Flav. Vop., *Hist. Aug., Numer.* 13, 5, Terencio habría tomado el dicho de Livio Andrónico. Donato, por su parte, consigna que la alusión a la liebre *(lepus)* se debe a que, según creían los antiguos, ésta cambiaba de sexo, hecho que estaría en relación con el rol femenino que le asigna Trasón al muchacho. Según un escolio del Bembino, la palabra significaría aquí *muliebre corpus*.

Gnatón.— De ninguna manera. Más bien, has de aumentar esas sospechas.

Trasón.— ¿Por qué?

Gnatón.— ¿Me lo preguntas? ¿No te das cuenta de que tú te consumes rematadamente si alguna vez ella menciona o elogia a Fedrias?

Trasón.— Es verdad.

Gnatón.— Para que eso no pase, sólo hay un remedio: cuando nombre a Fedrias, tú de inmediato a Pánfila. Si alguna vez dice: «Invitemos a Fedrias a cenar», tú contestas: «Llamemos a Pánfila para que cante». Si ella elogia su apostura, tú actúa a la recíproca. En fin, devuélvele golpe por golpe para que se reconcoma.

Trasón.— Si ella me quisiera de verdad, eso podría procurarme alguna ventaja, Gnatón.

Gnatón.— Teniendo en cuenta que espera y adora cuanto le das, ya hace tiempo que te ama y ya hace tiempo que te resulta fácil hacerla sufrir. Está en el continuo temor de que, si te enfadas con ella, te vayas a llevar a otra parte la cosecha que ahora recoge.

Trasón.— ¡Bien has hablado! Eso no se me había pasado por la cabeza.

Gnatón.— Es de risa; es que no te habías puesto a reflexionar. De lo contrario, Trasón, habrías llegado a las mismas conclusiones bastante mejor que yo.

ESCENA SEGUNDA

TAIDE, TRASÓN, GNATÓN, PARMENÓN, PITÍADE

TAIDE.— *(Saliendo de su casa.)* Me parece que acabo de oír la voz del soldado. *(Lo ve.)* ¡Y míralo! *(Dirigiéndose a Trasón.)* ¡Salud, Trasón mío!

TRASÓN.— ¡Oh, mi dulce Taide! ¿Cómo va todo? ¿Me quieres un poquitín por la citarista esa?

PARMENÓN.— *(Aparte.)* ¡Qué encantador! ¡Menuda presentación nada más llegar!

TAIDE.— Muchísimo, conforme a tus merecimientos.

GNATÓN.— Así pues, vayámonos a cenar. ¿Por qué te quedas parada?

PARMENÓN.— *(Aparte.)* ¡Mira el otro! ¡Y que digan que éste pertenece a la raza humana!

TAIDE.— Cuando quieras. No me demoro.

PARMENÓN.— *(Aparte.)* Me voy a acercar y disimularé que estoy saliendo ahora. *(Dirigiéndose a Taide.)* ¿Te vas a algún sitio, Taide?

TAIDE.— *(Aparte.)* ¡Anda, mira, Parmenón! *(Dirigiéndose en voz baja a Parmenón.)* ¡Has hecho bien[46]! *(En alto.)* Hoy me iba...

PARMENÓN.— ¿Adónde?

TAIDE.— ¿Cómo? ¿No lo ves?

[46] Ya desde Donato, esta parte de la intervención de Taide *(Bene fecisti hodie)* ha causado problemas a los comentaristas y editores del texto. Así, J. MAROUZEAU, *n. ad loc.*, señala la posibilidad de que haya en ella *una faute d'adaptation*. Con todo, a nuestro juicio, el problema se puede resolver con facilidad, si se considera que estas palabras son un aparte dirigido en voz baja a Parmenón. Taide, pues, estaría manteniendo un doble juego con el esclavo con el fin de mantener las apariencias ante el soldado.

PARMENÓN.— *(Dirigiéndose en voz baja a Taide.)* Lo veo y me pongo malo. *(En alto.)* Cuando quieras, aquí tienes los regalos de Fedrias.

TRASÓN.— ¿Por qué nos paramos? ¿Por qué no nos vamos de aquí?

PARMENÓN.— *(Dirigiéndose a Trasón.)* ¡Por Hércules, te suplico que nos permitas, con tu consentimiento, reunirnos y hablar con ella para hacerle unos presentes que queremos!

TRASÓN.— *(Irónicamente.)* Espléndidos presentes, me imagino, o parecidos a los míos.

PARMENÓN.— Ya se verá. *(Dirigiéndose al interior de la casa.)* ¡Oye, haced que esos que os mandé salgan rápido a la calle! *(Dirigiéndose a la esclava etíope, que sale a la calle seguida de Quéreas, disfrazado de eunuco.)* Acércate tú aquí. *(Dirigiéndose a Trasón.)* Ésta es nada menos que de Etiopía.

TRASÓN.— Aquí habrá unas tres minas[47].

GNATÓN.— Apenas.

PARMENÓN.— *(Dirigiéndose a Quéreas.)* ¿Dónde estás tú, Doro? Ven aquí. *(Dirigiéndose a Taide.)* Mira el eunuco que te traigo. ¡Qué aspecto lleno de nobleza, y en lo mejor de la edad!

TAIDE.— ¡Válganme los dioses, qué noble aspecto[48]!

[47] Trescientas dracmas, equivalentes a unos mil doscientos sestercios romanos, aproximadamente 1,350 kilogramos de plata, una cantidad exigua para lo que, en realidad, vale un esclavo, que en la *palliata* alcanza precios de entre veinte y treinta minas.

[48] Por disfrazado que vaya, Quéreas no puede evitar mantener el aspecto propio de hombre libre, por lo que resulta chocante para Taide, quien lógicamente esperaba ver en él a un esclavo. Es propio de la mentalidad griega asignar al esclavo un aspecto desconfiado, innoble y canallesco. En cambio, un tiempo después, uno de los comensales de la cena de Trimalción cuenta que ha servido como esclavo 40 años sin que nadie supiera si era libre o esclavo (PETR., *Sat.* 57). Para los romanos la diferencia entre el libre y el esclavo no se debe a la naturaleza, sino tan sólo a una distinción estrictamente jurídica.

PARMENÓN.— *(Dirigiéndose a Gnatón.)* ¿Qué dices, Gnatón? ¿Hay algo que puedas sacarle en falta? *(Dirigiéndose a Trasón.)* Y tú, ¿qué, Trasón? *(Aparte.)* Callan, bastante alaban. *(Sigue en alto, dirigiéndose a Taide.)* Ponlo a prueba en letras, en gimnasia[49], en música. En lo que es preciso que sepa un joven libre, te garantizo sus habilidades.

TRASÓN.— *(Aparte.)* Yo, a este eunuco, si hiciera falta, hasta sobrio[50]...

PARMENÓN.— *(Dirigiéndose a Taide.)* Y quien te hace estos presentes no te exige vivir sólo para él y rechazar a los demás por su causa. No narra sus batallas, ni exhibe sus cicatrices, ni te pone obstáculos como hace cierta persona. Al contrario, se conforma con que lo recibas cuando no te sea molesto, cuando quieras o cuando tengas tiempo.

TRASÓN.— *(Dirigiéndose a Gnatón.)* Claro está que éste es el esclavo de un amo pobre y desdichado.

GNATÓN.— ¡Por Hércules, que estoy seguro de que quien tuviera para comprarse otro no sería capaz de aguantarlo!

PARMENÓN.— *(Dirigiéndose a Gnatón.)* Cállate tú, que para mí estás por debajo de lo más vil del mundo. Pues si te decidiste a adular a éste, me parece que eres capaz de buscar comida en un fuego funerario[51].

[49] Según PLUT., *Sol.* 1, 6, Solón habría prohibido a los esclavos las prácticas gimnásticas. La alusión de Parmenón a semejantes habilidades hace del falso eunuco un esclavo extraordinario.

[50] Ya hemos puesto de relieve que Trasón es el único de los personajes de Terencio que manifiesta —cierto que de forma algo velada— tendencias homosexuales. En tal sentido, se halla muy cercano al Pirgopolínices del *Miles gloriosus*, quien también es ridiculizado con ello, aunque de forma más explícita: «Anda, vete ya; bonito semental hubieras sido tú, que lo mismo te dan los machos que las hembras» (v. 1111-1113).

[51] *E flamma petere cibum.* Según Donato, se trata de una expresión coloquial que denota la ruindad de quien es capaz de robar las ofrendas que se queman en honor de los muertos. *Cf.* PLAUT., *Pseud.* 361: *Bustirape*; CAT., 59, 2-3: «La esposa de Menenio, esa que veíais a menudo en las tumbas robando comida de las piras...».

TRASÓN.— *(Dirigiéndose a Taide.)* ¿Nos vamos ya?

TAIDE.— Antes, voy a meter en casa estos esclavos y, de paso, doy las instrucciones necesarias. Salgo de inmediato para allá. *(Entra en casa seguida de Quéreas y la esclava etíope.)*

TRASÓN.— *(Dirigiéndose a Gnatón.)* Yo me voy de aquí; tú quédate a esperarla.

PARMENÓN.— *(Con ironía.)* No conviene que un general vaya por la calle del brazo con su amiguita.

TRASÓN.— ¿Para qué te voy a decir más? Eres igual que tu amo. *(Parmenón sale de escena[52].)*

GNATÓN.— ¡Ja, ja, ja!

TRASÓN.— ¿De qué te ríes?

GNATÓN.— De lo que acabas de decir y de la anécdota aquella del rodio, que me ha venido a la cabeza. *(Taide sale de nuevo acompañada de Pitíade, Doríade y otras esclavas.)* Pero ya sale Taide.

TRASÓN.— Ve por delante, apresúrate para que todo esté dispuesto en casa.

GNATÓN.— Como mandes. *(Sale de escena.)*

TAIDE.— *(Dirigiéndose en voz baja a Pitíade.)* Pitíade, si por un casual se presenta aquí Cremes, pon toda tu atención en pedirle, en primer lugar, que me espere. Si esto no le viene bien, que vuelva; si no pudiera, llévalo junto a mí.

PITÍADE.— Así lo haré.

TAIDE.— ¿Qué... qué más quería decirte? ¡Ah, sí! Velad con esmero por la muchacha. Procurad no salir de casa. *(Pitíade entra en casa.)*

[52] No es seguro de si entra en casa o bien se dirige al foro. Según J. R. BRAVO, *n. ad loc.*, en su siguiente aparición parece venir del foro.

TRASÓN.— *(Dirigiéndose a Taide.)* Vamos.

TAIDE.— *(Dirigiéndose a las esclavas.)* Vosotras, seguidme. *(Trasón, Taide y sus esclavas salen de escena.)*

ESCENA TERCERA

CREMES, PITÍADE (DORÍADE)

CREMES.— *(Entrando en escena, y a solas.)* La verdad que, cuanto más lo pienso, más veo que esta Taide me va a ocasionar un serio disgusto. ¡Hay que ver, la muy astuta, la zapa que me ha ido haciendo ya desde el primer momento, cuando me hizo llamar! Habrá quien me pregunte: «¿Qué tienes tú que ver con ella?». Ni siquiera la conocía. Cuando llegué, buscó un pretexto para que me quedara allí. Me contó que acababa de hacer un sacrificio[53] y que quería tratar conmigo un asunto serio. Ya entonces tenía sospechas de que todo esto lo hacía con mala intención. Se recostó a mi lado, se me ofreció, buscó conversación. Cuando ésta se enfrió, me salió con la pregunta de cuánto hacía que se me habían muerto mi padre y mi madre. Le dije que ya hacía tiempo. Y con que si yo tenía una finca en Sunio y que cuánto distaba del mar. Creo que le gusta y está esperando arrebatármela. Al final, me preguntó si de allí me había desaparecido una hermana pequeña; si alguien estaba con ella; qué llevaba cuando desapareció; si alguno podría reconocerla. ¿Por qué preguntar todo esto, a no ser que, según su audacia, ella pretenda hacerse pasar por aquella hermanita pequeña que me

[53] Puede que sea un sacrificio propiciatorio para obtener éxito en el asunto que tiene que tratar con Cremes.

desapareció hace tiempo? Ahora bien, ésta, si vive, no tendrá más de dieciséis años, y Taide es algo mayor que yo. Y ha insistido en hacerme volver de nuevo. ¡Que me diga qué quiere o que no me importune más! ¡Por Hércules, que no he de volver por tercera vez! *(Llamando a la puerta de la casa de Taide.)* Oye, oye, ¿hay alguien ahí? ¡Soy yo, Cremes!

PITÍADE.— *(Sale de casa.)* ¡Qué encantadora personita!

CREMES.— *(Aparte.)* ¿No estaba diciendo que me la estaban jugando?

PITÍADE.— Taide te ruega encarecidamente que vuelvas mañana[54].

CREMES.— Me voy al campo.

PITÍADE.— Hazlo, por favor.

CREMES.— Te lo repito: no puedo.

PITÍADE.— Pues quédate en nuestra casa hasta que regrese.

CREMES.— De eso, nada.

PITÍADE.— ¿Por qué, querido Cremes?

CREMES.— ¿Te irás de aquí al infierno?

PITÍADE.— Si eso es lo que has determinado, cariño, acércate a donde está ella.

CREMES.— Voy.

PITÍADE.— *(Dirigiéndose al interior de la casa.)* Venga, Doríade, acompáñalo inmediatamente a casa del soldado. *(Doríade sale de la casa y se va con Cremes; Pitíade entra de nuevo en casa.)*

[54] Siguiendo el tópico de la estupidez de la esclava cómica, Terencio hace que Pitíade confunda las órdenes que le ha dado Taide (vv. 502-503).

ESCENA CUARTA

ANTIFÓN[55]

ANTIFÓN.— *(Saliendo a escena, y a solas.)* Ayer, en el Pireo, algunos muchachos convinimos reunirnos hoy para una comida a escote. Nombramos a Quéreas organizador de la reunión; le dimos en prenda los anillos[56] y decidimos el lugar y la hora. La hora ya se ha pasado. En el lugar previsto no hay nada preparado y el individuo tampoco aparece. Ni sé qué decir ni qué aventurar. Ahora, los demás me han encargado que lo busque y por eso voy a ver si está en casa. *(Ve a Quéreas, que sale de casa de Taide disfrazado de eunuco.)* ¿Quién sale de casa de Taide? ¿Es o no es él? Sí, lo es. ¿Qué clase de hombre es ése? ¿Qué es semejante atavío? ¿Qué es ese desastre? No quepo en mí de asombro, ni encuentro explicación; pero, sea lo que sea, antes quiero enterarme a distancia de qué está pasando. *(Se retira a un lado de la escena.)*

[55] Donato informa de que este personaje es una creación de Terencio.

[56] Se trata de la costumbre ateniense de organizar una comida *de symbolis*. El organizador recibe de cada participante un anillo como prenda que le devolverá cuando haya pagado el escote de la comida. *Cf. Andr.* 88.

ESCENA QUINTA

QUÉREAS, ANTIFÓN

QUÉREAS.— *(A solas.)* ¿Acaso hay alguien aquí? Nadie. ¿Me sigue alguien de la casa? Ni un alma. ¿Puedo ya saltar de alegría? ¡Por Júpiter, ahora bien podría aceptar la muerte, antes que la vida me empañe esta alegría con alguna aflicción! Pero ¿no me voy a encontrar ahora a ningún chismoso que me siga a todas partes, que me machaque y me atosigue a preguntas por mi alborozo o el motivo de mi alegría, interrogándome por mi camino o de dónde he salido, de dónde he sacado este atuendo, qué pretendo, o si estoy o no en mis cabales?

ANTIFÓN.— *(A solas.)* Me voy para allá y le voy a ofrecer el favor que veo que quiere. *(Dirigiéndose a Quéreas.)* Quéreas, ¿qué pasa, que así te exaltas? ¿Adónde va a parar semejante atuendo? ¿Qué te pasa para estar tan contento? ¿Qué pretendes? ¿Estás razonablemente cuerdo? *(Quéreas permanece en silencio.)* ¿Por qué me miras? ¿Por qué callas?

QUÉREAS.— ¡Ay, el hombre de mis alegrías! ¡Amigo, salud! No hay nadie en el mundo a quien deseara ver más que a ti.

ANTIFÓN.— Te lo ruego, cuéntame qué es lo que te pasa.

QUÉREAS.— ¡Por Hércules, que más bien soy yo quien te suplica que me oigas! ¿Conoces a esa mujer liada con mi hermano?

ANTIFÓN.— La conozco, sí; me parece que es Taide.

QUÉREAS.— Esa misma.

ANTIFÓN.— Eso creía recordar.

QUÉREAS.— Hoy le han regalado una muchacha. ¿Qué te voy a contar o elogiar de su aspecto, Antifón, siendo que ya sabes lo buen catador de bellezas que soy? Me ha dejado trastornado.

ANTIFÓN.— ¿Sí?

QUÉREAS.— Estoy seguro de que, si la ves, reconocerás que es superlativa. ¿Para qué hablar más? Me enamoré. Por fortuna, resulta que teníamos en casa un eunuco que mi hermano le había comprado a Taide y que todavía no se lo había llevado. Entonces, Parmenón, nuestro esclavo, me dio una idea que me apresuré a aceptar.

ANTIFÓN.— ¿De qué se trata?

QUÉREAS.— Si te callas, antes la oirás. Que me cambiara las ropas con él y me hiciera conducir hasta ella en su lugar.

ANTIFÓN.— ¿En lugar del eunuco?

QUÉREAS.— Eso es.

ANTIFÓN.— Pero, a la postre, ¿qué ibas a sacar en limpio de eso?

QUÉREAS.— ¿Lo preguntas? Iba a ver, oír y estar junto a la mujer que deseaba, Antifón. ¿Acaso es fútil mi motivo o insensata mi razón? Me entregaron a Taide. En cuanto me recibió, me condujo a su casa contenta de verdad; me confió la muchacha.

ANTIFÓN.— ¿A quién? ¿A ti?

QUÉREAS.— A mí.

ANTIFÓN.— *(Irónicamente.)* ¡Bastante cauta, sí!

QUÉREAS.— Me ordenó que ningún hombre se le acercara y me mandó que no me separara de ella, que me quedara a solas con ella en la parte más retirada de la casa. Asentí humildemente mirando hacia el suelo.

ANTIFÓN.— *(Irónicamente.)* ¡Pobre!

QUÉREAS.— Y dijo: «Yo salgo a cenar», y se llevó consigo unas esclavas. Y unas pocas esclavas recién compradas se quedaron para acompañarla. A continuación, hicieron los preparativos para su baño. Las animé a que se dieran prisa. Mientras lo disponían, la muchacha se quedó sentada en su alcoba contemplando un cuadro en el que estaba pintada la historia de cuando Júpiter se dejó caer en el regazo de Dánae como lluvia

de oro[57]. Yo también empecé a mirarlo. Y, como Júpiter ya había hecho en otro tiempo una burla semejante, tanto más se me alegraba el alma de que un dios se hubiera transformado en hombre y hubiese venido a escondidas a un tejado ajeno para deslizarse por el impluvio y engañar a una mujer. ¡Y qué dios! *(Recitando en tono solemne.)* «El que sacude tonante del cielo las regiones más altas[58]». Y yo, un hombrecillo, ¿no lo iba a hacer? Pues sí, lo hice; y muy a gusto. Mientras me iba repitiendo estas consideraciones, en éstas llamaron a la doncella para el baño. Se fue, se bañó, regresó. Luego, las otras la tendieron en un lecho. Me quedé de pie a la espera de si me mandaban algo. Una se me acercó

---

[57] Recordemos las pinturas parietales de carácter erótico que se han hallado en diversos burdeles del mundo romano. Donato señala que esta representación del famoso episodio mitológico (OVID., *Met.* IV 610 y ss.) resulta particularmente adecuada para la casa de una cortesana, su presencia no sólo daría cuenta del motivo erótico en sí, sino que aludiría a la insaciable avaricia de las prostitutas. De hecho, es Luciano quien reinterpreta el motivo de la lluvia de oro de Júpiter como un símbolo de las relaciones amorosas por dinero: «Ahora me convenzo en verdad de que Zeus en cierta ocasión se convirtió en oro, pues ¿qué doncella no iba a recibir con el pecho descubierto a tan hermoso amante, llovido a través del techo?» *(Tim.* 41). De hecho, Horacio ya lo había insinuado veladamente: «... si Júpiter y Venus no hubieran burlado a Acrisio, temeroso guardián de la oculta doncella, el camino iba a ser seguro y franco para el dios, convertido en metal precioso. Gusta el oro pasar por medio de los guardas y de romper las piedras más poderoso que el golpe de los rayos». *(Od.* III 16, 5-12). El tópico llega hasta Quevedo: «Pues si era Dánae mujer, (...) / ¿con cuánta mayor razón / me desharé en lluvia roja / sobre tus faldas, y en minas / podrás decir que me cobras?» (682, vv. 45-52, en F. QUEVEDO, *Poesía original completa,* Barcelona, Planeta, 1990 [ed. de J. M. Blecua]). Por otra parte, PLAUT., *Men.* 144 y ss., alude a frescos en los que se representaría el episodio de Júpiter y Ganímedes o el de Venus y Adonis y que le sirven al parásito Cepillo para intentar seducir a Menecmo. De la misma manera, en *Most.* 832 y ss. Tranión intenta lo mismo con Teoprópides a partir de una pintura en la que una corneja se burla de dos buitres.

[58] Ya Donato señaló que este verso es una parodia de Enio *(Ann.,* 48, *ad caeli caerula templa*; 263, *summo sonitu quatit ungula terram).*

y me dijo: *(Parodiando a la esclava.)* «Oye, Doro, coge este abanico y hazle un poco de aire; así. *(Hace el gesto correspondiente.)* Mientras, nos bañamos nosotras. Cuando nos hayamos bañado, si quieres, báñate tú». Y yo, mohíno, cojo el abanico.

ANTIFÓN.— Entonces, sí que hubiera querido ver esa jeta de sinvergüenza y la pinta que tenías. Un burro tan grande como tú con un abaniquito.

QUÉREAS.— Apenas hubo hablado, todas juntas se precipitaron afuera. Salieron a bañarse, organizando follón, como suele pasar cuando los amos están ausentes. Entretanto, el sueño vence a la muchacha. Y yo la miro a hurtadillas, así *(Hace el gesto correspondiente mirando a través de un abanico imaginario.)*, de reojo, a través del abanico, y, de paso, examino todo a ver si tengo la situación bajo control; veo que sí y echo el pestillo a la puerta.

ANTIFÓN.— Y entonces, ¿qué?

QUÉREAS.— ¿Cómo que «entonces, ¿qué?», tonto?

ANTIFÓN.— Tienes razón.

QUÉREAS.— ¿Iba yo a dejar escapar semejante ocasión, que se me presentaba tan breve, tan deseada, tan inesperada? ¡Por Pólux, que entonces sí hubiera sido lo que fingía ser[59]!

ANTIFÓN.— ¡Por Hércules, que tienes razón en lo que dices! Pero entretanto, ¿qué ha pasado con la cena a escote?

---

[59] Obsérvese cómo la intervención de Quéreas queda reforzada humorísticamente por el uso de una interjección típicamente femenina, *edepol*. De hecho, en la Antigüedad, la pérdida de los genitales masculinos comporta automáticamente la feminización. Así, ARIST., *Gen. anim.* 4, 1: «Los eunucos no caen sino en la idea de ser poco menos que una hembra». Los pasajes sobre la afeminación del eunuco son numerosísimos. Baste como ejemplo, APUL., *Met.* VIII 26, 1-2: «Tan pronto como llegó, ella grita desde el umbral: "Muchachas, aquí tenéis a un esclavillo precioso que he comprado y traído para vosotras". Pero aquellas no eran tales muchachas, sino en realidad un coro de invertidos, los cuales, saltando al instante de gozo, lanzan gritos discordantes con una voz de mujer...». En realidad, tampoco se trata de *cynaedi*, como dice Apuleyo, sino de eunucos.

QUÉREAS.— Ya está todo preparado.

ANTIFÓN.— Eres hombre de provecho. ¿Dónde? ¿En tu casa?

QUÉREAS.— No, en casa del liberto Disco.

ANTIFÓN.— Está lejísimos, así que, por tanto, apresurémonos más. Cámbiate de ropa.

QUÉREAS.— ¿Dónde me puedo cambiar? ¡Estoy perdido, pues ahora estoy desterrado de mi casa! Tengo miedo de que mi hermano esté dentro; además, de que mi padre haya regresado ya del campo.

ANTIFÓN.— Vamos a mi casa; es el sitio más cercano en el que te puedes cambiar.

QUÉREAS.— Tienes razón. Vamos, y, de paso, quiero que me aconsejes sobre cómo puedo apoderarme de la muchacha.

ANTIFÓN.— Sea. *(Los dos salen juntos de escena.)*

ACTO IV

ESCENA PRIMERA

DORÍADE

DORÍADE.— *(Entrando en escena, y a solas.)* ¡Válganme los dioses, por lo que he visto de él, temo, y no sin razón, pobre de mí, que ese loco del soldado le organice un follón o una brutalidad a Taide! Pues, después de que el muchacho ese, Cremes, el hermano de la muchacha, se presentara, ella pidió al soldado que le permitiera entrar. Él, al momento, se enfadó, pero no se atrevió a decir que no. Taide siguió insistiendo en que lo invitara. Lo hacía para retenerlo, porque todavía no era el momento

de revelarle lo que deseaba decirle de su hermana. El otro lo invitó mohíno; y él se quedó. Entonces, Taide se apresuró a entablar conversación con él. Pero el soldado se imaginó que le habían puesto en la cara un rival, y para hacérselo pasar mal a Taide ordenó: *(Parodiando a Trasón.)* «¡Oye, mozo, haz venir a Pánfila para que nos entretenga aquí!». Y ella exclamó: *(Parodiando a Taide.)* «¡Por nada del mundo! ¿Ella en un banquete?»[60]. El soldado porfiaba, y de allí se llegó a la discusión. Mientras, ella se quitó sus joyas a escondidas y me las entregó para que me las llevara[61]. Esto es la prueba, lo sé, de que, en cuanto pueda, Taide se va a escabullir de esa casa.

ESCENA SEGUNDA

FEDRIAS (DORÍADE)

FEDRIAS.— *(Entrando en escena, y a solas sin ver a Doríade.)* Mientras estaba de camino al campo, en éstas me puse a pensar y, tal como suele ocurrir cuando tenemos alguna preocupación en el alma, pasaba de una cosa a otra imaginándome todo lo peor. ¿Para qué hablar? Y pensando pensando, sin darme cuenta dejé atrás la granja. Cuando me di cuenta, ya me había alejado un buen trecho. Me volví atrás fastidiado de verdad. Al llegar justo al desvío, me detuve y empecé a reflexionar: «Anda, ¿he de quedarme aquí solo dos días sin ella?

[60] Por supuesto, la convención cómica, reflejo de la costumbre ateniense, impide por completo la presencia de una mujer libre en un banquete de cortesanas.

[61] Taide teme que el soldado, despechado, le arrebate las joyas que le ha regalado.

Y luego, ¿qué? Nada. ¿Cómo que nada? Si no tengo la posibilidad de tocarla. ¡Bah! ¿Ni siquiera la de verla? Si lo primero no puedo, por lo menos lo segundo, sí. En realidad, amar, incluso desde la barrera, ya no es nada de nada[62]». Y ya dejé atrás la granja deliberadamente. *(Ve a Pitíade, que sale de la casa.)* Pero ¿qué ocurre para que Pitíade salga de repente con ese miedo?

ESCENA TERCERA

PITÍADE, DORÍADE, FEDRIAS

PITÍADE.— *(A solas.)* ¿Dónde podré encontrar a ese criminal, a ese impío? ¿Adónde he de ir a buscarlo, pobre de mí? ¡Haberse atrevido a semejante atrevimiento!

FEDRIAS.— *(A solas.)* ¡Estoy perdido! Miedo me da qué puede estar pasando aquí.

PITÍADE.— *(A solas.)* ¡Más aún, el muy canalla, después de divertirse con la muchacha, a la pobre le desgarró todo el vestido y encima le arrancó el cabello.

FEDRIAS.— *(A solas.)* ¿Eh?

[62] Para la expresión *extrema linea*, L. RUBIO, *n. ad loc.*, y J. R. BRAVO, *n. ad loc.*, admiten la explicación de Donato, que, a nuestro juicio, es excesivamente alambicada. Según el comentarista, *quinque lineae perfectae sunt ad amorem: prima visus, secunda alloqui, tertia tactus, quarta osculi, quinta coitus.* Creo que la mención se puede solucionar más fácilmente acudiendo a una metáfora del estadio (tal es la razón de nuestra traducción «desde la barrera»), tal como pone de relieve J. MAROUZEAU, *n. ad loc.* Éste se apoya en Lactancio Plácido, comentarista de Estacio *(Theb.* III 283), quien afirma: *puellam extrema amoris linea diligens, satis animo solo faciebat aspectu.*

PITÍADE.— *(A solas.)* Si ahora tuviera delante a ese envenenador[63], ¡cómo le saltaría con las uñas a los ojos!

FEDRIAS.— *(A solas.)* De verdad, no sé qué follón habremos tenido en casa[64] en mi ausencia. Me acercaré. *(Dirigiéndose a Pitíade.)* ¿Qué pasa? ¿A qué viene esa prisa? ¿A quién buscas, Pitíade?

PITÍADE.— *(Ve a Fedrias.)* ¡Anda, mira: Fedrias! *(Dirigiéndose a Fedrias.)* ¿Que a quién busco yo? ¿No te has de marchar de aquí a donde te mereces con tus regalos tan simpáticos?

FEDRIAS.— ¿Qué pasa?

PITÍADE.— ¿Me lo preguntas? ¡Menudo follón ha organizado el eunuco que nos regalaste! Ha deshonrado a la doncella que el soldado le había regalado a mi ama.

FEDRIAS.— ¿Qué dices?

PITÍADE.— ¡Estoy perdida!

FEDRIAS.— Borracha es lo que estás.

PITÍADE.— ¡Ojalá así estén todos los que mal me quieren!

DORÍADE.— *(Saliendo de casa de Taide.)* ¡Ay, por favor, amiga Pitíade! ¿Pues qué prodigio es ése?

FEDRIAS.— Estás loca. ¿Cómo iba a poder hacer eso un eunuco?

PITÍADE.— Lo que era, no lo sé; lo que hizo, la propia realidad lo evidencia. La muchacha está deshecha en llanto y, por más que se le pregunte, no se atreve a decir qué le ha pasado. Por otra parte *(Irónicamente.)*, ese hombre de bien no aparece

[63] El *veneficium* es uno de los delitos más graves en Roma. Suele ir asociado a la brujería y, por tanto, se suele considerar un crimen típicamente femenino. Así, en 351 a. C., varios hombres de estado murieron de una misteriosa enfermedad. La investigación condujo a la ejecución de 170 matronas (LIV., VIII 18; VAL. MÁX., II 5, 3). Asimismo, LIV., XL 37. El término *veneficus* se emplea frecuentemente como insulto en la comedia. *Cf.* PLAUT., *Aul.* 86: *trivenefica.* Repárese que contribuye a la caracterización femenina del eunuco.

[64] Fedrias ya se considera de casa de Taide.

por ninguna parte. Incluso me barrunto, pobre de mí, que al largarse se ha llevado algo de la casa.

FEDRIAS.— Muy raro me parecería que ese inútil pueda irse muy lejos, a no ser que por un casual haya regresado a nuestra casa.

PITÍADE.— Cariño, mira si está allí.

FEDRIAS.— Procuraré que lo sepas de inmediato. *(Entra en casa.)*

DORÍADE.— ¡Estoy muerta, te lo juro, querida! Ni siquiera había oído mencionar tan execrable crimen.

PITÍADE.— ¡Por Pólux, tenía entendido que los eunucos son los que más se enamoran de las mujeres, aunque no pueden hacer nada[65]! Pero ¡pobre de mí, no me había venido a la cabeza, porque lo habría encerrado en algún sitio y no le hubiera confiado la doncella!

ESCENA CUARTA

FEDRIAS, DORO, PITÍADE, DORÍADE

FEDRIAS.— *(Sale de la casa arrastrando al eunuco Doro a la calle.)* ¡A la calle, sinvergüenza! Pero ¿aún te obstinas en quedarte parado, fugitivo? ¡Sal, mal comprado!

DORO.— ¡Te lo ruego!

FEDRIAS.— ¡Oh, mira eso, cómo retuerce la cara el criminal de él! ¿Qué es eso de volver aquí? ¿Qué es eso de cambiarte de ropa? ¿Qué dices? *(Dirigiéndose a Pitíade.)* De bien que había

[65] Para las capacidades amatorias de los eunucos con las mujeres, MART., III 81; VI 67; JUV., I 22; VI 366.

planeado la fuga, si hubiera esperado un poco más, ya no lo hubiera agarrado en casa, Pitíade.

Pitíade.— Cariño, ¿ya tienes al individuo?

Fedrias.— ¿Cómo no lo voy a tener?

Pitíade.— ¡Oh, bien hecho!

Doríade.— ¡Por Pólux, sí que está bien!

Pitíade.— ¿Dónde está?

Fedrias.— ¿Me lo preguntas? *(Señalando a Doro.)* ¿No lo ves?

Pitíade.— ¿Verlo? Por favor, ¿a quién?

Fedrias.— A éste, claro.

Pitíade.— ¿Quién es este individuo?

Fedrias.— El que os han llevado hoy a vuestra casa.

Pitíade.— Fedrias, jamás ninguna de nosotras había puesto sus ojos en él.

Fedrias.— ¿Ninguna lo había visto?

Pitíade.— ¿Es que te crees que éste es el que nos han traído a casa? Por favor.

Fedrias.— Claro, no he tenido ningún otro.

Pitíade.— ¡Ay! Si éste no tiene comparación con aquél. Aquél tenía un aspecto apuesto y lleno de nobleza.

Fedrias.— Te lo parecería hace un rato, acicalado con ropa colorida[66]. Ahora, al no tenerla, te parece feo.

Pitíade.— ¡Calla, por favor! ¡Como si hubiera poca diferencia! Hoy nos has traído un muchacho que daba gusto verlo, Fedrias. Éste es un carcamal viejo y achacoso, de color de comadreja[67].

[66] Obsérvese cómo el eunuco queda caracterizado en términos femeninos al hacerle llevar esta *varia vestis*. De hecho, según la *Lex Oppia*, en vigor entre 215 y 195 a. C., las mujeres tenían prohibido el empleo de vestidos multicolores: ... *ne qua mulier plus semunciam auri haberet neu uestimento uersicolori uteretur* (Liv., 34, 1). Eugrafio, por su parte, comenta que *eunuchi utebantur veste versicoloria, ut multis coloribus texta fulgerent*. Sin embargo, puede ser que su afirmación sea una simple extensión del propio pasaje que comentamos.

Fedrias.— Anda, ¿qué comedia es ésta? ¿Me vas a hacer creer que no sé qué es lo que he hecho? *(Dirigiéndose a Doro.)* Oye tú, ¿no te compré yo?

Doro.— Lo hiciste.

Pitíade.— *(Dirigiéndose a Fedrias.)* Dile que ahora me conteste a mí.

Fedrias.— Pregúntale.

Pitíade.— *(Dirigiéndose a Doro.)* ¿Has venido hoy a nuestra casa? *(Dirigiéndose a Fedrias ante el gesto negativo de Doro.)* Lo niega. Pero si vino aquel otro, de unos dieciséis años, el que trajo consigo Partenón.

Fedrias.— *(Dirigiéndose a Doro.)* ¡Vamos! Empieza por explicarme esto: ¿de dónde has sacado este atuendo? ¿Callas, monstruo? ¿No has de hablar?

Doro.— Se presentó Quéreas.

Fedrias.— ¿Mi hermano?

Doro.— Sí.

Fedrias.— ¿Cuándo?

Doríade.— Hoy.

Fedrias.— ¿Hace cuánto?

Doro.— Un rato.

Fedrias.— ¿Con quién?

[67] Según Donato, Terencio habría confundido el original griego *galeótes* (lagarto) con *galé* (comadreja). De ahí que el color haya pasado de ser moteado a ser pardo. En cualquier caso, puede que el cambio haya sido consciente, ya que la comadreja puede que aluda a la mujer —de nuevo la caracterización femenina del eunuco— lasciva y ladrona. Así se ve en el *Gran Yambo de las mujeres* de Semónides: «Y otra [mujer es del linaje] de la comadreja, un linaje triste y ruin. / Pues ésta no posee nada hermoso ni atractivo, / nada que cause placer o amor despierte. / Está que desvaría por la unión de Afrodita, / pero al hombre que la posee le da náuseas. / Con sus hurtos causa muchos daños a sus vecinos» (fr. 7, W, vv. 51-55. Trad. de C. García Gual).

DORO.— Con Parmenón.

FEDRIAS.— ¿Ya lo conocías de antes?

DORO.— No, [ni nunca lo había oído nombrar].

FEDRIAS.— Entonces ¿de dónde te has sacado que era mi hermano?

DORO.— Parmenón decía que lo era. Él me dio esta ropa...

FEDRIAS.— *(Aparte.)* ¡Estoy perdido!

DORO.— ... y él se vistió con la mía. Luego, los dos salieron juntos a la calle.

PITÍADE.— ¿Te has convencido de que no estoy borracha y de que no te he mentido en nada? ¿Está ya demostrado que la doncella fue deshonrada?

FEDRIAS.— Venga ya, animal, ¿vas a confiar en lo que diga éste?

PITÍADE.— ¿Cómo que confiar en él? La propia realidad lo evidencia.

FEDRIAS.— *(Dirigiéndose a Pitíade.)* Apártate un poco por ahí... ¿Me oyes? Un poquito más. Suficiente. *(Dirigiéndose a Doro.)* Dímelo otra vez: ¿Quéreas te quitó la ropa?

DORO.— Lo hizo.

FEDRIAS.— ¿Y se vistió con ella?

DORO.— Lo hizo.

FEDRIAS.— ¿Y lo trajeron aquí *(Señalando la casa de Taide.)* en tu lugar?

DORO.— Sí.

FEDRIAS.— ¡Gran Júpiter! *(Aparte.)* ¡Qué hombre más criminal y atrevido!

PITÍADE.— ¡Ay de mí! ¿Ni siquiera ahora te crees que se ha burlado de nosotras con sus indignas artimañas?

FEDRIAS.— Raro sería que no te creyeras lo que dice. *(Aparte.)* No sé qué hacer. *(Dirigiéndose a Doro en voz baja.)* Oye, ahora niégalo todo. *(En alto.)* ¿Es que no podré sacarte hoy una verdad? ¿Has visto a mi hermano Quéreas?

DORO.— No.

FEDRIAS.— *(Dirigiéndose a Pitíade.)* Si no lleva unos palos, no es capaz de confesar la verdad, ya lo veo. *(Dirigiéndose a Doro.)* Sígueme por aquí. *(Dirigiéndose a Pitíade.)* Unas veces dice que sí, otras veces dice que no. *(Dirigiéndose a Doro en voz baja.)* Suplícame.

DORO.— ¡Fedrias, te lo suplico, de verdad!

FEDRIAS.— ¡Vete dentro inmediatamente! *(Lo golpea.)*

DORO.— ¡Ay, ay, ay! *(Doro entra en casa de Fedrias.)*

FEDRIAS.— *(Aparte.)* No sé de qué otra manera puedo salir de ésta manteniendo el tipo. *(Dirigiéndose a Doro, que ya está dentro de la casa.)* ¡De verdad que, si aquí te vuelves a burlar de mí también, todo se habrá acabado para ti, bribón! *(Entra en casa.)*

PITÍADE.— Tan seguro como que estoy viva que esto es una trapisonda de Parmenón.

DORÍADE.— Sí que lo es.

PITÍADE.— ¡Por Pólux, que hoy voy a encontrar el medio para devolverle el mismo favor! Pero ¿qué piensas que hay que hacer ahora, Doríade?

DORÍADE.— ¿Me preguntas sobre la doncella esa?

PITÍADE.— Eso, si debo callarme o contarlo todo.

DORÍADE.— ¡Por Pólux, tú, a poco sentido común que tengas, no sabes nada de lo que sabes, ni del eunuco, ni de que haya deshonrado a la doncella! Con esa actitud, no sólo te libras de todo el lío, sino que a ella le habrás hecho un favor. Tú, limítate a decir que Doro se ha ido.

PITÍADE.— Así lo haré.

DORÍADE.— Pero ¿no estoy viendo a Cremes? Pronto va a llegar Taide.

PITÍADE.— ¿Cómo es eso?

DORÍADE.— Porque, cuando me fui de allí, ya había empezado el follón entre ellos.

PITÍADE.— Tú, llévate esas joyas. Iré a enterarme por Cremes de lo que está pasando. *(Doríade entra en casa.)*

ESCENA QUINTA

CREMES, PITÍADE

CREMES.— *(Entrando borracho en escena, y a solas sin ver a Pitíade.)* ¡Tate! ¡Por Hércules, que me han engañado! Me ha podido el vino que bebí. Y, sin embargo, mientras estaba recostado, ¡lo estupendamente sobrio que me parecía estar! Pero desde que me he levantado, ni el pie ni la cabeza cumplen sus deberes.

PITÍADE.— ¡Cremes!

CREMES.— ¿Quién hay allí? *(Ve a Pitíade.)* ¡Anda, mira: Pitíade! ¡Vaya, cuánto más hermosa me pareces ahora que hace un rato!

PITÍADE.— ¡Y tú, la verdad que mucho más jovial, por Pólux!

CREMES.— ¡Por Hércules, que va a ser verdad ese refrán que dice que «sin Ceres y Baco, Venus pasa frío[68]»! Pero ¿hace mucho que ha llegado Taide?

PITÍADE.— ¿Es que ya ha dejado al soldado?

CREMES.— Ya hace rato, un siglo. Han tenido una discusión mayúscula.

PITÍADE.— ¿Y no te dijo nada de que la acompañaras?

CREMES.— Nada, si no es una señal que me hizo al salir.

[68] *Sine Cerere et Libero friget Venus.* Expresión proverbial de sentido evidente: «Sin pan y sin vino, el amor languidece». CIC., *ND* II 23, 60, la atribuye específicamente a Terencio.

PITÍADE.— Oye, ¿y eso no era suficiente?

CREMES.— No sabía qué quería decir con eso. Menos mal que el soldado remedió mi despiste poniéndome en la calle. *(Ve a Taide, que entra en escena.)* ¡Pero mírala, aquí está en persona! Me pregunto dónde la habré adelantado.

ESCENA SEXTA

TAIDE, CREMES, PITÍADE

TAIDE.— *(Entrando en escena, y a solas, sin ver a Cremes.)* Estoy completamente segura de que está a punto de presentarse para arrebatarme a la muchacha. ¡Que se acerque! Como la toque con un solo dedo, al instante le arranco los ojos. Puedo soportar su estupidez y sus fanfarronadas mientras sólo sean eso, palabras. Pero, si pasa a la acción, llevará una tunda.

CREMES.— ¡Taide, ya hace tiempo que estoy aquí!

TAIDE.— ¡Qué sorpresa, Cremes mío! A ti precisamente te estaba buscando. ¿Sabes de la trifulca que se ha organizado por ti y que todo este lío es de tu incumbencia?

CREMES.— ¿Por mí? ¿Cómo? Como si eso...

TAIDE.— Porque, mientras planeaba devolverte y restituirte a tu hermana, he sufrido estas tribulaciones y muchas otras cosas por el estilo.

CREMES.— ¿Dónde está ella?

TAIDE.— Conmigo, en casa.

CREMES.— *(Con disgusto.)* ¡Pues vaya!

TAIDE.— ¿Qué pasa? La he educado tal como es digno de ella y de ti.

CREMES.— ¿Qué dices?

Taide.— La pura verdad. Te la entrego como regalo y por ella no te pido ninguna compensación.

Cremes.— Taide, no sólo te agradezco el favor, sino que te lo he de devolver, tal como mereces.

Taide.— Pero cuida no la pierdas antes de recibirla de mí, Cremes; pues ella es lo que el soldado viene a quitarme a la fuerza. *(Dirigiéndose a Pitíade.)* Pitíade, vete y trae de casa la cestilla con los dijes que la identifican[69]. *(Pitíade entra en casa.)*

Cremes.— *(Viendo a Trasón, que entra en escena con nutrido séquito.)* ¡Taide! ¿Ves...?

Pitíade.— *(Desde dentro de la casa, preguntando a Taide por la cestilla.)* ¿Dónde está?

Taide.— En el arca. ¡Serás remolona, antipática!

Cremes.— ¿... al soldado? ¡Tate, cuántas fuerzas trae contra ti!

Taide.— ¿Es que vas a ser un cobarde, amigo mío? Por favor.

Cremes.— Déjalo ya si quieres. ¿Cobarde yo? Nadie en el mundo lo es menos.

Taide.— Pues eso hace falta.

Cremes.— ¡Ay, miedo me da pensar qué clase de hombre te figuras que soy!

[69] En latín *monumentis*, uno de los elementos tópicos que la *palliata* recoge de la *Néa*, en donde son designados *gnorísmata*, «elementos de reconocimiento». Se trata de la colección de pequeños objetos de orfebrería —de ahí nuestra traducción «dijes»— que sirven para reconocer a los niños perdidos de las comedias. Así, Men., *Epitr.* 275 y ss., Plaut., *Rud.* 1156 y ss., menciona los que llevaba la perdida Palestra: una espadilla de oro *(ensiculus aureolus)*, una hachita de doble filo *(securicula ancipes)*, una pequeña hoz de plata *(sicilicula argenteola)*, dos manitas unidas *(duae conexae maniculae)*, una cerdita *(sucula)*, una bolita de oro *(bulla aurea)*. El conjunto de elementos va guardado en una cestilla, precisamente la que le da el título a la *Cistellaria* plautina (vv. 635, 656, 664, 709, 735, 748).

Taide.— Más bien, piensa lo siguiente: el hombre con quien te las vas a ver aquí es extranjero, menos poderoso que tú, menos conocido, y con menos amigos que tú[70].

Cremes.— Lo sé; pero es tonto padecer aquello de lo que uno puede guardarse. Prefiero que tomemos medidas antes que vengar las afrentas recibidas. Tú, vete y cierra la puerta por dentro; mientras, yo salgo corriendo para el foro. En este follón quiero tener algunos asesores a mi lado. *(Hace ademán de salir.)*

Taide.— Espera.

Cremes.— Es mejor tenerlos.

Taide.— *(Sujetándolo.)* Espera.

Cremes.— Déjame. Regreso en un minuto.

Taide.— No los necesitas para nada, Cremes. Limítate a decir que la doncella es la hermana que perdiste cuando era niña; que ahora la has reconocido. Enséñales las pruebas.

Pitíade.— *(Saliendo de la casa.)* Aquí están.

Taide.— Cógelas. Si intenta hacer algo por la fuerza, llévalo a juicio. ¿Lo entiendes?

Cremes.— Perfectamente.

Taide.— Procura decirlo todo con presencia de ánimo.

Cremes.— Lo haré.

Taide.— Recógete la capa[71]. *(Aparte.)* ¡Estoy perdida! Me voy a buscar defensa precisámente en el más necesitado de protección.

[70] Y por tanto, tiene todas las de perder en una acción judicial. *Cf. Andr.* 810-812.

[71] Para no tener impedimento en la pelea que va a emprender.

ESCENA SÉPTIMA

Trasón, Gnatón, Sanga, Cremes, Taide (Simalión, Dónax, Sirisco)

Trasón.— *(Entrando en escena acompañado por Gnatón y sus esclavos.)* ¿Cómo voy a permitir una afrenta tan señalada, Gnatón? ¡Mejor sería morirme! *(Dirigiéndose a sus acompañantes.)* ¡Simalión, Dónax, Sirisco[72], seguidme! Para empezar, conquistaré la casa.

Gnatón.— ¡Bien!

Trasón.— Les voy a arrebatar a la doncella.

Gnatón.— Estupendo.

Trasón.— Y ésa, buena es la tunda que ha de llevar.

Gnatón.— Perfecto.

Trasón.— Tú, Dónax, al centro de la columna con la tranca; tú Simalión, al ala izquierda; tú, Sirisco, a la derecha. Venga, los demás. *(Dirigiéndose a Gnatón.)* ¿Dónde está el centurión Sanga y su compañía de rateros[73]?

Sanga.— Aquí se presenta.

Trasón.— ¿Cómo, inútil? ¿Piensas luchar con la bayeta esa que traes?

Sanga.— ¿Yo? Sabía del valor de mi general y del vigor de sus soldados, y que esta batalla no podía acabar sin sangre. ¿Cómo iba a limpiar las heridas?

Trasón.— ¿Dónde están los demás?

Gnatón.— ¡Maldita sea! ¿Cómo que «los demás»? Sólo falta Sanión, que está de guardia en casa.

[72] Dónax, «caña»; Simalión, «mona»; Sirisco, «Siricillo».

[73] Las relaciones entre cocineros y ladrones es proverbial, *cf.* Plaut., *Pseud.* 851-952.

Trasón.— *(Dirigiéndose a Gnatón.)* ¡Tú, ponlos en formación! Yo me quedaré aquí en la retaguardia, desde allí os daré a todos la señal.

Gnatón.— Eso es ser prudente. *(Aparte.)* Los dispone para el combate y él se ubica a resguardo.

Trasón.— *(Oyéndolo.)* Ya Pirro[74] lo solía hacer de la misma manera.

Cremes.— Taide, ¿estás viendo lo que hace? Sin duda, era prudente la decisión de cerrar la puerta.

Taide.— Aunque te parezca todo un hombre, es sólo un gran bribón. No tengas miedo.

Trasón.— *(Dirigiéndose a Gnatón.)* ¿Qué te parece?

Gnatón.— ¡Lo que me gustaría que ahora consiguieras una honda para golpearlos desde esta posición lejana y escondida! Huirían.

Trasón.— *(Ve a Taide.)* ¡Pero mira, aquí veo a Taide en persona!

Gnatón.— ¿A qué esperamos para atacar?

Trasón.— Espera. Conviene que el sabio agote todas las posibilidades antes de pasar a las armas. ¿Cómo sabes que no va a hacer lo que le exigí sin recurrir a la violencia?

Gnatón.— ¡Dioses, asistidme! ¡Cuánto vale la sabiduría! Jamás me acerco a ti sin partir más sabio.

Trasón.— Taide, para empezar, respóndeme una cosa: cuando te entregué esa muchacha, ¿no me dijiste que me concedías estos días sólo a mí?

Taide.— Bueno, ¿y qué?

Trasón.— ¿Y me lo preguntas? ¿Tú, que te has traído tu amante delante de mis propios ojos...?

[74] Pirro, rey de Epiro (318-272 a. C.), aliado de los tarentinos, que se enfrentó a los romanos en dos batallas (Heraclea y Áusculo), en 281 y 279 a. C. A pesar de que venció en ambas, sus pérdidas fueron tales que no pudo impedir que Roma se apoderara de la Magna Grecia.

TAIDE.— *(Aparte.)* ¿Qué puede hacer una con semejante tipo?

TRASÓN.— ¿... tú, que te has escapado con él a escondidas?

TAIDE.— Me dio por ahí.

TRASÓN.— Así pues, devuélveme aquí a Pánfila; a menos que prefieras que te la arrebate por la fuerza.

CREMES.— ¡Que se atreva a devolvértela o atrévete a tocarla tú, el colmo de...! *(Hace ademán de atacar a Trasón.)*

GNATÓN.— *(Dirigiéndose a Cremes.)* ¡Ah! ¿Qué haces? ¡Calla!

TRASÓN.— ¿Qué pretendes tú? ¿No he de tocarla si es mía?

CREMES.— ¿Tuya, condenado?

GNATÓN.— *(Dirigiéndose a Cremes.)* Ten cuidado, por favor. No sabes a qué hombre estás injuriando ahora.

CREMES.— *(Dirigiéndose a Gnatón.)* ¿Aún no te has ido de aquí? *(Dirigiéndose a Trasón.)* Y tú, ¿no sabes cómo andan aquí las cosas para ti? Si hoy empieza aquí una trifulca, haré que te acuerdes para siempre de este lugar, de este día y de mí.

GNATÓN.— Me das pena. ¡Buscarte hombre semejante como enemigo!

CREMES.— *(Dirigiéndose a Trasón.)* Si no te vas, hoy te he de romper la cabeza.

GNATÓN.— ¿Lo dices de verdad, perro? ¿Así te comportas?

TRASÓN.— *(Dirigiéndose a Cremes.)* ¿Quién eres tú? A ti, ¿qué te importa esto? ¿Qué es lo que tienes que ver con ella?

CREMES.— Lo sabrás. De entrada, te diré que ella es libre.

TRASÓN.— ¿Eh?

CREMES.— Y ciudadana ateniense.

TRASÓN.— ¡Uy!

CREMES.— Mi propia hermana.

TRASÓN.— ¡Qué cara más dura!

CREMES.— Soldado, ahora te doy una orden: no ejerzas sobre ella ninguna violencia. *(Dirigiéndose a Taide.)* Taide, yo me voy a casa de la nodriza Sófrona para hacerla venir y mostrarle los dijes que lo prueban.

TRASÓN.— ¿Es que me vas a impedir que la toque, siendo que es mía?

CREMES.— Te lo impediré, te lo aseguro. *(Sale de escena.)*

GNATÓN.— *(Dirigiéndose a Trasón.)* ¿No lo oyes? Se hace reo de robo. Con eso, ya tienes suficiente.

TRASÓN.— ¿Dices tú lo mismo, Taide?

TAIDE.— Busca quien te responda. *(Entra en su casa.)*

TRASÓN.— Y ahora, ¿qué hacemos?

GNATÓN.— ¡Hala, volvamos! Ya vendrá ella por su cuenta para suplicarte.

TRASÓN.— ¿Lo crees?

GNATÓN.— Sin duda. Conozco el carácter de las mujeres. Cuando uno quiere, ellas no quieren, y cuando uno no quiere, les entran a ellas solas las ganas.

TRASÓN.— Sabia observación.

GNATÓN.— ¿Licencio ya a nuestro ejército?

TRASÓN.— Cuando quieras.

GNATÓN.— Sanga, cual cumple a los soldados valientes, ten presente el fuego de tu hogar.

SANGA.— Ya hace tiempo que tengo el pensamiento en las cazuelas[75].

GNATÓN.— Eres hombre de provecho.

TRASÓN.— *(Dirigiéndose a Gnatón y a sus esclavos.)* Vosotros, seguidme por aquí. *(Trasón sale de escena acompañado por todos ellos.)*

---

[75] En la intervención anterior Gnatón adopta un tono arengatorio con el fin de enardecer los ánimos de su ejército de pacotilla: *domi focique fac vicissim ut memineris* (*Cf.* SAL., *Cat.* 59, 5: *hortatur, rogat, ut meminerint se contra latrones inermis pro patria, pro liberis, pro aris atque focis suis certare*; HOR., *Od.* IV, 5, 9-16). Sanga, que no entiende la alusión, contesta como el cocinero que es.

ACTO V

ESCENA PRIMERA

TAIDE, PITÍADE

TAIDE.— *(Saliendo de casa acompañada de Pitíade.)* Bruja, ¿vas a seguir enredándome con ese farfulleo de «sé... no sé..., se fue..., oí ..., yo no estuve allí...»? ¿No me vas a decir sin rodeos lo que ha pasado? La doncella, con los vestidos rasgados, está llorando y no habla. El eunuco ha desaparecido. ¿Por qué? ¿Qué ha pasado? *(Pitíade permanece en silencio.)* ¿Callas?

PITÍADE.— ¿Qué te voy a decir, pobre de mí? Tengo entendido que no era un eunuco.

TAIDE.— Y entonces, ¿quién era?

PITÍADE.— El Quéreas ese.

TAIDE.— ¿Qué Quéreas?

PITÍADE.— Ese mozalbete, hermano de Fedrias.

TAIDE.— ¿Qué dices, envenenadora?

PITÍADE.— Y lo sé con toda seguridad.

TAIDE.— ¿Y qué hacía en nuestra casa? Por favor. ¿A qué lo trajeron?

PITÍADE.— No sé; salvo que me parece que está enamorado de Pánfila.

TAIDE.— ¿Eh? ¡Pobre de mí, estoy muerta, infeliz, si es verdad lo que me dices! ¿Por eso llora la doncella?

PITÍADE.— Eso creo.

TAIDE.— ¿Qué dices, maldita? ¿Ésas son las órdenes terminantes que te di al salir de aquí?

PITÍADE.— ¿Y qué iba a hacer? Tal como mandaste, sólo se la confié a él.

TAIDE.— ¡Bruja, le has entregado la oveja al lobo[76]! Vergüenza me da que me hayan engañado así. *(Ve entrar en escena a Quéreas disfrazado de eunuco.)* ¿Qué clase de ser humano es aquello?

PITÍADE.— ¡Señora mía, calla, calla, por favor! ¡Estamos salvadas! ¡Ahí tenemos al individuo en persona!

TAIDE.— ¿Dónde está[77]?

PITÍADE.— Mira, a la izquierda. ¿Lo ves?

TAIDE.— Lo veo.

PITÍADE.— Haz que lo detengan cuanto antes.

TAIDE.— ¿Y qué vamos a hacer con él, estúpida?

PITÍADE.— ¿Me preguntas qué vas a hacer? ¡Mira, cariño, si al verlo, su cara no te parece la de un crápula! ¿No? Y encima, ¡qué aplomo el suyo!

ESCENA SEGUNDA

QUÉREAS, TAIDE, PITÍADE

QUÉREAS.— *(A solas, y sin verlas.)* En casa de Antifón estaban su padre y su madre, los dos; y parecía que a propósito: no había forma de poder entrar sin que me vieran. Entretanto, mientras estaba ante la puerta, me salió al paso un conocido mío. Cuando lo vi, ¡pies para qué os quiero! A toda velocidad

[76] Expresión proverbial de la que existen paralelos en PLAUT., *Pseud.* 139-141 *(hoc / est eorum opus, ut mavelis lupos apud ovis linquere, / quam hos domi custodes.)*, y CIC., *Phil.* III 11, 27 *(O praeclarum custodem ovium, ut aiunt, lupum!)*.

[77] A pesar de las palabras de Pitíade, Taide no ha comprendido todavía que el personaje que está viendo es el culpable de la violación.

me metí en un callejón desierto, y luego también en otro, y luego en otro. Así, como un auténtico desgraciado, estuve huyendo para que nadie me reconociera. *(Ve a Taide.)* Pero ¿no es Taide esa que veo? Ella es. No sé qué voy a hacer. Y a mí, ¿qué me importa? ¿Qué me puede hacer?

TAIDE.— *(Dirigiéndose a Pitíade.)* Acerquémonos. *(Dirigiéndose a Quéreas.)* ¡Salud, Doro, buen hombre! Dime, ¿te has escapado?

QUÉREAS.— Pues sí, señora.

TAIDE.— ¿Y eso te parece bien?

QUÉREAS.— No.

TAIDE.— ¿Y crees que te vas a quedar sin castigo?

QUÉREAS.— Perdóname esta única falta. Si alguna vez cometo otra, mátame.

TAIDE.— ¿Acaso temías mi rigor?

QUÉREAS.— No.

TAIDE.— Entonces ¿qué temías?

QUÉREAS.— Temía que ésta *(Señalando a Pitíade.)* me acusara ante ti.

TAIDE.— ¿Qué habías hecho?

QUÉREAS.— Poca cosa.

PITÍADE.— Oye, ¿«poca cosa», crápula? ¿Es que te parece «poca cosa» deshonrar a una doncella que es ciudadana?

QUÉREAS.— Creí que era una consierva.

PITÍADE.— ¿Una consierva? ¡Apenas me contengo de saltarte al pelo, monstruo! Encima aún viene a reírse.

TAIDE.— ¿No te vas de aquí, loca?

PITÍADE.— ¿A qué viene eso? Aún le estaría en deuda —creo— si lo hiciera. Y muy en particular porque el condenado de él reconoce que es tu esclavo.

TAIDE.— Pongamos fin a la comedia. Quéreas, no has hecho nada digno de ti; pues, por muy digna que hubiera sido yo de esta afrenta, sin embargo, es indigno de ti haberla cometido.

¡Y, por Pólux, que no sé qué decisión voy a tomar sobre la dichosa doncella! Quéreas, me has complicado tanto todos mis planes que no puedo devolverla a los suyos, tal como era justo y me proponía hacer a fin de darle el colofón a un favor del que iba a sacar partido.

QUÉREAS.— Taide, espero que de ahora en adelante haya entre nosotros un eterno entendimiento. Con frecuencia, de situaciones de este tipo y de malos comienzos se traba una gran amistad. ¡Vete tú a saber si esto no lo ha planeado un dios!

TAIDE.— Por ese lado me lo quiero tomar, de verdad.

QUÉREAS.— Sí, por favor; y entérate de una sola cosa: que no lo hice por ofenderte, sino porque estoy enamorado.

TAIDE.— Lo sé. ¡Y, por Pólux, que por eso ahora te perdono! No tengo un carácter tan inhumano, Quéreas; y no estoy tan fuera del mundo que no sepa la fuerza que tiene el amor.

QUÉREAS.— ¡Así me quieran los dioses, como es cierto que también te quiero ya a ti, Taide!

PITÍADE.— ¡Entonces, por Pólux, me parece, señora, que tienes que cuidarte de este tipo!

QUÉREAS.— No me atrevería a...

PITÍADE.— De ti no me fío nada de nada.

TAIDE.— *(Dirigiéndose a Pitíade.)* Déjalo ya.

QUÉREAS.— *(Dirigiéndose a Taide.)* Ahora te suplico que me ayudes en este trance. Me encomiendo y me confío a ti; te tomo por valedora. Taide, te lo suplico; he de morir si no me caso con ella.

TAIDE.— Sin embargo, si tu padre...

QUÉREAS.— ¿Qué? ¡Ah, con tal que sea ciudadana, querrá! Estoy seguro.

TAIDE.— Si quieres esperar un poquito, ahora mismo se va a presentar aquí el hermano de la doncella en persona. Se ha ido a buscar a la nodriza que la crió de pequeña. Y tú, Quéreas, estarás presente en el acto de reconocimiento.

Quéreas.— Pues sí, aquí me quedo.

Taide.— Entretanto, mientras llega, ¿quieres que esperemos en casa mejor que aquí en la puerta?

Quéreas.— Sí, lo estaba deseando.

Pitíade.— *(Dirigiéndose a Taide.)* Por favor, ¿qué vas a hacer?

Taide.— Y eso, ¿a qué viene?

Pitíade.— ¿Me lo preguntas? ¿Piensas recibir a este tipo en tu casa?

Taide.— ¿Y por qué no?

Pitíade.— Fíate de mis consejos; acabará haciéndote alguna nueva jugarreta.

Taide.— ¡Ay, calla, por favor!

Pitíade.— Parece que te has percatado poco de su atrevimiento.

Quéreas.— No haré nada, Pitíade.

Pitíade.— ¡Por Pólux, Quéreas, creo que no..., siempre que no haya nada a tu alcance!

Quéreas.— ¡Hala, Pitíade, tú, vigílame!

Pitíade.— ¡Por Pólux, que no me atrevería a entregarte nada para que lo guardaras, ni a guardarte a ti! Vete a paseo.

Taide.— *(Ve a Cremes, que entra en escena seguido de la nodriza.)* ¡Qué a tiempo se presenta el hermano!

Quéreas.— ¡Estoy perdido, por favor, vamos adentro, Taide! ¡No quiero que me vea en la calle con esta ropa!

Taide.— Y ahora, ¿a qué viene eso? ¿Es que te da vergüenza?

Quéreas.— Eso mismo.

Pitíade.— «Eso mismo». *(Irónicamente.)* Pero ¡qué virginal te pones!

Taide.— *(Dirigiéndose a Quéreas.)* Ve por delante, que voy detrás de ti. *(Dirigiéndose a Pitíade.)* Y tú, quédate por aquí para acompañar adentro a Cremes. *(Entra en casa junto a Quéreas.)*

ESCENA TERCERA

Pitíade, Cremes, Sófrona

Pitíade.— *(A solas.)* ¿Qué? ¿Qué se me puede ocurrir ahora? ¿Qué podría hacer para devolverle a ese maldito el favor de colarnos el falso eunuco?

Cremes.— ¡Pero muévete más deprisa, nodriza!

Sófrona.— Ya me muevo.

Cremes.— Ya veo, pero no adelantas.

Pitíade.— *(Dirigiéndose a Cremes.)* ¿Ya le has enseñado las pruebas a la nodriza?

Cremes.— Todas.

Pitíade.— ¿Qué dice, cariño? ¿Las reconoce?

Cremes.— Y sin titubear.

Pitíade.— ¡Por Pólux, que me das una excelente noticia, pues estoy interesada por esa doncella! Id dentro. Hace tiempo que mi ama os espera en casa. *(Cremes y Sófrona entran en casa de Taide; Pitíade ve a Parmenón, que entra en escena.)* ¡Pero mira por dónde viene el bueno de Parmenón! ¡Mira qué tranquilo va, maldita sea! Espero tener la oportunidad de darle tormento a mi gusto. Me voy adentro para enterarme del reconocimiento. Luego saldré y le daré un susto a ese maldito. *(Entra en la casa.)*

ESCENA CUARTA

PARMENÓN, PITÍADE

PARMENÓN.— *(A solas.)* Vuelvo a ver qué hace Quéreas. Porque, si ha tratado el asunto con astucia, ¡valedme dioses, cuán grandes y cuán sinceras alabanzas va a obtener Parmenón! Pues dejaré a un lado el hecho de que sin molestias, sin gastos y sin coste le conseguí un amor muy difícil y muy costoso con la doncella de la que estaba enamorado, levantándosela a una cortesana avarienta. Encima, además el triunfo que considero más digno de galardón para mí: encontré la forma por la que el muchacho pudiera rápidamente llegar a hacerse una idea del carácter y disposición de las cortesanas, para que, una vez que las conozca, las odie para siempre. Éstas, mientras están en la calle, parece que no hay en el mundo nada más limpio, ni más atildado y elegante. Cuando cenan con un amante, son todo melindres. Y tendrías que ver su suciedad, su mugre y su miseria, lo horrorosas que van a solas por casa y su glotonería para devorar el pan negro untado en la salsa de la víspera[78]: conocimientos que en conjunto son la salvación de los muchachos.

PITÍADE.— *(Saliendo de casa, y aparte.)* ¡Por Pólux, que te voy a castigar por estas palabras y estas acciones, golfo! ¡No te habrás reído de nosotras sin recibir tu castigo! *(A grandes voces, fingiendo no ver a Parmenón.)* ¡Válganme los dioses! ¡Qué fechoría más fea! ¡Oh, muchacho desdichado! ¡Oh, Parmenón, el canalla que lo ha traído aquí!

PARMENÓN.— *(A solas.)* ¿Qué pasa?

[78] El único ejemplo del tópico de la ramera comilona que ofrece Terencio es la Báquide de *Heaut.* 454-464.

PITÍADE.— *(A solas.)* Me da pena. Así que he salido a la calle, pobre de mí, para ahorrarme ver el indigno escarmiento que dicen que le van a dar.

PARMENÓN.— *(A solas.)* ¡Oh, Júpiter! ¿Qué es ese trajín? ¿No estoy perdido? Me voy a acercar. *(Dirigiéndose a Pitíade.)* ¿Qué pasa, Pitíade? ¿Qué dices? ¿Con quién van a hacer un escarmiento?

PITÍADE.— ¿Y tú lo preguntas? ¿Tendrás valor? Mientras te afanas en engañarnos, acabas de arruinar a ese muchacho que has hecho pasar por eunuco.

PARMENÓN.— ¿Cómo? ¿Qué ha pasado? Dime.

PITÍADE.— Te cuento. Esa doncella que le han regalado hoy a Taide, ¿sabes que es ciudadana de aquí y su hermano un noble de familia muy principal?

PARMENÓN.— No lo sabía.

PITÍADE.— Pues es lo que se ha averiguado. El desgraciado la deshonró, y, cuando su hermano se enteró de la canallada, se puso violentísimo.

PARMENÓN.— ¿Qué hizo, pues?

PITÍADE.— Primero lo ató que daba pena.

PARMENÓN.— ¿Eh? ¿Lo ató?

PITÍADE.— Ciertamente, aunque Taide le suplicaba que no lo hiciera...

PARMENÓN.— ¿Qué dices?

PITÍADE.— ... ahora lo amenaza con eso que les suelen hacer a los adúlteros[79], cosa que nunca he visto ni querría ver hacer.

[79] Entre otros castigos privados contra el adúltero, la ley de Solón permitía la castración. Éste parece el irónico castigo que se le quiere imponer a Quéreas, falso eunuco. *Cf.* PLAUT., *Curc.* 27-38. Con todo, para los adúlteros sorprendidos *in flagranti*, y al margen de la propia muerte, conocemos otros castigos como la *aporhaphanídosis*, consistente en sodomizarlo con un rábano (AR., *Nub.* 1079; CAT., 15, 17-18: ... *quem attractis pedibus patente porta / percurrent raphanique mugilesque)*; o depilarle las nalgas con ceniza candente *(Schol. Aristph. Plut.*, 168).

Parmenón.— ¿Con qué atrevimiento se atreve a semejante desmán?

Pitíade.— ¿Qué es eso de «semejante»?

Parmenón.— ¿Es que no te parece lo peor? ¿Dónde se ha visto que cojan a nadie como adúltero en la casa de una cortesana?

Pitíade.— No lo sé.

Parmenón.— Pues, para que lo sepáis, Pitíade, te digo y te repito que es el hijo de nuestro amo.

Pitíade.— ¡Anda, por favor! ¿De verdad que es él?

Parmenón.— ¡Que no consienta Taide que se le haga ninguna violencia! Y, además, ¿por qué no entro yo mismo? *(Hace ademán de entrar en casa de Taide.)*

Pitíade.— *(Reteniéndolo.)* Mira lo que vas a hacer, Parmenón, que igual no lo ayudas en nada y acabas muriendo; pues piensan que todo este lío ha sido cosa tuya.

Parmenón.— Así pues, ¿qué voy a hacer, pobre de mí? ¿Por dónde voy a empezar? *(Ve al padre de Fedrias y Quéreas, que entra en escena.)* ¡Pero mira, ahí veo al viejo, que viene del campo! ¿Se lo diré o no se lo diré? ¡Por Hércules, se lo diré, por mucho que sepa que me espera un serio disgusto! Pero es preciso que él ayude a ese muchacho.

Pitíade.— Eres sensato. Yo me voy adentro; tú, cuéntale toda la situación punto por punto. *(Entra en la casa.)*

ESCENA QUINTA

Un viejo (Démeas o Laques), Parmenón

Viejo.— *(A solas.)* La ventaja que tengo de tener la finca cerca es que nunca me entra cansancio ni del campo ni de la ciudad. Cuando me empieza el aburrimiento, cambio de lugar. *(Viendo a Parmenón.)* Pero ¿no es aquél nuestro Parmenón? No hay duda de que es él. *(Dirigiéndose a Parmenón.)* ¿A quién estás esperando delante de esta puerta, Parmenón?

Parmenón.— *(Fingiendo no haberlo visto.)* ¿Quién es este hombre? ¡Anda, mira! ¡Qué alegría que hayas llegado con bien, amo!

Viejo.— ¿A quién estás esperando?

Parmenón.— *(Aparte.)* ¡Estoy perdido, la lengua se me traba de miedo!

Viejo.— ¿Eh? ¿Qué pasa? ¿Por qué tiemblas? ¿Van bien las cosas? Dime.

Parmenón.— Amo, querría que juzgaras la cosa en lo que es: sea lo que sea que haya pasado aquí, no es culpa mía.

Viejo.— ¿Qué?

Parmenón.— Bien has hecho en preguntarme. Debí haberme anticipado a explicarte la situación. Fedrias compró un eunuco para regalárselo a ella.

Viejo.— ¿A quién?

Parmenón.— A Taide.

Viejo.— ¿Que compró...? ¡Estoy perdido, por Hércules! ¿Y por cuánto?

Parmenón.— Por veinte minas[80].

---

[80] Según Fedrias, esta cantidad es la que pagó por el eunuco y la esclava etíope en conjunto (v. 169).

VIEJO.— El acabose.

PARMENÓN.— Y, además, Quéreas está enamorado de una lirista *(Señalando la casa de Taide.)* de esta casa.

VIEJO.— ¿Eh? ¿Qué? ¿Está enamorado? ¿Es que ya sabe lo que es una cortesana? ¿Ha venido a la ciudad[81]? Una desgracia detrás de otra.

PARMENÓN.— Amo, no me mires a mí, que no lo ha hecho a instancias mías.

VIEJO.— Deja de hablar de ti, condenado, que si vivo... Pero empieza por contarme lo que pasa aquí.

PARMENÓN.— Quéreas hizo que lo introdujeran en casa de Taide haciéndose pasar por el eunuco ese.

VIEJO.— ¿Por un eunuco?

PARMENÓN.— Pues sí. Luego lo han atrapado y lo han atado como si fuera un adúltero.

VIEJO.— ¡Me han matado!

PARMENÓN.— ¡Mira qué atrevidas las cortesanas!

VIEJO.— ¿Queda algún desastre o perjuicio que no me hayas contado?

PARMENÓN.— Eso es todo.

VIEJO.— ¿A qué espero para irrumpir ahí dentro? *(Entra en casa de Taide.)*

PARMENÓN.— *(A solas.)* No hay duda de que me va a caer una buena por este lío. Pero, puesto que me he visto obligado a hacerlo, por lo menos me alegro de que a ésas también les vaya a caer una buena. Pues ya hace tiempo que el viejo buscaba algún pretexto para hacerles una sonada[82]. Y ahora lo ha encontrado.

[81] Desde el Pireo, donde está cumpliendo su servicio militar.

[82] Donato nos informa de que en el original de Menandro el viejo estaba explícitamente resentido con Taide por haber seducido a Fedrias.

ESCENA SEXTA

PITÍADE, PARMENÓN

PITÍADE.— *(Sale de la casa, y a solas.)* ¡Por Pólux, que hacía tiempo que no me pasaba nada que más deseara que sucediera que el que ese viejo haya venido a nosotras equivocado! Fui la única que pude reírme porque sabía cuál era su miedo.

PARMENÓN.— *(A solas.)* Y ahora, ¿qué pasa?

PITÍADE.— *(A solas.)* Ahora salgo para encontrarme con Parmenón. Pero, por favor, ¿dónde estará?

PARMENÓN.— *(A solas.)* Ésta me va buscando.

PITÍADE.— *(Lo ve.)* ¡Y míralo! Ya lo veo. Me voy a acercar a él.

PARMENÓN.— *(Dirigiéndose a Pitíade.)* ¿Qué pasa, tonta? ¿Qué vas buscando? ¿De qué te ríes? ¿Sigues?

PITÍADE.— ¡Pobre de mí, estoy muerta y agotada... de reírme de ti!

PARMENÓN.— ¿Y eso?

PITÍADE.— ¿Y tú me lo preguntas? ¡Por Pólux, que nunca he visto ni he de ver individuo más simple! ¡Ah, no puedo terminar de contarte qué juerga nos hemos corrido en casa a tu costa! Y yo, que antes creía que eras individuo astuto y hábil[83]. ¿Qué? ¿Tenías que creerte de buenas a primeras los embustes que te conté? ¿No era suficiente para ti haber impulsado al muchacho a cometer una infamia, si además no lo denunciabas al infeliz de él ante su padre? Pues, ¿qué crees que pudo sentir cuando su padre lo vio vestido con aquella ropa? ¿Qué pasa? ¿Te das cuenta de que estás perdido?

[83] Alusión a la figura tópica de la *palliata* del *servus callidus*.

PARMENÓN.— ¿Eh? ¿Qué has dicho, escoria? ¿Es que has mentido? ¿Y encima te ríes? ¿Tan bonito te parece reírte de nosotros, tunanta?

PITÍADE.— Una exageración.

PARMENÓN.— De verdad que, si te escapas de ésta sin recibir lo tuyo...

PITÍADE.— ¿De verdad?

PARMENÓN.— ¡Por Hércules, que te la he de devolver!

PITÍADE.— Te creo. Pero, Parmenón, quizás tus amenazas hayan de ser para otro día. A ti te han de colgar[84] ahora mismo por haber hecho un infame notorio del tonto del muchacho. ¡Y encima lo denuncias a su padre! Ambos van a hacer contigo un escarmiento.

PARMENÓN.— *(Aparte.)* ¡Estoy perdido!

PITÍADE.— ¡Ése es el pago que vas a recibir por semejante regalo! Me voy. *(Entra en casa.)*

PARMENÓN.— ¡Pobre de mí, hoy he quedado muerto «como la musaraña, que se delató a sí misma[85]»!

ESCENA SÉPTIMA

GNATÓN, TRASÓN, PARMENÓN

GNATÓN.— Y ahora, ¿qué? ¿Con qué esperanza o con qué plan nos presentamos aquí? ¿Qué piensas hacer, Trasón?

[84] Esto es, la viga de la que se cuelga a los esclavos para ser azotados.

[85] Donato explica el proverbio citado por Parmenón diciendo que las musarañas se dejan atrapar por la noche al delatarse por el ruido que hacen *(Proverbium in eos qui ipsi se produnt, quia sorex non facile caperetur, nisi emitteret vocem noctu).*

TRASÓN.— ¿Yo? Rendirme ante Taide y hacer lo que mande.

GNATÓN.— ¿Cómo?

TRASÓN.— ¿Cómo iba yo a ser menos que Hércules cuando estuvo de esclavo con Ónfale?

GNATÓN.— Bonito ejemplo. *(Aparte.)* Ojalá pudiera ver cómo te ablandaban la cabeza con la sandalia[86]. *(A Trasón.)* Pero ha sonado la puerta de Taide.

TRASÓN.— *(Ve a Quéreas, que sale de la casa de Taide todavía disfrazado de eunuco.)* ¡Estoy perdido! Pero ¿qué nueva calamidad es ésta? Jamás había visto a este individuo[87]. ¿A qué vienen esos saltos y esas prisas?

ESCENA OCTAVA

QUÉREAS, PARMENÓN, GNATÓN, TRASÓN

QUÉREAS.— *(A solas)* Conciudadanos, ¿quién hay hoy en el mundo más afortunado que yo? ¡Por Hércules que nadie; pues los dioses, al colmarme tan de repente de tanta dicha, han mostrado en mí todo su poder!.

PARMENÓN.— *(Aparte.)* Y éste, ¿por qué estará tan contento?

QUÉREAS.— ¡Oh, amigo Parmenón! ¡Oh, promotor, iniciador y rematador de todos mis placeres! ¿Sabes qué alegrías tan

[86] Alusión al episodio mitológico en el que Hércules, vendido como esclavo a Ónfale, reina de Lidia, y vestido con ropa y aderezos de mujer, se entregó a labores femeninas como el cardado y el hilado. El detalle de la reina golpeando al héroe con su sandalia dio lugar a representaciones pictóricas *(Cf.* LUC., *Quomodo hist. conscr.* 10). Asimismo, OVID., *Her.* 9, 81 y ss.

[87] Trasón miente con descaro, pues lo había visto cuando se lo entregaron a Taide (vv. 472-479).

grandes tengo? ¿Sabes que mi Pánfila ha sido reconocida como ciudadana?

PARMENÓN.— Eso he oído.

QUÉREAS.— ¿Sabes que me he prometido con ella?

PARMENÓN.— ¡Bien hecho, válganme los dioses!

GNATÓN.— *(Dirigiéndose a Trasón.)* ¿Has oído lo que dice éste?

QUÉREAS.— Además me alegro de que el amor de mi hermano Fedrias haya capeado el temporal[88]. Ya tenemos una sola casa. Taide se ha encomendado a mi padre y se ha entregado a nosotros como cliente y protegida[89].

PARMENÓN.— Por tanto, ¿Taide ya es toda entera de tu hermano?

QUÉREAS.— Sin duda.

PARMENÓN.— Ya hay otro motivo de alegría: al soldado lo pondrán en la calle.

QUÉREAS.— Tú, haz que mi hermano, dondequiera que esté, se entere de la noticia cuanto antes.

PARMENÓN.— Iré a ver a casa. *(Entra en casa.)*

TRASÓN.— *(Dirigiéndose en voz baja a Gnatón.)* Gnatón, ¿acaso dudas de que estoy arruinado para siempre?

GNATÓN.— *(Dirigiéndose en voz baja a Trasón.)* No me cabe la menor duda.

QUÉREAS.— *(A solas.)* ¿A qué voy a dedicar mi primer recuerdo? ¿A quién daré las máximas alabanzas? ¿A quien me dio el consejo para mi acción o a mí mismo, por atreverme a emprenderla? ¿O he de alabar a la Fortuna, que fue mi timonel y que, en un solo día, remató tan oportunamente tantas y tan grandes venturas? ¿O más bien a la amabilidad e indulgencia de mi padre? ¡Oh, Júpiter, te suplico que nos mantengas esta dicha!

[88] Así traducimos la expresión *gaudeo esse amorem omnem in tranquillo.*

[89] Terencio está aludiendo a la costumbre ateniense de que los extranjeros se pusieran bajo la protección de un ciudadano, situación que se refleja en PLAUT., *Mil.* 789: *Habeo, eccillam, meam clientam, meretricem adulescentulam.*

ESCENA NOVENA

FEDRIAS, QUÉREAS, TRASÓN, GNATÓN

FEDRIAS.— *(Saliendo de su casa sin ver a Quéreas, y a solas.)* ¡Amparadme, dioses! ¡La de cosas increíbles que me acaba de contar Parmenón! Pero ¿dónde está mi hermano?

QUÉREAS.— Lo tienes al lado.

FEDRIAS.— *(Reconociéndolo.)* ¡Me alegro!

QUÉREAS.— Bien te creo. Hermano, no hay cosa más digna de ser amada que tu Taide, una mujer que ha colmado de favores a toda nuestra familia.

FEDRIAS.— ¡Uy, a mí me la vas a alabar!

TRASÓN.— *(A solas.)* ¡Estoy perdido: cuantas menos esperanzas tengo, más la amo! *(Dirigiéndose a Gnatón.)* ¡Gnatón, por favor, mi única esperanza está en ti!

GNATÓN.— ¿Qué quiéres que haga?

TRASÓN.— Arréglatelas para que, bien con ruegos, bien con dinero, pueda yo seguir arrimado en algún rincón de casa de Taide.

GNATÓN.— Es difícil.

TRASÓN.— Ya te conozco cuando algo se te antoja. Si lo logras, pídeme como recompensa el regalo que quieras, que obtendrás cuanto pidas.

GNATÓN.— ¿Sí?

TRASÓN.— Así será.

GNATÓN.— Si lo logro, te pido que tu casa, estés o no estés

en ella, esté abierta para mí; de forma que, aunque no esté invitado, tenga siempre un sitio en ella.

Trasón.— Te garantizo que así ha de ser.

Gnatón.— *(Aparte.)* Ya me ajusto el cinto. *(Hace el gesto correspondiente.)*

Fedrias.— *(Los oye hablar.)* ¿A quién estoy oyendo por aquí? *(Reconociéndolos.)* ¡Oh, Trasón!

Trasón.— ¡Salud!

Fedrias.— Quizás tú no sabes lo que ha pasado aquí.

Trasón.— Lo sé.

Fedrias.— Pues, ¿cómo es que te veo por este barrio?

Trasón.— Confiando en que vosotros...

Fedrias.— ¿Tienes idea de lo confiado que puedes estar? Soldado, a ti te digo: si de ahora en adelante me topo contigo en esta plaza, aunque me digas: «Buscaba a otro o pasaba por aquí», estás muerto.

Gnatón.— ¡Ea, eso no está bien!

Fedrias.— Dicho está.

Trasón.— No sabía que fuerais tan arrogantes.

Fedrias.— Así las gasto yo.

Gnatón.— *(Dirigiéndose a Fedrias y a Quéreas.)* Antes, oídme brevemente; cuando haya hablado, hacedlo si os parece oportuno.

Quéreas.— Escuchémoste.

Gnatón.— *(Dirigiéndose a Trasón.)* Tú, apártate un poco de aquí, Trasón. *(Dirigiéndose a Fedrias y a Quéreas.)* Para empezar, deseo con todas mis fuerzas que vosotros dos me creáis cuando digo que, cualquier cosa que hago, eso lo hago sobre todo por mi interés; pero, si también os beneficia en algo, sería una insensatez que no lo hicierais.

Fedrias.— ¿Qué quieres decir?

Gnatón.— Creo que debes aceptar al soldado como rival.

Fedrias.— ¿Eh? ¿Aceptarlo?

Gnatón.— ¡Por Hércules, Fedrias, limítate a pensar! Para lo a gusto que vives con ella —y, en efecto, vives muy a tu gusto—, tienes poco para dar, y Taide necesita recibir mucho. Para que tu amor pueda financiarse sin que gastes en todo esto, no hay nadie más oportuno ni más útil que Trasón. De entrada, no sólo tiene para dar, sino que no hay nadie más espléndido. Es fatuo, soso, lento, y se pasa roncando noche y día. Y no temas que la mujer se enamore de él; cuando quieras, fácilmente te desharás de él.

Quéreas.— *(Dirigiéndose a Fedrias.)* ¿Qué hacemos?

Gnatón.— Además, está también algo que considero fundamental: no hay hombre que invite ni de mejor grado ni con más esplendidez.

Quéreas.— *(Dirigiéndose a Fedrias.)* Raro se me haría que hombre semejante no fuera en cualquier caso imprescindible.

Fedrias.— Lo mismo pienso.

Gnatón.— Hacéis bien. Además sólo os pido un favor: que me acojáis en vuestro grupo[90]. Ya hace tiempo que estoy haciendo rodar *(Señalando a Trasón.)* esta roca[91].

Fedrias.— Te recibimos.

Quéreas.— Y encantados.

Gnatón.— Y, en compensación, Fedrias y tú, Quéreas, os lo doy de propina para que os lo zampéis y os burléis de él.

Quéreas.— Con mucho gusto.

Fedrias.— Se lo merece.

Gnatón.— *(Dirigiéndose a Trasón.)* Trasón, cuando quieras, acércate.

Trasón.— *(Trasón se acerca.)* ¿Qué hacemos, por favor?

---

[90] Con la expresión *in vostrum gregem* Terencio parece querer aludir a la *hetairía* de la que formarían parte los jóvenes Fedrias y Quéreas.

[91] Al margen de la evidente alusión al mito de Sísifo, la frase de Gnatón resulta más perversa: con la mención a la roca *(saxum)* está señalando a Trasón.

GNATÓN.— ¿Qué? Estos muchachos no te conocían; pero, en cuanto les expliqué cómo eres y te elogié según merecen tus hazañas y tus virtudes, lo logré.

TRASÓN.— Has hecho bien y te estoy muy agradecido. Jamás estuve en ningún sitio sin ser objeto del afecto universal.

GNATÓN.— ¿No os decía que en él habitaba la finura ateniense?

FEDRIAS.— Nada fuera de lo que habías prometido. Id por aquí. *(Entran en casa de Taide.)*

EL CANTOR.— *(Dirigiéndose a los espectadores.)* A vosotros, que os vaya bien y aplaudid.

FORMIÓN

(Phormio)

INTRODUCCIÓN

Estrenada en 161 a. C, *Phormio* es junto con *Hecyra* una de las dos comedias de Terencio que tienen por modelo a Apolodoro de Caristo. En concreto, su *Epidicazómenos (El litigante)*, que en esta comedia viene encarnado por la figura del parásito Formión. Éste comparece tarde en escena y no ocupa un lugar dominante en ella. De todas formas, siempre está presente en la medida en que es el motor de toda la peripecia. Formión es el más desarraigado de los personajes de Terencio: ciudadano libre, pero pobre, su única manera de sobrevivir estriba en la transgresión y la manipulación de la ley a su favor. Desde este punto de vista, éste sería el único asocial de entre todos los personajes de Terencio, quienes, independientemente de su posición, jamás franquean seriamente las fronteras de la ley[1]. Formión llega mucho más lejos que el elegante y sofisticado Gnatón de *Eunuchus*: él es un falsario profesional y su lugar debería ser la cárcel. Sin embargo, a pesar de todo, resulta simpático, ya que sólo usa su desvergüenza en beneficio de los

[1] En este sentido, Formión reproduce muchos de los rasgos que TEOFR., *Char.* 29, enumera en su descripción del hombre aficionado a la maldad. R. H. MARTIN, *Terence: Phormio*, Londres, 1959, págs. 20-22, especula que, en el original griego, Formión era más bien un refinado sicofanta y que sus rasgos más sórdidos de parásito son un añadido de Terencio. En cambio, K. GAISER, *art. cit.*, pág. 1099, más acertadamente, considera que ambos aspectos ya estaban combinados en el personaje de Apolodoro.

jóvenes protagonistas de la comedia. Por otra parte, revela un carácter más independiente que el de Gnatón, quien, a la postre, reconoce su situación marginal y ruega para que lo amparen sus ricos amigos y pongan fin a su condición vagabunda. Formión, en cambio, no parece aspirar a ninguna redención. Ayuda a los jóvenes porque le da la gana y, sobre todo, porque disfruta con el embrollo. La única recompensa que pide es ser invitado a cenar. Luego él continuará sus andanzas de truhán. Estas reflexiones nos llevan de nuevo a la idea que tantas veces hemos reiterado. En cada una de sus comedias Terencio aspira a renovar el género e incluso a renovarse a sí mismo. En este caso, la ruptura viene dada por el tratamiento de la propia figura de Formión: la visión de la sociedad que ofrece Terencio no atenta en el fondo contra el orden establecido; y, en cambio, aquí parece reconocer implícitamente la posibilidad de una existencia al margen de la vida decorosa que ofrecen las grandes casas. Ésta es, pues, la menos aristocratizante de sus comedias y, de alguna manera, constituye un preludio del mundo picaresco que veremos surgir en el *Satiricón*.

El argumento de la comedia es convencional: durante la ausencia de sus respectivos padres, dos jóvenes primos, Fedrias y Antifón, son confiados a la vigilancia del esclavo Geta. Los problemas comienzan cuando ambos se enamoran: Fedrias de la esclava de un lenón y Antifón de una huerfanita pobre, aunque de condición libre. La situación pinta mal para los muchachos, que carecen de recursos para hacerse con ellas. Sin saberse de dónde, aparece Formión, quien inventa la patraña de que a la huérfana sólo le queda un pariente en el mundo, Antifón, y no tiene otra ocurrencia que demandarlo obteniendo del tribunal una sentencia que obliga a que ambos se casen. En éstas, se presenta Demifón, quien, al enterarse de la boda de su hijo, reacciona con el esperable enfado. Está dispuesto a romper el enlace y, para ello, va a aprovechar una circunstancia inesperada:

su hermano Cremes acaba de descubrir que una hija natural que había tenido en Lemnos a espaldas de su esposa se halla en Atenas. Con ella piensa desposar a su hijo Antifón. Mas Formión no se arredra: con la colaboración del esclavo Geta logra sacarles treinta minas para la supuesta dote de la huérfana que ellos piensan despedir. En realidad el dinero es para pagar el precio que el lenón pide por su pupila. Entretanto, Formión averigua la auténtica identidad de la muchacha, que no es otra que la hija secreta de Cremes, y no vacilará en darle a éste un terrible disgusto revelándoselo a su esposa Nausístrata, quien acabará medio perdonando a su marido. A cambio, el viejo tendrá que transigir con que su hijo Fedrias se quede con la citarista.

DISCREPANCIAS CON LA EDICIÓN DE KAUER-LINDSAY[2]

	KAUER-LINDSAY	LECTURA ADOPTADA
152	hoc	huc
387	hem	em
490-491	GE.— Ei! Metuo...	AN.— Ei! Metuo...
492	nondum	non
502	neque	atque
715	quom	quoi
759	amari	⟨gnatam⟩
761	hic solus	haec sola
828	iubeat	suadeat

[2] Frente a la edición de KAUER-LINDSAY, que distribuye el texto del quinto acto en nueve escenas, hemos seguido la distribución habitual en diez escenas.

BIBLIOGRAFÍA

1. *Comentarios*

MARTIN, R. H., *Phormio*, Londres, Methuen, 1959.

2. *Estudios*

BARSBY, J. A., «The characterization of Parmeno in the opening scene of Terence's *Phormio*», *Prudentia*, XXII 1 (1990), págs. 4-12.

—, «The stage action of Terence, *Phormio* 979-89», *Classical Quarterly*, 43. 1 (1993), págs. 329-335.

—, «The stage movements of «Demipho» in the Greek Original of Terence *Phormio*», *Classica et Medievalia*, 43 (1993), págs. 141-145.

CAMILLONI, M. T., «Il segreto del titolo nel *Phormio* de Terenzio», en *Sulle vestigia degli antichi padri*, Ancona, Linotypia Benedetti, 1985, págs. 165-172.

DUPONT, F., «La psychologie des adulescentes dans l'action du *Phormion* de Térence», *Revue des Études Latines*, 64 (1986), págs. 59-71.

FOCARDI, G., «Ambientazione forense e parodia nel *Phormio* di Terenzio», *Sileno*, 16 (1990), págs. 107-115.

GILULA, D., «Why shouldn't Greek barbers weep? (Ter. *Ph.* 85-108)», *Scripta classica Israelica*, 7 (1983-1984), págs. 26-29.

—, «Divining the divine prologue (Ter. *Phormio*, II,3 and V,1)», *Athenaeum*, 69 (1991), págs. 435-444.

GRIMAL, P., «Le *Phormion* de Térence et l'histoire de la comédie», *Vita Latina*, 91 (1983), págs. 2-10.

KONSTAN, D., «Phormio, citizen disorder», en KONSTAN, D. (ed.), *Roman Comedy*, Ithaca, Cornell University Press, 1983, págs. 115-129.

LOWE, J. C. B., «Terentian Originality in the *Phormio* and *Hecyra*», *Hermes*, 111 (1983), págs. 431-452.

FORMIÓN

DIDASCALIA

REPRESENTADA EN LOS JUEGOS ROMANOS,
SIENDO EDILES CURULES LUCIO POSTUMIO ALBINO Y LUCIO CORNELIO MÉRULA.
LA REPRESENTARON LUCIO AMBIVIO TURPIÓN Y LUCIO ATILIO PRENESTINO.
COMPUSO LA MÚSICA FLACO, LIBERTO DE CLAUDIO,
TODA ELLA PARA FLAUTAS DESIGUALES[1].
COMEDIA GRIEGA DE APOLODORO, EL *EPIDIKAZÓMENOS*.
CUARTA PIEZA DEL AUTOR.
DURANTE EL CONSULADO DE GAYO FANIO Y MARCO VALERIO[2]

PERÍOCA DE GAYO SULPICIO APOLINAR

Demifón, hermano de Cremes, había salido de viaje dejando en Atenas a su hijo Antifón. En Lemnos, Cremes tenía a escondidas una mujer y una hija, y en Atenas otra esposa y un hijo que tenía un amor sin par por una lirista. La madre de la mu-

[1] Donato, en cambio, afirma que se usaron *tibiae sarranae*, desacuerdo que también se produce en la didascalia de *Eunuchus*.

[2] Año 161 a. C. Se trata de los mismos cónsules que aparecen citados en la didascalia de *Eunuchus*.

chacha vino a Atenas desde Lemnos y murió. Como Cremes estaba ausente, la doncella se encargó ella sola del funeral. Antifón, que se había enamorado de ella al verla allí, la tomó como esposa con la ayuda de un parásito. Su padre y Cremes se irritan a su regreso. Luego, entregan al parásito treinta minas para que él se case con ella. Con este dinero compran a la lirista. Habiendo sido reconocida como hija por su tío, Antifón se queda con su esposa.

ELENCO DE PERSONAJES

PRÓLOGO
DAVO, *esclavo*, amigo de Geta
GETA, *esclavo* de Demifón
(Un *esclavo* de Demifón)
ANTIFÓN, *muchacho*, hijo de Demifón y esposo de Fania
FEDRIAS, *muchacho*, hijo de Cremes y primo de Antifón
DEMIFÓN, *viejo*, hermano de Cremes y padre de Antifón
FORMIÓN, *parásito*, amigo de Antifón y Fedrias
HEGIÓN, *viejo*, asesor de Demifón
CRATINO, *viejo*, asesor de Demifón
CRITÓN, *viejo*, asesor de Demifón
DORIÓN, *lenón*, dueño de la lirista Pánfila, amada por Fedrias
CREMES, *viejo*, hermano de Demifón y padre de Fedrias y Fania
SÓFRONA, *vieja*, nodriza de Fania
NAUSÍSTRATA, *matrona*, esposa de Cremes y madre de Fedrias
EL CANTOR

ESCENA

Una calle de Atenas, en la que se hallan las casas de Cremes y Demifón, y muy posiblemente la del lenón Dorión. No todos los editores y comentaristas ubican la casa de Dorión en escena, ya que las indicaciones del texto no permiten asegurarlo[3]. La convención teatral hace que la salida de la derecha, desde el punto de vista de los espectadores, conduzca al foro, y la de la izquierda al puerto o al campo.

PRÓLOGO

Debido a que el viejo poeta no ha podido apartar a nuestro poeta de su vocación y entregarlo a la inactividad, ha procurado desalentarlo con calumnias para que no escriba. Así, va diciendo que las comedias que ya ha escrito son de diálogos anodinos y estilo pobre[4]. Todo porque en ninguna de ellas sacó a un mozalbete con el delirio de que veía huir una cierva perseguida por unos perros y que ésta sollozaba suplicando auxilio[5]. Ahora bien, si entendiera que el éxito del día de su estreno se debió más al trabajo del primer actor que al suyo propio, ofendería

[3] R. H. MARTIN (*apud* J. R. BRAVO, *op. cit.*, pág. 603, n. 9) considera que la casa de Dorión no se halla en escena, aunque sería visible desde ésta, hipótesis que no se ajusta a la práctica terenciana. Es más verosímil considerar que efectivamente se halla en escena.

[4] La mayor parte de los traductores tiende a considerar que la expresión *tenui esse oratione* del original aludiría aquí a la pobreza de los diálogos. Nosotros ofrecemos una traducción menos comprometida.

[5] En esta desconocida comedia de Luscio Lanuvino se representaría una escena con un joven enloquecido de amor que creía ver a su amada convertida en cierva y perseguida por una jauría. Una escena de esta naturaleza sería más propia de la tragedia que de la comedia.

mucho menos audazmente de lo que ahora ofende[6]. De hecho, quizás haya quien diga o piense así: «De no haber sido el viejo poeta el primero en injuriar, el joven no habría podido encontrar ningún prólogo que recitar, al no tener a quien criticar». Que ése se dé por respondido con lo siguiente: la palma está a disposición de todos quienes cultivan el arte de las musas[7]. Aquél procuró apartar de su vocación a nuestro autor y arrojarlo al hambre. Él quiso responderle, no injuriarlo. Si hubiera entrado en liza con buenas palabras, bueno sería lo que se habría oído. Que considere que se le ha devuelto lo que él lanzó. Por mi parte, voy ya a dejar de hablar de él, por más que él no deje de cometer errores. Ahora, prestad atención a lo que quiero. Os presento el estreno de una comedia que los griegos llaman *Epidikazómenos* y los latinos denominan *Formión*, porque, si concedéis vuestro favor al poeta, su protagonista será el parásito Formión, sobre el que recae lo fundamental de la trama. Prestad atención, permaneced con buena disposición y en silencio, no sea que suframos la misma suerte que sufrimos cuando en medio de un tumulto nuestra compañía fue expulsada de la escena[8], escena que se nos ha devuelto gracias al coraje de nuestro primer actor[9] y a la ayuda de vuestra generosidad y buena disposición.

---

[6] La edición de KAUER-LINDSAY recoge en su texto entre corchetes el verso 11.°: [*et mage placerent quas fecisset fabulas*] («y más agradarían las fábulas que hiciere»).

[7] Como señala J. MAROUZEAU, *n. ad loc.*, la palma aquí es un símbolo de éxito y no una realidad histórica, ya que tal galardón en Roma no aparece hasta época de César.

[8] Posiblemente está aludiendo al fracaso de la primera representación de *Hecyra* (a. 165 a. C).

[9] Se trata del propio Ambivio Turpión, quien muy posiblemente fue el encargado de recitar el prólogo (*Cf. Hec.* pról. II, vv. 9-19) y está aludiendo a los éxitos de *Heaut.* y *Eun.*

ACTO I

ESCENA PRIMERA

DAVO

DAVO.— Geta, mi mejor amigo y paisano[10], vino ayer a verme. Ya hace tiempo que le debía el pico de una pequeña deuda. Me pidió que se la rematara. Lo he hecho y aquí le traigo el dinero. Y es que he oído que se ha casado el hijo de su amo. Supongo que estará rascando para el regalo. ¡Qué injusta es esa regla de que los que menos tienen siempre aumenten en algo la fortuna de los que son más ricos! Lo que ese pobre, onza por onza[11] y a duras penas, ahorró de su ración mensual[12] robando a

---

[10] Davo es un caso típico de personaje protático, cuya única función es introducir la exposición de la trama, tras lo cual ya no vuelve a aparecer. Por otra parte, su nombre haría alusión a su origen étnico, paralelo a los más claros de Geta o Siro. Según J. MAROUZEAU, *n. ad loc.*, haría alusión al étnico *Dákos*, «dacio», pueblo vecino de los Getas. Tal proximidad geográfica es quizás la que les permita reconocerse como paisanos. Con todo, Eugrafio remarca que Terencio emplea el término *popularis* —traducido aquí como paisano— en el sentido de «camarada». *Cf. Adelph.* 155; *Eun.* 1031.

[11] Éste es el único pasaje en el que Terencio hace alusión a una unidad monetaria romana, en este caso de bronce. La onza equivale a la duodécima parte de un as, el 0,4 de un sestercio que, a su vez, es la cuarta parte de un denario, equivalente a un dracma ático. Se trataba de monedillas lenticulares en cuyo reverso aparecía una proa de navío y en el anverso una cabeza de Roma personificada o de Belona y un globulillo. Frente a las fuertes cantidades en plata que poseen los ricos protagonistas de las comedias, aquí el esclavo queda caracterizado por la modestia de las cantidades que puede manejar.

[12] Se trata de la ración que, en especie o en metálico, recibe el esclavo en

su genio[13], esa mujer, sin preocuparse del esfuerzo tan grande con que lo logró, se lo ha de arrebatar en su totalidad. Y luego, cuando el ama dé a luz, a Geta le sacudirán con otro regalo, y otro cuando sea el cumpleaños del crío, y cuando lo inicien[14]... todo eso se lo ha de llevar la madre; el crío será el pretexto para que él vaya soltando. *(Ve a Geta, que sale de casa de Demifón.)* Pero ¿no estoy viendo a Geta?

ESCENA SEGUNDA

GETA, DAVO

GETA.— *(Dirigiéndose al interior.)* Si pregunta por mí un pelirrojo[15]...

DAVO.— ¡Ya lo tienes aquí! ¡Déjalo!

las calendas de cada mes. *Cf.* PLAUT., *Stich.* 60, y CATÓN *De agr.* 56-58. Donato especifica que consistía en cuatro modios (35 kilogramos) de grano.

[13] El *genius* es una entidad trascendente específica del ámbito romano muy similar al *daímon* griego, una especie de doble espiritual que vela por el individuo, preside su nacimiento, lo acompaña toda su vida y toma parte en todas sus penas y alegrías. Tras la muerte, pasa a ocupar su lugar entre los Lares (SERV., *ad Georg.* I, 302). En definitiva, se trata de una entidad identificada con el propio individuo. Esto es, «robar a su genio» es robarse a sí mismo. *Cf.* PLAUT., *Aul.* 724-725: *Egomet me defraudavi animumque meum geniumque meum.*

[14] A pesar de que evidentemente el original haría alusión a un rito de iniciación griega, en concreto, como señala Donato, a los misterios de Samotracia, también los romanos practicaban ciertos ritos de iniciación: *Legitur apud Varronem initiari pueros Eduliae et Poticae et Cubae, dis edendi et potandi et cubandi, ubi primum a lacte et a cunis transierint.*

[15] Recordemos que los esclavos suelen aparecer en escena con una peluca pelirroja (DIOM., *Gramm.* I 489, 10), lo que nos remite a la imagen tópica del esclavo en Grecia, de origen muchas veces centroeuropeo o balcánico.

GETA.— ¡Oh, pero si te iba buscando a ti, Davo!

DAVO.— *(Le arroja una bolsa de dinero.)* ¡Eh, coge esto! Es de buena ley; está justa la cantidad que te debía.

GETA.— Eres todo un amigo, y te doy las gracias por no haberte descuidado.

DAVO.— Sobre todo, teniendo en cuenta cómo están ahora las costumbres. ¡Cómo anda el mundo! Si alguien te devuelve algo, tienes que considerarlo un gran favor. Pero ¿por qué estás mohíno?

GETA.— ¿Yo? No sabes en la de preocupaciones y en el peligro tan grande en el que estamos.

DAVO.— ¿Y qué pasa?

GETA.— Lo sabrás, siempre y cuando puedas estarte callado.

DAVO.— ¡Anda por ahí, haz el favor, tonto! Habiendo comprobado la honradez de uno en asuntos de dinero, ¿temes confiarle unas palabras? ¿Qué gano al engañarte?

GETA.— Escucha, pues.

DAVO.— A ti te consagro mi atención.

GETA.— Davo, ¿conoces a Cremes, el hermano mayor del viejo de nuestra casa?

DAVO.— ¿Cómo no?

GETA.— ¿Qué? ¿Y a su hijo Fedrias?

DAVO.— Tanto como a ti.

GETA.— Resulta que los dos viejos tuvieron que salir de viaje al mismo tiempo: Cremes, a Lemnos; y el nuestro a Cilicia[16], a casa de un antiguo huésped, que con unas cartas atrajo al viejo prometiéndole poco menos que montañas de oro[17].

[16] Región situada en la costa sudoriental de Asia Menor, al norte de Chipre.

[17] Expresión proverbial extendida tanto en la literatura griega como en la latina: HIER., *Adv. Ruf.* III 39: *cum montes aureos pollicitus fueris...*

DAVO.— ¿A un hombre con tanta y tan sobrada hacienda?

GETA.— Déjalo; así es él.

DAVO.— ¡Oh, un mandamás[18] tendría que ser yo!

GETA.— Entonces, al partir, ambos viejos me dejaron aquí, por así decirlo, como guardián de sus hijos.

DAVO.— ¡Oh, Geta, dura es la misión que recibiste!

GETA.— Por experiencia lo sé. Estoy seguro de que, cuando me la encomendaron, tenía a mi dios en contra[19]. Al principio, intenté hacerles frente. ¿Para qué te voy a contar? Mientras me mantuve fiel al viejo, dejé en la ruina mis espaldas.

DAVO.— Me ha venido a la mente ese refrán de que «sin duda, es una insensatez dar coces contra el aguijón[20]».

GETA.— Empecé a obedecerlos en todo y a plegarme a sus deseos.

DAVO.— Supiste manejarte en el foro[21].

GETA.— Al principio, nuestro muchacho no hizo nada malo; en cambio, de inmediato, Fedrias *(Señalando a la puerta de la casa de Fedrias.)* encontró una niñita, una citarista. Se enamoró perdidamente de ella. Ésta era esclava de un lenón que es el colmo de la indecencia. Y no teníamos nada que ofrecerle; de ello se habían preocupado sus padres. No quedaba otra opción que apacentar los ojos, seguirla y acompañarla a la ida y al regreso de la escuela[22]. Nosotros, sin otra cosa que hacer, dedicábamos nuestra atención a Fedrias. Justo enfrente de la escuela donde aprendía había una barbería; ahí solíamos aguardarla casi siempre hasta que salía para casa. En éstas, mientras la aguardábamos sentados, se presentó un muchacho llorando. Nos extrañamos, le preguntamos qué le pasaba y dijo: «Nunca me ha parecido la pobreza una carga tan triste y onerosa como hace un momento. Aquí al lado acabo de ver a una doncella pobre sollozando por su madre muerta, que yacía frente a la entrada; y a su lado, fuera de una sola viejecilla, no había ningún amigo, conocido o vecino para asistirla en las exequias. Me dio pena. La cara de la doncella era una preciosidad[23].» ¿Qué te voy a contar? Nos enterneció a todos. Entonces, al punto dijo Antifón: «¿Queréis que vayamos a verla?». Y otro respondió: «Muy bien, vayamos, haznos el favor de conducirnos». Fuimos, llegamos y la vimos. Una doncella hermosa, y con más razón se podría afirmar, pues su belleza carecía de todo realce: su cabello suelto, sus pies desnudos, ella hecha un horror: llorosa, con el vestido descuidado; tanto que, si su belleza no hubiera tenido tanta prestancia, este desaliño habría acabado con ella. El que amaba a la lirista se limitó a comentar: «Muy mona». Pero nuestro...

[18] Así traducimos aquí el latín *rex*, que, a su vez, da cuenta del original griego *basileús*, que en el contexto helenístico designa a un personaje rico y, más en concreto, rodeado de una clientela abundante. Así, PLAUT., *Capt.* 92, *Men.* 902, *Stich.* 455.

[19] *Cf.* PLAUT. *Poen.* 452: *Ego hodie infelix deis meis iratissumis / sex immolaui agnos.*

[20] Expresión proverbial ampliamente divulgada en la literatura griega. ESQ., *Agam.* 1624. Hasta tal punto que incluso la recoge el autor de los Hechos de los Apóstoles (26, 14) poniéndola nada menos que en boca de Cristo.

[21] Según señala Donato, la expresión *scisti uti foro* posee carácter proverbial, y aludiría a la astucia de los mercaderes que se informaban de la evolución de los precios de la *annona* antes de fijar los suyos.

[22] Dorión, el lenón dueño de la muchacha, piensa hacer de ella una hetera de lujo y para tal fin le proporciona una esmerada educación haciéndole tomar lecciones de música. Sabemos de la existencia de estas escuelas en Atenas a través del testimonio de ISÓCR., *Antid.* 287, quien da cuenta de los jóvenes holgazanes que rondan alrededor de las escuelas de flautistas (asimismo, ATHEN., *Deipnosoph.* XII 532). Una de estas escuelas para heteras es mencionada por PLAUT., *Rud.* 43-45: *Adulescens (...) / eam vidit ire e ludo fidicinio domum, / amare occepit.*

[23] Donato transmite que en la obra de Apolodoro era el propio barbero quien refería la historia de la muchacha, porque él mismo había sido quien le había cortado el pelo en señal de luto *(Cf.* EUR., *Alc.* 425 y ss.). Teniendo en cuenta que las mujeres romanas no seguían esta costumbre, Terencio habría cambiado la persona del narrador, asignándosela a un muchacho desconocido.

DAVO.— Ya lo sé. Se enamoró.

GETA.— Y no sabes cómo. Mira adónde va a parar la historia: al día siguiente, se encamina directamente a la vieja y le suplica que le permita acceder a la muchacha. Ante esto, ella se niega y le contesta que le estaba proponiendo un desmán; que era ciudadana ateniense[24] y bien nacida de buenos padres; que si la quería por esposa, podía hacerlo legalmente; pero que, de otra forma, no daba su consentimiento. Nuestro muchacho no sabía qué hacer: de un lado, deseaba casarse con ella; pero, de otro, temía a su padre ausente.

DAVO.— ¿No le habría dado permiso su padre a su regreso?

GETA.— ¿Le iba a entregar a su hijo una doncella sin dote y de origen oscuro? Jamás lo hubiera hecho.

DAVO.— ¿Y qué pasó al final?

GETA.— ¿Que qué pasó? Hay un tal Formión que es un parásito, un tipo audaz... ¡Así lo confundan todos los dioses!

DAVO.— ¿Qué hizo?

GETA.— Le dio el consejo que te voy a decir: *(Parodiando a Formión.)* «Hay una ley según la cual las huérfanas se han de casar con sus parientes más cercanos y esta misma ley los obliga a ellos a casarse[25]. Voy a decir que eres pariente suyo y te voy a citar a juicio fingiendo ser un amigo del padre de la doncella. Nos presentaremos ante los jueces y me voy a inventar

[24] Como se verá luego, la muchacha resultará ser hija de Cremes y de una ciudadana ateniense residente en Lemnos, que es colonia ateniense desde 500 a. C. Por tanto, los clerucos que la habitan siguen manteniendo la ciudadanía ática. Recordemos que en el derecho ático la ciudadanía ateniense sólo se concede a los hijos del matrimonio compuesto por cónyuges ciudadanos. De ahí que en la *Néa* el matrimonio sólo se celebra entre ciudadanos. Tal es la razón por la que el original de Apolodoro tuvo que recurrir al expediente de hacer a la madre de la muchacha originaria de esta isla.

[25] Con el fin de mantener los bienes del difunto en el seno del *oîkos* familiar, la ley de Solón obligaba a que la huérfana sin hermanos varones se casara con el pariente paterno más cercano. (DEM., *In Macar.* 54).

quién fue su padre, quién su madre y qué parentesco tienes con ella, todo lo que me resulte conveniente y ventajoso. Puesto que tú no vas a rebatir ninguno de esos embustes, por supuesto he de ganar el juicio. Llegará tu padre y me organizará un pleito. ¿A mí qué me importa? Ella, en efecto, será nuestra».

DAVO.— Un atrevimiento que da risa.

GETA.— Persuadió a nuestro hombre, y así se hizo: fuimos a juicio, perdimos y se casó.

DAVO.— ¿Qué me cuentas?

GETA.— Lo que oyes.

DAVO.— ¡Oh, Geta! ¿Qué va a ser de ti?

GETA.— ¡Por Hércules, que no lo sé! Sólo sé que lo que nos traiga el destino nos lo tomaremos con serenidad.

DAVO.— Me parece bien. Así se comportan los hombres.

GETA.— En mí tengo depositada toda mi esperanza.

DAVO.— Te alabo.

GETA.— Creo que me tendría que buscar un intercesor para que suplicara así por mí: *(Parodiando a su supuesto abogado.)* «Por favor, ahora déjalo. Sin embargo, si en lo sucesivo incurre en falta, no te he de suplicar por él». Sólo le faltaría añadir: «Cuando me haya ido de aquí, mátalo si quieres».

DAVO.— Y al pedagogo[26] aquel, el de la citarista, ¿cómo le va?

GETA.— Así, de esas maneras.

DAVO.— Quizás no tenga gran cosa para hacer regalos.

GETA.— Salvo la mera esperanza, más bien nada.

DAVO.— Y su padre, ¿ha regresado o no?

GETA.— Todavía no.

DAVO.— ¿Qué? ¿Para cuándo esperáis al viejo de vuestra casa?

GETA.— De seguro, no lo sé; pero tengo entendido que aca-

[26] El *paedagogus* era el esclavo encargado de acompañar al niño a la escuela, de ahí la alusión irónica al papel de Fedrias como acompañante de la muchacha.

ba de llegar una carta suya y que ha sido entregada a los portaleros de la aduana[27]. Voy a buscarla.

DAVO.— ¿Quieres algo más de mí, Geta?

GETA.— Que te vaya bien. *(Davo sale de escena y Geta se dirige al interior de la casa de Demifón.)* ¡Eh, mozo! ¿No sale aquí nadie? *(Sale un esclavo del interior a quien le entrega la bolsa.)* Coge esto y dáselo a Dorcia[28]. *(Geta sale de escena.)*

ESCENA TERCERA

ANTIFÓN, FEDRIAS

ANTIFÓN.— *(Saliendo de casa de Cremes con Fedrias*[29]*.)* ¡Hay que ver cómo se ha puesto la situación! ¡Que de pensar en su llegada tema yo a quien más desea mi bien, a mi padre, Fedrias! Porque, si yo no hubiera sido un inconsciente, lo estaría esperando como él merece.

FEDRIAS.— ¿A qué viene eso?

ANTIFÓN.— ¿Me lo preguntas? ¿Tú, que has sido mi cómplice en semejante atrevimiento? ¡Ojalá que a Formión no le hubiera dado por persuadirme de esto ni por empujarme a una situación, que, por más que yo la deseara, fue el principio de mi perdición! No me habría hecho con ella. Entonces, habría pasado unos cuantos días fastidiado, pero no me angustiaría esta continua congoja...

[27] Según se desprende de PLAUT., *Trin.* 793-794 y 809-810, los funcionarios de las aduanas tenían a su cargo la inspección de la correspondencia.

[28] Esposa, o más exactamente, *contubernalis* de Geta, personaje del que no se va a tener más noticia en el resto de la obra.

[29] Tal como pone de relieve J. R. BRAVO, *n. ad loc.*, no es seguro de dónde salen. También podrían hacerlo de casa de Demifón o bien llegar desde la ciudad.

FEDRIAS.— Ya.

ANTIFÓN.— ... a la espera de que, de un momento a otro, se presente el que ha de acabar con nuestra relación.

FEDRIAS.— A otros les fastidia que les falte el objeto de su amor; a ti te duele de lo que te sobra. ¡El amor te inunda, Antifón! ¡Pues, por Hércules, que tu vida sí que es deseable y apetecible de verdad! ¡Válganme los dioses, que ahora mismo gustoso ajustaría mi muerte si me permitieran disfrutar de mi amor tan largo tiempo! Saca tú el resto de la cuenta: lo que ahora vamos a obtener, tú de tu riqueza y yo de mi penuria. Por no añadir que, sin gasto, te has hecho con una mujer libre y noble, o que, tal como querías, tienes una esposa de intachable reputación. ¡Feliz tú, si no te faltara una sola cosa, un ánimo que lleve con moderación esa fortuna! En cambio, si hubieras tenido que tratar con ese lenón, entonces te ibas a enterar. Así solemos ser la mayoría: cada cual se queja de su suerte[30].

ANTIFÓN.— Sin embargo, tú eres quien me parece afortunado, Fedrias, puesto que todavía eres plenamente dueño de decidir qué es lo que quieres: mantenerla a tu lado, amarla o despacharla[31]. ¡Yo, infeliz de mí, me he precipitado a una situación que ni me permite despacharla, ni mantenerla a mi lado! *(Ve a Geta, que entra en escena.)* Pero ¿qué es esto? ¿No veo a Geta que viene corriendo[32] hacia aquí? Es él. ¡Ay, pobre de mí! Temo las noticias que me vaya a dar ahora.

[30] Expresión muy cercana al comienzo de la primera sátira de Horacio: *Qui fit, Maecenas, ut nemo, quam sibi sortem seu ratio dederit seu fors obiecerit, illa contentus vivat, laudet diversa sequentis?* (HOR., *Sat.* I 1).

[31] Donato, a partir de una puntuación distinta, ofrece una sugerente interpretación al texto. El sentido de la misma sería: «la libertad de decidir qué es lo que quieres tener: amarla o despedirla». No obstante, aquí nos atenemos a la puntuación que ofrecen los editores y comentaristas modernos.

[32] Manifestación del personaje estereotipado del *servus currens*. Sin salir de la obra de Terencio, *cf. Andr.* 860; *Hec.* 358, 431 y 435; *Phorm.* 177.

ESCENA CUARTA

GETA, ANTIFÓN, FEDRIAS

GETA.— *(A solas, sin ver ni a Antifón ni a Fedrias.)* ¡Geta, a menos que ahora mismo des rápidamente con un plan, estás perdido! ¡Hay que ver las enormes desgracias que en tu inadvertencia de repente ahora se ciernen sobre ti! No sé cómo voy a evitarlas ni de qué manera voy a escapar del lío, pues, si no soy astuto en prevenirlas, acabarán por hundirnos a mí o a mi amo[33]; pues nuestra audacia ya no puede ocultarse por más tiempo.

ANTIFÓN.— *(Dirigiéndose a Fedrias.)* Y éste, ¿por qué llegará tan alterado?

GETA.— *(A solas.)* Además sólo tengo un instante para mi propósito. ¡Mi amo está aquí[34]!

ANTIFÓN.— *(Dirigiéndose a Fedrias.)* ¿Qué desgracia es ésa?

GETA.— *(A solas.)* Cuando se entere de ello, ¿qué remedio voy a encontrar para su ira? Si le hablo, lo voy a encender; si callo, lo voy a azuzar; si me disculpo, será como lavar un ladrillo[35]. ¡Ay, pobre de mí! No sólo tengo miedo por mí, sino que me atormento por Antifón. Me da pena, es por quien temo ahora, es quien me detiene ahora; pues de no haber sido por él, ya habría mirado bien por mí y le habría hecho pagar su cólera al viejo: habría arramblado con algo y en el acto me habría confiado a mis pies.

ANTIFÓN.— *(Dirigiéndose a Fedrias.)* ¿Qué fuga o qué hurto prepara éste?

[33] A pesar de que la edición de KAUER-LINDSAY acepta este verso, idéntico a *Andr.* 208, como genuino, otros editores lo consideran interpolado.

[34] Se refiere a Demifón, que ya ha llegado de su viaje.

[35] Proverbio griego trasladado al latín. *Cf.* SÉN., *Contr.* praef. 11, cuyo significado alude a la realización de una tarea inútil.

GETA.— *(A solas y sin ver a Fedrias ni a Antifón.)* Pero ¿dónde encontraré a Antifón? ¿Qué camino tomaré para buscarlo?

FEDRIAS.— *(Dirigiéndose a Antifón.)* Te está nombrando.

ANTIFÓN.— No sé qué gran desgracia me barrunto de esta noticia.

FEDRIAS.— ¡Ah! ¿Estás en tus cabales?

GETA.— *(A solas.)* Seguiré mi camino hasta casa. Casi siempre está allí. *(Hace ademán de entrar en casa de Demifón.)*

FEDRIAS.— Llamemos al tipo.

ANTIFÓN.— *(Dirigiéndose a Geta.)* ¡Quieto ahí!

GETA.— *(Sin reconocer a Antifón.)* ¡Eh, quienquiera que seas, menudo señorío gastas!

ANTIFÓN.— ¡Geta!

GETA.— *(Aparte.)* Es el que yo quería encontrar.

ANTIFÓN.— Por favor, dinos qué nos traes y, si puedes, dilo en dos palabras.

GETA.— Lo haré.

ANTIFÓN.— ¡Habla!

GETA.— Hace un momento, en el puerto...

ANTIFÓN.— ¿Mi...?

GETA.— Lo has entendido.

ANTIFÓN.— ¡Estoy perdido!

FEDRIAS.— ¿Eh?

ANTIFÓN.— ¿Qué voy a hacer?

FEDRIAS.— ¿Qué dices?

GETA.— *(Dirigiéndose a Fedrias.)* Que he visto al padre de Antifón, a tu tío.

ANTIFÓN.— ¿Qué remedio, pues, voy a encontrar ahora para esta muerte repentina, pobre de mí? Y es que, si mi destino me conduce a que me arranquen de ti, ya no quiero seguir viviendo, Fania.

GETA.— Así pues, estando como están las cosas, razón de

más para que andes despierto, Antifón. La fortuna ayuda a los esforzados[36].

ANTIFÓN.— *(Despavorido y con agitación.)* ¡No puedo controlarme!

GETA.— Pues es imprescindible que ahora te controles al máximo, Antifón. Pues si tu padre se percata de tu miedo, te creerá culpable.

FEDRIAS.— Eso es verdad.

ANTIFÓN.— No puedo dejar de ser como soy.

GETA.— ¿Y qué harías si ahora tuvieras que hacer algo más expuesto?

ANTIFÓN.— Si no puedo con esto, menos podría con lo otro.

GETA.— No hay nada que hacer, Fedrias. Hasta aquí hemos llegado. ¿Para qué gastamos en balde nuestro esfuerzo aquí? ¡Hala, me voy!

FEDRIAS.— Y yo también. *(Los dos hacen ademán de marcharse.)*

ANTIFÓN.— Por favor, ¿qué pasaría si intento fingir? *(Hace un ademán de valor.)* ¿Así es suficiente?

GETA.— ¡Cháchara!

ANTIFÓN.— *(Nuevo ademán de valor.)* Contemplad mi rostro[37]. Mirad. ¿Es así suficiente?

[36] Proverbio bien conocido en latín: CIC., *Tusc.* II, 11: *fortis (...) fortuna adiuvat.* VARR., *RR* I 1, 4; VIRG., *En.* X 284; OVID., *Met.* X 586.

[37] Estas referencias a gestualidad facial confirman la noticia que ofrece Donato *(De com.* 10, 1) relativa a que en Roma los actores no llevaron máscara hasta la segunda mitad del s. II a. C, ya tras la muerte de Terencio. Éstos sólo se caracterizaban con pelucas. En rigor, la aparición de máscaras en los manuscritos terencianos antiguos puede deberse a representaciones posteriores o a meras recreaciones artísticas. Por otra parte, el fragmento da idea de la libertad creativa de Terencio respecto al original de Apolodoro, destinado a ser representado con máscaras.

GETA.— No.

ANTIFÓN.— *(Nuevo ademán de valor.)* Así, ¿qué tal?

GETA.— Casi, casi.

ANTIFÓN.— *(Nuevo ademán de valor.)* Y así, ¿qué?

GETA.— Es suficiente. Mira, mantén ese gesto para responderle a cada ataque con otro igual, palabra por palabra, y para que en su furia no te pueda arrollar con sus improperios.

ANTIFÓN.— Lo sé.

GETA.— Le contestas que tú fuiste forzado por la violencia y a desgana.

FEDRIAS.— Por la ley, por un juicio.

GETA.— ¿Lo entiendes? *(Ve a Demifón, que entra en escena.)* Pero ¿quién es ese viejo que veo al fondo de la plaza? ¡Es él!

ANTIFÓN.— No puedo quedarme aquí. *(Antifón emprende la salida de escena.)*

GETA.— ¡Ah! ¿Qué haces? ¿Adónde vas, Antifón? Espera, te digo.

ANTIFÓN.— Soy consciente de mi carácter y de mi falta. A vosotros os encomiendo a mi Fania y también mi vida. *(Sale de escena.)*

FEDRIAS.— Y ahora, ¿qué va a pasar, Geta?

GETA.— Ahora, te vas a oír una perorata; pero, o poco me engaño, o a mí me va a colgar para sacudirme. Con todo, lo que le acabamos de aconsejar aquí a Antifón es lo que nosotros mismos tendríamos que hacer, Fedrias.

FEDRIAS.— Suprímeme ese «tendríamos»; tú, ordéname lo que tengo que hacer, venga.

GETA.— Al emprender el asunto, ¿recuerdas cuáles fueron en su día vuestros argumentos para justificar vuestra impostura[38]: que aquélla era una causa justa, fácil, ventajosa y la mejor?

[38] Geta le está recordando a Fedrias los argumentos aducidos por Antifón y el propio Fedrias para emprender el plan de Formión.

FEDRIAS.— Me acuerdo.

GETA.— Mira, ésos precisamente son los que necesitamos o, si se puede, algunos mejores y más astutos.

FEDRIAS.— Pondré todo mi interés.

GETA.— Ahora, acércate tú primero, que yo, por si desfallecieras, me quedaré de reserva[39] aquí al acecho.

FEDRIAS.— Andando.

ACTO II

ESCENA PRIMERA

DEMIFÓN, FEDRIAS, GETA

DEMIFÓN.— *(Entrando en escena, y a solas sin ver ni a Fedrias ni a Geta.)* ¡Acabáramos! ¿Así que Antifón se ha casado sin mi permiso? ¡Que no haya tenido miedo de mi autoridad —y pase lo de la autoridad—, que ni siquiera lo haya tenido de mi cólera[40]! ¿Que no haya tenido vergüenza? ¡Qué atrevimiento! ¡Oh, Geta, su consejero!

GETA.— *(Aparte.)* Ya tardaba yo en salir.

DEMIFÓN.— *(A solas.)* ¿Qué me van a decir? ¿Qué excusa se van a buscar? Estoy intrigado.

[39] Así traducimos el original *succenturiatus*, que, por otra parte, es uno de los escasos elementos culturales romanos que se pueden hallar en la obra de Terencio.

[40] Frase citada por CIC., *Att.* II 19, 1.

GETA.— *(Aparte.)* Pues la encontraré. Tú, preocúpate de otra cosa.

DEMIFÓN.— *(A solas.)* ¿Es que me va a decir: «lo hice a la fuerza, me obligaba la ley»? Ya lo estoy oyendo. Se lo admito.

GETA.— *(Aparte y con ironía.)* ¡Me gustas!

DEMIFÓN.— *(A solas.)* ¡Pero perder el juicio a sabiendas y sin abrir la boca ante los adversarios! ¿A eso también lo obligaba la ley?

FEDRIAS.— *(Dirigiéndose a Geta en voz baja.)* Ahí está el meollo.

GETA.— *(Dirigiéndose a Fedrias.)* Yo lo resolveré, déjame a mí.

DEMIFÓN.— *(A solas.)* No sé qué voy a hacer, ya que me ha ocurrido algo inesperado e increíble. Estoy tan enfadado que no puedo concentrarme para pensar. Por esta razón, es preciso que todos, cuando las cosas nos son más favorables, más meditemos entonces cómo soportar los contratiempos y las tribulaciones[41]: los peligros, los daños, los exilios... Que quien vuelva de un viaje, piense siempre en que su hijo ha cometido una falta, en la muerte de su esposa o en la enfermedad de una hija. Para que nada te coja por sorpresa, piensa que todas estas vicisitudes son comunes y pueden producirse; y cuanto te suceda fuera de estos cálculos, haz cuenta de que todo ello es un beneficio[42].

GETA.— ¡Oh, Fedrias, es increíble lo que aventajo a mi amo en sabiduría! Tengo meditadas todas mis desgracias al regreso de mi amo: será inevitable ir a moler al molino, ser azotado,

[41] *Cf.* PSEUD. CAT., *Dist.* 1, 18: *Cum fueris felix, quae sunt adversa, caveto*; 2, 24: *Prospice, qui veniant, hos casus esse ferendos; / Nam levius laedit, quidquid praevidimus ante.*

[42] En latín «*omne id deputare esse in lucro*». Expresiones del mismo tenor son muy abundantes en la literatura latina. *Cf.* TER., *Hec.* 287; HOR., *Ep.* I 4, 14; *Carm.* I 9, 14, y prueban la difusión popular del estoicismo. En concreto el pasaje completo es citado literalmente por CIC., *Tusc.* III 14, 30.

arrastrar grilletes en los pies o trabajar en el campo. Ninguna de estas cosas me ha de venir por sorpresa. Y cuanto me suceda fuera de estos cálculos, haré cuenta de que todo ello es un beneficio. Pero ¿a qué esperas para acercarte a nuestro hombre y comenzar a hablarle con zalamería?

Demifón.— *(Ve a Fedrias, a solas.)* Estoy viendo a Fedrias, el hijo de mi hermano, que me sale al paso.

Fedrias.— ¡Querido tío, salud!

Demifón.— ¡Salud! Pero ¿dónde está Antifón?

Fedrias.— Que hayas venido con bien...

Demifón.— *(Con impaciencia.)* Te creo, pero respóndeme.

Fedrias.— Está bien, aquí está. Pero ¿te fue todo lo bien que querías?

Demifón.— Eso hubiera querido, de verdad.

Fedrias.— ¿Qué es lo que ha pasado?

Demifón.— ¿Me lo preguntas, Fedrias? ¡Estupenda la boda que habéis organizado aquí mientras me hallaba ausente!

Fedrias.— ¡Oye! ¿Es que por eso la vas a tomar ahora con él?

Geta.— *(Aparte.)* ¡Excelente artista!

Demifón.— ¿Que no la tome con él? Estoy que salto por echármelo a la cara para que se entere de que, yo, aquel padre condescendiente, ahora por su propia culpa me he vuelto el más intransigente.

Fedrias.— Pero, tío, si no ha hecho nada por lo que tengas que tomarla con él.

Demifón.— ¡Fíjate, siempre las mismas excusas: todos van a parar a lo mismo! ¡Conoce a uno y los conocerás a todos!

Fedrias.— No es así.

Demifón.— Está el uno en falta, ya se presentará el otro a defender su causa. Lo está el otro, al punto llega el primero para devolverle el favor.

Geta.— *(Aparte.)* Sin darse cuenta, el viejo ha retratado perfectamente todos sus manejos.

Demifón.— Porque si esto no fuera así, no estarías de su parte, Fedrias.

Fedrias.— Tío, si es verdad que Antifón ha cometido la imprudencia de menoscabar tu hacienda o tu reputación, no lo defiendo: que cargue con el castigo que merezca. Ahora bien, si, por un casual, alguno, confiando en su malicia, ha tendido una trampa a nuestra juventud y nos ha vencido, ¿es por nuestra culpa o por la de los jueces, que tantas veces por envidia despojan al rico, o por compasión le dan al pobre?

Geta.— *(Aparte.)* Si no supiera el motivo, creería que dice la verdad.

Demifón.— ¿Es que habrá algún juez que pueda reconocer los derechos de nadie, cuando el interesado no responde palabra, tal como hizo él?

Fedrias.— Ha cumplido con el deber de un muchacho libre. Después de que se presentó ante los jueces, no pudo pronunciar el alegato que tenía preparado. Y es que él, que ya es tímido de por sí, quedó paralizado de vergüenza en el juicio.

Geta.— *(Aparte.)* ¡Mi enhorabuena! Pero ¿a qué espero para acercarme al viejo lo antes posible? *(Dirigiéndose a Demifón.)* ¡Salud, amo! Me alegro de que hayas regresado con bien.

Demifón.— *(Con ironía.)* ¡Oh, el buen guardián, el auténtico sostén de la familia, a quien le encomendé a mi hijo al partir de aquí! ¡Salud!

Geta.— Ya hace rato que oigo que sin razón nos acusas a todos; y a mí en particular con menos razón que a nadie. Pues, ¿qué pretendías que hiciera en esa situación? A un esclavo, por ser humano que sea, las leyes no le permiten actuar en un juicio, ni sus declaraciones son válidas como testimonio[43].

---

[43] Salvo en el caso de una declaración bajo tortura, ni en Grecia, ni en Roma tenía validez el testimonio de los esclavos. *Cf.* Dem., *In Aphob.* I 17; *In Onet.* I 37; Plaut., *Most.* 1086-1087; *Hec.* 773; *Adelph.* 483.

DEMIFÓN.— Dejo a un lado todo lo demás; admito eso de que un muchacho sin experiencia tuviera miedo. Lo admito. Y tú eres un esclavo. Ahora bien, por muy pariente que fuera, no tenía por qué casarse con ella; sino haberle dado la dote, que es lo que manda la ley[44]. Y que se hubiera buscado otro marido. ¿Con qué lógica optó por casarse con una indigente?

GETA.— No le faltaba la lógica, sino el dinero.

DEMIFÓN.— Que lo hubiera sacado de cualquier parte.

GETA.— «¿De cualquier parte?» Nada es más fácil de decir.

DEMIFÓN.— Y en último extremo, si no podía conseguirlo de ninguna otra forma, pues que hubiera tomado un préstamo a interés.

GETA.— *(Con ironía.)* ¡Uy, qué bien has hablado! ¡Sí que iba a fiarle cualquiera, estando tú en vida[45]!

DEMIFÓN.— ¡No, no ha de ser así, no es posible! ¿Que tenga que soportar que esté casada un solo día con mi hijo? No merecen ninguna contemplación. Quiero que me digas quién es ese hombre o me expliques dónde vive.

GETA.— ¿Te referirás a Formión?

DEMIFÓN.— El valedor[46] ese de la mujer.

GETA.— Procuraré que se presente aquí de inmediato.

---

[44] DEM., *In Macar.* 54, especifica «Si no quisiere casarse el de más cercano parentesco, déla en matrimonio con una dote, el pentacosiomedimno de 500 dracmas; de 300 el caballero, y de 150 el yuntero, además de sus bienes personales» (trad. de J. M. Colubi Falcó, Madrid, Gredos, 1983).

[45] En la medida en que los muchachos atenienses y romanos carecen de patrimonio propio, son sus padres quienes se ven obligados a satisfacer las deudas que contraen. Ante esto, en el año 200 a. C. se promulgó la *Lex Quinavicenaria* o *Plaetoria*, que prohibía prestar dinero a jóvenes menores de veinticinco años, bajo pena de que el contrato quedara anulado y el prestamista, pues, privado del derecho a reclamar los bienes o el dinero prestados. Así se evidencia en PLAUT., *Pseud.* 303-304: *Lex me perdit quinavicenaria: / metuunt credere omnes.*

[46] En latín *patronus*, esto es, la persona que asumía la representación legal de otra.

DEMIFÓN.— ¿Dónde está ahora Antifón?

GETA.— Por la calle.

DEMIFÓN.— Fedrias, vete, encuéntralo y tráelo aquí.

FEDRIAS.— Allá voy directamente.

GETA.— *(Dirigiéndose en voz baja a Fedrias.)* Por supuesto, pasando por casa de Pánfila. *(Fedrias sale de escena acompañado por Geta.)*

DEMIFÓN.— *(A solas.)* Yo me voy a pasar por casa a saludar a mis dioses Penates[47]. Luego me iré al foro y convocaré a algunos amigos que me asesoren en este asunto para que, si viene Formión, no me coja desprevenido. *(Demifón entra en su casa.)*

ESCENA SEGUNDA[48]

FORMIÓN, GETA

FORMIÓN.— *(Entra en escena junto a Geta.)* ¿Así que dices que Antifón, acobardado por la llegada de su padre, se ha ido de aquí?

GETA.— Exactamente.

FORMIÓN.— ¿Dejando sola a Fania?

---

[47] Los *Penates* son deidades domésticas que, en un principio, protegían las reservas alimenticias de la casa (en latín la despensa se denomina *cella penaria*). Paulatinamente su culto se fue asociando con el de los *Lares*. Al igual que Demifón, Júpiter, disfrazado de Anfitrión, realiza un sacrificio (¡a sí mismo!) por haber regresado a salvo de su viaje (PLAUT., *Amph.* 946 y 983).

[48] Donato transmite una curiosa noticia: al parecer, Ambivio Turpión habría representado borracho esta escena. Esto habría disgustado inicialmente a Terencio, pero después éste habría confesado que en tal estado el actor habría acertado a representar al personaje tal como él lo había concebido.

GETA.— Sí.

FORMIÓN.— ¿Y que el viejo se ha enfadado?

GETA.— Y mucho.

FORMIÓN.— *(Dirigiéndose a sí mismo.)* Formión, todo el caso recae sobre ti. Tú lo has molido, tú solo te lo tienes que comer[49]. Apriétate el cinto. *(Hace el gesto correspondiente.)*

GETA.— Por favor...

FORMIÓN.— *(Sin escuchar a Geta y viviendo el hipotético enfrentamiento con Demifón.)* Si me pregunta...

GETA.— ... en ti tengo mi esperanza...

FORMIÓN.— *(Sin escuchar a Geta.)* ... ya lo tengo... Pero ¿qué pasa si me replica?

GETA.— ... tú lo empujaste...

FORMIÓN.— *(Sin escuchar a Geta.)* ¡Así lo haré! Me parece.

GETA.— ¡Ayúdanos!

FORMIÓN.— *(Volviendo a la realidad.)* Tráeme al viejo. Ya tengo dispuestos en mi mente todos mis planes.

GETA.— ¿Qué vas a hacer?

FORMIÓN.— ¿Qué quieres, salvo lograr que Fania se quede, librar a Antifón de la acusación y desviar sobre mí toda la cólera del viejo?

GETA.— ¡Oh, nuestro héroe, nuestro amigo! Ahora bien, Formión, muchas veces me entra el temor de que esa valentía termine al cabo por dar en prisión.

FORMIÓN.— ¡Ah, no es así! Ya he hecho la prueba; tengo buscada la salida. ¿A cuántos hombres, tanto forasteros como

[49] Expresión proverbial que, como señala Donato, resulta particularmente apropiada en boca de un parásito. H. TH. RILEY, *The Comedies of Terence*, Nueva York, Harper and Brothers, 1874 *(n. ad loc.)*, sostiene que en concreto Formión está aludiendo a un plato concreto, el *moretum*, que se componía de ajos, cebollas, queso, huevos y otros ingredientes, molidos en un mortero. A pesar del ingenio de la hipótesis, no creemos que exista fundamento para una identificación tan específica.

ciudadanos, piensas que no he vapuleado hasta la muerte? Cuanto más sé, tanto más lo hago. Ahora, dime, ¿has oído que jamás se me haya demandado por daños?

GETA.— ¿Cómo es eso?

FORMIÓN.— Porque no se tienden redes ni al gavilán ni al milano, que son los que nos hacen mal. Se tienden a los pájaros inofensivos, porque, en efecto, de los unos se saca provecho, con los otros un esfuerzo inútil. A unos por un lado y a otros por otro, el peligro amenaza a los que se les puede rascar algo. De mí, saben que no tengo nada. Me dirás: «Pues te llevarán a su casa condenado[50]». No quieren alimentar a un individuo tan tragón. Y, a mi juicio, son prudentes si, por un perjuicio, no quieren pagarme con el mayor de los favores.

GETA.— Antifón no puede devolverte el favor con arreglo a tus merecimientos.

FORMIÓN.— Muy al contrario, nadie puede devolverle a un mandamás su favor con arreglo a sus merecimientos[51]. ¡Imagina! Después de salir de las termas, te presentas perfumado y bañado[52], sin haber pagado entrada y con el alma tranquila, sien-

[50] En este caso, Terencio parece caer en un franco anacronismo en el que tampoco es verosímil que hubiera incurrido Menandro. En efecto, aquí Terencio parece hacer mención al *nexum (XII tab.*, 6, 1), la ley romana que condenaba al deudor insolvente a pagar a su acreedor con sus servicios y que estaba en la raíz del conflicto patricio-plebeyo. Sin embargo, este tipo de esclavitud por deudas ya había desaparecido de la legislación romana desde la *Lex Poetelia-Papiria* (a. 326 a. C). Y tampoco puede aludir a ninguna ley griega, ya que esta pena *(«seisachtheía»)* no existía en Atenas desde la legislación de Solón (ARIST., *Const. Athen.* 12, 4).

[51] Como ya hemos señalado, el término está traduciendo el original *rex*. En este caso, Formión está estableciendo un paralelismo entre la situación de quienes acuden invitados a la mesa del poderoso y la del parásito o el cliente que acude a la cena de su patrono, sin otra preocupación que la de disfrutar del banquete.

[52] En latín, *ten asymbolum venire unctum atque lautum e balineis, / otiosum ab animo, quom ille et cura et sumptu absumitur! / dum tibi fit quod pla-*

do que él se consume de preocupaciones y de gastos. Mientras se está preparando lo que a ti te gusta, él anda refunfuñando; ríes, bebes el primero y el primero te recuestas a la mesa. Se te va a servir una cena llena de dudas[53]...

GETA.— ¿Qué quiere decir eso?

FORMIÓN.— ... en la que tienes la duda de qué vas a tomar más a gusto. Cuando eches cuentas de lo delicado y lo caro que es todo, ¿no habrás de tener a quien te lo ofrece por un dios propicio?

GETA.— *(Ve a Demifón, que entra en escena.)* Aquí se presenta el viejo. Mira lo que vas a hacer. El primer encuentro es el peor. Si lo resistes, después ya te será posible jugar con él a tu gusto.

ceat, ille ringitur: tu rideas. Según Donato, estos versos (339-341) serían una cita procedente de las *Saturae* de Enio (14-19 V): *Quippe sine cura, lætus, lautus quom advenit, / infertis matis, expedito brachio, / alacer, celsus, lupino exspectans ímpetu / mox dum alterius abligurias bona, / quid censes dominis esse animi? Pro divum fidem! / Ille tristis cibum dum servat, tu ridens voras.* Sin embargo, a pesar de que el sentido del pasaje eniano es similar, no es posible considerarlo una cita, sino más bien un eco o imitación en el que sólo se repiten las palabras *lautus* y *ridens (*aquí *lautum* y *rideas).*

[53] En este momento, Terencio interrumpe la descripción de Formión con una alusión al famoso episodio de Damocles, que desvirtuaría irónicamente las ventajas de comer a costa ajena. La expresión tuvo fortuna en la literatura latina, tal como demuestra su aparición en HOR., *Serm.* II 2, 76-77: *vides, ut pallidus / omnis cena desurgat dubia*? Asimismo, ERASM., *Adag.* 2, 4, 23.

ESCENA TERCERA

DEMIFÓN, HEGIÓN, CRATINO, CRITÓN, FORMIÓN, GETA

DEMIFÓN.— *(Entra seguido de sus asesores.)* ¿Habéis oído que a alguien le hayan inferido jamás injusticia más afrentosa que la que me han inferido a mí? ¡Asistidme, os lo ruego!

GETA.— *(Dirigiéndose en voz baja a Formión.)* Está enfadado.

FORMIÓN.— ¡Hala, tú estate al tanto, que ahora lo voy a provocar! *(En voz alta, fingiendo no ver a Demifón.)* ¡Por los dioses inmortales! ¿Que Demifón niega que Fania sea pariente suya? ¿Que Demifón niega que ella es su pariente?

GETA.— *(Siguiéndole la corriente.)* Lo niega.

FORMIÓN.— ¿Y que no sabe quién era su padre?

GETA.— Lo niega.

DEMIFÓN.— *(Dirigiéndose a sus acompañantes.)* Me parece que ése es el que os contaba. Seguidme.

FORMIÓN.— ¿Y que no sabe quién era Estilpón?

GETA.— Lo niega.

FORMIÓN.— Como la pobre ha quedado en la indigencia, se olvida del padre y a ella la desprecia. ¡Mira lo que hace la avaricia!

GETA.— Si achacas mala intención a mi amo, algo malo te vas a oír.

DEMIFÓN.— *(Dirigiéndose a sus acompañantes.)* ¡Tendrá valor! Encima, se pone a acusarme.

FORMIÓN.— En rigor, no tengo motivo para enfadarme con el muchacho por no conocer a Estilpón; pues era un hombre ya entrado en años y pobre, que se ganaba el sustento con su trabajo y casi nunca se apartaba del campo. Allí, tenía arrendada una parcela a nuestro padre. ¡La de veces que el viejo me con-

taba que su pariente lo tenía olvidado! Pero ¡qué hombre aquél! ¡En la vida he visto uno mejor!

GETA.— *(Con ironía.)* Por lo que cuentas, uno te ve a ti y lo ve a él.

FORMIÓN.— ¡En mala cruz acabes! Pues, si no lo hubiera apreciado tanto, jamás me habría expuesto a enemistarme tan gravemente con vuestra familia por su hija, a quien ahora tan innoblemente desprecia tu amo.

GETA.— ¿Insistes en seguir hablando mal de mi amo en su ausencia, colmo de la indecencia?

FORMIÓN.— Porque es lo que se merece.

GETA.— ¿Qué dices, carne de mazmorra?

DEMIFÓN.— ¡Geta!

GETA.— *(Fingiendo no oír a Demifón.)* ¡Saqueador de patrimonios, retorcedor de leyes!

DEMIFÓN.— ¡Geta!

FORMIÓN.— *(En voz baja a Geta.)* Respóndele.

GETA.— ¿Quién es ese hombre? *(Fingiendo reconocer a Demifón.)* ¡Anda, mira!

DEMIFÓN.— ¡Calla!

GETA.— No ha dejado de proferir en tu ausencia insultos indignos de ti, aunque dignos de él.

DEMIFÓN.— Déjame. *(Dirigiéndose a Formión.)* Joven, para empezar, y contando con tu amabilidad, te pido que, si es posible y no te importa, me respondas una cosa. Explícame quién era ese amigo tuyo que comentas y qué parentesco decía tener conmigo.

FORMIÓN.— Quieres pescarme. ¡Como si no lo conocieras!

DEMIFÓN.— ¿Que yo lo conocía?

FORMIÓN.— Sí.

DEMIFÓN.— Lo niego. Refréscame la memoria, tú que lo dices.

FORMIÓN.— Oye, tú, ¿no conocías a tu primo?

DEMIFÓN.— Me estás matando. Dime su nombre.

FORMIÓN.— Su nombre... perfectamente... *(Formión queda en silencio.)*

DEMIFÓN.— ¿Por qué te callas ahora?

FORMIÓN.— *(Dirigiéndose en voz baja a Geta.)* ¡Por Hércules, estoy perdido! Se me ha ido el nombre.

DEMIFÓN.— ¿Eh, qué dices?

FORMIÓN.— *(Dirigiéndose en voz baja a Geta.)* Geta, si te acuerdas de qué nombre le dimos hace un rato, sóplamelo. *(Dirigiéndose a Demifón.)* Mira, no te lo digo. Vienes a tantearme. ¡Como si no lo supieras!

DEMIFÓN.— ¿Yo, a tantearte?

GETA.— *(En voz baja a Formión.)* Estilpón[54].

FORMIÓN.— Y además, ¿a mí qué me importa? Es Estilpón.

DEMIFÓN.— ¿Quién has dicho?

FORMIÓN.— Estilpón, te digo. Lo conocías.

DEMIFÓN.— Ni lo conocía, ni he tenido ningún pariente con semejante nombre.

FORMIÓN.— ¿Sí? *(Señalando a los acompañantes de Demifón.)* ¿No te da vergüenza decirlo delante de ésos? Pero si hubiera dejado un patrimonio de diez talentos[55]...

DEMIFÓN.— ¡Maldígante los dioses!

---

[54] En este punto se produce una ruptura en la coherencia de los acontecimientos de la comedia. Estilpón no es un nombre inventado por Geta y Antifón. En realidad, es el alias que Cremes, hermano de Demifón y padre de Fania, les ha dado a la madre y a la nodriza de ésta para evitar la cólera de su esposa Nausístrata (vv. 740-743). El resto de la descripción de la vida de Estilpón es, naturalmente, un embuste de Formión. Es verosímil que Geta y Formión sepan del nombre del padre de Fania gracias a la información que ésta o su nodriza les hayan suministrado. Sin embargo, en ningún momento se nos informa de tal cosa.

[55] O lo que es lo mismo, seiscientas minas, unos 240.000 sestercios romanos, doscientos setenta kilogramos de plata.

FORMIÓN.— ... no habrías titubeado en ser el primero en remontar vuestra ascendencia hasta tu abuelo y tu bisabuelo.

DEMIFÓN.— Así es, como dices. Yo, al presentarme, hubiera dicho entonces qué parentesco tenía conmigo la muchacha. Haz tú lo mismo. Dime, ¿qué parentesco tiene conmigo?

GETA.— *(Dirigiéndose a Demifón.)* Bien, muy bien por nuestro amo. *(Dirigiéndose a Formión en voz baja.)* ¡Y tú, ten cuidado!

FORMIÓN.— Bien claro se lo expliqué a los jueces ante quienes tuve que declarar. Si mi declaración era falsa, ¿por qué no la refutó tu hijo?

DEMIFÓN.— ¿A mí me hablas de mi hijo? No se puede decir nada de lo que merece su memez.

FORMIÓN.— *(Con ironía.)* Pero tú, que eres tan avisado, interpón un recurso para que los magistrados reabran el proceso[56]. Al fin y al cabo, eres el único rey[57] y sólo a ti se te concederá aquí un segundo juicio por la misma causa.

DEMIFÓN.— Aunque se me haya hecho una injusticia, sin embargo, antes que emprender un pleito contigo o seguir oyéndote, llévatela y, tal como si hubiera sido pariente, toma las cinco minas que la ley ordena darle de dote[58].

FORMIÓN.— ¡Ja, ja, ja! ¡Qué encanto de hombre!

DEMIFÓN.— ¿Qué pasa? ¿Es que te pido algo injusto? ¿Es que ni siquiera he de conseguir lo que es un derecho común?

FORMIÓN.— ¡A buenas horas! Después de haber abusado de ella, dime, ¿manda la ley darle su salario y despedirla como a una cortesana? ¿Es que no está mandado entregarla a su pariente más próximo para que viva con un solo marido y que una ciudadana no caiga en la deshonra por culpa de la pobreza? Pues eso es lo que impides.

[56] La ley ateniense y la romana prohibían reabrir un caso ya sentenciado. Se trata del conocido principio jurídico *non bis in idem*. *Cf.* DEM., *In Lept.* 147.

[57] Expresiones muy similares en *Adelph.* 175.

[58] *Cf.* DEM., *In Mac.* 54. Cinco minas equivalen a 500 dracmas. Esto es, Demifón pertenece a la clase de los *pentakosiomedímnoi* (*cf.* v. 69).

DEMIFÓN.— Sí, la verdad, al pariente más próximo. Pero nosotros, ¿de qué... o por qué...?

FORMIÓN.— ¡Oye, ya se dice eso de que «si está resuelto, no le des más vueltas»!

DEMIFÓN.— ¿Que no le dé más vueltas? Muy al contrario, no voy a dejarlo hasta que lo remate.

FORMIÓN.— ¡Chocheas!

DEMIFÓN.— ¡Déjame de una vez!

FORMIÓN.— A la postre, nada tenemos que ver contigo, Demifón. Tu hijo es el condenado, no tú; pues ya se te había pasado la edad de casarte.

DEMIFÓN.— Tú, todo lo que te digo ahora, piensa que te lo dice él. De lo contrario, de verdad que les voy a impedir entrar en mi casa, a él y a su mujer.

GETA.— *(En voz baja a Formión.)* Se ha enfadado.

FORMIÓN.— *(Dirigiéndose a Demifón.)* Mejor será que hagas eso contigo mismo.

DEMIFÓN.— ¿Es que vienes dispuesto a llevarme la contraria en todo, desgraciado?

FORMIÓN.— *(Dirigiéndose a Geta en voz baja.)* Aunque se afana en disimularlo, nos tiene miedo.

GETA.— *(Dirigiéndose a Formión en voz baja.)* La situación se está empezando a poner bien para ti.

FORMIÓN.— *(Dirigiéndose a Demifón.)* ¿Por qué no soportas lo que tienes que soportar? Algo digno de tu conducta harías al propiciar la amistad entre nosotros.

DEMIFÓN.— ¿Que yo busque tu amistad? ¿Que quiera verte u oírte?

FORMIÓN.— Si congenias con ella, tendrás quien te alegre la vejez. Mira por tus años.

DEMIFÓN.— ¡Que te alegre a ti! ¡Quédatela tú!

FORMIÓN.— Pero aplaca tu ira.

DEMIFÓN.— Ya hemos hablado bastante; quédate con lo siguiente: si no te apresuras a llevarte a esa mujer, la he de despachar yo mismo. He dicho, Formión.

FORMIÓN.— Si la tratas con menos respeto del que merece su condición de persona libre, te he de clavar una querella descomunal. He dicho, Demifón. *(En voz baja a Geta.)* Si hiciera falta, oye, estoy en casa.

GETA.— Entendido. *(Formión sale de escena.)*

ESCENA CUARTA

DEMIFÓN, GETA, CRATINO, HEGIÓN, CRITÓN

DEMIFÓN.— *(Dirigiéndose a Geta.)* ¡Cuánta preocupación y congoja me causa mi hijo por haberse enredado —y con él a mí— en esa boda! Ni siquiera se presenta ante mí para que, por lo menos, sepa yo qué dice o qué piensa sobre el asunto. Ve a ver si ya ha regresado o no a casa.

GETA.— Voy. *(Geta entra en casa de Demifón.)*

DEMIFÓN.— Ya veis en qué punto está el problema. ¿Qué hago? *(Dirigiéndose a Hegión.)* Dime, Hegión.

HEGIÓN.— ¿Yo? Considero que, si te parece, Cratino...

DEMIFÓN.— *(Dirigiéndose a Cratino.)* Dime, Cratino.

CRATINO.— ¿Quieres que yo...?

DEMIFÓN.— Sí, tú.

CRATINO.— Mi deseo es que lo que hagas sea lo que te convenga. Esto es lo que me parece: justo y bueno es revocar íntegramente lo que en tu ausencia hizo tu hijo[59]. Y lo lograrás. He dicho.

DEMIFÓN.— *(Dirigiéndose a Hegión.)* Ahora, dime tú, Hegión.

HEGIÓN.— Yo creo que Cratino se ha expresado con franqueza. Pero la cosa es así: cuantos hombres, tantos pareceres[60]. Cada cual tiene su carácter. A mí me parece que no puede anularse una decisión legal; y que intentarlo es una indecencia.

DEMIFÓN.— *(Dirigiéndose a Critón.)* Dime, Critón.

CRITÓN.— Soy de la opinión de que hay que pensárselo más. El asunto es complicado.

CRATINO.— ¿Acaso deseas algo más de nosotros?

DEMIFÓN.— Lo habéis hecho muy bien. Estoy con muchas más dudas que hace un rato. *(Los asesores salen de escena.)*

GETA.— *(Saliendo de casa, y dirigiéndose a Demifón.)* Dicen que Antifón no ha vuelto.

DEMIFÓN.— Tengo que aguardar a mi hermano. Seguiré el consejo que me dé sobre este asunto. Me voy al puerto a enterarme de cuándo vuelve. *(Sale de escena.)*

GETA.— Y yo me voy a buscar a Antifón para que sepa lo que ha pasado aquí. *(Ve a Antifón, que entra en escena.)* Pero mira, veo que regresa aquí en el momento oportuno.

---

59 La fórmula latina *restitui in integrum* remite indudablemente a una de las medidas establecidas por la *Lex Plaetoria* (a. 200 a. C.), que invalidaba las acciones judiciales emprendidas contra un menor sin experiencia, devolviendo, pues, la situación al anterior estado de cosas *(restitutio in integrum)*. Ésta es una de las muy escasas ocasiones en las que Terencio hace una referencia clara a la realidad jurídica romana.

60 *Quot homines, tot sententiae*, ésta es una de las más célebres sentencias de Terencio, que vemos recogida, entre otros, en CIC., *De fin.* I 15, y ya más elaborada en HOR., *Sat.* II 1, 27: *Quot capitum vivunt, totidem studiorum milia.*

ACTO III

ESCENA PRIMERA

ANTIFÓN, GETA

Antifón.— *(A solas, y sin ver a Geta.)* En serio, Antifón, con ese carácter que tienes mereces reproches por todos los lados. ¡Haber huido así de aquí confiando tu vida a la defensa ajena! ¿Creíste que otros iban a velar por tus intereses mejor que tú? Pues, estuviera como estuviera lo demás, sin duda deberías haber velado por ésa que ahora tienes en casa; y así, la pobre, que sólo en ti tiene depositada ahora toda su esperanza y sus recursos, no se vería en la desgracia de quedar burlada por confiar en ti.

Geta.— Y de verdad, amo, que ya hace rato que, mientras estabas fuera, nos estamos quejando de ti por haberte ido.

Antifón.— A ti te iba buscando.

Geta.— Pero no por ello hemos faltado a nuestro deber.

Antifón.— Habla, por favor: ¿en qué situación están mis intereses y mi fortuna? ¿No se olerá algo mi padre?

Geta.— De momento, nada.

Antifón.— ¿Y queda todavía alguna esperanza?

Geta.— No lo sé.

Antifón.— ¡Ah!

Geta.— Salvo que Fedrias no ha cesado de esforzarse por ti.

Antifón.— No es novedad en él.

Geta.— Además, Formión, lo mismo en ésta que en sus otras empresas, se ha mostrado hombre esforzado.

Antifón.— ¿Qué ha hecho?

Geta.— Con sus palabras le ha cerrado la boca al viejo, que estaba sumamente enfadado.

Antifón.— ¡Bien por Formión!

Geta.— Y yo también hice lo que pude.

Antifón.— ¡Sois todos unos amigos de verdad, querido Geta!

Geta.— Como te digo, así comenzaron las cosas. Por ahora, la situación está tranquila, tu padre va a permanecer a la espera en tanto se presenta aquí tu tío.

Antifón.— ¿Mi tío? ¿Por qué?

Geta.— Según decía, en lo que se refiere a este asunto, quería actuar siguiendo su consejo.

Antifón.— ¡Qué miedo me da ver ahora a mi tío sano y salvo, Geta! Pues, por lo que oigo, mi vida o mi muerte dependen tan sólo de su decisión.

Geta.— Aquí tienes a Fedrias.

Antifón.— ¿Dónde?

Geta.— Míralo, sale a la calle desde su palestra[61]. *(Fedrias sale de casa de Dorión acompañado por éste.)*

ESCENA SEGUNDA

FEDRIAS, DORIÓN, ANTIFÓN, GETA

Fedrias.— ¡Dorión, escucha, por favor!

Dorión.— No te oigo.

Fedrias.— Sólo un momento.

Dorión.— ¡Que me dejes!

Fedrias.— Escucha lo que te voy a decir.

---

[61] Es evidente que el ejercicio que el muchacho realiza en casa del lenón no es exactamente gimnástico. Chistes muy similares en Plaut., *Bacch.* 66, y Mart., X 55, 4.

DORIÓN.— Pero ¡si es que estoy harto de oírte mil veces lo mismo!

FEDRIAS.— Ahora te voy a decir algo que vas a escuchar de buena gana.

DORIÓN.— ¡Habla! Te oigo.

FEDRIAS.— ¿No podré lograr que esperes tres días? *(Dorión hace ademán de marcharse.)* ¿Adónde te vas ahora?

DORIÓN.— Ya me extrañaba que me fueras a contar nada nuevo.

ANTIFÓN.— *(Dirigiéndose a Geta en voz baja.)* ¡Ay, miedo me da que el lenón esté urdiendo algo... contra su cabeza!

GETA.— *(Dirigiéndose a Antifón.)* Lo mismo me temo yo.

FEDRIAS.— ¿No me crees?

DORIÓN.— *(Con ironía)* Eres adivino.

FEDRIAS.— ¿Y si te doy mi palabra?

DORIÓN.— ¡Cuentos!

FEDRIAS.— Podrás decir que este favor te ha reportado un bonito interés.

DORIÓN.— ¡Cuentos!

FEDRIAS.— ¡Créeme! Te vas a alegrar de haberlo hecho. ¡Por Hércules, que ésta es la verdad!

DORIÓN.— ¡Tú sueñas!

FEDRIAS.— ¡Haz la prueba! No es tanto tiempo.

DORIÓN.— Me cantas la misma cantinela.

FEDRIAS.— Tú eres mi pariente, mi padre, mi amigo, mi...

DORIÓN.— Sigue diciendo tonterías.

FEDRIAS.— ¿Tan inflexible e implacable has de ser que ni la misericordia ni las súplicas te han de ablandar?

DORIÓN.— ¿Tan irreflexivo y desvergonzado has de ser, Fedrias, que me pretendes engañar con palabras enjaezadas y llevarte gratis mi esclava?

ANTIFÓN.— *(En voz baja a Geta.)* Me da pena.

FEDRIAS.— ¡Ay, cedo ante la evidencia!

GETA.— *(Aparte.)* ¡Hay que ver lo bien que se retratan los dos!

FEDRIAS.— ¡Y a mí tenía que pasarme esta desgracia, cuando Antifón estaba enredado en otras preocupaciones!

ANTIFÓN.— *(Acercándose a Fedrias.)* ¡Ah! Y ahora, ¿qué pasa, Fedrias?

FEDRIAS.— ¡Oh, Antifón, el más afortunado...!

ANTIFÓN.— ¿Yo?

FEDRIAS.— ¡... que tienes en casa a tu amor y nunca te ves obligado a lidiar con un canalla de esta catadura!

ANTIFÓN.— ¿Qué tengo en casa? Lo que tengo en casa, como se suele decir, es un lobo cogido por las orejas[62], pues ni sé cómo deshacerme de ella, ni tampoco cómo conservarla.

DORIÓN.— *(Señalando a Fedrias.)* Eso mismo me pasa con éste.

ANTIFÓN.— *(Dirigiéndose a Dorión.)* ¡Anda, no te muestres tan poco lenón! *(Dirigiéndose a Fedrias.)* ¿Acaso te ha hecho algo?

FEDRIAS.— ¿Éste? Lo que haría una auténtica bestia: ha vendido a mi Pánfila.

ANTIFÓN.— ¿Qué? ¿La ha vendido?

GETA.— ¿Qué dices? ¿La ha vendido?

FEDRIAS.— La ha vendido.

DORIÓN.— *(Con ironía.)* ¡Qué canallada indigna! ¡Haber vendido una esclava comprada con el propio dinero de uno!

FEDRIAS.— *(Dirigiéndose a Antifón.)* No puedo convencerlo de que, hasta que le traiga el dinero que me prometieron mis amigos, me espere tres días y rompa el trato con el soldado ese. *(Dirigiéndose a Dorión.)* Si para entonces no te lo he dado, no me esperes ni una hora más.

---

[62] Al parecer esta expresión proverbial era muy usada por el emperador Tiberio *(... ut saepe lupum se auribus tenere diceret)*; SUET., *Tib.* 25, 1.

DORIÓN.— ¡Y dale!

ANTIFÓN.— No es tanto el tiempo que te pide, Dorión. Déjate convencer, que te ha de doblar el favor que le hagas.

DORIÓN.— Eso son palabras.

ANTIFÓN.— ¿Vas a permitir que se lleven a Pánfila de esta ciudad? Y encima, ¿podrás consentir que esta pareja vea roto su amor?

DORIÓN.— Ni tú, ni yo...

FEDRIAS.— ¡Ojalá los dioses te premien como mereces!

DORIÓN.— En contra de mi carácter, te he estado aguantando muchos meses llorando, prometiendo y sin dar nada; ahora, por el contrario, he hallado a uno que me da y no llora. ¡Cede tu puesto a los mejores!

ANTIFÓN.— *(Dirigiéndose a Fedrias.)* ¡Por Hércules, que, si no recuerdo mal, la verdad es que ya hace tiempo tenías un día fijado para pagarle!

FEDRIAS.— Pues sí.

DORIÓN.— ¿Acaso niego eso?

ANTIFÓN.— ¿Ya se ha pasado el plazo ese?

DORIÓN.— No, pero el día de hoy se ha presentado antes que ese otro.

ANTIFÓN.— ¿No te da vergüenza ser tan poco serio?

DORIÓN.— Mientras me sea provechoso, ni lo más mínimo.

GETA.— ¡Estercolero!

FEDRIAS.— En fin, Dorión, ¿es preciso actuar de esa manera?

DORIÓN.— Así soy yo. Si te gusto, a tu disposición.

ANTIFÓN.— ¿Así te burlas de Fedrias?

DORIÓN.— ¡Qué va, Antifón! Es Fedrias quien se burla de mí; pues él ya sabía de mi catadura. Pero yo creía que él era de otra manera. Me ha engañado; y con él no soy en absoluto distinto a lo que fui. Pero, según están las cosas, en fin, voy a hacer lo siguiente: el soldado me dijo que mañana por la mañana me daría el dinero. *(Dirigiéndose a Fedrias.)* Fedrias, si

tú me lo traes antes, me atendré a mi costumbre de que tenga preferencia el primero que pague. Adiós. *(Dorión sale de escena*[63]*.)*

ESCENA TERCERA

FEDRIAS, ANTIFÓN, GETA

FEDRIAS.— *(A solas.)* ¿Qué voy a hacer? Ahora, ¿de dónde voy a sacar tan de repente ese dinero para Dorión, pobre de mí, que tengo menos que nada? Porque sólo que hubiera podido obtener de él esos tres días... ya me lo habían prometido.

ANTIFÓN.— Geta, ¿vamos a permitir que se vea en tal desdicha un hombre que poco ha, como dijiste, me ayudó amablemente? ¿Por qué no intentamos devolverle el favor, siendo que le hace falta?

GETA.— Sí; sé que eso es lo justo.

ANTIFÓN.— ¡Hala pues! Eres el único que puede salvarlo.

GETA.— ¿Qué puedo hacer?

ANTIFÓN.— Encuentra el dinero.

GETA.— Eso quisiera, pero explícame de dónde lo saco.

ANTIFÓN.— Mi padre está aquí.

GETA.— Lo sé. Bueno, ¿y qué?

ANTIFÓN.— A buen entendedor, una palabra basta[64].

GETA.— ¿Sí?

ANTIFÓN.— Sí.

---

[63] No está claro si el lenón entra en su casa o bien sale hacia el foro.

[64] La expresión proverbial se halla también en PLAUT., *Pers.* 729: *dictum sapienti sat est.*

GETA.— ¡Por Hércules, de verdad que me aconsejas bien! ¿Te largas de aquí de una vez? ¿Es que no es ya un triunfo si salgo indemne de tu boda? Como para que encima ahora me hagas buscarme la cruz dando un mal paso por tu primo.

ANTIFÓN.— *(Dirigiéndose a Fedrias.)* Éste dice la verdad.

FEDRIAS.— ¿Qué, Geta? ¿Soy para vosotros un extraño?

GETA.— No es eso lo que creo; pero ¿te parece poco que el viejo la haya tomado ahora con todos nosotros? Como para que lo azucemos más y ya no nos quede ninguna oportunidad para suplicarle.

FEDRIAS.— ¿Y otro se la va a llevar lejos de mis ojos a algún desconocido lugar? ¿Eh? ¡Entonces, Antifón, mientras podáis y mientras estoy presente, hablad conmigo y contempladme[65]!

ANTIFÓN.— ¿Y por qué? ¿Qué vas a hacer? Dime.

FEDRIAS.— Estoy determinado a seguirla a cualquier parte del mundo adonde se la lleven, o bien a morir.

GETA.— ¡Bendigan los dioses lo que hagas! Mas, con todo, ve con tiento.

ANTIFÓN.— *(Dirigiéndose a Geta.)* Mira si puedes ayudarlo en algo.

GETA.— ¿En algo? ¿En qué?

ANTIFÓN.— Piensa, por favor, Geta, no sea que haga un disparate u otro que luego tengamos que lamentar.

GETA.— Estoy pensando... ¡Ya está salvado...! Me parece. Pero es que temo recibir una paliza.

ANTIFÓN.— No temas. Contigo cerca, compartiremos alegrías y desgracias.

GETA.— *(Dirigiéndose a Fedrias.)* ¿Cuánto dinero necesitas? Dime.

[65] Fedrias amenaza veladamente con abandonar Atenas *(Cf. Adelph.* 275). Más abajo amplía el catálogo de sus opciones con un eventual suicidio.

FEDRIAS.— Sólo treinta minas[66].

GETA.— ¿Treinta? ¡Ay, Fedrias, es carísima!

FEDRIAS.— ¿Ella? Pero si está regalada.

GETA.— ¡Venga, venga, que te las voy a encontrar!

FEDRIAS.— Eres encantador.

GETA.— ¡Marcha de aquí!

FEDRIAS.— ¡Las necesito de inmediato!

GETA.— En seguida se las llevarás, pero necesito que Formión sea mi colaborador en este negocio.

FEDRIAS[67].— Está a tu disposición. Tú, sin ningún miedo échale encima la carga que quieras, que él la llevará. Es único como amigo de sus amigos.

GETA.— Vamos, pues, a buscarlo rápidamente.

ANTIFÓN.— ¿Hay alguna ayuda que necesitéis de mí?

GETA.— Nada. Más bien, vete a casa y consuela a esa pobre, que sé que ahora estará muerta de miedo. ¿A qué esperas?

ANTIFÓN.— Nada haría más a gusto. *(Entra en su casa.)*

FEDRIAS.— ¿Y cómo vas a hacerlo?

GETA.— Te lo diré por el camino. Ahora, muévete. *(Geta y Fedrias salen juntos de escena*[68].)

[66] Esto es, tres mil dracmas áticas, equivalentes a unos doce mil sestercios romanos, unos 13,5 kilogramos de plata.

[67] Siguiendo la distribución de entradas de la familia Σ, las ediciones de Marouzeau y Rubio atribuyen esta intervención a Antifón.

[68] J. R. BRAVO, *n. ad loc.*, adelanta la conjetura verosímil de que salen por la derecha hacia la casa de Formión.

ACTO IV

ESCENA PRIMERA

DEMIFÓN, CREMES

DEMIFÓN.— *(Entrando en escena junto a Cremes.)* ¿Qué, Cremes? ¿Has traído contigo a tu hija, motivo por el que te marchaste de aquí a Lemnos?

CREMES.— No.

DEMIFÓN.— ¿Cómo es que no?

CREMES.— Después de que su madre vio que me demoraba aquí demasiado, y, al mismo tiempo, como una doncella de su edad no podía seguir esperando por culpa de mi despreocupación, me dijeron que ella se vino hacia mí con toda la familia[69].

DEMIFÓN.— Y dime: habiéndote enterado de su partida, ¿por qué te demoraste tanto?

CREMES.— ¡Por Pólux, me retuvo una enfermedad!

DEMIFÓN.— ¿De qué? ¿Qué enfermedad fue?

CREMES.— ¿Me lo preguntas? Mi propia vejez es ya una enfermedad[70]. Pero, por el marinero que las había traído, me enteré de que habían llegado con bien.

---

[69] Como señala, J. MAROUZEAU, *n. ad loc.*, esta referencia a una *familia* —término que aludiría, no a los inexistentes lazos consanguíneos, sino a un grupo de esclavos que formarían parte de su comitiva— se corresponde mal con la situación de indefensión y abandono que se desprende del relato de Geta (vv. 95 y ss. y 386 y ss.). Quizás nos hallemos aquí ante un error de adaptación.

[70] Según explica Donato, la sentencia ya se hallaba en la comedia original de Apolodoro. Reflejos de ella en SÉN., *Epist. Luc.* 108, 28: *Senectus ... insanabilis morbus est.*

DEMIFÓN.— Cremes, ¿te has enterado de lo que le ha sucedido a mi hijo en mi ausencia?

CREMES.— De verdad que eso es lo que me tiene en la zozobra. En efecto, si le propongo este arreglo matrimonial a cualquier extraño, le tengo que explicar detalladamente cómo y de dónde me había salido esta hija. Yo sabía que tú me eras tan leal como yo me soy a mí mismo. En cambio, ese extraño, si me quiere como pariente, se callará mientras se mantenga la relación; pero si llega a desentenderse de mí, sabría más de lo necesario, y temo que mi mujer se entere de alguna manera de mi aventura, cosa que, si ocurre, no me queda más remedio que dar un bote y salir de casa, pues de mis bienes, del único del que soy dueño es de mí mismo[71].

DEMIFÓN.— Sé que es así y me produce preocupación; y no he de descansar en mis intentos hasta lograr todo lo que te he prometido.

ESCENA SEGUNDA

GETA (DEMIFÓN), (CREMES)

GETA.— *(Entrando en escena, sin ver a los otros.)* Jamás he visto un hombre más astuto que Formión. Me acerqué al tipo a decirle que necesitábamos dinero y cómo se podía conseguir. No iba por la mitad, cuando ya lo había entendido. Estaba contento, me alababa, preguntaba por el viejo y daba gracias a los dioses de que se le hubiera concedido la oportunidad de demos-

---

[71] *Cf.* MEN., *Sent.* 196: «Al casarme con una rica, yo mismo he sido el causante de mi desgracia».

trar que no era menos amigo de Fedrias que de Antifón. Le mandé que aguardara en el foro diciéndole que yo le iba a llevar al viejo allí. *(Ve a Demifón.)* ¡Pero mira, aquí viene él! ¿Quién viene por detrás? *(Ve a Cremes y se sobresalta.)* ¡Tate! ¡Llega el padre de Fedrias! *(Recobra la calma.)* Pero ¡animal de mí! ¿Por qué he tenido miedo? ¿Porque en lugar de uno se me presentan dos a quienes engañar? Creo que será más ventajoso duplicar mis esperanzas: atacaré primero por donde tenía decidido[72]. Si éste me da el dinero, me daré por contento. Pero, si no logro nada de él, entonces la emprenderé con el recién llegado.

ESCENA TERCERA

Antifón, Geta, Cremes, Demifón

Antifón.— *(Sale de casa sin ver a los otros, y a solas.)* Espero que Geta regrese cuanto antes. *(Ve a Cremes y a Demifón.)* Pero veo que mi tío está con mi padre. ¡Pobrecito de mí! ¡Miedo me da pensar adónde puede empujar a mi padre su llegada! *(Se hace a un lado de la escena desde donde va a escuchar toda la conversación entre Geta y los viejos.)*

Geta.— *(A solas.)* Me voy a acercar a ellos. *(Dirigiéndose a Cremes.)* ¡Oh, querido Cremes!

Cremes.— ¡Salud, Geta!

Geta.— ¡Qué alegría que hayas llegado con bien!

Cremes.— Te creo.

Geta.— ¿Cómo va? ¿Muchas novedades al llegar, como suele suceder?

[72] Esto es, va a comenzar su empresa tratando de estafar a Demifón.

Cremes.— Muchísimas.

Geta.— Sí. ¿Has oído lo que ha pasado con Antifón?

Cremes.— Todo.

Geta.— *(Dirigiéndose a Demifón.)* ¿Se lo has dicho tú? *(Dirigiédose a Cremes.)* ¡Qué canallada indigna, Cremes! ¡Que a uno lo cacen así!

Cremes.— Justo de eso estaba hablando con mi hermano.

Geta.— ¡Pues, por Hércules, que creo que, tras meditarlo con mucho detenimiento, he encontrado la solución al problema!

Cremes.— ¿Cuál, Geta?

Demifón.— ¿Qué solución?

Geta.— Cuando me fui de tu lado, resulta que me salió al paso Formión.

Cremes.— ¿Qué Formión?

Geta.— El que la...

Cremes.— Lo sé.

Geta.— Me pareció que tenía que sondear su opinión. Lo cogí a solas y le dije: «Formión, ¿por qué no haces por que nos podamos entender por las buenas antes que por las malas? Mi amo es desinteresado y poco amigo de pleitos. ¡Pues, por Hércules, de verdad que hace un momento todos sus amigos al unísono eran partidarios de que la despachara de cabeza!».

Antifón.— *(Aparte.)* Y éste, ¿qué intenta o por dónde va a salir hoy?

Geta.— «¿Me vas a decir que, si la despacha, será castigado por las leyes? Eso ya está calculado. Venga, más sudarás si la emprendes con ese hombre. Es la elocuencia en persona. Pero supón que lo derrotas. Al fin y al cabo, en este asunto no va su cabeza, sino su dinero». Después de que me di cuenta de que el tipo se ablandaba con estas consideraciones, añadí: «Ahora que estamos solos aquí, escucha: ¿qué quieres recibir en mano, para que mi amo no siga con el pleito, esa mujer se vaya de aquí y tú no sigas molestando?».

ANTIFÓN.— *(Aparte.)* ¿Pueden estar a buenas los dioses con este individuo?

GETA.— «... pues estoy seguro de que si le formulas cualquier petición justa y buena, él, hombre bueno como es, hoy tú no has de cruzar con él ni tres palabras».

DEMIFÓN.— Y a ti, ¿quién te ha mandado hacer esos ofrecimientos?

CREMES.— Pero si no podíamos llegar mejor a donde queríamos.

ANTIFÓN.— *(Aparte.)* ¡Estoy perdido!

DEMIFÓN.— Sigue hablando.

GETA.— Al principio, el tipo se volvió loco.

CREMES.— Dime, ¿qué es lo que pidió?

GETA.— ¿Qué? Demasiado. Todo lo que le dio la gana.

CREMES.— Dilo.

GETA.— Que si alguien le daba un talento de los grandes[73]...

DEMIFÓN.— ¡Venga ya! ¡Por Hércules, una paliza es lo que le voy a dar! No tiene ninguna vergüenza.

GETA.— Justo lo que yo le dije: «Atiende, ¿y qué tendría que dar si casara a una hija única? Dime. De poco le ha servido el no haber tenido ninguna. Ha encontrado otra que le pide la dote[74]». Para abreviar y dejar a un lado sus tonterías, éstas fueron sus últimas palabras: «Yo», dijo, «ya desde un principio,

[73] La expresión *talentum magnum* (muy abundante en PLAUTO, por ej. *Asin.* 193; *Most.* 644) no es fácil de interpretar. En general —por ejemplo, J. R. BRAVO, *n. ad loc.*— se considera que no designa ninguna unidad monetaria distinta al talento de sesenta minas que se menciona habitualmente en la obra de Terencio. Simplemente se trataría de un modismo para designar la misma realidad. Sin embargo, PRISC., *De figuris numerorum*, III, 408 *(Gramm. Lat.* K) consigna: *Talentum Atheniensem parvum minae sexaginta, magnum minae octoginta tres et unciae quattuor (Cf.* LIV., XXXVIII 38). Según esto, el *talentum magnum* equivaldría a algo más de 37 kilogramos de plata.

[74] En el Mundo Antiguo las hijas resultan una fuerte preocupación para sus padres en la medida en que la obligación de dotarlas pone en serio peligro el

como era justo, quise tomar como esposa a la hija de mi amigo. Pues me venía a la mente lo desventajoso que era que una muchacha pobre fuera entregada a un rico para acabar siendo su esclava. Pero, para decírtelo ya sin rodeos, necesitaba una mujer que aportara un poquito para pagar algunas deudas[75]; y si Demifón todavía quiere entregarme lo que iba a recibir de otra muchacha que me ha sido prometida, no querría que se me diera otra esposa distinta».

ANTIFÓN.— *(Aparte.)* No sabría decir si este individuo actúa así por estupidez o por malicia, si se entera o no se entera.

DEMIFÓN.— Y si debe el alma, ¿qué?

GETA.— Y seguía: «He empeñado un campo por diez minas...»

DEMIFÓN.— ¡Venga, venga, que se case ya! Se las daré.

GETA.— «... y también una casita por otras diez...»

DEMIFÓN.— ¡Ay, ay, es demasiado!

CREMES.— ¡No grites! Pídeme a mí esas diez.

GETA.— «... y a mi mujer habrá que comprarle una esclavita; además, hará falta un poquitín más de ajuar. Y será preciso algo para el gasto de la boda. Para esas cosas» dijo «pon, sí, diez minas[76]...»

DEMIFÓN.— ¡Pues entonces que me ponga seiscientos pleitos de una vez! No doy nada: ¿Para que ese indecente se ría de mí?

CREMES.— Por favor, yo se las daré. Estate tranquilo; limítate a procurar que tu hijo se case con la muchacha que queremos nosotros.

patrimonio familiar. Tal es la razón que justifica la práctica del infanticidio femenino. Así, *Heaut.* 626 y ss.

[75] Si bien en el derecho ático el marido es usufructuario y no dueño de la dote de su esposa, en la práctica la realidad se imponía y los maridos hacían y deshacían con ella a su antojo. De ahí los conflictos que surgían a la hora de devolverla a la esposa en caso de disolución del matrimonio.

[76] En total, las treinta minas que cuesta la citarista que Fedrias quiere comprar.

ANTIFÓN.— *(Aparte.)* ¡Ay de mí! ¡Con tus embustes me has matado, Geta!

CREMES.— Puesto que soy el responsable de que se vea en la calle, justo es que sea yo quien suelte el dinero.

GETA.— Y seguía: «... para asegurarme y para que pueda deshacerme de la otra, hazme saber cuanto antes si me la van a entregar; pues los otros ya han decidido darme inmediatamente la dote».

CREMES.— ¡Que se quede ya la dote, que les anuncie que rechaza a esa otra, que se case con ésta!

DEMIFÓN.— ¡Y, de verdad, que se le atraviese todo el negocio!

CREMES.— ¡Qué a punto traía encima el dinero de la renta que producen los campos de mi mujer en Lemnos! De allí lo voy a tomar; le diré a mi mujer que lo necesitabas. *(Los dos viejos entran en casa de Cremes.)*

ESCENA CUARTA

ANTIFÓN, GETA

ANTIFÓN.— *(Acercándose a Geta.)* ¡Geta!

GETA.— ¿Eh?

ANTIFÓN.— ¿Qué has hecho?

GETA.— Les he soplado el dinero a los viejos.

ANTIFÓN.— ¿Lo suficiente?

GETA.— ¡Por Hércules, que no lo sé! Sólo lo que se me mandó.

ANTIFÓN.— ¡Eh, te pregunto una cosa y me contestas otra, carne de batán!

GETA.— ¿De qué hablas, pues?

ANTIFÓN.— ¿De qué voy a hablar? Tan sólo de que con tu colaboración este embrollo me lleva directo a la horca. ¡Mal escarmiento te den a ti todos los dioses y las diosas del cielo y del infierno! ¡Mira, si quieres que se cumpla bien de verdad algo que deseas, encomiéndaselo a éste! ¿Había cosa más inoportuna que hurgar en la llaga y mencionar a mi mujer? Le has dado a mi padre la esperanza de poder deshacerse de ella. Ahora, sigue contándome: si Formión recibe la dote, tendrá que casarse con ella. ¿Qué va a pasar?

GETA.— No se ha de casar.

ANTIFÓN.— Lo sé. *(Con ironía.)* Sin embargo, cuando quieran recuperar el dinero, ¿verdad que Formión preferirá ir a prisión por nuestra culpa?

GETA.— Antifón, no hay nada que no pueda ser tergiversado si uno lo cuenta mal. Tú, al referirte a las desventajas, prescindes de lo bueno que tiene la situación. Ahora, óyeme tú a mí: si toma el dinero, como dices, se casará. Te lo concedo. Pero, a la postre, se le dará un plazo, por pequeño que sea, para preparar la boda, dar aviso y realizar los sacrificios. Entretanto, los amigos de Fedrias le darán lo que le prometieron; y de allí Formión tendrá con qué devolver el dinero.

ANTIFÓN.— ¿Y cómo? ¿Qué va a argüir?

GETA.— ¿Me lo preguntas? *(Parodiando las supuestas palabras de Formión.)* «¡La de prodigios que me han sucedido desde entonces! ¡Dentro de mi casa entró un perro negro que nunca había visto, una culebra se deslizó desde las tejas por el impluvio, cantó una gallina[77]! El adivino me lo ha desaconsejado, el arúspice me lo ha prohibido. ¡Empezar una empresa nueva antes del solsticio de invierno!» Estas razones son justísimas. Eso es lo que ha de pasar.

[77] Donato nos transmite que en la casa donde la gallina cacareaba mandaba la esposa. Parece algún tipo de alusión al poder de Nausístrata en casa de Cremes.

Antifón.— ¡Ojalá sea así!

Geta.— Así será. Confía en mí. Sale tu padre. Vete y dile a Fedrias que ya tenemos el dinero. *(Antifón sale de escena.)*

ESCENA QUINTA

Demifón, Cremes, Geta

Demifón.— *(Saliendo con Cremes de casa de éste y dirigiéndose a él.)* ¡Estate tranquilo, te digo! Ya me ocuparé de que Formión no nos engañe. No he de soltar el dinero a lo tonto sin contar con testigos, a quienes pondré al tanto de a quién y por qué lo entrego.

Geta.— ¡Qué cauto cuando no es preciso!

Cremes.— Pero así es como hay que actuar; y date prisa mientras le duran las ganas, pues si esa otra mujer insiste más, igual nos rechaza.

Geta.— *(Aparte y con ironía.)* Has calculado la cosa en sus términos exactos.

Demifón.— *(Dirigiéndose a Geta.)* Llévame, pues, hasta él.

Geta.— Sin demora.

Cremes.— Cuando lo hayas hecho, llégate a mi mujer y le dices que se reúna con Fania antes de que salga de aquí; y, para que ella no se enfade, que le explique que se la entregamos a Formión en matrimonio; que él es más adecuado como marido porque es de condición más pareja a la suya; que nosotros no nos hemos apartado en nada de nuestro deber y que se le ha dado de dote todo lo que él ha querido.

Demifón.— ¡Maldita sea! Y eso, ¿a ti qué te importa?

Cremes.— Mucho, Demifón. Si uno no cuenta con la aprobación pública, no es suficiente el haber cumplido con el deber. Quiero que esto se haga también con el consentimiento de Fania, no sea que vaya diciendo que la despachamos.

Demifón.— Eso mismo también lo puedo hacer yo.

Cremes.— Una mujer se entenderá mejor con otra mujer.

Demifón.— Se lo pediré. *(Demifón y Geta salen de escena.)*

Cremes.— *(A solas.)* Estoy pensando dónde podría yo encontrarlas ahora[78].

ACTO V

ESCENA PRIMERA

Sófrona, Cremes

Sófrona.— *(Saliendo de casa de Demifón, sin ver a Cremes, y a solas.)* ¿Qué voy a hacer? ¿A qué amigo voy a encontrar, pobre de mí? ¿A quién le voy a referir mis cavilaciones? ¿Dónde voy a buscar ayuda? Pues temo que, por culpa de mis consejos, mi ama se vea atropellada por una afrenta indigna. ¡Hay que ver con qué furia, según me han contado, se ha tomado la situación el padre del muchacho!

Cremes.— *(A solas.)* ¿Quién será esa vieja que sale tan alterada de casa de mi hermano?

---

[78] Alude a su hija y a la madre de ésta, llegadas ya a Atenas desde Lemnos.

SÓFRONA.— *(A solas.)* Aunque sabía que esta boda era poco firme[79], para asegurar de momento nuestra subsistencia, la pobreza me empujó a actuar así y a tomar estas decisiones.

CREMES.— *(A solas.)* ¡Por Pólux, sin duda, si no me engaño, o mis ojos distinguen poco, estoy viendo a la nodriza de mi hija!

SÓFRONA.— *(A solas.)* Y ni rastro...

CREMES.— *(A solas.)* ¿Qué hago?

SÓFRONA.— ... del padre de Fania.

CREMES.— *(A solas.)* ¿Me acerco? ¿O espero hasta enterarme mejor de lo que dice?

SÓFRONA.— *(A solas.)* Pero si pudiera encontrarlo ahora, ya no habría nada que temer.

CREMES.— *(A solas.)* ¡Es la misma! Voy a hablarle.

SÓFRONA.— *(Oyendo a Cremes.)* ¿Quién habla aquí?

CREMES.— ¡Sófrona!

SÓFRONA.— *(A solas.)* Y me llama por mi nombre.

CREMES.— Vuélvete hacia mí.

SÓFRONA.— *(A solas.)* ¡Dioses, os lo ruego! ¿No es éste Estilpón?

CREMES.— ¡No!

SÓFRONA.— *(Dirigiéndose a Cremes.)* ¿Lo niegas?

CREMES.— Hazme el favor, Sófrona; apártate un poco de esta puerta[80]. *(Sófrona se arrima a la puerta de Demifón.)* No me vuelvas a llamar con ese nombre.

SÓFRONA.— ¿Qué? ¿No eres el que siempre has dicho ser? Por favor.

[79] Debido a que faltaba el consentimiento paterno. En rigor, el matrimonio griego es un contrato entre el *kýrios* de la futura esposa y el hombre que se casa con ella. La desposada no es agente de la unión sino su objeto. De hecho, ella no tiene por qué expresar su consentimiento.

[80] Se trata de la puerta de la casa de Cremes, quien teme que su mujer, Nausístrata, sepa de su doble vida.

CREMES.— ¡Chitón!

SÓFRONA.— ¿Por qué tienes miedo de esa puerta?

CREMES.— Aquí tengo encerrada a una esposa terrible. Y respecto a mi nombre, la verdad es que en su día os mentí, no fuera que, en un descuido casual, se os escapara por ahí, y de alguna manera mi mujer se acabara enterando de lo mío.

SÓFRONA.— ¡Ahí lo tienes! ¡Por eso, por Pólux, pobres de nosotras, nunca pudimos dar contigo!

CREMES.— Oye, dime, ¿qué tienes con esta familia, que sales de su casa? ¿Dónde están ellas[81]?

SÓFRONA.— ¡Pobre de mí!

CREMES.— ¿Eh? ¿Qué pasa? ¿Están vivas?

SÓFRONA.— Vive tu hija. A su pobre madre, la congoja se la llevó a la muerte.

CREMES.— ¡Qué desgracia!

SÓFRONA.— Y yo, que era una vieja abandonada, pobre y sin conocidos, en cuanto pude, a la doncella la coloqué en matrimonio con el muchacho que es dueño de esta casa.

CREMES.— ¿Con Antifón?

SÓFRONA.— ¡Mira! ¡Ése precisamente!

CREMES.— ¿Qué? ¿Tiene dos esposas?

SÓFRONA.— ¡Ay, por favor, que sólo tiene una, de verdad!

CREMES.— ¿Y qué pasa con esa otra, la que dicen que es pariente suya?

SÓFRONA.— Pues es ella.

CREMES.— ¡Qué dices!

SÓFRONA.— Hicimos un apaño para que él, enamorado como estaba, pudiera casarse con ella sin dote.

CREMES.— *(Aparte.)* ¡Dioses, valedme! ¡La de veces que sin más ni más ocurren los acontecimientos que uno no se atrevería ni a desear! Al llegar, me he encontrado a mi hija colocada con el

[81] Su esposa de Lemnos y su hija.

novio que yo quería y tal como quería. Con su extraordinario celo, y sin nuestra colaboración, ella sola ha logrado lo que con tanto esfuerzo nosotros dos nos esforzábamos en que ocurriera.

SÓFRONA.— Ahora, mira qué es lo que hay que hacer. Se ha presentado el padre del muchacho y dicen que se lo ha tomado fatal.

CREMES.— No hay ningún peligro. Pero ¡por los dioses y los hombres, cuídate de que nadie se entere de que la muchacha es hija mía!

SÓFRONA.— Por mí, nadie lo ha de saber.

CREMES.— Sígueme. Dentro te lo terminaré de explicar. *(Sófrona y Cremes entran en casa de Demifón.)*

ESCENA SEGUNDA

DEMIFÓN, GETA

DEMIFÓN.— *(Entra en escena acompañado por Geta.)* Con esa manía de que nos llamen buenos y bondadosos, nosotros somos quienes tenemos la culpa de que a los malos les salga bien el serlo. Como dice el refrán: «Escapa, sí, pero no te alejes de tu casa[82]». ¿Acaso no era bastante ser las víctimas de su afrenta? Encima, nos ponemos a darle dinero para que pueda ir tirando hasta que cometa alguna trastada nueva.

GETA.— ¡Absolutamente evidente!

[82] En latín *ita fugias ne praeter casam.* Como ya señala Donato, el sentido de esta expresión proverbial es incierto. Desde nuestro punto de vista, podría significar algo así como «cuando trates de escapar de un problema, no lo hagas a cualquier precio y no descuides tus intereses». J. R. Bravo, lo traduce «no alumbremos tanto que quememos el santo».

DEMIFÓN.— En estos tiempos, la recompensa es para quienes hacen que lo deshonesto sea lo recto[83].

GETA.— ¡Qué verdad tan grande!

DEMIFÓN.— Sin duda, la hemos hecho como auténticos idiotas.

GETA.— Con tal que con este plan podamos salir del lío y que Formión se case con Fania...

DEMIFÓN.— ¿Es que aún lo dudas?

GETA.— ¡Por Hércules, que no sé si, tal como es ese individuo, ha de cambiar de intención!

DEMIFÓN.— ¿Eh? ¿Que cambiará?

GETA.— La verdad es que no lo sé. Lo digo por si acaso.

DEMIFÓN.— Seguiré la opinión de mi hermano: haré venir a su esposa para que hable con Fania. Tú, Geta, ve por delante y anúnciales que Nausístrata va a llegar. *(Demifón entra en casa de Cremes.)*

GETA.— *(A solas.)* Hemos encontrado el dinero para Fedrias; ya no se habla de la reprimenda; y hemos logrado que, de momento, Fania no se vaya de casa. Ahora, ¿qué va a pasar? ¡Geta, sigues atascado en el mismo barrizal y acabarás pagando los intereses! ¡Se ha aplazado para otro día el castigo que estaba al caer; si no tienes cuidado, los palos van a aumentar! Ahora me voy a ir a casa y le explicaré a Fania que no tema ni a Formión ni a sus discursos. *(Entra en casa de Demifón.)*

[83] Clara alusión a las doctrinas de los sofistas.

ESCENA TERCERA

DEMIFÓN, NAUSÍSTRATA

DEMIFÓN.— *(Sale de casa de Cremes seguido por Nausístrata.)* ¡Venga, Nausístrata! Como sueles, arréglatelas para que ella se pliegue a nuestros deseos y voluntariamente haga lo que tiene que hacer.

NAUSÍSTRATA.— Así lo haré.

DEMIFÓN.— Lo mismo que hace un rato me ayudaste con tu dinero, ayúdame ahora[84].

NAUSÍSTRATA.— ¡Eso es lo que quiero, y, por Pólux, que, por culpa de mi marido, he podido menos de lo que es digno de mí!

DEMIFÓN.— ¿Y eso?

NAUSÍSTRATA.— ¡Por Pólux, porque es un descuidado que no se preocupa de los bienes que mi padre adquirió con su tesón! Pues de esos campos sacaba regularmente dos talentos de plata[85]. ¡Mira la diferencia que hay entre un hombre y otro[86]!

[84] Demifón alude a la mentira urdida por Cremes para justificar ante Nausístrata el dinero entregado a Formión (v. 681).

[85] Ateniéndonos a los términos de la ley ateniense, Nausístrata no sería exactamente dueña de tales campos. Expliquemos la situación: si ella ha heredado se debe necesariamente al hecho de ser hija única (y, por tanto, *epíclera)* de su padre, cleruco ateniense en Lemnos. Si hubiera tenido hermanos varones, habrían sido éstos quienes habrían heredado la propiedad. Estando ella sola, su pariente más cercano, en este caso Cremes, estaba obligado a casarse con ella. Con esta boda la legislación ateniense trataba de garantizar el mantenimiento de la propiedad en el seno del *oîkos* familiar y, por tanto, el titular de la propiedad es el marido, no como tal, sino como pariente más cercano del finado. Por otra parte, esta situación, muy posiblemente no reconocible por el público romano, es irónicamente la misma que se urde como pretexto para la boda entre Antifón y Fania.

[86] *Cf. Eun.* 232: *Homini homo quid praestat.*

DEMIFÓN.— ¿Dos? Por favor.

NAUSÍSTRATA.— Sí, dos talentos[87], y eso que las cosas andaban mucho más baratas.

DEMIFÓN.— ¡Uy!

NAUSÍSTRATA.— ¿Qué te parece?

DEMIFÓN.— Evidentemente...

NAUSÍSTRATA.— ¡Hombre querría haber nacido! Ya les demostraría...

DEMIFÓN.— Bien lo sé.

NAUSÍSTRATA.— ... de qué manera...

DEMIFÓN.— Hazme el favor, ahórrate las energías para que puedas con ella, no sea que, moza como es, esa mujer te acabe por agotar.

NAUSÍSTRATA.— Haré como me aconsejas. Pero ahí veo a mi marido saliendo de tu casa.

ESCENA CUARTA[88]

NAUSÍSTRATA, CREMES, DEMIFÓN

CREMES.— *(Saliendo de su casa sin ver a Nausístrata.)* ¡Oye, Demifón! ¿Ya le has dado el dinero?

DEMIFÓN.— En el mismo instante me cuidé de ello.

CREMES.— No querría que se lo hubieras dado. *(Ve a Nausístrata, aparte.)* ¡Ey, ahí veo a mi mujer! Casi hablo más de la cuenta.

[87] Esto es, doce mil dracmas, unos 48.000 sestercios. En total, cincuenta y cuatro kilogramos de plata.

[88] Esta escena no es reconocida por la edición de KAUER-LINDSAY, que la considera como una prolongación de la anterior.

Demifón.— ¿Y por qué no, Cremes?

Cremes.— *(Eludiendo la contestación.)* Ya... bueno...

Demifón.— ¿Y tú qué? ¿Le has explicado a Fania por qué razón hemos hecho venir aquí a tu mujer?

Cremes.— Ya he zanjado el asunto.

Demifón.— ¿Y qué dice?

Cremes.— No es posible echarla.

Demifón.— ¿Cómo que no es posible?

Cremes.— Porque cada uno de ellos tiene su corazón en el otro.

Demifón.— Y eso, ¿qué nos importa?

Cremes.— Mucho. Además, he descubierto que ella está emparentada con nosotros.

Demifón.— ¿Qué? ¿Estás loco?

Cremes.— Verás que sí. No lo digo a la ligera, he estado haciendo memoria.

Demifón.— ¿Estás en tu sano juicio?

Nausístrata.— *(Dirigiéndose a Demifón.)* ¡Ay, por favor! Ten cuidado, no cometas un atropello contra una parienta.

Demifón.— No lo es.

Cremes.— No lo niegues. Su padre no se llamaba como nos dijeron; de ahí tu error.

Demifón.— ¿No conocía a su padre?

Cremes.— Lo conocía.

Demifón.— ¿Y por qué lo llamaba de otra manera?

Cremes.— ¿Es que jamás me has de hacer caso, ni me vas a comprender?

Demifón.— Si no me cuentas nada...

Cremes.— *(Dirigiéndose a Demifón en voz baja.)* ¡Me estás matando!

Nausístrata.— *(Aparte.)* Me intriga qué puede ser esto.

Demifón.— ¡Por Hércules, de verdad, no sé...

Cremes.— ¿Quieres saberlo? ¡Ojalá me conserve Júpiter, como es cierto que no hay persona en el mundo más cercana a ella que tú y que yo!

Demifón.— ¡Valedme dioses! Vayamos a ella. Quiero que en este embrollo acabemos sabiendo o no sabiendo lo mismo todos juntos. *(Hace ademán de entrar en casa.)*

Cremes.— ¡Ah! *(Demifón se detiene.)*

Demifón.— ¿Qué pasa?

Cremes.— ¿Tan poco confías en mí?

Demifón.— ¿Quieres que te crea? ¿Quieres que deje de preguntar? Venga, sea. ¿Qué? Y con la hija de nuestro amigo, ¿qué va a pasar?

Cremes.— Descuida.

Demifón.— Por tanto, ¿dejamos que tu mujer se vaya?

Cremes.— ¿Y por qué no?

Demifón.— ¿Y que se quede la otra[89]?

Cremes.— Sí.

Demifón.— Por consiguiente, ya puedes irte, Nausístrata.

Nausístrata.— *(Dirigiéndose a Cremes.)* ¡Por Pólux, que creo que para todos es más ventajoso que, en lugar de seguir con tu idea inicial, sea Fania quien se quede, pues, cuando la vi, me pareció muy distinguida! *(Entra en su casa.)*

Demifón.— ¿Qué está pasando aquí?

Cremes.— ¿Ha cerrado ya la puerta?

Demifón.— Ya.

Cremes.— ¡Oh, Júpiter, los dioses velan por nosotros! He descubierto que mi hija está casada con tu hijo.

Demifón.— ¿Eh? ¿Cómo ha podido...?

Cremes.— Este lugar no es lo bastante seguro para explicártelo.

Demifón.— *(Señalando su casa.)* ¡Pues entra en casa!

---

[89] A estas alturas, Demifón todavía no imagina que esa «otra» a la que alude es, en realidad, hija de Cremes.

CREMES.— Atiende; no quiero que ni siquiera nuestros hijos se enteren de ello. *(Los dos entran en casa.)*

ESCENA QUINTA

ANTIFÓN

ANTIFÓN.— *(Entrando en escena.)* Estoy contento de que, vayan como vayan mis asuntos, mi primo haya alcanzado sus deseos. ¡Qué sabio es procurarle al alma pasiones de tal naturaleza que, si los acontecimientos te son adversos, puedas ponerles remedio con poco esfuerzo! En cuanto halló el dinero, se libró de la preocupación. En cambio, yo no hallo remedio alguno para librarme de esta zozobra, al no poder evitar el miedo si mi situación permanece en secreto; ni tampoco dejar de verme en el oprobio si sale a la luz. Y no me volvería ahora a casa si no se me hubiera presentado la esperanza de seguir con Fania. Pero ¿dónde podré encontrar a Geta para pedir su consejo sobre cuándo he de reunirme con mi padre?

ESCENA SEXTA

FORMIÓN, ANTIFÓN

FORMIÓN.— *(Sin ver a Antifón, a solas.)* He cogido el dinero, se lo he entregado al lenón, me he llevado a la mujer y me he cuidado de que Fedrias adquiriera sobre ella la plena propie-

dad, pues el lenón la ha manumitido[90]. Ahora, aún me queda un asunto que rematar: tener un respiro para echar un trago lejos de los viejos, pues me voy a tomar unos días de descanso.

ANTIFÓN.— *(A solas.)* ¡Pero si es Formión! *(Dirigiéndose a Formión.)* ¿Qué cuentas?

FORMIÓN.— ¿Qué?

ANTIFÓN.— Y ahora, ¿qué va a hacer Fedrias? ¿Qué dice? ¿De qué manera piensa saciar su sed de amor?

FORMIÓN.— Ahora le toca representar tu papel.

ANTIFÓN.— ¿Qué papel?

FORMIÓN.— Ir huyendo de su padre. Y, viceversa, me pidió que tú representaras el suyo, hablando en su favor; pues va a venir a echar un trago a mi casa. Yo les diré a los viejos que me voy al mercado de Sunio[91] para comprar la esclavita que hace un rato mencionaba Geta; no sea que, cuando no me vean por aquí, se imaginen que estoy dilapidando su dinero. *(Suena la puerta de Demifón.)* Pero ha sonado la puerta de tu casa.

ANTIFÓN.— ¡Mira quién sale! *(Geta sale de casa de Demifón.)*

FORMIÓN.— ¡Es Geta!

---

[90] En virtud del acto legal, específicamente romano, de la manumisión, la compraventa viene refrendada por la renuncia solemne del vendedor a la *manus* sobre la esclava. Sin este hecho, el comprador no es pleno propietario de ésta.

[91] Se trata del pueblo de Sunio, situado en el valle de Agrileza, a tres kilómetros del cabo del mismo nombre, en el extremo sur del Ática, y a 65 kilómetros de Atenas. Sus habitantes pertenecían inicialmente a la tribu Leóntida, y a partir del 200 a. C. a la Atálida. Una cita indirecta del comediógrafo Anaxándrides, *Anchises* (ATHEN., VI 83) da a entender que en este pueblo quedaban registrados como libres todos los esclavos.

ESCENA SÉPTIMA

GETA, ANTIFÓN, FORMIÓN

GETA.— *(A solas, sin verlos.)* ¡Oh, Fortuna! ¡Oh, afortunada Fortuna[92]! ¡Con cuántos favores, cuán de improviso habéis colmado el día de hoy a mi amo Antifón con vuestra ayuda...!

ANTIFÓN.— Y éste, ¿qué querrá, pues?

GETA.— ¡... y a nosotros, sus amigos, nos descargasteis del miedo! Pero ya tardo en echarme al hombro la capa y salir corriendo a buscar a ese hombre para que sepa lo ocurrido.

ANTIFÓN.— ¿Acaso entiendes lo que dice?

FORMIÓN.— ¿Y tú?

ANTIFÓN.— Nada.

FORMIÓN.— Yo tampoco.

GETA.— Me voy de aquí a casa del lenón. Ellos están ahora allí. *(Hace ademán de echarse a correr.)*

ANTIFÓN.— ¡Atiende, Geta!

GETA.— *(A solas.)* ¡Fíjate! ¿Me voy a extrañar o a sorprender si me hacen volver atrás una vez que ya he emprendido la carrera? *(Sigue haciendo ademán de proseguir su carrera.)*

ANTIFÓN.— ¡Geta!

GETA.— *(Sin reconocer a Antifón.)* ¡Por Hércules, que insiste! Jamás has de vencerme con tu insolencia.

ANTIFÓN.— ¿No te pararás?

GETA.— *(Sin reconocer a Antifón.)* ¡Que te casquen!

[92] *Fortuna*, antigua deidad itálica que en época de Terencio ya había quedado asimilada a la *Tyche* helenística. Su culto en el *forum boarium* remonta, según la tradición romana, a época de Servio Tulio (VARR., *LL* VI 17). El calendario romano celebraba a *Fortuna* el día 11 de junio y a *Fors Fortuna* el 24 del mismo mes.

ANTIFÓN.— De verdad que, si no te detienes, eso es lo que te ha de pasar a ti, carne de batán.

GETA.— *(Sin reconocer a Antifón.)* Éste de mucha confianza tiene que ser: me amenaza con una paliza. Pero ¿es el que estoy buscando o no? *(Reconociendo a Antifón.)* Es él. *(Dirigiéndose a Antifón.)* Acércate inmediatamente.

ANTIFÓN.— ¿Qué pasa?

GETA.— ¡Oh, tú, el hombre con más prendas de cuantos hay en el mundo! Pues, sin discusión, eres el único a quien aman los dioses, Antifón.

ANTIFÓN.— Eso quisiera; pero querría que me explicaras por qué he de creerte.

GETA.— ¿Será suficiente si te dejo ungido con el perfume de la alegría?

ANTIFÓN.— ¡Me estás matando!

FORMIÓN.— *(Dirigiéndose a Geta.)* ¡Hala, deja tus promesas y dinos qué nos traes!

GETA.— ¡Oh! ¿También estabas aquí, Formión?

FORMIÓN.— Estaba, pero ya te retrasas.

GETA.— *(Dirigiéndose a Antifón.)* ¡Eh, escucha! Hace un rato, una vez que te dimos el dinero en el foro, nos fuimos directamente a casa. Entretanto, el amo me envió junto a tu mujer.

ANTIFÓN.— ¿Y eso?

GETA.— Como no viene al caso, excuso explicártelo, Antifón. Cuando me disponía a entrar en las habitaciones de las mujeres[93], me salió al paso el esclavo Midas; me cogió del manto por la espalda tirando de mí hacia atrás. Lo miré, le pregunté por qué me retenía. Me contestó que no se podía entrar a ver a la señora y añadió: «Sófrona acaba de entrar con Cremes, el hermano del viejo»; y que él estaba ahora dentro con ellas. Cuando oí esto, de puntillas

[93] Está aludiendo al gineceo de la casa ateniense, estructura sin paralelo en la casa romana.

y con calma, continué mi camino hacia la puerta. Me acerqué, me coloqué al lado aguantando la respiración y acercando la oreja; y empecé a prestar atención intentando captar así la conversación.

FORMIÓN.— ¡Bien, Geta!

GETA.— Allí, oí una bellísima historia y, ¡por Hércules, que casi grité de alegría!

ANTIFÓN.— ¿Qué?

GETA.— ¿Qué te imaginas?

ANTIFÓN.— No lo sé.

GETA.— Pues lo más pasmoso. Han descubierto que tu tío es el padre de Fania, tu mujer.

ANTIFÓN.— ¿Eh? ¿Qué dices?

GETA.— De cuando en tiempos mantuvo una relación clandestina con su madre en Lemnos.

FORMIÓN.— Un sueño. Y ella, ¿cómo iba a ignorar que era su padre?

GETA.— Piensa que alguna razón habrá, Formión. Pero ¿te figuras que pude enterarme de todo lo que trataron entre sí al otro lado de la puerta?

ANTIFÓN.— Yo también he oído esa historia[94].

GETA.— Más aún, te daré otra razón para que te convenzas. En éstas, tu tío salió de allí a la calle; y no mucho después se volvió a encerrar dentro con tu padre. Ambos dijeron que te iban a dar permiso para seguir con ella. Finalmente, me enviaron para que viniera a buscarte y te llevara con ellos.

ANTIFÓN.— ¡Aquí me tienes! ¡Hala pues, arrástrame! ¿A qué esperas?

GETA.— Lo haré.

ANTIFÓN.— ¡Oh, amigo Formión, cuídate!

FORMIÓN.— ¡Cuídate, Antifón! ¡Válganme los dioses, que me alegro de tu suerte! *(Antifón y Geta entran en casa de Demifón.)*

---

[94] Posiblemente porque se la haya narrado Fania o quizás Sófrona.

ESCENA OCTAVA

FORMIÓN

FORMIÓN.— *(A solas.)* ¡Que de repente se les haya presentado una fortuna tan grande! Ahora, tengo la mejor ocasión para burlarme de los viejos y liberar a Fedrias de sus preocupaciones monetarias. Así no tendrá que ir suplicando de rodillas ante ninguno de sus camaradas. Pues ese mismo dinero que tan de mala gana han soltado ha de ser para él. La propia realidad me ha ofrecido una idea para obligarlos a ello. Ahora, tengo que adoptar un gesto y una cara nuevos. Pero me voy a retirar a este callejón de aquí al lado. Desde allí, me voy a presentar ante ellos cuando salgan a la calle. Aunque había simulado ir al mercado, no me voy.

ESCENA NOVENA

DEMIFÓN, CREMES, FORMIÓN

DEMIFÓN.— *(Saliendo de casa con Cremes.)* Con razón estoy muy reconocido y agradecido a los dioses, ya que estas cosas nos han salido estupendamente, hermano. Ahora tenemos que reunirnos lo antes posible con Formión y quitarle nuestras treinta minas antes de que las dilapide.

FORMIÓN.— *(Entrando en escena y fingiendo no verlos.)* Voy a ver si Demifón está en casa para que eso que...

DEMIFÓN.— A ti te íbamos buscando, Formión.

FORMIÓN.— ¿Quizás por la misma razón?

DEMIFÓN.— ¡Sí, por Hércules!

FORMIÓN.— Lo suponía. ¿Por qué me buscabais?

DEMIFÓN.— *(Con ironía.)* ¡Tiene gracia!

FORMIÓN.— ¿Temíais que por una vez no fuera a cumplir mis promesas? Oye, sea cual sea mi pobreza, sin embargo hasta ahora de verdad que sólo me he preocupado de mantener una sola cosa: mi palabra.

DEMIFÓN.— *(Dirigiéndose a Cremes.)* ¿No es, tal como te dije, un hombre noble?

CREMES.— Desde luego.

FORMIÓN.— Demifón, vengo a anunciaros que estoy preparado. Cuando queráis, entregadme a mi esposa. Pues, al percatarme de lo muy interesados que estabais en ello, tal como merecíais, he dejado a un lado todas mis conveniencias.

DEMIFÓN.— Pero es que éste *(Señalando a Cremes.)* me aconseja que no te la entregue y me dice: «Pues ¿cómo iba a murmurar la gente, si haces eso? Antes, cuando pudo ser entregada decentemente, entonces no lo fue; ahora es una vergüenza despacharla[95]». Prácticamente las mismas cosas que tú me habías echado en cara personalmente.

FORMIÓN.— ¡Con qué altanería os burláis de mí!

DEMIFÓN.— ¿Cómo?

FORMIÓN.— ¿Tú me lo preguntas? Porque ni siquiera podré casarme con aquella otra. Pues, ¿con qué cara me voy a presentar ante una mujer a la que he despreciado?

CREMES.— *(En voz baja a Demifón.)* Repite esto: «Además, veo que a Antifón le fastidia deshacerse de ella».

DEMIFÓN.— Además, veo que a mi hijo le fastidia deshacerse de ella. Pero hazme el favor, vete al foro y haz que pongan otra vez ese dinero a mi nombre[96].

[95] Las palabras de Demifón se refieren a las declaraciones del propio Formión, vv. 413 y ss.

[96] J. R. BRAVO, *n. ad loc.*, considera que el dinero se le ha entregado a For-

FORMIÓN.— ¿El dinero que inmediatamente libré a mis acreedores?

DEMIFÓN.— ¿Qué va a pasar, pues?

FORMIÓN.— Si quieres entregarme la esposa que me prometiste, me casaré con ella. Pero si, por un casual, quieres que se quede en tu casa, aquí se ha de quedar su dote, Demifón. Pues no es justo que, por vuestra culpa, me vea engañado, puesto que en atención a vosotros le notifiqué el repudio a la otra, que me daba la misma dote.

DEMIFÓN.— ¡Así revientes con ese señorío, prófugo! ¿Todavía te figuras que no sabemos de ti o de tus trapacerías?

FORMIÓN.— Me estáis provocando.

DEMIFÓN.— ¿Te ibas a casar con ella si te la diéramos?

FORMIÓN.— Ponme a prueba.

DEMIFÓN.— Vuestro plan era que mi hijo viviera con ella en tu casa.

FORMIÓN.— ¿Qué me estás contando? Por favor.

DEMIFÓN.— Tú, suelta mi dinero.

FORMIÓN.— Pero antes suelta tú a mi mujer.

DEMIFÓN.— ¡Ve a juicio!

FORMIÓN.— [¿A juicio?] Desde luego que si insistís en seguir siendo odiosos...

DEMIFÓN.— ¿Qué harás?

FORMIÓN.— ¿Yo? Igual pensáis que sólo soy valedor de mujeres sin dote; también suelo serlo de las que la tienen[97].

CREMES.— Y eso, ¿a nosotros qué nos importa?

mión en efectivo (vv. 679-680) y que, en cambio, en este caso se le exige que lo restituya por vía bancaria *(rescribere)*. Sin embargo, muy posiblemente, ambas transacciones hayan sido realizadas por vía bancaria, ya que la cantidad de plata que suponen las treinta minas (13,5 kilogramos) no parece fácilmente manejable en efectivo. Este tipo de transacciones bancarias no son inusuales en la *palliata*. Así, PLAUT., *Asin.* 440.

[97] Formión está aludiendo a Nausístrata.

FORMIÓN.— Nada... Aquí yo conocía a cierta mujer cuyo marido...

CREMES.— ¿Eh?

DEMIFÓN.— ¿Qué pasa?

FORMIÓN.— ... tenía otra esposa en Lemnos...

CREMES.— *(Aparte.)* ¡Estoy perdido!

FORMIÓN.— ... de la que tuvo una hija a la que crió en secreto.

CREMES.— *(Aparte.)* ¡Estoy enterrado!

FORMIÓN.— Justo lo que le voy a contar inmediatamente a ella.

CREMES.— ¡Por favor, no lo hagas!

FORMIÓN.— ¡Oh! ¿Eras tú esa persona?

DEMIFÓN.— *(En voz baja a Cremes.)* ¡Qué juerga se está corriendo!

CREMES.— Te dejamos marchar.

FORMIÓN.— ¡Cuentos!

CREMES.— ¿Qué es lo que quieres? El dinero que tienes, te lo perdonamos.

FORMIÓN.— Lo oigo. Y vosotros, estúpidos, ¿por qué os burláis así de mí con vuestras actitudes infantiles, maldita sea? «No quiero, quiero; quiero, y luego no quiero; toma, daca; y lo dicho, no dicho; y lo que hace un momento estaba decidido queda sin efecto.»

CREMES.— *(En voz baja a Demifón.)* ¿Cómo o por quién se habrá enterado de estas cosas?

DEMIFÓN.— No lo sé, salvo que estoy seguro de que yo no se lo he dicho a nadie.

CREMES.— ¡Válganme los dioses, que esto parece un prodigio!

FORMIÓN.— *(Aparte.)* Les he metido una china en el zapato[98].

[98] *Inieci scrupulum*, expresión proverbial. *Cf. Adelph.* 228; CIC., *Pro Clu.* 76.

DEMIFÓN.— *(Dirigiéndose a Cremes.)* ¡Anda! ¿Es que va a arrebatarnos tal cantidad de dinero burlándose de nosotros con semejante descaro? ¡Por Hércules, que mejor sería morir! Prepárate para mantener hombría y presencia de ánimo. Ya ves que tu falta ha sido pregonada por la calle y que no puedes ocultársela a tu mujer. Ahora, Cremes, lo que más la aplacará es que nosotros mismos le contemos lo que ella haya de oír por otros. Entonces, podremos vengarnos a nuestro gusto de ese indecente.

FORMIÓN.— *(Aparte.)* ¡Tate, si no miro por mí mismo, me meto en un atolladero! ¡Éstos la emprenden contra mí con aire de gladiadores!

CREMES.— Pero me temo que no va a ser posible aplacarla.

DEMIFÓN.— Mantén buen ánimo. Confío en que, ya que la mujer de la que tuviste esa hija ya se ha quitado del medio, podré congraciaros, Cremes.

FORMIÓN.— ¿Así me tratáis? Bien astutamente me atacáis. *(Dirigiéndose a Demifón.)* ¡Por Hércules, Demifón, que no has velado por los intereses de tu hermano al azuzarme! *(Dirigiéndose a Cremes.)* Y tú, dime. Después de haber hecho en el extranjero lo que te dio la gana y de no haber reparado en cometer un atropello inconcebible contra una mujer tan principal, ¿vas a venir ahora a lavar tu falta con súplicas? Te voy a atizar la cólera de tu mujer con tales palabras que, por mucho que te deshagas en lágrimas, con ellas no la has de apagar.

DEMIFÓN.— *(Dirigiéndose a Cremes.)* ¡Una maldición sea lo que todos los dioses y las diosas le den a éste[99]! ¡Hay que ver la chulería que tiene el individuo! A este canalla, ¿no deberían expulsarlo las autoridades de la ciudad a un desierto?

CREMES.— Me ha puesto en tal situación que no sé qué voy a hacer con él.

[99] *«Malum quod isti di deaeque omnes duint!»*, verso idéntico a PLAUT., *Most.* 655, con paralelos próximos en *Eun.* 801, y PLAUT., *Capt.* 800.

DEMIFÓN.— Yo sí lo sé. Vayamos a juicio.

FORMIÓN.— ¿A juicio? Si os parece bien, allí. *(Señalando la casa de Cremes y Nausístrata.)*

CREMES.— Persíguelo y retenlo, mientras hago venir a los esclavos.

DEMIFÓN.— Es que solo no puedo. Ven corriendo.

FORMIÓN.— Tengo un agravio contigo.

DEMIFÓN.— Pues preséntalo judicialmente.

FORMIÓN.— Y otro contigo, Cremes.

CREMES.— Arrástralo.

FORMIÓN.— ¿Así os las gastáis? *(Aparte.)* La verdad que no me queda otro remedio que gritar. *(Dirigiéndose al interior de la casa.)* ¡Nausístrata, sal!

CREMES.— Ciérrale esa boca inmunda. ¡Mira qué fuerza tiene!

FORMIÓN.— ¡Nausístrata! ¡A ti te llamo!

DEMIFÓN.— ¿No te callarás?

FORMIÓN.— ¿Callarme?

DEMIFÓN.— Si no te sigue, clávale los puños en la tripa.

FORMIÓN.— Sácame un ojo si quieres. Ya llegará el día que pueda vengarme bien de vosotros.

ESCENA DÉCIMA

NAUSÍSTRATA, CREMES, DEMIFÓN, FORMIÓN

NAUSÍSTRATA.— *(Saliendo de su casa.)* ¿Quién me llama? ¿Eh? Por favor, ¿qué es este trajín, marido mío?

FORMIÓN.— *(Dirigiéndose a Cremes.)* ¡Anda, mira! Ahora, ¿por qué te has quedado atónito?

NAUSÍSTRATA.— ¿Quién es este hombre? ¿No me respondes?

FORMIÓN.— ¿Cómo te va a responder si, por Hércules, no sabe ni dónde está?

CREMES.— Ten cuidado, no le creas nada.

FORMIÓN.— ¡Venga, tócalo! Si no está completamente helado, mátame.

CREMES.— No es nada.

NAUSÍSTRATA.— ¿Qué pasa, pues? ¿Qué dice este hombre?

FORMIÓN.— Ahora te enterarás; escucha.

CREMES.— ¿Insistes en confiar en él?

NAUSÍSTRATA.— Por favor, ¿cómo voy a creer en él si no ha dicho nada?

FORMIÓN.— El pobre delira de miedo.

NAUSÍSTRATA.— ¡Por Pólux, que no será por nada por lo que tienes tanto miedo!

CREMES.— ¿Miedo, yo?

FORMIÓN.— *(Con ironía.)* Por supuesto que no. Puesto que nada temes y lo que digo nada es, cuéntaselo tú mismo.

DEMIFÓN.— ¡Por darte gusto a ti, lo ha de contar!

FORMIÓN.— *(Con ironía.)* ¡Oye, tú! ¡Sí que has sido diligente para mirar por tu hermano!

NAUSÍSTRATA.— Marido mío, ¿no me lo cuentas?

CREMES.— Pero...

NAUSÍSTRATA.— ¿Qué es eso de «pero»?

CREMES.— No conviene decir nada.

FORMIÓN.— A ti, desde luego; pero entérate de que a ella sí le conviene. En Lemnos ...

DEMIFÓN.— ¿Eh? ¿Qué dices?

CREMES.— ¿No te callarás?

FORMIÓN.— ... a tus espaldas...

CREMES.— ¡Pobrecito de mí!

FORMIÓN.— ... se casó.

NAUSÍSTRATA.— *(Dirigiéndose a Formión.)* ¡Amigo mío, denme los dioses algo mejor!

FORMIÓN.— Eso es lo que pasó.

NAUSÍSTRATA.— ¡Estoy perdida, pobre de mí!

FORMIÓN.— Y mientras tú dormías, a resultas de aquello en su día tuvo una hija.

CREMES.— *(Dirigiéndose a Demifón.)* ¿Qué hacemos?

NAUSÍSTRATA.— ¡Por los dioses inmortales, qué fechoría más miserable y malvada!

FORMIÓN.— Eso es lo que pasó.

NAUSÍSTRATA.— ¿Acaso se ha hecho nunca canallada más indigna? Éstos, cuando se acercan a sus mujeres, entonces se me vuelven viejos. *(Dirigiéndose a Demifón.)* Demifón, me dirijo a ti, pues me da asco hablar con él. ¿Eso es lo que eran sus frecuentes viajes y sus prolongadas estancias en Lemnos? ¿Eso era el descenso de precios que disminuía nuestras rentas?

DEMIFÓN.— Nausístrata, no digo que no haya incurrido en falta en este particular, pero sí que puede ser perdonada...

FORMIÓN.— *(Dirigiéndose a Demifón.)* Le estás hablando en favor de un muerto.

DEMIFÓN.— ... pues no lo hizo por desprecio ni por odio hacia ti. Hará unos quince años que estando borracho forzó a una mujercita de la que le nació esta hija; y en lo sucesivo no volvió a tocarla. Ella ha muerto y ha desaparecido la espina que había en este asunto. Por esa razón, te suplico que lo toleres con la buena disposición que sueles tener en todo lo demás.

NAUSÍSTRATA.— ¿Tolerar esto con buena disposición? ¡Pobre de mí, aquí querría que parara todo! Pero ¿qué voy a esperar? ¿Voy a pensar que con la edad va a dejar de faltar? Ya entonces era un viejo, si es que la vejez nos da más vergüenza. ¿Es que mis hechuras o mis años van a ser ahora más deseables, Demifón? ¿Qué puedes alegarme para que espere o suponga que no ha de volver a repetirse?

FORMIÓN.— *(Aparte.)* A quienes les apetezca acudir al funeral de Cremes, mirad, ya es momento. Así me las voy a gastar. ¡Ahora, venga, que provoque a Formión el que quiera! «¡Con un revés como el de aquí he de premiarlo[100]!» Desde luego, que se reconcilie con su mujer. Por mi parte ya ha llevado suficiente castigo; pero, mientras viva, ella ya tiene con qué no parar de gruñirle en las orejas.

NAUSÍSTRATA.— *(Dirigiéndose irónicamente a Demifón.)* ¡Será por culpa mía! Ahora, Demifón, ¿para qué he de recordarte pormenorizadamente cómo me he portado con él?

DEMIFÓN.— Lo sé todo tan bien como tú.

NAUSÍSTRATA.— ¿Te parece que esto ha ocurrido por mi culpa?

DEMIFÓN.— Por nada del mundo. Pero, puesto que lo hecho ya no puede solucionarse con reproches, perdónalo. Te está suplicando, lo ha confesado y se está disculpando. ¿Qué más quieres?

FORMIÓN.— *(Aparte.)* Desde luego, antes de que ella lo perdone, yo también he de mirar por Fedrias y por mí. *(Dirigiéndose a Nausístrata.)* Oye, Nausístrata, antes de responderle a la ligera, escúchame.

NAUSÍSTRATA.— ¿Qué pasa?

FORMIÓN.— Mediante un engaño le levanté treinta minas; se las di a tu hijo; él se las dio a un lenón a cambio de su amiguita.

CREMES.— *(Dirigiéndose a Formión.)* ¿Eh? ¿Qué dices?

NAUSÍSTRATA.— Teniendo tú dos esposas, ¿tan inmoral te parece que tu hijo tenga una amiguita, siendo que es un muchacho? No tienes vergüenza. ¿Con qué cara le vas a echar una bronca? ¡Respóndeme! *(Cremes permanece en silencio.)*

---

[100] La edición de KAUER-LINDSAY entrecomilla este verso al considerar que se trata de una cita, posiblemente de una tragedia. La razón fundamental para identificar el pasaje como no terenciano es la presencia de *sum*, acusativo del pronombre arcaico **sos*, forma que ha llegado a las ediciones modernas gracias al testimonio de Donato, que la ofrece frente a la unanimidad de la tradición manuscrita, que presenta *eum*.

DEMIFÓN.— *(Dirigiéndose a Nausístrata.)* Hará lo que tú quieras.

NAUSÍSTRATA.— Bueno, para que sepas de una vez mi opinión: ni te perdono, ni te prometo nada, ni te respondo antes de ver a mi hijo. Dejo todas las decisiones a su arbitrio. Haré lo que mande.

FORMIÓN.— ¡Nausístrata, eres una mujer sabia!

NAUSÍSTRATA.— ¿Estás satisfecho?

FORMIÓN.— Sí, por cierto. *(Aparte.)* He salido airoso y bien librado, y mejor de lo que me esperaba.

NAUSÍSTRATA.— ¿Y tu nombre? Dime cómo te llamas.

FORMIÓN.— ¿Yo? Formión. ¡Por Hércules, un amigo de vuestra familia y el más íntimo de tu hijo Fedrias!

NAUSÍSTRATA.— ¿Formión? ¡Pues, por Cástor, que, en lo que pueda, en adelante he de hacer y decir lo que quieras!

FORMIÓN.— ¡Qué palabras tan bondadosas!

NAUSÍSTRATA.— ¡Por Pólux, que es lo que te has ganado!

FORMIÓN.— Nausístrata, para empezar, ¿quieres procurarme hoy una alegría y a tu marido que le duelan los ojos?

NAUSÍSTRATA.— Lo estoy deseando.

FORMIÓN.— Invítame a cenar.

NAUSÍSTRATA.— ¡Pues claro que te invito, por Pólux!

DEMIFÓN.— ¡Vayámonos adentro!

NAUSÍSTRATA.— Sea. Pero ¿dónde está Fedrias, nuestro juez?

FORMIÓN.— En un instante haré que se presente aquí.

EL CANTOR.— *(Dirigiéndose a los espectadores.)* A vosotros, que os vaya bien y aplaudid.

LA SUEGRA

(Hecyra)

INTRODUCCIÓN

El tema de la comedia viene dado por la tensión entre los conceptos de sentido familiar *(patria potestas)* y el *decorum* social, de un lado, y el amor entre padres e hijos y entre marido y mujer, por el otro. Su protagonista es el joven Pánfilo, quien, a pesar de su boda con Filúmena, sigue en relaciones con la prostituta Báquide. Habiéndose casado a la fuerza, el comienzo de su matrimonio resulta tormentoso: él no hace sino desaires y desprecios a su esposa, trato al que ella corresponde con resignación y humildad. Con todo, según la vaya conociendo, pasará de la estima al amor, sobre todo al comparar su carácter con el de la cortesana. De hecho, de entre los personajes de Terencio, éste es posiblemente el que manifiesta un sentimiento más cercano a nuestro concepto del amor. Los demás enamorados de Terencio parecen más bien víctimas del deseo sexual o la pasión. En un determinado momento Pánfilo se ve obligado a emprender un viaje y al punto su esposa abandona la casa de su marido, en donde vivía sola con su suegra Sóstrata —el marido de Sóstrata vive usualmente en el campo—, y regresa a la de sus padres. La puerta de los padres de Pánfila permanece cerrada a los miembros de su familia política. Una misteriosa enfermedad retiene a la joven en su interior. Los rumores apuntan a que este alejamiento se debe a un conflicto entre suegra y nuera, acusación que Sóstrata niega de plano. Al regreso de su viaje, Pánfilo se informa de la situación. Lleno de zozobra, irrum-

pe en casa de sus suegros y, al encontrarla en medio de los dolores de parto, descubre la auténtica enfermedad que la tenía postrada. Echa sus cuentas y concluye que la criatura no puede ser suya: sólo han pasado cinco meses desde que empezaron a cohabitar maritalmente. Desesperado, pues se debate entre el amor que siente por la joven y el sentimiento de vergüenza por el deshonor, sale de la casa seguido de Mírrina, la madre de su mujer, quien le revela finalmente los motivos que forzaron la huida de Filúmena: tenía que ocultar el embarazo fruto de una violación que había sufrido poco antes de su boda. Pánfilo, resuelve divorciarse de ella, aunque, para no comprometer el buen nombre de la muchacha, no revelará las auténticas razones de la ruptura. Los dos consuegros (Laques y Fidipo, padres de Pánfilo y Filúmena), totalmente ignorantes de la situación, imaginan que el alejamiento de Filúmena es culpa de Báquide. Se concaran con ella y quedan satisfechos de su alegato: desde el mismo día de la boda —miente con descaro— no ha mantenido relaciones con él. En todo caso, aunque es una prostituta, acepta un encargo difícil y honorable: presentarse ante Mírrina para quitarle la idea de que Pánfilo y ella seguían en relaciones. Durante el encuentro, Mírrina se percata de que Báquide lleva en el dedo un anillo que pertenecía a su hija y que le había arrebatado su violador. Báquide revela que aquel anillo era un regalo de Pánfilo: el violador de Filúmena era el propio Pánfilo. La comedia concluye con el restablecimiento de la unión de los dos jóvenes.

Por muchas razones, junto con *Heautontimorumenos*, ésta es la más particular de las comedias de Terencio. *Hecyra* rompe con todo lo que podemos adivinar que los romanos habían visto sobre un escenario: junto con *Heautontimorumenos*, es la única de las comedias de Terencio que responde por completo a la categoria de *fabula stataria*; la única en la que el argumento principal no gira en torno a un conflicto sentimental entre amantes: el movimiento de los personajes es exactamente inverso al que se desarrolla en las demás: aquí son ambos jóvenes los que tratan de separarse —cada uno de ellos por distintos motivos—, y son sus padres los que tratan de mantenerlos unidos; es la única en la que la figura del esclavo no desempeña un papel relevante. Y como veremos, la única en la que la verdad no acaba por resplandecer. Todo lo contrario, salvo el caso de Pánfilo y Báquide, la totalidad de los personajes acaban persuadidos no sólo de haber resuelto el conflicto, sino de estar al cabo de la totalidad del asunto. De alguna manera, *Hecyra* abandona el cauce de la *palliata* e inaugura el género del drama burgués. La obra arranca precisamente del punto en donde terminan el resto de las piezas: la boda entre los protagonistas. En *Heautontimorumenos*, Cremes obliga a casarse a su hijo Clitifón con una desconocida y ello no parece causar mayor conflicto ni obstáculo para el final feliz. Sin embargo, *Hecyra* presenta el problema de la vida tras la boda. Superadas las locuras de la juventud, llega el matrimonio y no por ello cesarán los problemas. Esta comedia es un producto mucho más maduro que el resto de la *palliata*. El hecho de que centre su atención en otra etapa de la vida es todo un símbolo de la voluntad de crear una obra de carácter distinto. Estas características hacen de la comedia un objeto sumamente interesante para el crítico, pero la ausencia de acción, la falta de comicidad, el exceso de monólogos narrativos y la profusión de reflexiones morales y psicológicas hicieron de ella un producto excesivamente indigesto para sus espectadores, quienes la hicieron fracasar en dos ocasiones. Parece que finalmente fue aplaudida en una tercera reposición, quizás en los *Ludi Romani* del año 160 a. C.

Como hemos dicho, la comedia constituye un auténtico experimento de renovación en la trama y desenlace de la *palliata*. En principio, la anagnórisis constituiría el motor del desenlace

final. Lo esperable hubiera sido que todos los personajes hubieran acabado sabiéndolo todo. En tal sentido, la clave de toda la comedia reside en una frase de su escena final:

> PÁNFILO.— No me gustaría que aquí pasara igual que en las comedias, donde todos se acaban enterando de todo. Aquí se han enterado los que se tenían que enterar, y los que no, ni se enterarán, ni nada sabrán. *(Hec.* 866-868)

En efecto, tanto la muchacha como sus padres y sus suegros van a quedar ignorantes de que Pánfilo y Báquide han seguido en relaciones tras la boda. En tal sentido, Báquide se ajusta al modelo de prostituta terenciana atenta a cuidar de sus intereses. El esclavo Parmenón, que en la primera parte de la obra nos ofrece una detallada relación de la situación entre Pánfilo y Filúmena, es paradójicamente el personaje que queda más ignorante de la situación. Pánfilo lo ha enviado a un disparatado recado arrebatándole su función de solventador del conflicto. Pero no sólo los personajes quedan sin conocer todos los pormenores de la trama: los propios espectadores serán los que queden en duda sobre algunos aspectos que no se nos revelan en la comedia. De entrada, no se nos dice cuándo se produjo la ruptura de Pánfilo con Báquide, aunque es de suponer que se produjo cuando él se enamoró de su esposa. Tampoco somos capaces de seguir las embrolladas cuentas de Terencio para averiguar si el niño podía ser de Pánfilo o no. Toda esta renovación y reflexión sobre el género de la *palliata*, unida al ritmo cadencioso de la pieza, no fueron del agrado del público y Terencio decidió probar suerte por caminos más trillados componiendo a continuación —al menos en la ordenación que nosotros hemos propuesto— la más plautina de sus obras, *Eunuchus*.

DISCREPANCIAS CON LA EDICIÓN DE KAUER-LINDSAY

	KAUER-LINDSAY	LECTURA ADOPTADA
604	itaque ut esse ego illa[m]	itaque ⟨ea⟩ uti esse ego illam
643	natum, tibi	natum illum et tibi
661	mirandum[ne] id siet	mirandumne id est

BIBLIOGRAFÍA

1. *Comentarios*

CARNEY, Th. F., *P. Terenti Afri Hecyra*, lugar y ed. desconocidos, 1963 (Proceedings of the African Classical Associations).

IRELAND, St., *Hecyra, Ed. with translation and commentar*, Warminster, Aris and Phillips, 1990.

2. *Estudios*

ANDERSON, W. S., «The frustration of anagnorisis in Terence's *Hecyra*», en S. DICKINSON y J. P. HALLETT (eds.), *Essays on the City and Literature of Rome in Honor of K.A. Geffcken*, Wauconda, 2000, págs. 311-323.

COMPAGNO, B., «Pateticità e fraintendimento comico nell'*Hecyra* di Terenzio», *Pan*, 8 (1987), págs. 19-29.

JAMES, Sh. L., «From boys to men: rape and developing masculinity in Terence's *Hecyra* and *Eunuchus*», *Helios*, 25. 1 (1998), págs. 31-48.

KONSTAN, D., «*Hecyra*, ironic comedy», en D. KONSTAN (ed.), *Roman Comedy*, Ithaca, Cornell University Press, 1983, págs. 130-141.

KRUSCHWITZ, P., «"Was ich nicht weiß, macht mich nicht heiß." Beobachtungen zu einem Leitmotiv in Terenz' *Hecyra*», *Gymnasium*, 106 (1999), págs. 153-162.

LEFÈVRE, E., *Terenz und Apollodors Hecyra*, Múnich, C. H. Beck, 1999.

POVSIC, B. S., «Locutionum cottidianarum sylloge, V, Locutiones cottidianae ex *Hecyra* selectae», *Vox Latina*, 20, 75 (1984), págs. 68-70.

SLATER, N., «The fictions of patriarchy in Terence's *Hecyra*», *Classical World*, LXXXI (1988), págs. 249-260.

TALIERCIO, A., «Imitatio-aemulatio nei rapporti fra l'*Hecyra* di Terenzio e l'*Ekura* di Apollodoro di Caristo», *Orpheus*, 9 (1988), págs. 38-54.

TREBBI, M., «Terenzio, *Hecyra* 197», *Annali dell'Istituto italiano per gli Studi storici*, Sezione filologico-letteraria 4-5 (1982-1983), págs. 185-191.

LA SUEGRA

DIDASCALIAS[1]

I (SEGÚN EL MS. A)

REPRESENTADA EN LOS JUEGOS MEGALENSES[2],
SIENDO EDILES CURULES
SEXTO JULIO CÉSAR Y GNEO CORNELIO DOLABELA.
COMPUSO SU MÚSICA FLACO, LIBERTO DE CLAUDIO,
TODA ELLA PARA FLAUTAS IGUALES.
ES UNA COMEDIA GRIEGA, DE MENANDRO[3].
QUINTA PIEZA DEL AUTOR.
EN SU PRIMERA REPRESENTACIÓN FUE REPRESENTADA SIN PRÓLOGO,
DURANTE EL CONSULADO DE GNEO OCTAVIO Y TITO MANLIO.
FUE REPRESENTADA UNA SEGUNDA VEZ EN LOS JUEGOS FUNERARIOS
EN HONOR DE LUCIO EMILIO PAULO[4],
NO TUVO ÉXITO.
FUE REPRESENTADA UNA TERCERA VEZ,
SIENDO EDILES CURULES QUINTO FULVIO Y LUCIO MARCIO.
LA PRESENTARON LUCIO AMBIVIO [Y LUCIO SERGIO] TURPIÓN.
TUVO ÉXITO.

---

[1] Siguiendo la edición de KAUER-LINDSAY, presentamos dos didascalias, la primera según el códice Bembino; y la segunda, según Σ. J. R. BRAVO, *op. cit.*, pág. 735, intenta reconstruir una didascalia única a partir de los datos que suministran ambas y de los que ofrece Donato: «Representada en los Juegos Megalenses, siendo ediles curules Sexto Julio César y Gneo Cornelio Dolabela. No terminó de representarse. Dirigida por Lucio Ambivio Turpión. Mú-

II (SEGÚN Σ)

REPRESENTADA EN LOS JUEGOS ROMANOS,
SIENDO SEXTO JULIO CÉSAR Y GNEO CORNELIO EDILES CURULES.
NO FUE REPRESENTADA ENTERA.
HIZO SU MÚSICA FLACO, LIBERTO DE CLAUDIO,
TODA ELLA PARA FLAUTAS IGUALES.
DURANTE EL CONSULADO DE GNEO OCTAVIO Y TITO MANLIO.
FUE REPRESENTADA POR SEGUNDA VEZ
EN LOS JUEGOS FÚNEBRES EN HONOR DE LUCIO EMILIO PAULO.
FUE REPRESENTADA POR TERCERA VEZ
SIENDO EDILES CURULES QUINTO FULVIO Y LUCIO MARCIO[5].

PERÍOCA DE GAYO SULPICIO APOLINAR

Pánfilo se casó con Filúmena, a la que, siendo doncella, había deshonrado sin saberlo; además, le había robado por la fuerza un anillo que había regalado a su amante, la cortesana

sica compuesta por Flaco, esclavo de Claudio; interpretada con flautas iguales durante toda la comedia. Original griego de Apolodoro. Compuesta en quinto lugar. Representada por primera vez sin prólogo, en el consulado de Gneo Octavio y Tito Manlio. Representada por segunda vez en los juegos fúnebres celebrados en honor de Lucio Emilio Paulo. No gustó. Representada por tercera vez siendo ediles curules Quinto Fulvio y Lucio Marcio. Gustó».

[2] Obsérvese la discrepancia entre las fechas que ofrecen las dos didascalias para la primera representación de la pieza: según la primera, se estrenó durante los Juegos Megalenses celebrados en abril de 165 a. C.; según la segunda, en los Juegos Romanos de septiembre de ese mismo año. Sería, pues, la segunda de las comedias escritas por Terencio. En la ordenación habitual de las comedias ocupa el quinto lugar debido a la representación exitosa del año 160.

[3] A pesar de la unanimidad de la tradición manuscrita, la comedia no es de Menandro, sino de Apolodoro de Caristo (Don., *Hec., praef.* 1, 1), comediógrafo de la primera mitad del s. III a. C., autor de 47 comedias (Suid., *s. v.*), todas ellas perdidas, de las que sólo se conservan 32 fragmentos (*Cf.* T. Kock, *Comicorum Atticorum fragmenta*, III, págs. 280 y ss.). Terencio se sirvió de dos de ellas, *Hecyra* y *Epidikazómenos*, para *Hecyra* y *Phormio*.

Báquide. Luego, él se marchó a Imbros sin haber tocado a su esposa[6]. Su madre, fingiendo que estaba enferma, la trasladó a su casa con la tripa hinchada para que no lo supiera su suegra. Pánfilo regresa, descubre el parto, lo oculta. Sin embargo, no quiere aceptar a su esposa. Su padre lo achaca a su amor por Báquide. Mientras Báquide se justifica, por casualidad, Mírrina, la madre de la violada, reconoce el anillo. Pánfilo recibe a su esposa con su hijo.

ELENCO DE PERSONAJES

Prólogo
Filótide, *cortesana*, amiga de Báquide
Sira, *vieja*, amiga de Báquide
Parmenón, *esclavo* de Laques
Laques, *viejo*, esposo de Sóstrata y padre de Pánfilo
Sóstrata, *matrona*, esposa de Laques y madre de Pánfilo
Fidipo, *viejo*, esposo de Mírrina y padre de Filúmena
Pánfilo, *muchacho*, hijo de Laques y Sóstrata y esposo de Filúmena

[4] Año 160 a. C. Fueron los juegos funerarios que organizaron Q. Fabio Máximo y Publio Cornelio Escipión en honor de su padre natural y en los que también se produjo el estreno de *Adelphoe*. Para la decisiva importancia que Emilio Paulo tiene en la difusión de la cultura griega en Roma, remitimos a las consideraciones realizadas en la «Introducción general» (vol. 58 de esta colección).

[5] Esta tercera representación se debió realizar en los *Ludi Romani* de septiembre de 160 a. C.

[6] Como se verá en v. 392, esta afirmación es un error. Pánfilo sí mantuvo relaciones maritales con su esposa entre su boda y su viaje a Imbros.

SOSIAS, *esclavo* de Laques, amigo de Parmenón
MÍRRINA, *matrona*, esposa de Fidipo y madre de Filúmena
(*Una nodriza*, contratada por Fidipo)
BÁQUIDE, *cortesana*, antigua amante de Pánfilo
EL CANTOR

ESCENA

Una calle de Atenas, en la que se hallan las casas de Fidipo, Laques y la cortesana Báquide. La convención teatral hace que la salida de la derecha, desde el punto de vista de los espectadores, conduzca al foro, y la de la izquierda al puerto o al campo.

PRÓLOGO I[7]

La suegra es el título de esta comedia. Cuando se estrenó, se estrelló[8] y hubo un fiasco tal que no fue posible ni verla, ni juzgarla. Y es que los espectadores, estupefactos, habían centrado

[7] Como señalan la didascalia del Bembino y el propio prólogo, éste fue redactado con motivo de la segunda representación, en los juegos funerarios en honor de Emilio Paulo. Su brevedad ha motivado que se haya considerado que no es obra de Terencio. A favor de la autenticidad se manifiesta S. M. GOLDBERG, *Understanding Terence*, Princeton, 1986, págs. 37-40. El empleo de la perífrasis «*is qui scripsit hanc*», en lugar del *poeta* que aparece en el prólogo de las otras cinco comedias, nos hace inclinarnos a considerar que, en realidad, como ya afirmamos en la «Introducción general» (vol. 58 de esta colección), este prólogo es de Ambivio Turpión.

[8] Con la traducción *estrenó / estrelló* he tratado de reflejar el juego de palabras *nova / novom*. Una traducción más ajustada al texto sería «Cuando fue representada por vez primera, se produjo un fiasco nunca visto y un desastre tal...».

su atención en un funambulista[9]. Ahora se presenta como un auténtico estreno. Quien la escribió no quiso representarla de nuevo por la siguiente razón, poder venderla de nuevo[10]. Ya conocéis otras piezas suyas. Os ruego que conozcáis ésta.

PRÓLOGO II

Aunque con atuendo de Prólogo[11], ante vosotros me presento como orador. Dad una oportunidad a mi oratoria para que, ya viejo, pueda servirme de los mismos derechos de los que me serví cuando, siendo bastante más joven, logré que piezas fracasadas en su estreno alcanzaran larga vida y así con el poeta no se desvaneciera su obra. Al principio, en los estrenos de

[9] Posiblemente, se trataría de uno los espectáculos que formaban parte de la celebración de los *Ludi Megalenses*. Recordemos que, en un principio, éstos consistían en espectáculos circenses y sólo desde el año 194 a. C. incluyeron la representación de obras teatrales.

[10] Tal declaración venía sorprendiendo a los críticos ya desde Donato. Hasta tal punto que muchos consideraron la existencia de una laguna en el texto. Sin embargo, tal como apuntamos en la «Introducción general» (vol. 58), el texto es perfectamente lógico si se considera que en este momento el dueño de la obra es director de la compañía que la representa, Ambivio Turpión, quien le habría comprado la comedia a Terencio y se vería en la obligación de reponerla una y otra vez hasta que tuviera éxito y así poder cobrar del Estado. Para una explicación más amplia de esta situación remitimos a las consideraciones realizadas en la «Introducción general» (vol. 58 de esta colección).

[11] Como ya señaló Donato, en este segundo prólogo, destinado a la tercera representación, en la que por fin la comedia alcanzó el éxito, más que ante el personaje del prólogo, nos hallamos ante el propio Lucio Ambivio Turpión, dato en el que abunda el comentarista Eugrafio. Los dos fracasos sucesivos de la comedia hacen que, en este caso, el director de la compañía suba al escenario, para pronunciar su alegato a favor de la pieza.

Cecilio[12] que dirigí, en algunos de ellos fracasé, en otros a duras penas me mantuve en escena. Sabiendo que la fortuna de la escena es cosa dudosa, por una esperanza insegura cargué con un trabajo seguro: para tener papel en otros estrenos del mismo y para no apartarlo de su afán, con afán empecé a representar las mismas piezas. Logré que se vieran. Cuando fueron conocidas, gustaron. Así, devolví a su lugar a un poeta que ya casi había sido apartado de su vocación, de su trabajo y del arte de las musas por la iniquidad de sus adversarios. Ahora bien, si entonces me hubiera desentendido de su obra y hubiera querido tomarme la molestia de desalentarlo para que se entregara a la holganza y no al trabajo, fácilmente lo habría desalentado de escribir otras nuevas.

Ahora, por mí escuchad mi alegato con buena disposición. Ante vosotros presento *La suegra*, una pieza que jamás he podido representar en silencio. ¡Tanto la ha perseguido la desgracia! Vuestro buen sentido sabrá mitigar esa desgracia si colabora con nuestro esfuerzo. La primera vez que la representé, nada más empezar, la fama de unos púgiles (a la que también se sumó la atracción de un funambulista), el barullo de los séquitos, el bullicio y el griterío de las mujeres, lograron ponerme en la calle antes de tiempo. En este nuevo estreno, adopté el viejo expediente de seguir probando. De nuevo la traje a escena. Logré gustar en el primer acto, cuando entretanto llegó el rumor de que iban a dar una pelea de gladiadores[13]. La gente salió volando, agolpándose, gritando y luchando por un sitio[14]. Entretanto, yo no pude defender el mío. Hoy no hay ningún alboroto, hay tranquilidad y silencio. Se me ha dado la ocasión de actuar; a vosotros la posibilidad de rendir honores a los juegos escénicos[15]. No permitáis que por vuestra culpa el arte de las musas caiga en manos de unos pocos. Haced que vuestro prestigio sea valedor y sostén de mi prestigio.

Si jamás he sido avaro al fijar precio para mi arte, convencido de que mi mayor recompensa es servir al máximo a vuestros intereses[16], permitidme conseguir que con su malintencionado cerco los malintencionados no se burlen de quien encomendó su vocación a mi defensa y su persona a vuestra protección. Por mi causa, acoged su causa y guardad silencio para que otros poetas tengan ganas de seguir escribiendo y a mí se me dé en el futuro la posibilidad de aprender nuevas comedias, pagadas también de mi bolsillo[17].

[12] Para la caracterización literaria de Cecilio Estacio remitimos a las consideraciones realizadas en la «Introducción general» (vol. 58 de esta colección).

[13] Se trataría de un combate de gladiadores que formaría parte del conjunto de espectáculos programados para el festival fúnebre en honor de Emilio Paulo. Recordemos que los combates de gladiadores, de origen etrusco, tenían en un principio carácter de sacrificio funerario. VAL. MÁX., II 4, 7, consigna que el primer combate de gladiadores dado en Roma fue el que organizaron Marco y Décimo Bruto en los juegos funerarios celebrados en honor de su padre (a. 264 a. C.).

[14] Esta escena está claramente en la base de las ideas que se formulan en HOR., *Sat* II 1, 182-186: «Pero también en muchas ocasiones hay algo que asusta y ahuyenta al poeta audaz: el que una mayoría por su número, pero minoría por su calidad y distinción [...] exigen en medio de la representación un oso o unos púgiles, pues el populacho disfruta con ello».

[15] Sin duda, los *Ludi Romani* en los que se realizó esta tercera representación.

[16] Los vv. 49-51 se hallan también en *Heaut.* 48-50.

[17] Esta declaración resulta desconcertante, ya que, a pesar de que en época imperial sí conocemos el caso de particulares que pagan obras teatrales (JUV., VII 87), carecemos de datos que avalen tal hecho en época de Terencio, ya que son los ediles quienes compran las piezas en nombre del Estado (*cf. Eun.* 20). Como ya hemos señalado, el pasaje haría alusión al hecho de que Ambivio le compraría la obra al autor para luego negociar directamente con los ediles.

ACTO I

ESCENA PRIMERA

FILÓTIDE, SIRA[18]

FILÓTIDE.— *(Saliendo de casa de Báquide acompañada por Sira.)* ¡Por Pólux, Sira, qué pocos amantes has de encontrar que le sean fieles a una cortesana! Pánfilo, sin ir más lejos. ¡Cuántas veces, con qué solemnidad le juraba a Báquide que, mientras estuviera viva, jamás había de casarse! Y tanto que cualquiera lo hubiera podido creer fácilmente. ¡Pues mira, se casó!

SIRA.— Así pues, por eso te aconsejo y te animo encarecidamente a que no te apenes de ninguno y no te prives de pelar, rebanar y acribillar a todos los que enganches.

FILÓTIDE.— ¿Sin ninguna excepción?

SIRA.— Sin ninguna. Pues entérate, ninguno de ellos se acerca a ti con otra idea que la de mimarte para colmar su placer al mínimo precio. ¿Y no les has de responder con sus mismas trampas, cariño?

FILÓTIDE.— Sin embargo, por Pólux, es injusto comportarse de la misma manera con todos.

SIRA.— ¿Pero es injusto vengarse de los enemigos o atraparlos con los mismos métodos con los que ellos te atrapan? ¡Ay, pobre de mí! ¿Por qué no tendré yo tus años y tu figura o tú mi cordura?

[18] Tal como consignan Donato y Eugrafio, Filótide, prostituta recién llegada de Corinto, y Sira, vieja alcahueta, son, como en otras ocasiones en el teatro de Terencio —tal es el caso de Sosias en *Andria* o Davo en *Formión*—, personajes protáticos, destinados tan sólo a la exposición del argumento de la comedia.

ESCENA SEGUNDA

PARMENÓN, FILÓTIDE, SIRA

PARMENÓN.— *(Saliendo de casa de Laques, y hablando hacia el interior sin ver a Filótide y a Sira.)* Si el viejo pregunta por mí, dile que me acabo de ir al puerto a enterarme de si ha llegado Pánfilo. ¿Oyes lo que te digo, Escirto? Que se lo digas si pregunta por mí. Y si no pregunta, no le digas nada; así para otra vez podré presentarle intacta la excusa. Pero ¿no veo a Filotilla? ¿De dónde saldrá? ¡Salud, y mucha, Filótide!

FILÓTIDE.— ¡Qué sorpresa, salud, Parmenón!

SIRA.— ¡Por Cástor, salud, Parmenón!

PARMENÓN.— ¡Y a ti, por Pólux, Sira! Dime, Filótide, ¿por dónde has estado retozando tanto tiempo?

FILÓTIDE.— De verdad, bien poco es lo que he retozado; pues de aquí me marché a Corinto con un soldado que era una bestia. ¡Allí lo he estado aguantando dos años sin interrupción, pobre de mí!

PARMENÓN.— ¡Por Pólux, que me imagino la de veces que, arrepentida de tu decisión, habrás tenido morriña de Atenas, Filotilla!

FILÓTIDE.— No te puedo decir lo deseosa que estaba de regresar, dejar al soldado y veros aquí para tener la libertad de organizar un festín con vosotros a mi antigua usanza. Pues allí no me estaba permitido charlar de otra cosa que de los temas que a él le agradaban y que estaban concretados de antemano.

PARMENÓN.— *(Aparte.)* Me da la impresión de que no le habrá sido fácil al soldado poner fin a su charla.

FILÓTIDE.— Pero ¿qué pasa aquí? ¡Qué cosas me acaba de contar adentro Báquide! Lo que nunca creí que fuera a pasar:

que a ése se le iba a meter en la cabeza casarse mientras ella estuviera viva.

PARMENÓN.— ¿Casarse él?

FILÓTIDE.— Oye tú, ¿es que no lo ha hecho?

PARMENÓN.— Sí, pero me temo que la boda no es definitiva.

FILÓTIDE.— ¡Así lo quieran los dioses y las diosas, si es lo que le conviene a Báquide! Pero ¿cómo voy a creer eso? Dime, Parmenón.

PARMENÓN.— No es cosa de pregonarlo. Déjate de averiguaciones.

FILÓTIDE.— Por supuesto, ¿para que el asunto no se haga público? ¡Válganme los dioses, que no te lo pregunto para pregonarlo, sino para saborearlo a solas y en silencio!

PARMENÓN.— Jamás hablarás tan apropiadamente como para que te confíe mis espaldas.

FILÓTIDE.— ¡Ah! No sigas, Parmenón. ¡Como si no tuvieras tú muchas más ganas de contarme la historia que yo de enterarme de ella!

PARMENÓN.— *(Aparte.)* Dice la verdad y ése es mi peor defecto. *(En alto.)* Si me prometes que te has de callar, te la contaré.

FILÓTIDE.— Vuelves a ser el de siempre. Te lo prometo, habla.

PARMENÓN.— Escucha.

FILÓTIDE.— En ello estoy.

PARMENÓN.— Por aquel entonces estaba Pánfilo más enamorado que nunca de Báquide, cuando su padre empezó a suplicarle que se casara haciéndole las consideraciones que son corrientes en todos los padres: que ya era viejo, que además él era su único hijo y que quería contar con un amparo para su vejez. Pánfilo al principio se negaba; pero, tras instarlo su padre con más aspereza, acabó por vacilar entre seguir a su sentido de la decencia o a su amor por Báquide. Y a fuerza de machacarlo con encono, al cabo el viejo se salió con la suya: lo prometió a la hija del vecino de al lado *(Señalando la casa de Fidipo.)*.

Aquello a Pánfilo no le pareció en absoluto grave; hasta que ya estaba a punto de casarse, al ver que la boda estaba ya preparada y que no había ninguna posibilidad de retrasar el matrimonio. Entonces, al final, se lo tomó tan mal que creo que la propia Báquide, si hubiera estado cerca, entonces se habría apiadado de él. Siempre que tenía oportunidad de poder hablar a solas conmigo, me decía: *(Parodiando a Pánfilo.)* «¡Estoy perdido, Parmenón! ¿Qué he hecho? ¿A qué desastre me he lanzado? No podré soportarlo, Parmenón. ¡Estoy perdido, pobre de mí!».

FILÓTIDE.— ¡A ti te deberían perder los dioses y las diosas por semejante encono, Laques!

PARMENÓN.— En pocas palabras, se casó. Aquella primera noche no tocó a la doncella; y la noche siguiente, ni más ni menos.

FILÓTIDE.— ¿Qué dices? ¿Que un muchacho, y habiendo bebido de más, durmió con una doncella y se pudo desentender de ella? No me cuentas nada creíble, me parece que no es verdad.

PARMENÓN.— A mi juicio, eso te lo parecerá a ti porque nadie se te ha acercado sin desearte y él se había casado a la fuerza.

FILÓTIDE.— Y luego, ¿qué pasó?

PARMENÓN.— A los poquitos días, pues, Pánfilo me llevó a la calle y a solas me contó que, en lo que a él hacía, la doncella seguía intacta; y que, antes de casarse con ella, había esperado poder soportar este matrimonio. «Pero», me decía, «Parmenón, he decidido que no la puedo tener a mi lado más tiempo. Hacerla víctima de una burla y no devolverla intacta a su familia tal como la recibí no sería honesto de mi parte, ni beneficioso para la propia doncella».

FILÓTIDE.— Según me cuentas, piadoso y decente es el carácter de Pánfilo.

PARMENÓN.— Y me seguía diciendo: «Considero que divulgar esta historia no me es favorable; por otra parte, devolverla a su padre sin defecto alguno que poder achacarle es una

insolencia; pero espero que ella, cuando sepa que no puede seguir conmigo, acabe marchándose».

Filótide.— ¿Cómo? Y entretanto, ¿seguía Pánfilo yendo a casa de Báquide?

Parmenón.— Todos los días; pero en cuanto vio que estaba distanciándose de ella, como suele ocurrir, en el acto Báquide se volvió mucho más perversa y deslenguada con él.

Filótide.— ¡Por Pólux, que no me extraña!

Parmenón.— Y ese trato es lo que más lo separó de ella, después de que tuvo conciencia de quién era él, de quién era Báquide y quién la que tenía en casa, al valorar los caracteres de ambas por su comportamiento. Su esposa, como correspondía a la nobleza de una mujer libre, era casta, modesta y soportaba todos los desaires y agravios de su marido ocultando sus ultrajes. Pánfilo, ganado, en parte, por el sentimiento de pena por su esposa y, vencido, en parte, por las afrentas de Báquide, poco a poco se fue apartando de ella y encaminó su amor hacia su esposa, después de hallar en ella un carácter similar al suyo. Entretanto, murió en Imbros[19] un viejo pariente de la familia, cuya herencia les correspondía legalmente[20]. Allí el padre envió a la fuerza al enamorado Pánfilo, que dejó a su esposa aquí con su madre; pues el viejo se ha retirado al campo y raramente se presenta por la ciudad.

Filótide.— Y por ahora, ¿qué es lo que no tiene de definitiva la boda?

Parmenón.— Ahora te lo diré. Al principio la cosa fue bien entre ellas, pero a los poquísimos días la muchacha empezó a

[19] Pequeña isla griega situada en la entrada del estrecho de los Dardanelos. Fue colonizada por Atenas a mediados del siglo VI a. C. El detalle es relevante para explicar mejor el parentesco entre la familia de Laques y el pariente difunto, un cleruco ateniense.

[20] Como se revelará más adelante (vv. 459-460), este pariente ha muerto posiblemente soltero o, al menos, desde luego no ha dejado ningún hijo varón.

indisponerse de forma extraña con su suegra, Sóstrata. Y entre ellas no hubo jamás ninguna pelea ni motivo de queja.

Filótide.— ¿Qué pasó, pues?

Parmenón.— Si alguna vez Sóstrata se acercaba a ella para charlar, al momento huía de su vista sin querer verla. En fin, cuando ya no pudo aguantar más, se inventó que su madre la había hecho llamar para un sacrificio y se fue. Llevaba allí bastantes días cuando su suegra la hizo venir. En el acto, le pusieron no sé qué pretexto. La mandó llamar una segunda vez y nadie la devolvió. Después de insistir en que regresara, se inventaron que la muchacha estaba enferma. Entonces, nuestra señora fue a visitarla y nadie la recibió. Cuando el viejo se enteró de la situación, desde el campo vino ayer aquí y se reunió de inmediato con el padre de Filúmena. Todavía no sé lo que trataron entre sí; salvo que de verdad me preocupa de qué manera va a acabar este asunto. Ya lo sabes todo. Ahora he de seguir el camino que llevaba[21].

Filótide.— Y yo también; pues tenía decidido reunirme con cierto forastero.

Parmenón.— ¡Que los dioses bendigan lo que hagas!

Filótide.— ¡Cuídate!

Parmenón.— ¡Y tú, cuídate bien, Filotilla! *(Los tres salen de escena.)*

[21] Recordemos que, como se ha indicado en los vv. 76-77, Parmenón se dirigía al puerto a averiguar si Pánfilo había regresado de su viaje a Imbros.

ACTO II

ESCENA PRIMERA

LAQUES, SÓSTRATA

LAQUES.— *(Sale de su casa seguido por Sóstrata.)* ¡Válganme los dioses y los hombres, menuda calaña, menuda conjuración! ¡Que todas las mujeres se afanen siempre en lo mismo y lo mismo rechacen! ¡Que no hayas de encontrar una sola que se aparte de la condición de las demás! Y así, todas las suegras odian unánimes a sus nueras. Y el mismo afán y pareja terquedad ponen en llevar la contraria sus maridos[22]. Me parece que todas han aprendido en la misma escuela de la malicia; y, si existe tal escuela, estoy seguro de que mi mujer es la maestra.

SÓSTRATA.— ¡Pobre de mí, que no sé de qué me acusas!

LAQUES.— ¡Anda, que no lo sabes!

SÓSTRATA.— No. ¡Válganme los dioses, Laques mío, y podamos seguir viviendo toda la vida juntos!

LAQUES.— ¡Ojalá los dioses impidan esa calamidad!

SÓSTRATA.— Luego, te acabarás enterando de que me acusas sin razón.

LAQUES.— ¡Ya! ¡Que te acuso sin razón! ¿Es que hay calificativo a propósito para describirte después de semejante comportamiento? ¿Tú, que a ti, a mí, y a nuestra familia nos llenas de deshonor y provocas el llanto de tu hijo? Y encima, has provocado que nuestra familia política haya vuelto enemistad su amistad. ¡Una gente que decidió que nuestro hijo era digno de que se

---

[22] Ideas muy semejantes en *Heaut.* 1006 y ss.

le confiara su prole! Sólo tú con tu desvergüenza eres la que lo ha liado todo.

SÓSTRATA.— ¿Yo?

LAQUES.— ¡Tú, mujer, te lo repito, que piensas que soy un adoquín[23] y no un ser humano! ¿Acaso, porque suelo estar en el campo, pensáis que no me enteraba de qué clase de vida lleváis aquí cada una de vosotras? Estoy mucho más al tanto de lo que pasa aquí que de lo que ocurre allí donde estoy de continuo. Y eso, porque, tal como os portéis en mi casa, así me dejarán las habladurías por la calle. Ya hace tiempo que vengo oyendo que Filúmena te había cogido manía y no se me hace nada raro. Más raro me parecería si no hubiera sido así. Pero no creía que fuera para que odiara a toda esta casa. Porque, si me hubiera enterado, ella se habría quedado aquí y tú habrías ido a la calle. Pero mira qué inmerecidamente me ha llegado este disgusto por tu culpa, Sóstrata. Para que nuestro patrimonio pudiera soportar vuestros gastos y vuestra holganza, cediendo a vuestros deseos, me fui al campo a vivir allí como un esclavo; y, más allá de lo que era justo y de lo que permitía mi edad, no me ahorré fatiga. ¡Y que en pago a mis esfuerzos no te hayas preocupado de ahorrarme disgustos!

SÓSTRATA.— ¡Por Pólux, que todo eso ni se debe a mi intervención, ni es por mi culpa!

LAQUES.— Por supuesto que sí. Del todo. Sola estabas aquí, Sóstrata. Eres la única sobre la que recae toda la culpa. Puesto que os liberé del resto de los cuidados, haberte cuidado de los asuntos que tenías en casa. ¿No te da vergüenza, vieja como eres, haberte enemistado con una niña? ¿Dirás que la culpa de lo que ha pasado es de ella?

SÓSTRATA.— De verdad, yo no digo eso, Laques mío.

---

[23] Donato nos ha conservado el pasaje en su griego original: *sý me pantápasin hégesai líthon.*

LAQUES.— ¡Me alegro —así me asistan los dioses— por mi hijo! Porque por ti, ¡de verdad que tengo claro que tus faltas no pueden acarrearte ningún daño!

SÓSTRATA.— ¿Y cómo sabes, marido mío, que ella no fingió ese odio contra mí para quedarse más tiempo con su madre?

LAQUES.— ¿Qué dices? ¿No es bastante señal que ayer nadie quisiera recibirte en su casa cuando fuiste a visitarla?

SÓSTRATA.— En efecto, decían que estaba muy fatigada y que, por eso, no me recibían.

LAQUES.— Creo que, más que cualquier otra cosa, su enfermedad era tu carácter; y con mucha razón. Pues no hay una sola de vosotras que no quiera que se le case un hijo; y a vuestro gusto se les dan los partidos[24]. Cuando se han casado empujados por vosotras, empujados por vosotras, se deshacen de sus mujeres.

ESCENA SEGUNDA

FIDIPO, LAQUES, SÓSTRATA

FIDIPO.— *(Saliendo de su casa y dirigiéndose al interior.)* Filúmena, aunque sé que tengo derecho a obligarte a hacer lo que te mande, sin embargo, vencido por mi sentimiento paternal, voy a procurar complacerte y no contrariar tus deseos.

[24] Obsérvese la falsedad de las palabras de Laques. Con su generalización, achaca a su esposa una conducta en la que, más bien, ha incurrido él mismo. Por el relato de Parmenón (vv. 120 y ss.), sabemos que él ha sido quien ha empujado a su hijo a casarse. Este detalle constituye uno más de los elementos que hacen de esta comedia una pieza en la que el engaño y el autoengaño hacen de hilo conductor de la trama.

LAQUES.— *(A solas.)* Mira, qué a tiempo veo aquí a Fidipo. Por él me voy a enterar ya de lo que ha pasado. *(Dirigiéndose a Fidipo.)* Fidipo, aunque me sé dispuesto a dar gusto a todos los míos por encima de cualquier cosa, con todo, no hasta el punto de que mi indulgencia los eche a perder. Y, si tú hicieras lo mismo, eso sería más beneficioso para tus asuntos y para los míos. Ahora veo que estás bajo el poder de esas mujeres.

FIDIPO.— ¿Ah, sí?

LAQUES.— Ayer fui a tu casa para hablarte de tu hija. Me marché tan confuso como cuando llegué. Si quieres que nuestro vínculo familiar se perpetúe, no es conveniente que ocultes tu enfado. Si hemos cometido una falta dínoslo. Bien desmintiéndola, bien excusándonos ante vosotros, la corregiremos según tu propio dictamen. Ahora bien, Fidipo, si mantenéis a vuestra hija en casa por una enfermedad, considero que me infieres un agravio al pensar que en mi casa no la vamos a cuidar diligentemente. ¡Válganme los dioses, eso de que tú desees su bienestar más que yo, eso sí que no te lo concedo, por muy padre suyo que seas! Y tanto más por mi hijo, quien, lo sé, no la quiere menos que a sí mismo; y ciertamente no se me escapa lo mal que se lo va a tomar si se entera de ello. Por eso, estoy procurando que la muchacha regrese a casa antes que él.

FIDIPO.— Laques, soy consciente de vuestra diligencia y vuestra bondad. Y estoy persuadido de que todo lo que dices es tal como dices; y deseo que tú, a tu vez, me creas; pues estoy procurando que, si puedo de algún modo, mi hija regrese con vosotros.

LAQUES.— ¿Y qué es lo que te impide hacerlo? Oye, ¿acusa de algo a su marido?

FIDIPO.— En absoluto; pues cuando insistí y empecé a apremiarla para que regresara, juró por lo más santo que no podía seguir con vosotros mientras Pánfilo estuviera ausente. Sin duda, cada cual tiene sus defectos: yo nací de carácter blando, no puedo contrariar a los míos.

LAQUES.— ¡Ahí lo tienes, Sóstrata!

SÓSTRATA.— *(Aparte.)* ¡Ay, pobre de mí!

LAQUES.— *(Dirigiéndose a Fidipo.)* ¿Estás resuelto a ello?

FIDIPO.— De momento, creo que sí. Pero ¿quieres algo más?, pues ahora tengo que irme al foro.

LAQUES.— Te acompaño. *(Fidipo y Laques salen de escena.)*

ESCENA TERCERA

SÓSTRATA

SÓSTRATA.— *(A solas.)* ¡Por Pólux, por unas pocas que hacen que todas parezcamos merecedoras de reproche, que todas por igual seamos injustamente odiadas por nuestros maridos! ¡Pues válganme los dioses, que estoy libre de lo que ahora me achaca el mío! Pero no es fácil disculparse; pues a la gente se le ha metido en la cabeza que todas las suegras son unas perversas. Y yo, por Pólux, no lo soy; pues no la he tratado de forma distinta que si hubiera sido una hija. No sé cómo me ha ocurrido esto. Pero ¡por Pólux, que espero, y mucho, que mi hijo regrese ya a casa! *(Entra en su casa.)*

ACTO III

ESCENA PRIMERA

PÁNFILO, PARMENÓN (MÍRRINA)

PÁNFILO.— *(Entrando en escena acompañado por Parmenón*[25]*.)* Creo que a ningún ser humano se le han presentado más calamidades que a mí por culpa del amor. ¡Ay de mí, infeliz! ¿Ésta es la vida que me he guardado de arruinar? ¿Por esta razón estaba tan deseoso de volver a casa? ¡Uy, cuánto mejor me hubiera sido pasar la vida en cualquier parte antes que regresar aquí y, pobre de mí, percatarme de semejante situación! Pues para todos aquellos a quienes se nos presenta algún infortunio de cualquier parte, todo el tiempo que pasa antes de enterarnos de él se ha de considerar como un beneficio.

PARMENÓN.— Pero así encontrarás antes el medio de librarte de esas pesadumbres. Si no hubieras vuelto, su enfado habría acabado siendo mucho mayor. Pero ahora sé que las dos respetarán tu llegada, Pánfilo. Te pondrás al tanto de la situación, disiparás su enfado y las congraciarás de nuevo. Se te ha metido en la cabeza que el asunto es gravísimo, y es una nadería.

PÁNFILO.— ¿Por qué me consuelas? ¿Es que hay en el mundo alguien tan desdichado? Antes de casarme con mi mujer, me había entregado al amor de otra. Sin embargo, nunca me atreví a rechazar a la que mi padre me encajó. Ya en esta situación, por más que calle, a cualquiera le es fácil comprender lo desdichado que me sentí. Apenas me aparté del lado de Báquide, apenas libré mi afecto de sus cadenas y apenas lo había mudado a mi esposa, fíjate, ha

[25] Quien ha ido al puerto a recoger a Pánfilo, lo ha encontrado y lo ha puesto al tanto de la situación.

aparecido una nueva circunstancia que me podría apartar de ella. Y encima creo que voy a encontrar culpable de este asunto o a mi madre o a mi esposa. Y, cuando lo averigüe, ¿qué me queda sino seguir siendo un desdichado? Pues la piedad, Parmenón, me obliga a soportar los agravios de mi madre; además, me siento en deuda con mi esposa. ¡Hay que ver la de ofensas que en su día me soportó con su bondad sin revelarlas jamás ni en ningún sitio! Pero, Parmenón, es preciso que haya pasado algo tremendo, no sé qué, para que entre ellas se haya interpuesto un enfado tan duradero.

PARMENÓN.— ¡Nada de eso, por Hércules! Cosa de nada. Si quieres alcanzar la verdadera razón, acuérdate de que, a veces, los peores agravios no los causan los peores enfados. Pues muchas veces hay situaciones en las que uno ni siquiera se enfada, y por la misma causa el irascible se hace tu peor enemigo. ¡Qué enfados cogen entre sí los niños por ofensas de nada! ¿Y por qué? Pues porque el ánimo que los gobierna es poco firme. De la misma manera, las mujeres, por lo ligero de su caletre, son casi como niños[26]. A lo mejor una palabra cualquiera provocó el enfado entre ellas.

PÁNFILO.— Parmenón, entra y anuncia que he llegado[27].

PARMENÓN.— *(Se oyen gritos dentro de la casa.)* ¿Eh? ¿Qué pasa?

PÁNFILO.— Calla, que oigo que hay trajín y que no paran de correr.

PARMENÓN.— A ver, me voy a acercar más a la puerta. ¡Alto! ¿Lo has oído?

PÁNFILO.— No hables. ¡Por Júpiter, he oído gritos!

[26] *Cf.* CIC., *pro Mur.* 27: «Nuestros antepasados decidieron que todas las mujeres quedaran bajo la potestad de tutores debido a la debilidad de su arbitrio [*infirmitate consili*]».

[27] Según PLUT., *Quaest. Rom.* 9, los romanos tenían la costumbre de que los maridos previniesen de su llegada a sus esposas al regreso de un viaje o de la guerra. Si este uso no existía en Grecia, nos hallamos ante un detalle novedoso introducido por Terencio.

PARMENÓN.— Tú eres el que hablas, ¿y me callas a mí?

MÍRRINA.— *(Desde dentro.)* ¡Calla, por favor, hija mía!

PÁNFILO.— Me ha parecido oír la voz de la madre de Filúmena. ¡Estoy perdido!

PARMENÓN.— ¿A qué viene eso?

PÁNFILO.— ¡Estoy perdido!

PARMENÓN.— ¿Y por qué?

PÁNFILO.— De verdad, que no sé qué tremenda desgracia me están ocultando, Parmenón.

PARMENÓN.— Me han dicho, que tu esposa Filúmena tenía una especie de temblores; no sé si será eso.

PÁNFILO.— ¡Estoy perdido! ¿Por qué no me lo habías dicho?

PARMENÓN.— Porque no podía contártelo todo a la vez.

PÁNFILO.— ¿Cuál es su enfermedad?

PARMENÓN.— No lo sé.

PÁNFILO.— ¿Qué? ¿Nadie ha traído un médico?

PARMENÓN.— No sé.

PÁNFILO.— Ya tardo en entrar para cerciorarme, y cuanto antes, de qué está pasando, sea lo que sea. ¿Con qué enfermedad te voy a encontrar ahora postrada, Filúmena mía? Pues si estás en peligro, no dudo que voy a morir al mismo tiempo. *(Pánfilo entra en casa de Fidipo.)*

PARMENÓN.— *(A solas.)* No es preciso que yo lo siga adentro, pues me doy cuenta de que nos odian a todos nosotros. Ayer nadie quiso recibir a Sóstrata en casa. Y si por un casual la enfermedad se agravara, cosa que de verdad no quiero —sobre todo por mi amo—, dirán que entró allí un esclavo de Sóstrata e imaginarán que he introducido algún maleficio contra la vida y la salud de ellos para empeorar su mal. Mi ama se verá acusada, mas yo terriblemente vapuleado[28].

[28] Expresiones similares en *Heaut.* 356 y *Phorm.* 219-220. Parmenón tiene miedo a ser torturado para que confiese haber envenenado a la muchacha.

ESCENA SEGUNDA

SÓSTRATA, PARMENÓN, PÁNFILO

SÓSTRATA.— *(Saliendo de su casa, y a solas sin ver a Parmenón.)* ¡Pobre de mí, no sé que follón vengo oyendo ya hace rato! Me temo lo peor, que se haya agravado más la enfermedad de Filúmena. ¡A ti, Esculapio, a ti, Salud[29], os suplico no se cumplan mis temores! Voy a entrar a verla ahora.

PARMENÓN.— ¡Ten cuidado, Sóstrata!

SÓSTRATA.— ¿Eh?

PARMENÓN.— Te van a echar de allí otra vez.

SÓSTRATA.— *(Ve a Parmenón.)* ¡Anda, mira! ¿Estabas aquí, Parmenón? ¡Estoy perdida! ¿Qué voy a hacer, pobre de mí? ¿No poder visitar a la esposa de Pánfilo cuando está enferma y tan cerca?

PARMENÓN.— ¿Visitarla? Ni siquiera has de enviar a nadie a visitarla. Pues el que ama a quien le odia, creo que hace dos veces el tonto: emprende un trabajo sin sentido y molesta al otro. Además, tu hijo, nada más llegar, acaba de entrar a ver cómo está.

SÓSTRATA.— ¿Qué dices? ¿Ha venido Pánfilo?

PARMENÓN.— Ha venido.

SÓSTRATA.— ¡Doy gracias a los dioses! ¡Ay! Con estas palabras me ha vuelto la vida y el corazón se me ha librado de congojas.

PARMENÓN.— Precisamente por esa razón, no quiero que ahora entres allí. Pues si le remiten algo los dolores a Filúmena,

[29] *Salus*, deidad romana equiparada aquí a Higia, hija de Asclepios-Esculapio. El culto a Esculapio ya aparece en PLAUT., *Curc.* 12. Su culto era practicado en Roma en un templo de la Isla Tiberina desde el año 293 a. C.

ella en ese instante, lo sé, le contará a él a solas todo lo que pasó entre vosotras y de dónde surgió vuestro enfado. *(Ve a Pánfilo, que sale de casa de Fidipo.)* ¡Míralo, ahora lo veo salir! ¡Qué triste viene!

SÓSTRATA.— ¡Hijo mío!

PÁNFILO.— ¡Madre mía, salud!

SÓSTRATA.— ¡Me alegro de que hayas regresado con bien! ¿Está bien Filúmena?

PÁNFILO.— Un poquito mejor.

PARMENÓN.— ¡Quiéranlo los dioses! Y entonces, ¿por qué estás llorando? ¿Por qué estás tan triste?

PÁNFILO.— *(Eludiendo la respuesta.)* Bueno..., madre.

SÓSTRATA.— ¿Qué ha sido ese alboroto? Dime. ¿Es que de repente le ha dado un dolor?

PÁNFILO.— Sí.

SÓSTRATA.— ¿Y cuál es su enfermedad?

PÁNFILO.— Calentura.

SÓSTRATA.— ¿De la que da todos los días[30]?

PÁNFILO.— Eso tengo entendido. Hazme el favor, entra, que yo iré detrás, madre mía.

SÓSTRATA.— Venga. *(Sóstrata entra en casa.)*

PÁNFILO.— Tú, Parmenón, corre, sal al paso de los esclavos y ayúdales con el equipaje.

PARMENÓN.— ¿Cómo? ¿No saben ellos el camino para llegar a casa?

PÁNFILO.— No te hagas el remolón. *(Parmenón sale de escena.)*

[30] Según su periodicidad, se distinguían varios tipos de fiebre: *tertiana*, *quartana*...

ESCENA TERCERA

PÁNFILO

PÁNFILO.— *(A solas.)* No puedo encontrar ningún exordio adecuado para empezar a narrar las inesperadas tribulaciones que me han sobrevenido; de las cuales unas las he visto con mis propios ojos, y otras han llegado a mis oídos. Por esa razón, me he lanzado corriendo a la calle sin aliento. Pues, en cuanto me precipité adentro angustiado, temiendo ver a mi mujer abatida por cualquier enfermedad, y no por lo que me di cuenta que tenía... ¡Pobrecito de mí! Una vez que me vieron llegar las esclavas, al instante todas exclamaron al mismo tiempo con alborozo: «Ha venido». Y es que me habían visto de repente. Pero, de inmediato, me di cuenta que mudaba el rostro de todas ellas, puesto que el azar había deparado tan a destiempo mi llegada. Entretanto, una de ellas se apresuró a correr para anunciar mi llegada. Yo, deseoso de ver a mi mujer, la seguí directamente. ¡En cuanto entré, pobre de mí, me percaté de su enfermedad! En efecto, ni el tiempo daba ninguna oportunidad para poder ocultarse, ni ella misma podía quejarse con ninguna otra voz que aquella a la que le obligaba su estado. Y al verla, le espeté: «¡Qué canallada indigna!». E inmediatamente salí corriendo de allí llorando, golpeado por una realidad tan espantosa e increíble. Su madre me siguió y, cuando estaba para salir, ya en el umbral, la desdichada se me arrojó a las rodillas llorando. Me dio lástima. En realidad, según lo veo, así es la vida: que, según se nos presentan las circunstancias, todos nos mostramos altaneros o humildes. Ella dio comienzo a este discurso: «¡Oh, querido Pánfilo! Ahora ves por qué se había alejado mi hija de ti. Pues hace un tiempo, cuando todavía era soltera, no sé qué sinvergüenza la cubrió de oprobio. Ahora, se ha ocultado aquí para que ni tú ni nadie supierais de su parto». Y cuando me acuerdo de sus súplicas, no puedo dejar de llorar, pobre de mí. Y seguía: «Sea cual fuere la azarosa fortuna[31] que te ha traído hoy junto a nosotros, por ella las dos te rogamos, si es justo, si es lícito, que ocultes y calles ante todos su desgracia. Si alguna vez has sentido, querido Pánfilo, su cariñoso afecto, ahora ella te suplica que le correspondas con un favor que no te cuesta ningún esfuerzo. Ahora bien, en cuanto a que ella vuelva contigo, haz lo que te convenga. Eres el único que sabe que está de parto y que no está embarazada de ti; pues tengo entendido que no yació contigo hasta pasados dos meses, y desde que llegó a ti ya han pasado siete meses[32]. La propia realidad manifiesta que tú lo sabes. Ahora, si es posible, Pánfilo, deseo sobre todo, y para ello me esforzaré, que dé a luz sin que su padre ni nadie se entere. Pero si no es posible evitar que se enteren, diré que ha tenido un aborto. Sé que nadie ha de sospechar otra cosa, en la idea de que, como es verosímil, el niño que nazca es hijo legítimo tuyo. Y de inmediato lo expondré[33]. No has de sufrir ningún menoscabo y habrás cubierto el agravio que se le hizo indignamente a la desdichada de mi hija». Se lo prometí; y estoy resuelto a mantener mi palabra conforme a lo dicho. Y en cuanto a que ella vuelva conmigo, la verdad es que no lo considero decente de ninguna manera. Y no lo haré, aunque el cariño y la convivencia con ella pesen tanto sobre mí. Cuando me viene a la ca-

[31] En latín, *Fors Fortuna.*

[32] Tal como ya pone de manifiesto Donato, la expresión *postquam ad te venit* parece remitir al momento de la boda. Esto es, Pánfilo y Filúmena llevan casados siete meses, pero como las relaciones entre ellos no empezaron hasta dos meses después, es imposible que la criatura sea de Pánfilo.

[33] La práctica de la exposición de neonatos está ampliamente descrita en la literatura antigua *(cf.* PLAUT., *Cist.* 184 y ss.). En el caso concreto de TERENCIO, *cf. Heaut.* 615, 630, 650-651.

beza la vida y la soledad que me aguardan en el futuro, lloro. ¡Oh, Fortuna, que nunca eres buena para siempre! Pero mi anterior amor, del que en su día me deshice deliberadamente, ya me ha entrenado para esta situación. Ahora me esforzaré por lo mismo. *(Ve a Parmenón, que entra seguido por Sosias y otros esclavos.)* Ya llega Parmenón con los esclavos. Es absolutamente imprescindible que él no esté presente en esta situación. Pues, en su momento, sólo a él le confié que me había desentendido de ella al principio cuando me fue entregada. Me temo que, si no para de oír aquí sus gritos, comprenda que está de parto. Mientras Filúmena pare, he de mandarlo a algún sitio.

ESCENA CUARTA

PARMENÓN, SOSIAS, PÁNFILO

PARMENÓN.— *(Entra hablando con Sosias.)* ¿Dices que has tenido un viaje horroroso?

SOSIAS.— ¡Por Hércules, Parmenón, que no hay palabras suficientes para explicar las penalidades del simple hecho de viajar en barco!

PARMENÓN.— ¿De verdad?

SOSIAS.— ¡Oh, afortunado, no sabes la de calamidades que has esquivado por no haberte adentrado jamás en el mar! Pues para dejar a un lado otras desdichas, mira sólo ésta: treinta días o más estuve embarcado esperando sin cesar la muerte, pobre de mí. ¡Hay que ver el mal tiempo que tuvimos todo el viaje!

PARMENÓN.— ¡Qué horror!

SOSIAS.— De sobra lo sé. En fin, por Hércules, si supiera que tenía que regresar allí, antes que volver, me escapaba.

PARMENÓN.— De verdad, Sosias, que, a hacer lo que ahora amenazas hacer, antes te impulsaban bagatelas. *(Ve a Pánfilo.)* Pero ahora veo al propio Pánfilo parado delante de la puerta. *(Dirigiéndose a los esclavos.)* Id dentro. Yo me acercaré a él por si quiere algo. *(Sosias entra en casa con los demás esclavos; Parmenón se dirige a Pánfilo.)* ¿Aún estás allí, amo?

PÁNFILO.— A ti precisamente te estaba esperando.

PARMENÓN.— ¿Qué pasa?

PÁNFILO.— Es preciso que alguien vaya corriendo a la ciudadela[34].

PARMENÓN.— ¿Quién?

PÁNFILO.— Tú.

PARMENÓN.— ¿A la ciudadela? ¿Y a qué?

PÁNFILO.— Busca a Calidémides, un forastero de Míconos[35] que ha venido conmigo en el barco.

PARMENÓN.— *(Aparte.)* ¡Estoy perdido! Diría que mi amo ha jurado que, si, por un casual, llegaba con bien a casa, me iba a reventar a fuerza de hacerme correr.

PÁNFILO.— ¿Por qué te quedas ahí parado?

PARMENÓN.— ¿Qué quieres que le diga? ¿O sólo me reúno con él?

PÁNFILO.— No, dile que, aunque tenía decidido reunirme hoy con él, no puedo; y que no me espere allí inútilmente. Sal volando.

PARMENÓN.— Pero si no conozco el aspecto de ese hombre.

PÁNFILO.— *(Improvisando.)* Pues yo te explico. Es un tipo grande... coloradote... de pelo rizado... gordo... de ojos garzos... con pinta de cadáver[36].

---

[34] Es posible dar dos localizaciones a esta «ciudadela» (en latín, *arx*): puede que Pánfilo envíe a Parmenón a la Acrópolis de Atenas, tal como da a entender Bravo; pero también podría aludir al fuerte que defendía el Pireo.

[35] Isla de las Cícladas, cercana a Delos.

[36] El aspecto cadavérico *(cadaverosa facie)* se corresponde mal con la descripción del individuo coloradote y gordo que está improvisando Pánfilo.

PARMENÓN.— ¡Maldíganlo los dioses! ¿Y qué hago si no llega? ¿He de esperar hasta la noche?

PÁNFILO.— Sí. Ve corriendo.

PARMENÓN.— No puedo. Estoy reventado. *(Sale de escena.)*

PÁNFILO.— *(A solas.)* Se ha ido. ¿Qué voy a hacer, infeliz de mí? En fin, no sé cómo me las voy a apañar para ocultar el parto de su hija como me pidió Mírrina. Pues la mujer me da pena. Haré lo que pueda. Pero, aun con todo, no faltaré a la piedad, porque, antes que a mi amor, tengo que complacer a mi madre. *(Ve a Laques y a Fidipo que entran en escena.)* ¡Tate, mira, veo que Fidipo y mi padre vienen hacia aquí! No sé qué les voy a decir.

ESCENA QUINTA

LAQUES, FIDIPO, PÁNFILO

LAQUES.— ¿No me dijiste hace un momento que tu hija había dicho que estaba esperando a mi hijo?

FIDIPO.— Sí.

LAQUES.— Tengo entendido que él ha venido. Pues que ella vuelva a casa.

PÁNFILO.— *(A solas.)* No sé qué pretexto le voy a poner a mi padre para no volver con Filúmena.

LAQUES.— ¿A quién he oído hablar aquí?

Sin embargo, Parmenón, aturdido por las prisas que le mete su amo, no se percata de la contradicción. La explicación de Donato resulta en este punto alambicada y poco convincente: *Rubicundi enim et crassi talem saepe habent faciem, quod est proprium cadaveris.*

PÁNFILO.— *(A solas.)* Lo he decidido: me mantendré con firmeza en la decisión que he adoptado.

LAQUES.— Precisamente aquél de quien te venía hablando.

PÁNFILO.— *(Dirigiéndose a Laques.)* ¡Salud, padre mío!

LAQUES.— *(Dirigiéndose a Pánfilo.)* ¡Hijo mío, salud!

FIDIPO.— ¡Qué alegría que hayas venido, Pánfilo! Y además sano y salvo, que es lo mejor.

PÁNFILO.— Te creo.

LAQUES.— ¿Acabas de llegar?

PÁNFILO.— Sí.

LAQUES.— Dime, ¿qué ha dejado nuestro primo Fanias?

PÁNFILO.— ¡Por Hércules, que era un hombre que, mientras vivió, sólo buscó su placer[37]! Y los que son así no dejan gran cosa a los herederos, pero lo que dejan tras de sí es este epitafio: «Mientras vivió, bien vivió».

LAQUES.— Así que, entonces, ¿no te has traído otra cosa que la frasecita?

PÁNFILO.— Cualquier cosa que sea lo que dejara, es provechosa.

LAQUES.— Más bien un perjuicio; pues preferiría que siguiera vivo y con salud.

FIDIPO.— *(Irónicamente.)* Eso se puede desear sin ningún peligro. Él ya nunca resucitará; pero de las dos alternativas sé la que prefieres[38].

---

[37] Aunque nada se dice explícitamente sobre la cuestión, el breve retrato que se realiza de Fanias, muy similar al del Mición de *Adelph.* (vv. 42-44, 863-865), induce a pensar que éste también era soltero. En cualquier caso, no ha dejado ningún hijo —ni varón ni hembra— en su matrimonio. Recordemos que si hubiera dejado una hija *(epíclera)*, el pariente más cercano se hubiera tenido que casar con ella, privando así de su herencia a la familia de Laques.

[38] J. R. BRAVO, *n. ad loc.*, considera que esta intervención también puede ser un aparte.

Laques.— *(Dirigiéndose a Pánfilo.)* Ayer Fidipo hizo venir a su casa a Filúmena. Di que lo has hecho. *(Le da a Fidipo un codazo de complicidad*[39]*.)*

Fidipo.— *(Dirigiéndose a Laques en voz baja.)* Deja de hincarme el codo. *(Dirigiéndose a Pánfilo.)* Sí, lo hice.

Laques.— Pero te la va a devolver ya.

Fidipo.— Faltaría más.

Pánfilo.— Ya sé cómo ha sido todo. Lo acabo de oír a mi regreso.

Laques.— ¡Ojalá los dioses maldigan a los envidiosos esos, que tan de buena gana dan semejantes noticias!

Pánfilo.— *(Dirigiéndose a Fidipo.)* Creo que he tomado precauciones para que no podáis hacerme ningún reproche con razón. Y si ahora quisiera recordar aquí con qué fidelidad, bondad y dulzura me comporté con ella, con razón podría[40]. Pero preferiría que te enteraras de la situación por ella misma. En efecto, cuando ella, que ahora se me ha mostrado injusta, diga de mí cosas justas, de esa manera tendrás más confianza en mi carácter[41]. Y pongo por testigos a los dioses de que esta separación no ha ocurrido por mi culpa. Pero, Fidipo, ya que se considera indigna de plegarse a mi madre y de soportar humildemente su carácter, y siendo que de ninguna manera se puede recomponer entre ellas el buen trato, una de las dos tiene que separarse de mí, o mi madre o Filúmena. Sin embargo, mi sentimiento del deber me empuja a preferir el bien de mi madre.

---

[39] Obsérvese la mentira de Laques. Filúmena lleva bastante tiempo en casa de sus padres.

[40] Obsérvese que el relato de Pánfilo no se ajusta del todo a la verdad.

[41] A tenor del relato de Parmenón (vv. 164-165), se observa que en esta intervención Pánfilo está mintiendo con absoluto descaro. En la primera fase de su matrimonio, antes de romper con Báquide, Pánfilo sometió a la recién casada a graves afrentas y desaires.

Laques.— Pánfilo, no he escuchado a disgusto estas reflexiones, al darme cuenta de que en tu consideración no hay nada por delante de tu madre. Pero ten cuidado, Pánfilo, no te obstines, mal aconsejado por la ira.

Pánfilo.— ¿Qué ira me iba a empujar ahora a ser injusto con ella, que jamás cometió ninguna falta contra mi voluntad, padre; y sé que tantas veces me ha complacido en mis deseos? La amo, la alabo y la añoro con toda mi alma, pues he comprobado su admirable afecto hacia mí. Puesto que el destino la ha arrancado de mi lado, le deseo que pase el resto de su vida con un marido más afortunado que yo.

Fidipo.— En tu mano está que eso no ocurra.

Laques.— Si estuvieras en tus cabales... Haz que vuelva contigo.

Pánfilo.— Padre, no es ésa mi intención. Me someteré a la conveniencia de mi madre. *(Sale corriendo de escena.)*

Laques.— ¿Adónde vas? ¡Espera, te digo que esperes! ¿Adónde vas?

Fidipo.— ¿A qué viene semejante obstinación?

Laques.— Fidipo, ¿no te dije que se lo iba a tomar a mal? Por eso te suplicaba que hicieras volver a tu hija.

Fidipo.— ¡Por Pólux, no podía creer que llegara a ser tan poco persona! ¿Y se figura que ahora voy a ponerme a suplicarle? Si acepta que su mujer regrese con él, sea. Pero, si sus intenciones son otras, que me reembolse la dote[42] y que se vaya.

Laques.— Mira que tienes malos prontos tú también.

Fidipo.— ¡Qué cabezota nos has regresado, Pánfilo!

---

[42] La situación que da a entender Fidipo es la de la posibilidad de un divorcio por mutuo acuerdo. En tal caso, la ley contemplaba la devolución de la *proíx* o dote al padre o al *kýrios* de la mujer. Esta dote sólo podía ser usufructuada por el marido, al que el *kýrios*, a modo de garantía devolutoria, imponía una hipoteca sobre los bienes de aquél. *Cf.* Dem., *In Spud.* 5-6.

Laques.— Aunque se haya enfadado con razón, ya se le pasará el enfado.

Fidipo.— Porque os haya llegado algún dinerillo, menudos aires os gastáis.

Laques.— ¿También pleiteas conmigo?

Fidipo.— Que se lo piense, y hoy mismo me comunique si quiere o no a mi hija, para que ella, si no ha de ser para él, sea para otro. *(Fidipo hace ademán de marcharse.)*

Laques.— *(Intentando retenerlo.)* Fidipo, acércate, escucha un momento. *(Fidipo entra en su casa.)* Se ha ido. ¿A mí qué me importa? En fin, si ni mi hijo ni este otro me hacen ningún caso y les importa un comino lo que les digo, pues que se las ventilen como les parezca. Me voy a proseguir esta discusión con mi mujer, la culpable de todo, y le voy a vomitar encima toda esta amargura que tengo. *(Laques entra en casa.)*

ACTO IV

ESCENA PRIMERA

Mírrina, Fidipo

Mírrina.— *(Saliendo de su casa a la calle, y a solas.)* ¡Estoy perdida! ¿Qué voy a hacer? ¿Adónde me volveré? ¿Qué le voy a responder a mi marido, pobre de mí? Me parece que ha oído los lloros del crío. ¡Hay que ver la prisa con que ha salido corriendo y en silencio hacia nuestra hija! Pero si se entera de que ha parido, por Pólux, que no sé qué pretexto le voy a poner

para explicarle que lo haya mantenido en secreto. *(Suena una puerta.)* Pero ha sonado la puerta. Creo que es él, que viene a buscarme. ¡Estoy perdida!

Fidipo.— *(A solas, sin ver a Mírrina.)* Cuando mi mujer se dio cuenta de que iba a ver a mi hija, se escapó a la calle. *(La ve.)* Y mírala, ahí la veo. *(Dirigiéndose a Mírrina.)* ¿Qué cuentas, Mírrina? ¡Atiende, a ti te digo!

Mírrina.— ¿Es a mí, marido?

Fidipo.— ¡Y que yo sea tu marido! ¿Es que me consideras marido o, al menos, una persona? Pues si alguna vez te hubiera parecido cualquiera de las dos cosas, no te habrías burlado así de mí con tus trapacerías.

Mírrina.— ¿Con qué trapacerías?

Fidipo.— ¿Y tú me lo preguntas? Tu hija acaba de parir. *(Mírrina queda en silencio.)* ¿Eh? ¿Te callas? ¿Quién es el padre?

Mírrina.— *(Aparte.)* ¿Es justo que un padre pregunte eso[43]? Estoy perdida. *(Dirigiéndose a Fidipo.)* ¿De quién piensas que va a ser sino del hombre con quien la casamos? Por favor.

Fidipo.— Lo creo y, desde luego, no es propio de un padre pensar de otra manera; pero me intriga la razón por la que has querido ocultarnos con tanto cuidado el parto a todos; sobre todo, porque no es sólo que el parto haya ido bien, sino que también ha sido a su tiempo[44]. ¿Podrás ser tan terca que hayas preferido que muera el crío —un crío del que sabías que iba a procurarnos a ambas familias una amistad más firme— antes que ella siguiera casada con Pánfilo en contra de tus deseos? Yo también creía que tenían ellos la culpa y resulta que todo es cosa tuya.

---

[43] La edición de Kauer-Lindsay da esta frase como afirmativa. Seguimos aquí la puntuación de la edición de J. R. Bravo.

[44] Según las cuentas de Fidipo, el niño es sietemesino y habría sido concebido tras la boda. Por tanto, su nacimiento no le resulta sospechoso. Sin embargo, la gestación ha sido, en realidad, de nueve meses, tal como demuestra la narración de Báquide (v. 822).

MÍRRINA.— ¡Soy una desgraciada!

FIDIPO.— ¡Ojalá supiera que era verdad! Pero ahora me acabo de acordar de lo que me contaste cuando en su día tomamos por yerno a Pánfilo. Y es que decías que no podías soportar que tu hija se hubiera casado con uno que pasaba las noches fuera de casa enredado con una cortesana.

MÍRRINA.— *(Aparte.)* Antes que la auténtica verdad, prefiero que sospeche cualquier cosa.

FIDIPO.— Mírrina, mucho antes que tú, yo ya sabía que Pánfilo tenía una amiguita; pero nunca he pensado que eso fuera un defecto para la juventud. Pues es cosa natural. Pero ¡por Pólux, que ya le llegará el día en que él no se haya de aguantar ni a sí mismo! Pero tú ya te manifestaste en aquella ocasión y has seguido manteniendo exactamente la misma opinión, tratando de separar de él a nuestra hija e impedir la decisión que yo había adoptado. La actual situación revela cómo querías conseguirlo.

MÍRRINA.— ¿Es que vas a pensar que, si ese matrimonio nos conviniera, madre como soy de ella, me obstinaría en esa idea?

FIDIPO.— ¿Es que puedes tú ver o juzgar lo que nos conviene? Lo habrás oído de alguno que te habrá contado que lo han visto entrar o salir de casa de su amiguita. Bueno, ¿y qué? Si mantuvo sus líos con discreción y de vez en cuando, ¿no sería más propio de personas disimularlo antes que esforzarnos en enterarnos de su situación para que acabe odiándonos? Pues si él pudiera deshacerse de repente de una mujer con la que ha convivido tantos años, no lo consideraría persona, ni marido bastante seguro para nuestra hija.

MÍRRINA.— ¡Por favor, deja en paz al muchacho y esas maldades que dices que ha cometido! ¡Vete! Reúnete con él a solas y pregúntale si quiere o no a nuestra hija como esposa. Si te dice que la quiere, devuélvesela; pero, si no la quiere, habré velado correctamente por mi hija.

FIDIPO.— Mírrina, si él no la quiere y tú te diste cuenta de que en él había una falta, yo estaba aquí y la decisión tenía que haber sido dejada a mi arbitrio. Por esta razón, me irrita que te hayas atrevido a actuar sin mi permiso. Te prohíbo que saques a ningún sitio al crío fuera de casa. *(Aparte.)* Pero si soy un simple por pedir que ésta obedezca mis palabras. Iré dentro y les diré a los esclavos que no permitan que se lo lleven a ningún sitio. *(Fidipo entra en casa.)*

MÍRRINA.— *(A solas.)* ¡Por Pólux, creo que no hay en el mundo mujer más desgraciada que yo! Pues, ¿cómo se tomará mi marido esta situación si se entera de la verdad? ¡Por Pólux, que no se me oculta, si una menudencia se la toma con semejante berrinche! No sé de qué manera podría hacerlo cambiar de opinión. ¡Y entre tantas desventuras, sólo me faltaba una desgracia: que me obligue a quedarme con un crío de cuyo padre no conocemos la identidad. Pues, cuando forzaron a mi hija, ella no fue capaz de distinguir en la oscuridad el aspecto de su violador, ni de quitarle en el momento algo con lo que luego fuera posible reconocerlo. Al contrario, él fue quien al marcharse le robó por la fuerza un anillo que la doncella llevaba en el dedo[45]. Al mismo tiempo, temo que, cuando Pánfilo sepa que reconoce al hijo de otro como propio, no sea capaz de ocultar mi petición durante más tiempo. *(Entra en casa.)*

---

[45] El lance es idéntico, pero a la inversa, al que se produce en los *Epitrépontes* de Menandro (vv. 395-405). Carisio viola a Pánfila y ésta logra arrebatarle un anillo que, finalmente, servirá para reconocer a su hijo perdido. Más allá de esto, obsérvese cómo, a la luz de la mentalidad ateniense, el eventual conflicto que desataría la violación queda perfectamente solventado con el matrimonio entre el violador y su víctima. Él sale bien librado y no tendrá que hacer frente a las consecuencias de su actuación; el silencio en el que la *Néa* mantiene a la mujer nos impide saber nada de los sentimientos de quien tenía que convivir el resto de su vida con su violador.

ESCENA SEGUNDA

SÓSTRATA, PÁNFILO (LAQUES)

SÓSTRATA.— *(Saliendo de casa junto a Pánfilo.)* Hijo mío, por más que te esfuerces en disimularlo, no se me escapa que sospechas que tu esposa se ha ido de casa por culpa de mi carácter. ¡Pero así me asistan los dioses y así obtenga de ti los favores que te pida para mí, como es cierto que, al menos a sabiendas, nunca hice nada para que ella tuviera razones para cogerme tanto odio! En cuanto a ti, si ya antes pensaba que me querías, ahora me lo has confirmado; pues tu padre me acaba de contar dentro cómo me has puesto por delante de tu amor. Ahora estoy resuelta a devolverte el favor; para que sepas que tu piedad tiene reservado un premio en mi corazón. Querido Pánfilo, considero que lo conveniente tanto para vosotros como para mi buen nombre es lo siguiente: he decidido irrevocablemente irme de aquí al campo con tu padre para que mi presencia no te estorbe ni quede ningún pretexto para que tu Filúmena no vuelva contigo.

PÁNFILO.— Por favor, ¿qué decisión es ésa? ¿Te vas a vivir al campo lejos de la ciudad, dejando que la estúpida de ella se salga con la suya? No lo harás, madre, y no he de permitir que quien quiera hablar mal de nosotros vaya diciendo que te has marchado no por tu discreción, sino por mi obstinación. Además no quiero que por mi culpa dejes a tus amigas, a las mujeres de tu familia y tus celebraciones[46].

[46] En latín *festos dies*, posiblemente se refiere a las festividades religiosas en las que participaban las mujeres, bien aquellas de las que no se hallaban excluidas por la costumbre ateniense, bien las específicamente femeninas como las Tesmoforias.

SÓSTRATA.— ¡Por Pólux, que esas cosas ya no me dan ningún placer! Ya las he disfrutado bastante mientras me lo permitió la edad. Ahora ya estoy harta de esos entretenimientos. En este momento, mi máxima preocupación es que mi avanzada edad no estorbe a nadie, ni que nadie esté a la espera de mi muerte[47]. Aquí veo que me odian sin razón. Ya es tiempo de retirarme. Me parece que ésta será la mejor manera de cortar de raíz las quejas que todo el mundo me pone como pretexto y de librarme de las sospechas. Y les habré dado gusto[48]. Por favor, déjame exonerarme de la mala reputación que en general se achaca a las mujeres.

PÁNFILO.— ¡Teniendo semejante madre y esa esposa, qué afortunado soy por todos los conceptos, salvo por una sola cosa!

SÓSTRATA.— Por favor, Pánfilo, hijo mío, ¿no se te va a meter en la cabeza que hay que soportar esta desagradable situación, sea lo que sea? Si el resto de las cosas son de tu gusto y tu mujer es tal como creo, hazme este favor y hazla volver a casa, hijo mío.

PÁNFILO.— ¡Ay, pobre de mí!

SÓSTRATA.— ¡Y de mí también! Pues esta situación no me entristece a mí menos que a ti, hijo mío.

[47] *Cf. Adelph.* 109.

[48] La concisión de la expresión latina impide saber con seguridad quiénes son las personas a las que Sóstrata pretende satisfacer. Puede que se refiera a Fidipo y a Mírrina; o bien, como prefiere J. R. BRAVO, a Fidipo y a Laques.

ESCENA TERCERA

LAQUES, SÓSTRATA, PÁNFILO

LAQUES[49].— *(Dirigiéndose a Sóstrata.)* Mujer, aunque estabais conversando lejos de donde me hallaba, me he enterado desde aquí. ¡Eso es la prudencia, ser capaz de cambiar de opinión siempre que sea preciso; anticiparse en el presente a lo que quizás tenga que hacerse después!

SÓSTRATA.— ¡Por Pólux, que haya suerte!

LAQUES.— Vete al campo, pues. Allí, nos aguantaremos el uno al otro.

SÓSTRATA.— ¡Por Cástor, eso espero!

LAQUES.— Entra, pues, y dispón lo que hayas de llevarte contigo. He dicho.

SÓSTRATA.— Haré como ordenas. *(Entra en casa.)*

PÁNFILO.— ¡Padre!

LAQUES.— ¿Qué quieres, Pánfilo?

PÁNFILO.— ¿Que se va mi madre de aquí? De ninguna manera.

LAQUES.— ¿A qué viene eso?

PÁNFILO.— A que aún no estoy seguro de qué he de hacer con mi esposa.

LAQUES.— ¿Qué pasa? ¿Qué quieres hacer, sino hacerla regresar a casa?

PÁNFILO.— *(Aparte.)* De verdad, es lo que deseo y a duras penas me contengo. Pero no voy a ablandarme en mi determinación. Me mantendré en lo que sea conveniente. *(Dirigiéndose a Laques.)* Creo que han de estar mejor avenidas si no la hago regresar a casa.

[49] No tenemos constancia del momento en el que Laques ha vuelto a salir de su casa. Sin embargo, por sus palabras se adivina que ha tenido que ser en algún momento de la escena anterior y que ha estado escuchando la conversación entre Sóstrata y Pánfilo desde un lado de la escena.

LAQUES.— No lo puedes saber; pero si tu madre se va, a ti nada te importa lo que ellas hagan. Esta edad resulta pesada para los jóvenes[50]. Es justo que se quite de en medio. A fin de cuentas, Pánfilo, nosotros ya valemos sólo para hacer chistes: «Érase un viejo y una vieja...»[51]. *(Ve a Fidipo, que sale de su casa.)* Pero veo que Fidipo sale a tiempo. Acerquémonos a él.

ESCENA CUARTA

FIDIPO, LAQUES, PÁNFILO (UN ESCLAVO)

FIDIPO.— *(Sale de la casa y dirigiéndose al interior.)* ¡Por Pólux, que estoy enfadado contigo, Filúmena, y mucho! ¡Pues, por Hércules, que tu comportamiento ha sido vergonzoso! Aunque tienes motivo para ello: tu madre te empujó. En cambio, para ella no hay excusa.

LAQUES.— ¡Fidipo, qué a tiempo te me acabas de presentar!

FIDIPO.— ¿Qué pasa?

[50] *Cf.* MEN., *Sent.* 593: «Un hombre anciano es molesto entre jóvenes».

[51] Donato da a entender que «El viejo y la vieja» *(Senex atque anus)* sería el título de un cuento o un chascarrillo que, por supuesto, no nos ha llegado y que comenzaría con las consabidas palabras: «Érase un viejo y una vieja...». Una expresión muy cercana en PLAUT., *Stich.* 539-541: ANT.— *Fuit olim, quasi ego sum, senex; ei filiae / duae erant, quasi nunc meae sunt; eae erant duobus nuptae fratribus, / quasi nunc meae sunt vobis.* EPIG.— *Miror quo evasurust apologus.*

Pánfilo.— *(Aparte.)* ¿Qué les voy a responder o de qué manera les voy a explicar el caso?

Laques.— Para que ya no tenga miedo de volver a casa, dile a tu hija que Sóstrata se va a ir al campo.

Fidipo.— ¡Ah, tu mujer no ha tenido ninguna culpa de estas cosas! Todos los problemas los ha ocasionado Mírrina, mi mujer.

Pánfilo.— *(Aparte.)* La situación da un giro.

Fidipo.— Ella es quien nos ha liado, Laques.

Pánfilo.— *(Aparte.)* Mientras no tenga que hacerla regresar a casa, que se líen todo lo que quieran.

Fidipo.— Pánfilo, yo querría que, de ser posible, se perpetuara nuestro parentesco político; pero si tu decisión es otra, recoge al crío.

Pánfilo.— *(Aparte.)* ¡Ya se ha dado cuenta de que ha parido, estoy muerto!

Laques.— ¿Crío? ¿Qué crío?

Fidipo.— ¡Nos ha nacido un nieto! Pues a mi hija, ya la trajimos preñada de vuestra casa y jamás hasta hoy había tenido noticia de su estado.

Laques.— ¡Válganme los dioses! Me das una excelente noticia. Me alegro de que el crío haya nacido y de que ella esté bien. *(Dirigiéndose a Pánfilo*[52].) Pero ¿qué clase de mujer tienes por esposa? ¿Cuál es su modo de ser? ¡Habérnoslo ocultado tanto tiempo! No te puedo decir lo mal que me parece esta actitud.

Fidipo.— Laques, esto no te disgusta a ti más que a mí.

Pánfilo.— *(Aparte.)* Aunque hasta hace un rato había estado en duda, ahora ya no lo estoy, como que viene arrastrando un crío de otro.

Laques.— Ya no hay ninguna razón para que te lo pienses más, Pánfilo.

[52] También podría pensarse, como hacen otros traductores, que la intervención entera va dirigida a Fidipo.

Pánfilo.— *(Aparte.)* ¡Estoy perdido!

Laques.— ¡La de veces que habíamos esperado ver el día en que hubiera uno que te llamara padre! Y ha llegado. Doy gracias a los dioses.

Pánfilo.— *(Aparte.)* ¡Estoy perdido!

Laques.— Haz regresar a tu mujer a casa y no me contradigas.

Pánfilo.— Padre, si ella hubiera querido tener hijos conmigo o ser mi esposa, estoy seguro de que no me habría ocultado lo que veo que me ha ocultado. Ahora, al darme cuenta de que su cariño está lejos de mí —y considero que en adelante no va a haber entendimiento entre ambos—, ¿para qué la voy a hacer regresar a casa?

Laques.— Ella, que es mujer y jovencita, hizo lo que le aconsejó su madre. ¿Es de extrañar? ¿Piensas que vas a poder hallar una mujer libre de culpa? No será porque los hombres no incurran en falta.

Fidipo.— Laques, y tú, Pánfilo, juzgad ahora por vosotros mismos si es preciso despacharla o devolverla a casa. No soy responsable de lo que haga mi mujer. De hecho, por mi parte, no os voy a poner dificultades en ninguna de las dos cosas. Pero ¿qué haremos con el crío?

Laques.— ¡Vaya pregunta ridícula! Pase lo que pase, naturalmente se lo tendrás que entregar a Pánfilo para que lo criemos como nieto nuestro.

Pánfilo.— ¿Voy a alimentar yo a un crío que ha abandonado su padre?

Laques.— ¿Qué has dicho? ¡Anda! ¿Cómo no lo vamos a alimentar, Pánfilo? ¿O mejor lo abandonamos? Dime. ¿Qué locura es ésta? De verdad, que ya no soy capaz de seguir callando, pues me obligas a decir delante de Fidipo lo que no quiero. ¿Piensas que no estoy al tanto de tus lágrimas[53] o que no sé qué

[53] Como pone de relieve J. R. Bravo, *n. ad loc.*, Laques no ha visto llorar

es lo que tanto te preocupa? Para empezar, cuando pusiste la excusa de que no podías tener en casa a tu esposa por culpa de tu madre, ella prometió irse de casa. Y ahora, al ver que ya no tienes esa excusa, te has agarrado a otra, que te ha nacido un crío a escondidas. Te equivocas si piensas que no estoy al tanto de tus intenciones. Para que de una vez acabaras cogiendo afición al matrimonio, ¡la de tiempo que te di para el lío con tu amiguita! ¡Con qué paciencia aguanté los gastos que hiciste con ella! Te rogué y supliqué que te casaras; te dije que ya era hora; y, empujado por mí, te casaste. Obedeciéndome, cumpliste como correspondía. Pero ahora otra vez vuelves tu cariño hacia la cortesana; y por darle gusto a ella, ultrajas a tu mujer. Ahora veo, en efecto, que has vuelto de nuevo a la misma vida.

PÁNFILO.— ¿Yo?

LAQUES.— Tú, y estás cometiendo una afrenta. Te inventas falsas excusas para separarte de tu esposa y, una vez libre de su presencia, irte a vivir con la otra. Y tu esposa bien se ha dado cuenta. Pues ¿qué otra razón iba a tener para separarse de ti?

FIDIPO.— *(Aparte.)* Acierta de lleno en sus adivinaciones, pues eso es lo que hay.

PÁNFILO.— Puedo jurarte que no tengo nada que ver con ninguna de esas acusaciones.

LAQUES.— ¡Ah, haz regresar a tu esposa a casa o dinos por qué razón no puede ser!

PÁNFILO.— Ahora no es momento.

LAQUES.— Recoge al crío, pues no tiene culpa de nada. Luego ya veré qué se hace con su madre.

PÁNFILO.— Soy desgraciado por todos los conceptos y no sé qué voy a hacer. ¡Hay que ver con qué acusaciones, pobre de mí, me acorrala ahora mi padre! Me voy a ir, que poco adelanto es-

a Pánfilo en ningún momento, por lo que hay que suponer que ha sido informado por Sóstrata en el interior.

tando aquí. No creo que sin mi permiso reconozcan al crío, siendo que en este asunto mi suegra está de mi parte. *(Sale de escena.)*

LAQUES.— *(Gritándole a Pánfilo, ya fuera de escena.)* ¡Anda! ¿Te escapas? ¿No me respondes nada preciso? *(Dirigiéndose a Fidipo.)* ¿Acaso te parece a ti que está en sus cabales? Déjalo. Fidipo, dame al crío y yo lo criaré.

FIDIPO.— Perfectamente. No me extraña que mi mujer se tomara a mal la situación. Las mujeres son rencorosas, no soportan bien estas cosas. Por eso se enfadó. En efecto, ella me lo contó personalmente[54]. Yo no quería decírtelo delante de Pánfilo. Al principio, yo no confiaba en ella; pero ahora la verdad está al descubierto. En efecto, veo que Pánfilo aborrece del todo el haberse casado con mi hija.

LAQUES.— ¿Qué voy a hacer, pues, Fidipo? ¿Qué me aconsejas?

FIDIPO.— ¿Qué vas a hacer? Para empezar, creo que hay que acudir a esa cortesana para suplicarle, acusarla y, en último extremo, amenazarla muy seriamente si, de ahora en adelante, sigue en tratos con Pánfilo.

LAQUES.— Haré como me aconsejas. *(Dirigiéndose al interior de su casa.)* ¡Eh, mozo, corre a casa de Báquide, nuestra vecina, y hazla venir aquí de mi parte! *(Dirigiéndose a Fidipo.)* Y a ti te ruego que sigas ayudándome en este aprieto. *(Un esclavo sale de casa y entra en casa de Báquide.)*

FIDIPO.— ¡Ah, ya te lo dije hace un rato y ahora te lo repito, Laques! Si, como espero, es posible de alguna manera, quiero mantener nuestro parentesco político. Pero ¿quieres que me quede contigo mientras te reúnes con ésa?

LAQUES.— Mejor no. Vete y busca alguna nodriza para el crío. *(Fidipo sale de escena.)*

[54] Lo que le ha contado su esposa a Fidipo es que Pánfilo estaba con Báquide. Obsérvese cómo Fidipo sigue totalmente engañado.

ACTO V

ESCENA PRIMERA

BÁQUIDE, LAQUES (DOS ESCLAVAS DE BÁQUIDE)

BÁQUIDE.— *(Saliendo de su casa acompañada por sus esclavas, y a solas sin ver a Laques.)* No será por una nadería por lo que Laques desea que me reúna con él. ¡Por Pólux, que no me he de engañar mucho si lo que quiere es lo que me barrunto!

LAQUES.— *(A solas.)* He de procurar que mi enfado no me arrastre a lograr menos de lo que podría, ni tampoco excederme en algo que, después, preferiría haber hecho con menos vehemencia. A por ella. *(Dirigiéndose a Báquide.)* ¡Salud, Báquide!

BÁQUIDE.— ¡Salud, Laques!

LAQUES.— ¡Por Pólux, Báquide, creo que no te vas a extrañar en absoluto de por qué he hecho que el mozo te hiciera salir aquí a la calle!

BÁQUIDE.— ¡Por Pólux, miedo me da cuando me viene a la cabeza quién soy! No sea que me perjudique el nombre de mi modo de vida, que de mi conducta bien me cuido yo.

LAQUES.— Mujer, si dices la verdad, por mi parte nada has de temer; pues ya tengo una edad en la que, si incurriera en falta, no sería justo perdonarme; tanto más por eso, pongo todo el cuidado en no hacer nada a la ligera. En efecto, si te comportas o te vas a comportar como es digno de una mujer buena, sería injusto, necio de mí, ofenderte sin que lo merecieras.

BÁQUIDE.— ¡Por Cástor, grande es el agradecimiento que te tengo por tu buena disposición! Pues poco me beneficiaría

quien se disculpara después de haberme ofendido. Pero ¿qué es lo que pasa?

LAQUES.— Recibes a mi hijo Pánfilo en tu casa...

BÁQUIDE.— ¡Ah! *(Hace ademán de hablar.)*

LAQUES.— Déjame hablar. Antes de que se casara, soporté vuestro amorío... *(Báquide hace ademán de hablar.)* Espera, todavía no te he dicho lo que quería. Ahora tiene esposa. Búscate otro amante más seguro mientras tienes oportunidad de velar por tus intereses; pues Pánfilo no va a abrigar hacia ti los mismos sentimientos toda su vida, ni tú, por Pólux, vas a tener siempre la misma edad.

BÁQUIDE.— ¿Y quién dice eso?

LAQUES.— Su suegra.

BÁQUIDE.— ¿Que yo...?

LAQUES.— Tú misma. Y se ha llevado a su hija; y por esa razón quiso eliminar a escondidas al crío que había tenido.

BÁQUIDE.— Laques, si supiera cómo lograr que confiarais en mí con más firmeza mediante algo más santo que un juramento, te garantizaría que desde el mismo momento de su boda lo he tenido apartado de mí[55].

LAQUES.— Eres un encanto; pero, en vez de eso, ¿sabes qué quiero que hagas, si te parece?

BÁQUIDE.— ¿Qué quieres? Dímelo.

LAQUES.— Que entres en esta casa a ver a esas mujeres y les jures lo que me acabas de decir. Tranquilízalas y líbrate de esa acusación.

BÁQUIDE.— ¡Por Pólux, voy a hacer lo que sé que no haría si fuera otra de este gremio: aparecer por semejante razón delante de una mujer casada! Pero no quiero que los falsos rumores dejen a tu hijo en entredicho; ni que, ante vosotros, ante

[55] Obsérvese que, si comparamos esta intervención con el relato de Parmenón (vv. 157 y ss.), Báquide está mintiendo con absoluto descaro.

quienes no es justo en absoluto, sin razón parezca tan informal. Pues se ha portado tan bien conmigo que he de procurar hacer por él lo que pueda.

LAQUES.— Tus palabras ya me han predispuesto a tu favor. Pues no sólo ellas han sido las que han pensado así; hasta yo lo creía también. Ahora, al darme cuenta de que eras distinta a lo que nos imaginábamos, haz por seguir siendo así en lo sucesivo y, cuando quieras, podrás recurrir a nuestra amistad. Pero si te comportas de otra manera... me voy a aguantar, no sea que te pese lo que me ibas a oír. Sin embargo, esto es lo único que te aconsejo: antes que ponerme a prueba como enemigo, pon a prueba qué clase de amigo soy o de qué soy capaz.

ESCENA SEGUNDA

FIDIPO, LAQUES, BÁQUIDE (UNA NODRIZA), (DOS ESCLAVAS DE BÁQUIDE)

FIDIPO.— *(Dirigiéndose a la nodriza que lo acompaña.)* No he de permitir que en mi casa te falte de nada y que no se te ofrezca con probidad lo que necesites. Pero cuando estés bien harta y bien bebida, procura que el crío quede bien harto.

LAQUES.— Veo a mi consuegro. Viene trayéndose a la nodriza para el crío. *(Dirigiéndose a Fidipo.)* Fidipo, Báquide jura por lo más sagrado...

FIDIPO.— ¿Es ella la que está ahí?

LAQUES.— Ella es.

FIDIPO.— ¡Por Pólux, esas mujeres ni temen a los dioses, ni creo que los dioses se las miren!

BÁQUIDE.— *(Dirigiéndose a Fidipo.)* Te entrego a mis esclavas. Interrógalas por mí con cualquier tortura[56]. *(Aparte.)* El asunto es el siguiente: tengo que conseguir que la mujer de Pánfilo vuelva con él; pero, si lo logro, no me importa que las habladurías vayan diciendo que he sido la única cortesana que ha hecho lo que evitan las demás.

LAQUES.— Fidipo, la propia realidad nos ha descubierto el error que cometimos al sospechar de nuestras mujeres. Ahora, pongamos a Báquide a prueba; pues si tu mujer se da cuenta de que ha dado crédito a una falsa acusación, dejará a un lado su enfado; pero si, por otra parte, mi hijo está irritado porque su esposa pariera a escondidas, eso es una bagatela. Rápidamente desaparecerá su enfado. Desde luego, en este caso no hay ninguna infamia que sea digna de divorcio.

FIDIPO.— ¡Por Hércules, eso querría, de verdad!

LAQUES.— Interrógala. Ya está aquí. Ella personalmente ha de darte una satisfacción.

FIDIPO.— ¿Por qué me cuentas estas cosas? No será porque tú mismo no oyeras hace un momento cuál era mi voluntad sobre este asunto, Laques. Ahora tranquilizad a estas mujeres.

LAQUES.— ¡Báquide, te ruego, por Pólux, que mantengas lo que me prometiste!

BÁQUIDE.— ¿Quieres, pues, que entre para ello?

LAQUES.— ¡Ve y tranquilízalas! Arréglatelas para que confíen en ti.

BÁQUIDE.— ¡Voy! ¡Aunque sé, por Pólux, que hoy mi apa-

[56] El derecho ateniense sólo daba por válida la declaración de un esclavo si ésta se producía bajo tortura. Más aún, es frecuente que, como hace Báquide, un acusado ofrezca someter a sus esclavos a tortura para que atestigüen la veracidad de sus declaraciones. *Cf.* ANTIPH., *Tetral.* I 633; DEM., *In Onet.* I 37; *In Aphob.* I 17. Y en la *palliata*, *Adelph.* 483; *Phorm.* 292; PLAUT., *Most.* 1086-1087: *Servos pollicitust dare / suos mihi omnes quaestioni.* M. GAGARIN, «The Torture of Slaves in Athenian Law», *CP*, 91 (1996), págs. 1-8.

rición les ha de resultar odiosa! Pues cuando ha sido separada de su marido, la mujer casada es enemiga de la cortesana.

LAQUES.— Pero ellas, cuando se enteren de la razón de tu visita, han de ser tus amigas.

FIDIPO.— Y yo también te prometo que lo han de ser cuando sepan la verdad[57]; pues las vas a liberar de su error, y a ti, de paso, de sus sospechas.

BÁQUIDE.— *(Aparte.)* ¡Estoy perdida! Me da vergüenza que me vea Filúmena. *(Dirigiéndose a sus esclavas.)* Vosotras dos, seguidme adentro. *(Fidipo entra en su casa seguido por la nodriza y por Báquide y sus esclavas.)*

LAQUES.— *(A solas.)* ¿Qué otra cosa mejor podría desear para mí que lo que veo que le ha sucedido a Báquide, que sin ningún coste se ha ganado mi gratitud haciéndome un favor? Pues si de verdad ha alejado ahora a Pánfilo de su lado, sabe que de su actuación le va a venir reputación, dinero y fama. A él le devolverá el favor que le debe y, de paso, se procurará nuestra amistad. *(Entra en su casa.)*

ESCENA TERCERA

PARMENÓN, BÁQUIDE

PARMENÓN.— *(Entrando en escena, y a solas.)* ¡Por Pólux, pues sí que mi amo considera en poco mis esfuerzos, porque por una nadería me ha mandado en balde a la ciudadela, en donde he pasado sentado todo el día, esperando a Calidémides, su huésped de Míconos! Y allí, mientras lo esperaba sentado como un tonto, me acercaba a cada individuo que venía y le preguntaba: «Un momento, muchacho; dime, por favor: ¿Eres de Míconos?». *(Reproduciendo la conversación con los viandantes.)* «No lo soy» «Pero ¿eres Calidémides?» «No.» «¿No tendrás a Pánfilo como huésped aquí?» Todos decían que no. Y me parece que no existe ese fulano. ¡Por Hércules, al final ya me daba vergüenza! Me fui. *(Ve a Báquide saliendo de casa de Fidipo con sus esclavas.)* Pero ¿por qué veo a Báquide salir de casa de nuestro pariente? ¿Qué tendrá allí?

[57] Seguimos aquí el texto de la edición de KAUER-LINDSAY, por más que la mayor parte de los editores excluyan el pasaje al considerarlo una repetición, con lo cual el resto de la intervención de Fidipo, en realidad, correspondería a Laques.

BÁQUIDE.— ¡Parmenón, qué a tiempo te presentas! Vete corriendo a buscar a Pánfilo.

PARMENÓN.— ¿Para qué?

BÁQUIDE.— Di que le ruego que venga.

PARMENÓN.— ¿A tu casa?

BÁQUIDE.— No, a casa de Filúmena.

PARMENÓN.— ¿Qué pasa?

BÁQUIDE.— Lo que no te importa; deja de preguntar.

PARMENÓN.— ¿No le he de decir nada más?

BÁQUIDE.— Sí, que Mírrina se ha dado cuenta de que el anillo que Pánfilo me dio hace un tiempo pertenecía a su hija.

PARMENÓN.— Entiendo. ¿Y sólo eso?

BÁQUIDE.— Sólo eso. En cuanto te oiga decir eso vendrá de inmediato. Pero no te quedes parado.

PARMENÓN.— ¿Yo? De ninguna manera. Pues hoy no he tenido ocasión. He pasado todo el día corriendo y deambulando por ahí. *(Parmenón entra en casa de Laques.)*

BÁQUIDE.— *(A solas.)* ¡La dicha que le he proporcionado hoy a Pánfilo con mi llegada! ¡Qué alegrías le he traído! ¡De qué preocupaciones lo he librado! Le he restituido un hijo que casi había perdido por culpa de esas mujeres y de él mismo. Le devuelvo una esposa que consideraba que jamás volvería a te-

ner. Lo he liberado de las sospechas que de él tenían su padre y Fidipo. Y el descubrimiento de la verdad partió precisamente de este anillo. Pues recuerdo que hará unos nueve meses se refugió en mi casa nada más anochecer jadeando, sin los esclavos de su séquito, borracho perdido y con este anillo. Entonces tuve miedo y le pregunté: «Pánfilo, querido, ¿por qué estás tan sofocado, cariño? ¿De dónde has sacado ese anillo[58]? Dime». Él fingía estar en otra cosa. Al ver esto, me entraron sospechas sin saber de qué y le insistí más para que hablara. El individuo reconoció que en la calle había forzado a no sé qué muchacha explicando que en el forcejeo le había arrancado el anillo. Hace un momento, Mírrina se dio cuenta de que ese anillo era el que yo llevaba en el dedo; me preguntó de dónde había salido. Le conté toda la historia. Entonces se descubrió que Pánfilo había forzado a Filúmena y que, a resultas de ello, ese crío era suyo. Me felicito de que todas estas alegrías le hayan llegado por mi causa, mal que les pese al resto de las cortesanas; pues no nos conviene que ningún amante sea feliz con su boda. Pero ¡por Cástor, que por una ganancia jamás me decidiré a actuar mal! Mientras fue lícito, disfruté de su bondad, de su simpatía y de su gentileza. Con la boda se me produjo una situación desventajosa, lo reconozco. Pero ¡por Pólux, creo que no he hecho nada para merecer lo que me ha sucedido[59]! Si de él obtuve muchas ventajas, justo es aguantar las desventajas.

[58] Según Donato, este pasaje en el original griego se representaba, no se narraba *(haec aguntur, non narrantur)*, cambio que es un indicio de la voluntad creadora de Terencio al transformar la pieza original en una *fabula stataria*.

[59] Báquide se refiere al hecho de haber sido abandonada por Pánfilo, con la correspondiente merma de ingresos.

ESCENA CUARTA

PÁNFILO, PARMENÓN, BÁQUIDE

PÁNFILO.— *(Saliendo de su casa con Pármenón.)* ¡Parmenón, amigo, hazme el favor, mira otra vez si lo que me cuentas es verdadero y preciso, no sea que por un breve instante me lances a gozar de una falsa alegría!

PARMENÓN.— Es lo que parece.

PÁNFILO.— ¿De verdad?

PARMENÓN.— De verdad.

PÁNFILO.— Si es así, soy un dios[60].

PARMENÓN.— Comprobarás que es verdad.

PÁNFILO.— Espera un momento, hazme el favor. Miedo me da creer una cosa distinta a la que me cuentas.

PARMENÓN.— Espero.

PÁNFILO.— Me parece que has dicho que Mírrina ha descubierto que Báquide llevaba un anillo de Filúmena.

PARMENÓN.— Eso es.

PÁNFILO.— El que yo le di hace un tiempo; y ella te ordenó que me lo contaras. ¿Es así?

PARMENÓN.— Sí, eso digo.

PÁNFILO.— ¿Quién es más afortunado y está más lleno de encanto que yo? ¿Y por semejante noticia...? ¿Qué podría darte? ¿Qué? ¿Qué? No lo sé.

PARMENÓN.— Yo sí lo sé.

PÁNFILO.— ¿Qué?

PARMENÓN.— Pues nada; porque no sé qué alegría puedes haber hallado ni en la noticia, ni en mí mismo.

[60] *Cf. Andr.* 959-960; *Heaut.* 693.

PÁNFILO.— ¿Cómo voy a permitir que te vayas sin que te recompense, después de haberme devuelto del Orco[61] a la luz, muerto como estaba? ¡Ah, me consideras poco cabal! Pero mira, aquí veo a Báquide de pie delante de la puerta. Creo que me está esperando. Me acercaré.

BÁQUIDE.— ¡Salud, Pánfilo!

PÁNFILO.— ¡Oh Báquide, oh amiga Báquide! ¡Mi salvadora!

BÁQUIDE.— Todo ha salido bien y a mi gusto.

PÁNFILO.— Según son tus obras, haces que te crea. Sigues manteniendo tu encanto de siempre. ¡Hay que ver, que dondequiera que sea, siempre es un placer tu presencia, tu conversación y tu visita!

BÁQUIDE.— ¡Y tú, por Cástor, sigues manteniendo tu carácter y tu genio de siempre! ¡Hay que ver, que eres el hombre más zalamero del mundo!

PÁNFILO.— ¡Ja, ja, ja! ¿Eres tú la que me lo dices a mí?

BÁQUIDE.— Pánfilo, con razón te enamoraste de tu esposa. En efecto, que yo sepa, nunca hasta hoy la había visto con mis ojos. Parece tan distinguida.

PÁNFILO.— Dime la verdad.

BÁQUIDE.— ¡Válganme los dioses, Pánfilo!

PÁNFILO.— Dime, ¿no le habrás dicho nada a mi padre de estas cosas?

BÁQUIDE.— Nada.

PÁNFILO.— Ni falta que hace; tú ni rechistar. No me gustaría que aquí pasara igual que en las comedias, donde todos se acaban enterando de todo. Aquí se han enterado los que se tenían que enterar, y los que no, ni se enterarán, ni nada sabrán.

BÁQUIDE.— Mejor aún, te daré un detalle para que te convenzas de que el secreto queda perfectamente a salvo. Mírrina

[61] El término *Orcus* designa tanto al dios de los muertos, como a la región en la que éstos se hallan y a la propia muerte.

le dijo a Fidipo que ella confiaba en mi juramento y que, por ello, quedabas exculpado ante ella. *(Entra en su casa.)*

PÁNFILO.— Estupendo, espero que este asunto nos salga a nuestro gusto.

PARMENÓN.— Amo, ¿puede saberse cuál es el bien que te he hecho hoy o qué es eso de lo que habláis?

PÁNFILO.— No se puede.

PARMENÓN.— Con todo, lo barrunto: que yo a éste... muerto del Orco... de qué manera lo...

PÁNFILO.— ¡No sabes lo que me has ayudado hoy, ni de qué congojas me has sacado, Parmenón!

PARMENÓN.— Claro que lo sé y no lo hice sin darme cuenta.

PÁNFILO.— *(Con ironía.)* De eso estoy bien convencido.

PARMENÓN.— ¿Iba Parmenón a dejar pasar a la ligera la oportunidad de hacer lo que fuera preciso?

PÁNFILO.— ¡Acompáñame adentro, Parmenón!

PARMENÓN.— Te sigo. Sin duda, sin darme cuenta hoy he hecho más bien que nunca hasta hoy a sabiendas. *(Los dos entran en su casa.)*

EL CANTOR.— *(Dirigiéndose a los espectadores.)* ¡Aplaudid!

LOS HERMANOS

(Adelphoe)

INTRODUCCIÓN

Basada en la comedia homónima de Menandro, en la que Terencio insertó una escena de los *Synapothnéskontes* de Dífilo, ésta es la última de las comedias de Terencio (a. 160 a. C.). Sus protagonistas ya no son dos jóvenes, sino sus padres, los hermanos, Démeas y Mición, que van a poner sobre el escenario un tema ampliamente tratado en la *Néa* y por el propio Terencio en *Heautontimorumenos*[1]: la manera de educar a los hijos. El primero de ellos es un campesino chapado a la antigua, austero y rígido, que ha tenido dos hijos, Ctesifón, a quien ha educado personalmente según el sistema tradicional, y Ésquino, cuya crianza ha confiado a su hermano Mición, hombre urbano, condescendiente y generoso, que mantiene que las relaciones entre padres e hijos han de estar presididas por la confianza y no por el temor al castigo. Los dos sistemas educativos se van a poner a prueba a consecuencia de los lances amorosos de los muchachos. Ésquino había deshonrado a una muchachita pobre, a quien, tras dejarla embarazada, le había dado palabra de hacerla su esposa. A su vez, su hermano Ctesifón, encaprichado de una esclava, se la arrebata a su lenón. Temerosos del severo Démeas, los muchachos no hallan más salida que difundir el rumor de que el autor del rapto ha sido Ésquino, quien

[1] El motivo también había sido ya tratado por Cecilio Estacio en sus *Sinephebi*.

está más a salvo de sus iras por estar bajo la tutela del liberal Mición. El embrollo está servido. Démeas estalla airado: es Mición con su permisividad quien ha propiciado que Ésquino sea un calavera. En cambio, Ctesifón, educado de forma severa, ha resultado ser un hijo modélico. Los muchachos, por su parte, se ven obligados a solucionar los problemas derivados de sus acciones: de un lado, hacerse legalmente con la citarista raptada por Ctesifón, pues su lenón no está dispuesto a perderla así como así; y de otro, convencer a la familia de la muchacha de que no es Ésquino quien anda enredado con la citarista. Para ello les resultará de capital ayuda Siro, el esclavo de Mición, quien mediante mentiras logra convencer al lenón de que la muchacha en realidad es una mujer libre, hecho que lo lleva a entregársela. Sin embargo, la cosa se complica: Démeas se acaba enterando de que, en realidad, son sus dos hijos quienes han participado en el rapto y será de nuevo Siro quien lo persuadirá de que Ctesifón no ha tenido nada que ver en el asunto. Mas poco le va a durar la tranquilidad: Hegión, un pariente de la muchacha, que entretanto acaba de dar a luz, le revela que Ésquino la ha dejado embarazada y ahora parece que, al haberse encaprichado de la esclavita, se va a desentender de ella. Démeas sale desesperado en busca de su hermano. Mientras lo va buscando por la ciudad en una disparatada pesquisa por culpa de las indicaciones de Siro, Mición se encuentra con Hegión y ambos acuerdan la boda entre Ésquino y la muchacha. Esta parte de la trama acaba con la escena en que Mición comunica a Ésquino que tiene su permiso para contraer matrimonio, no sin antes reconvenirlo entre bromas y veras para que en adelante se mantenga más responsable.

Al igual que hemos observado en *Eunuco* y en *Heautontimorumenos,* aquí es donde tenía su fin la comedia. Los dos muchachos han logrado su objetivo. Sin embargo, también aquí Terencio añade un episodio adicional cuyo objetivo no es tanto el de enriquecer la comicidad cuanto el de ofrecer al público un tema de reflexión: ¿está todo tan claro como parece? Así pues, llega Démeas y se entera de toda la verdad: Mición está dispuesto a acoger en su casa a las dos felices parejas. En un primer momento reacciona muy mal: la situación es intolerable —«¡Una ramera y una señora en la misma casa!» (v. 747)— y así se lo hace saber. Sin embargo, de forma repentina, en la escena cuarta, Démeas pronuncia un monólogo en el que manifiesta un radical cambio de actitud: si quiere que los suyos lo amen, tiene que cambiar de comportamiento. El viejo tacaño, arisco y severo realiza la transformación más extraña de todo el teatro terenciano. Infinitamente más radical que la del Menedemo de *Heautontimorumenos.* Al menos, éste había experimentado el proceso de cambio a través de su penitencia. No obstante, tal cambio no es tan sincero como el de Menedemo. Su objetivo es procurarse el amor de los suyos y para ello va a introducir un elemento irónico que demostrará, a la postre, que el condescendiente Mición sólo es apreciado por los muchachos en la medida en que les consiente todo. Démeas se congraciará astutamente con los esclavos y hará víctima a Mición de crueles jugarretas, pues lo va a obligar a gastar un dineral en la boda y, sobre todo, a casarse con la suegra de Ésquino, una vieja muy poco apetecible.

Todo ello hace de *Adelphoe* una comedia bastante más sofisticada que sus modelos de la *Néa.* En esta comedia Terencio demuestra su plenitud artística y su madura reflexión sobre la naturaleza de la *Néa* y de la *palliata.* En el debate central de la obra, la educación de los hijos, Terencio parece mantener esa equidistancia prudente en la que se movió también Escipión Emiliano. Si bien nuestras simpatías y las del autor recaen del lado de Mición, finalmente Démeas pasa de ser el palurdo víctima de los personajes urbanos, incluidos los esclavos, a ser el burlador. La revelación de su fracaso en la educación de sus dos

hijos y en particular en la de Ctesifón, provoca en él un cambio que ha sido muy criticado por poco explicable. A nuestro juicio, en cambio, no nos hallamos aquí ante un cambio de carácter o de máscara cómica; se trata, más bien, de un cambio de proceder. En contra de lo que piensa Lefèvre[2], esto no revela inconsecuencia del carácter, es un intento de avance hacia la descripción de tipos individuales. Démeas sigue manteniendo sus ideas sobre la naturaleza de la educación a la moderna y su exceso de tolerancia. Todo ello hace de él en definitiva un cínico atento sólo a procurarse el afecto y la atención de su familia y allegados. En tal sentido, es un personaje muy cercano a la Báquide de *Hecyra,* dispuesta a mentir en lo que haga falta con tal de salirse con la suya. No obstante, en el caso de Démeas la nobleza de su carácter atempera un tanto esta nueva actitud: promete a sus hijos que pueden seguir contando con su ayuda. En paralelo, Mición, que durante cuatro actos ha desempeñado el papel de *homo humanus* pierde su maciza consistencia y muestra ser un tipo blando y vacilante, características no incompatibles con su afabilidad.

DISCREPANCIAS CON LA EDICIÓN DE KAUER-LINDSAY

	Kauer-Lindsay	Lectura adoptada
8	eidem	idem
232	actum	ac tum
259	hominem neminem	homini nemini
282	em	hem
322	So.— Te exspecto. Oppido	So.— Te exspecto. Ge.— Oppido

[2] E. Lefèvre, *art. cit.*, pág. 83.

	Kauer-Lindsay	Lectura adoptada
346	virgini	virgine
347	miserat	amiserat
350	dicas	dicis
509	evadit	evadet
554	qui volt	quidem
660	videntur postea?	videntur? postea...
915	illi	ille
955-956	Mi.— Gaudeo.	Mi.— Quid istic /
957	Quid istic	De.— Gaudeo

BIBLIOGRAFÍA

1. *Comentarios*

Alemany Selfa, B., *Adelphoe,* Madrid, Instituto Antonio de Lebrija, 1947.

Gratwick, A. S., *The brothers,* Warminster, Aris & Phillips, 1987.

Martin, R. H., *Adelphoe. Text and Commentary,* Cambridge University Press, 1976.

2. *Estudios*

Arnott, W. G., «The end of Terence's *Adelphoe*», *Greece and Rome,* 10 (1963), págs. 140-144.

Clark, R. J., «Sense and punctuation at Terence, *Adelphoe* 141-147», RhM, CXXIX (1986), págs. 206-266.

Damen, M., «Structure and symmetry in Terence's *Adelphoe*», *Illinois Classical Studies,* 15 (1990), págs. 85-106.

Foster, J., «Terence, *Adelphoe* 585», *Liverpool Classical Monthly,* 12 (1987), págs. 34-35.

Frauenfelder, D. W., «Respecting Terence, *Adelphoe* 155-175», *Classical World,* 90. 1 (1996), págs. 23-32.

GLUEKLICH, H. J., *Interpretationen und Unterrichtsvorschläge zu den Adelphoe des Terenz*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 1987.

GOLDBERG, S., «Terence's *Adelphoe* on stage», *The Classical Outlook*, 63 (1986), págs. 109-111.

GRATWICK, A. S., «Micion et Déméa dans les *Adelphes* de Térence», *Pallas*, 38 (1992), págs. 371-378.

HENDERSON, J., «Entertaining arguments, Terence *Adelphoe*», en BENJAMIN, A. (ed.), *Post-structuralist classics*, Routledge, Londres y Nueva York, Routledge, págs. 192-226.

JOHNSON, W. R., «Micio and the perils of perfection», *California Studies in Classical Antiquity*, I (1968), págs. 171-186.

KLOWSKI, J., «Terenz' Adelphen und die modernen Erziehungsstile», *Gymnasium*, 107 (2000), págs. 109-127.

LEFÈVRE, E., «La structure des Adelphes de Térence comme critère d'analyse», en AA.VV., *Théâtre et Spectacles dans l'Antiquité, Actes du Colloque de Strasbourg*, Leiden, Brill, 1983, págs. 169-179.

LEHMANN, A., «Varron et l'esthétique de Térence (sur la base du début des Adelphes)», *Latomus*, 62 (2003), págs. 543-559.

LIEBERG, G., «Das pädagogisch-dramatische Problem der *Adelphen* des Terenz», *Grazer Beigträge*, 15 (1988), págs. 73-84.

MAURACH, G., «Canthara in Terenz, *Adelphoe*», *Würzburger Jahrbücher für die Altertumswissenschaft N. F.*, 11 (1985), págs. 85-92.

NARDECCHIA, L., «Il problema pedagogico negli *Adelphoe* terenziani. L'ambiguità del finale», *Annali della Facoltà di Lettere e Filosofia*, 21.1 (1983-1984), págs. 13-35.

ORLANDINI, A., «Lo scacco di Micione (Ter. Ad. 924-97)», *Giornale italiano di filologia*, 34 (1982), págs. 99-112.

PÖSCHL, V., *Das Problem der Adelphen des Terenz*, Heidelberg, Carl Winter, 1975.

SCHMUDE, M. P., «Micio's Erziehungsprogramm, zur rhetorischen Form von Terenz, *Adelphoe* I 1 (26-81a)», *Rheinisches Museum*, 133 (1990), págs. 298-310.

SCHNEIDER, B., «Zwei Bemerkungen zu den Adelphen des Terenz», *Rheinisches Museum*, 127 (1984), págs. 133-140.

LOS HERMANOS

DIDASCALIA

REPRESENTADA EN LOS JUEGOS FUNERARIOS
QUE EN HONOR DE LUCIO EMILIO PAULO ORGANIZARON
QUINTO FABIO MÁXIMO Y PUBLIO CORNELIO AFRICANO[1].
LA REPRESENTARON LUCIO AMBIVIO TURPIÓN Y LUCIO ATILIO PRENESTINO[2].
COMPUSO LA MÚSICA FLACO, LIBERTO DE CLAUDIO,
TODA ELLA PARA FLAUTAS SARRANAS[3].
COMEDIA GRIEGA DE MENANDRO.
SEXTA PIEZA DEL AUTOR.
DURANTE EL CONSULADO DE MARCO CORNELIO CETEGO Y LUCIO ANICIO GALO.

PERÍOCA DE GAYO SULPICIO APOLINAR

Démeas, de dos hijos mozos que tenía, a Ésquino se lo entrega en adopción a su hermano Mición, y se queda con Ctesi-

---

[1] Año 160 a. C.

[2] Mencionado también en DON., 36, 3, W. Nada sabemos de este personaje, que parece ser el *magister gregis* de alguna compañía que representaría la obra en fecha posterior y cuya mención se ha deslizado en el texto de la didascalia por una confusión entre representaciones.

[3] Las *tibiae sarranae*, flautas de Sarra o flautas tirias, eran flautas iguales, esto es, de igual tamaño y número de agujeros. No sabemos en qué se diferen-

fón. Ésquino, haciendo recaer sobre sí los rumores, encubre los amoríos de su hermano, quien, sometido a un padre severo y adusto, estaba cautivado por los encantos de una citarista. Finalmente, le arrebata la tañedora a su lenón. Este mismo Ésquino había deshonrado a una muchachita pobre, ciudadana ateniense, y le había dado palabra de hacerla su esposa. Démeas regaña y se lo toma a mal. Sin embargo, luego, cuando la verdad sale a la luz, Ésquino se casa con la muchacha deshonrada y Ctesifón se hace con la citarista.

ELENCO DE PERSONAJES

PRÓLOGO
MICIÓN, *viejo*, padre adoptivo de Ésquino
(ESTÓRAX, *esclavo* de Mición)
DÉMEAS, *viejo*, hermano de Mición, padre natural de Ésquino y Ctesifón
SANIÓN, *lenón*
(BÁQUIDE, *cortesana*, pupila de Sanión)
ÉSQUINO, *muchacho*, hijo natural de Démeas y adoptivo de Mición
PARMENÓN, *esclavo* de Mición
SIRO, *esclavo* de Mición
CTESIFÓN, *muchacho*, hijo de Démeas
SÓSTRATA, *matrona*, madre de Pánfila
CÁNTARA, *vieja*, nodriza de Sóstrata
GETA, *esclavo* de Sóstrata

ciaban de las *tibiae pares* que se mencionan en las otras didascalias de Terencio. Quizás se empleen como sinónimos o quizás posean características específicas que desconocemos. Donato, por su parte, consigna que el acompañamiento se realizó al son de flautas lidias.

DROMÓN, *esclavo* de Mición
(ESTEFANIÓN, *esclavo* de Mición)
HEGIÓN, *viejo*, pariente de Pánfila
PÁNFILA, *muchacha*, amante de Ésquino
CANTOR

ESCENA

Una calle de Atenas, en la que se hallan las casas de Mición y Sóstrata. La convención teatral hace que la salida de la derecha, desde el punto de vista de los espectadores, conduzca al foro, y la de la izquierda al puerto o al campo.

PRÓLOGO

PRÓLOGO.— Puesto que el poeta se ha percatado de que gentes malvadas vigilan atentamente su obra y de que sus enemigos van desacreditando la pieza que vamos a representar, él mismo será su propio delator. Vosotros seréis los jueces de si lo hecho ha de merecer aplauso o repulsa. Los *Synapothnéskontes* son una pieza de Dífilo[4] de la que Plauto compuso la comedia de los *Commorientes*[5]. En el original griego hay un

[4] Dífilo de Sínope (342-291 a. C), comediógrafo de la *Néa*, autor de unas cien comedias, de las que conocemos los títulos de unas sesenta (*Cf.* T. KOCK, *Comicorum Atticorum fragmenta*, II, págs. 541 y ss.). Algunas de éstas son la fuente de varias de las de Plauto: *Casina*, *Rudens* y quizás *Vidularia*. Asimismo de la perdida *Commorientes*, no incluida en la edición de Varrón.

[5] Sólo conservamos un único fragmento de esta obra perdida de Plauto: *Saliam in puteum praecipes* (*apud* PRISC., I 280).

muchacho que, al comienzo de la comedia, le roba una cortesana a su lenón. Plauto dejó intacto este pasaje. Ahora, nuestro autor lo ha tomado para *Los hermanos*[6], vertiéndolo palabra por palabra. Ésta es la comedia que vamos a estrenar. Determinad si estimáis que lo hecho es un plagio, o si bien es un pasaje que, omitido por la dejadez de Plauto, ha sido aquí recuperado. Pues lo que dicen esos malintencionados, eso de que algunos hombres de la nobleza[7] lo ayudan y suelen colaborar con él en su obra, cosa que ellos consideran gravísimo insulto, nuestro autor lo considera altísima alabanza, ya que esto complace a aquellos que os complacen a todos vosotros y al pueblo; y de cuya ayuda —ayuda carente de arrogancia— en la guerra, en la holganza o en los negocios, cada cual se ha servido según las circunstancias. Tras esto, no esperéis el argumento de la pieza. Los viejos que entrarán los primeros os explicarán una parte, el resto os lo mostrarán con su actuación[8]. Haced que vuestra buena disposición acreciente la determinación del autor para seguir escribiendo.

[6] El prólogo omite que la fuente principal de la pieza son los *Adélphoi* de Menandro, dato del que nos informa la didascalia. La fuente secundaria se manifiesta al comienzo del acto II (vv. 155-196).

[7] Según informa SUET., *Vit.* 2, estos «hombres de la nobleza» son Gayo Lelio, Escipión Africano y Lucio Furio. Donato reparte estos servicios de la siguiente manera: *in bello, Scipionis; in otio, Furii Phili; in negotio, Laelii Sapientis*. Para el examen de esta cuestión, remitimos a las consideraciones que realizamos en la «Introducción general» (vol. 58 de esta colección).

[8] Este pasaje es prácticamente un calco de los vv. 16-17 del prólogo del *Trinnummus* de Plauto: *sed de argumento ne exspectetis fabulae: senes qui huc venient, i rem vobis aperient.*

ACTO I

ESCENA PRIMERA

MICIÓN

MICIÓN.— *(Saliendo de su casa y dirigiéndose al interior).* ¡Estórax[9], Ésquino no ha vuelto esta noche de la cena[10] y no ha regresado ninguno de los esclavos que habían ido a buscarlo! *(Volviéndose a los espectadores.)* Con razón dicen eso de que, si te vas a algún sitio o te quedas por ahí, son preferibles los reproches que maquina una esposa airada a las desgracias que se imaginan unos padres solícitos. Una esposa, si te entretienes, se imagina que tienes un amorío o que lo tienen contigo; o que estás bebiendo y te estás dando un gustazo y que sólo a ti te va bien, siendo que a ella le va fatal. Yo, al no haber vuelto mi hijo, ¡la de cosas que pienso y qué preocupaciones me entran! Si se habrá resfriado o se habrá caído por ahí y se habrá roto algo. ¡Vaya, que una persona sitúe e instale en su ánimo algo que llegue a querer más de lo que se quiere a sí mismo[11]! Y eso que el muchacho no es hijo mío, sino de mi hermano, que, ya desde chicos, es de lo más diferente a mí en carácter. Yo me incliné por esta placentera vida urbana y por la holganza, y nunca

[9] Se trata del esclavo *(advorsitor)* que ha acompañado a Ésquino en su salida nocturna. No vuelve a aparecer, ni siquiera por alusión, en el resto de la comedia.

[10] Aunque hemos traducido el original *cena* por nuestro «cena», el término posee en el contexto de la comedia connotaciones específicas: Ésquino ha pasado la noche en casa de una prostituta. *Cf. Andr.* 80-83.

[11] *Cf.* MEN., *Sent.* 814: «Nadie ama a nadie más que a sí mismo».

he tenido esposa, cosa que esos otros consideran una fortuna[12]. Él lo ha hecho todo al revés: ha pasado su vida en el campo, manteniéndose siempre con parquedad y esfuerzo. Se casó y tuvo dos hijos. De éstos yo adopté al mayor. Lo eduqué desde chiquitín; lo mantuve y lo quise como si fuera mío. Es mi alegría y lo único que quiero. Me esfuerzo para que me corresponda de la misma forma. Le doy, lo consiento y con él no me veo en la obligación de hacer todo conforme a mis derechos. En fin, lo que otros hacen a escondidas de sus padres, cosas de muchachos, he acostumbrado a mi hijo a que no me lo oculte. Pues el que se acostumbra y se atreve a mentir y engañar a un padre, cuánto más se atreverá con los demás. Creo que es mejor sujetar a los hijos fomentando su pundonor y demostrando generosidad que mediante el miedo. Estas razones, que no son del agrado de mi hermano, impiden el acuerdo entre nosotros dos. Me suele venir gritando: «¿Qué haces, Mición? ¿Por qué nos vas a echar a perder al muchacho? ¿Por qué tiene amoríos? ¿Por qué bebe? ¿Por qué le sufragas los gastos para estos excesos? ¿Por qué le consientes que gaste tanto en vestir? Eres demasiado tonto». Él sí que es demasiado duro, más allá de lo que es justo y bueno. Y, a mi juicio, se equivoca —y cuánto— si piensa que el poder obtenido por la fuerza es más imponente o más firme que el que uno se procura mediante el cariño. Así es mi regla y así es lo que me he metido en la cabeza: el que cumple su deber por las malas, sólo tendrá cuidado en tanto sospeche que lo pueden descubrir. En cambio, si espera pasar desapercibido, retornará a su naturaleza. Aquel a quien te atraigas mediante favores, obrará de buena gana, procurará devolvértelos

[12] *Cf.* MEN., *Sent.* 72: «Sin casarte pasarás la vida libre de penas»; 90: «Es mejor para el hombre no mantener una esposa»; 118: «Vives una vida mejor si no mantienes a una mujer»; 591: «El hombre que no se casa no sufre males»; 700: «Vives una vida más cómoda si no mantienes a una mujer».

y, tanto si estás delante como si no, será el mismo. Esto es lo propio de un padre: acostumbrar a su hijo a comportarse con rectitud por su propia voluntad antes que por el miedo ajeno. Esto es lo que diferencia a un padre de un amo. Y el que no pueda, que confiese que no sabe gobernar a sus hijos. *(Ve a Démeas, que entra en escena.)* Pero ¿no es precisamente éste el sujeto del que os hablaba? Sí, por cierto, es él. No sé por qué lo veo mohíno. Creo que, como suele, ahora me echará una regañina. ¡Démeas, me alegro de que llegues con bien!

ESCENA SEGUNDA

DÉMEAS, MICIÓN

DÉMEAS.— ¡Eh, mira qué a tiempo! ¡A ti te iba buscando[13]!

MICIÓN.— ¿Por qué estás mohíno?

DÉMEAS.— ¿Me lo preguntas siendo que tenemos a Ésquino? ¿Por qué voy a estar mohíno?

MICIÓN.— *(Aparte.)* ¿No decía yo lo que iba a pasar? *(Dirigiéndose a Démeas.)* ¿Qué ha hecho?

DÉMEAS.— ¿Que qué ha hecho? ¡Él, que ni se avergüenza de nada, ni teme a nadie, ni considera que se haya de sujetar a ninguna norma! Pero voy a dejar a un lado las que ha hecho hasta ahora. ¡Menuda acaba de organizar!

MICIÓN.— ¿Qué ha sido, pues?

[13] Donato señala que Démeas, en contraste con lo que ocurre en el original de Menandro, no corresponde al saludo de su hermano. Terencio habría introducido este cambio con el fin de caracterizar mejor el malhumor del viejo, que efectivamente contesta con un exabrupto.

DÉMEAS.— Ha forzado una puerta y ha irrumpido en casa ajena; les ha dado una paliza de muerte al propio dueño y a todos sus esclavos. Ha raptado a una mujer con la que tenía un amorío. Todos pregonan que ha sido de lo más vergonzoso. Ahora, ¡la de personas que me lo han contado a mi llegada, Mición! Está en boca de todo el mundo. En fin, por poner un ejemplo con el que compararlo, ¿no ve a su hermano esforzarse por su patrimonio? ¿No ve lo parco y sobrio que vive en el campo? Nunca ha hecho nada parecido. Y si estos reproches son para él, también lo son para ti, Mición, pues consientes que se eche a perder.

MICIÓN.— Nunca hay nada más injusto que el hombre ignorante, que piensa que, salvo lo que él hace, no hay nada recto.

DÉMEAS.— ¿Adónde quieres llegar?

MICIÓN.— A que tú, Démeas, no juzgas bien la situación. No es una vergüenza, créeme, que un muchacho vaya con rameras y que beba, no lo es; ni que vaya echando puertas abajo[14]. Si tú y yo no lo hicimos, es porque la pobreza no nos lo permitió. Lo que entonces no hiciste por falta de recursos, ¿lo consideras ahora digno de elogio? Es injusto; pues si hubiéramos tenido la posibilidad de hacerlo, lo hubiéramos hecho. Y tú, si fueras persona, también permitirías que lo hiciera el tuyo, ahora que está en edad de hacerlo; antes de que luego lo acabe haciendo a destiempo cuando haya cumplido sus esperanzas de echarte al hoyo[15].

DÉMEAS.— ¡Por Júpiter, tú, tan persona, me estás volviendo loco! ¿No es una vergüenza que un mozalbete cometa estas fechorías?

[14] El motivo del enamorado pendenciero que echa abajo la puerta de la amada pasa de la comedia a la elegía latina del siglo siguiente. Así, por ejemplo TIB., I, 73-74.

[15] Con esta traducción hemos tratado de reflejar el original *ubi te exspectatum eiecisset foras*, que alude al hecho de deshacerse de un cadáver. La expresión está más explícitamente usada en CIC., *In Pis.* 9 19: *ab hoc eiecto cadavere*; y HOR., *Sat.* I 8 8: *eiecta cadavera.*

MICIÓN.— ¡Ah, escucha y no me machaques más con esta historia! Me diste a tu hijo en adopción y lo he educado a mi manera. Si comete alguna falta, Démeas, la comete contra mí. Yo cargo con la responsabilidad última. ¿Que banquetea, que bebe y gasta perfumes? Pues lo hace con lo mío. ¿Que tiene amoríos? Ya le daré dinero mientras me convenga y, cuando no, sin duda ya lo pondrán en la calle. ¿Que echa abajo una puerta? Pues se pagará. ¿Que rasga un vestido? Se reparará; y gracias a los dioses, tengo de dónde sacar para estos gastos, que, de momento, no me son excesivos. En fin, o me dejas en paz o designa a cualquiera como mediador[16]; te demostraré lo equivocado que estás en esta discusión.

DÉMEAS.— ¡Pobrecito de mí, aprende a ser padre de aquellos que lo saben ser de verdad!

MICIÓN.— La naturaleza te hizo su padre; a mí, los consejos[17].

DÉMEAS.— ¿Es que le das alguno?

MICIÓN.— ¡Ah, si sigues, me iré!

DÉMEAS.— Bueno te pones.

MICIÓN.— ¿Es que he de oír tantas veces lo mismo?

DÉMEAS.— Es que me preocupa.

MICIÓN.— Y a mí también; pero, Démeas, cuidémonos cada cual de la parte que nos toca: tú de tu muchacho y yo del mío. Pues preocuparte de los dos es casi como reclamarme el que me entregaste.

DÉMEAS.— ¡Ah, Mición!

[16] Alusión al sistema de arbitraje privado típico del derecho ateniense del s. IV a. C. En lugar de acudir a un tribunal formal, los ciudadanos tenían la posibilidad de acudir a un mediador que resolviera el conflicto *(Heaut.* 498). *Cf.* DEM., *In Apat.* 17; MEN., *Epitr.* 227-354.

[17] *Cf.* MEN., *Sent.* 647: «Padre es el que ha criado y no el padre que ha engendrado».

MICIÓN.— Así lo creo.

DÉMEAS.— ¡Qué le vamos a hacer! Si eso es lo que te apetece, ¡pues que derroche, que se arruine y que se muera! En nada me incumbe[18]. Y si digo una sola palabra más...

MICIÓN.— ¿Otra vez te enfadas, Démeas?

DÉMEAS.— ¿Es que no me crees? ¿Te reclamo el que te di? Es que me disgusta; no soy un extraño. Pero si molesto... ¡Basta, lo dejo estar! ¿Quieres que me preocupe de uno solo? De ése me preocupo: y dando gracias a los dioses, porque es tal como quiero que sea. Luego, el tuyo ya se dará cuenta él solo... no quiero criticarlo más. *(Démeas sale de escena.)*

MICIÓN.— *(A solas.)* Y en lo que dice no es que le falte razón en todo. Sin embargo, no deja de molestarme un poco. Pero no he querido mostrarle lo mal que me ha sentado, pues así es este hombre. Cuando lo calmo, me esfuerzo en plantarle cara y lo hago desistir de su enfado. Y aun con todo, a duras penas se lo toma como las personas. Ahora bien, si yo aumentara su enfado, o peor aún, si lo secundara en su ira, sin duda acabaría acompañándolo en su locura[19]. Aunque Ésquino no se porta nada bien conmigo en este asunto: ¿con qué cortesana no se ha enredado? ¿O a cuál no le ha dado algún regalo? En fin, hace poco —creo que ya estaba harto de todas— dijo que quería casarse. Yo esperaba que, de una vez, se le hubieran pasado los hervores de la mocedad. Me alegré. Pero mira, ya empieza otra vez. En cualquier caso, sea lo que sea, como quiero enterarme personalmente, me reuniré con él. Voy a ver si está en el foro. *(Sale de escena.)*

[18] *Cf. Heaut.* 465.

[19] *Cf.* MEN., *Sent.* 339: «No te entregues en absoluto a la ira, si es que eres inteligente»; 503: «Todos enloquecemos cuando nos encolerizamos».

ACTO II

ESCENA PRIMERA[20]

SANIÓN, ÉSQUINO, PARMENÓN (BÁQUIDE)

SANIÓN.— *(Entra persiguiendo a Báquide, a Ésquino y a Parmenón.)* ¡Por favor, ciudadanos, prestad auxilio a un desdichado, a un inocente! ¡Ayudad a un desvalido!

ÉSQUINO.— *(Dirigiéndose a Báquide.)* ¡Calma! Ahora quédate aquí. ¿Por qué te vuelves? Ya no hay peligro. Mientras yo esté aquí, no te ha de tocar.

SANIÓN.— Mal que os pese a todos, que a ésa yo...

ÉSQUINO.— *(Dirigiéndose a Báquide.)* Por muy truhán que sea, hoy no se arriesgará a que le den otra tunda.

SANIÓN.— Ésquino, para que no digas que desconoces mi condición, escucha: soy un lenón...

ÉSQUINO.— Lo sé.

SANIÓN.— ... pero tan formal como el mejor del mundo. Tú, si vienes luego con la excusa de que no me habías querido hacer esta afrenta, no te he de prestar ninguna atención. Créelo. Reclamaré mis derechos, y los males que me has hecho no los has de solucionar con palabras. Ya me sé esas disculpas vuestras de «Yo no quería. Se te jurará que no te merecías esa afrenta», después de haber sido indignamente tratado.

ÉSQUINO.— *(Dirigiéndose a Báquide y señalando la casa de Mición.)* Adelántate sin miedo y abre esa puerta.

SANIÓN.— *(Dirigiéndose a Ésquino.)* Pero ¿es que esto no te importa nada?

[20] Ésta es la escena que Terencio toma de la comedia de Dífilo.

Ésquino.— *(Dirigiéndose a Báquide.)* ¡Entra de una vez!

Sanión.— *(Tratando de agarrar a Báquide.)* ¡Por cierto, que no he de permitirlo!

Ésquino.— *(Dirigiéndose a Parmenón.)* Colócate ahí, Parmenón. *(Parmenón se mueve.)* Te has ido demasiado lejos. Quédate aquí, más cerca de él. ¡Alto, ahí quería! Ahora, procura no apartar hacia ningún sitio tus ojos de los míos para que, si te hago una seña, no te retrases un instante en estamparle el puño en la cara.

Sanión.— *(Dirigiéndose a Ésquino.)* ¡Ya querría yo verlo! *(Hace ademán de coger a Báquide.)*

Ésquino.— *(Dirigiéndose a Parmenón.)* ¡Alto, ojo!

Parmenón.— *(Golpeando al lenón.)* ¡Suelta a esa mujer!

Sanión.— ¡Oh, qué canallada indigna!

Ésquino.— Y lo repetirá si no tienes cuidado.

Sanión.— ¡Pobre de mí, qué desgracia!

Ésquino.— *(Dirigiéndose a Parmenón.)* No te había hecho la seña; pero, de todas formas, mejor es que te hayas equivocado por ese lado. *(Dirigiéndose a Báquide.)* Entra de una vez. *(Báquide y Parmenón entran en casa de Mición.)*

Sanión.— ¿Qué es esto? ¿Es que eres aquí señor de un reino[21], Ésquino?

Ésquino.— *(Con ironía.)* Si lo fuera, te galardonaría conforme a tus virtudes.

Sanión.— ¿Qué tienes contra mí?

Ésquino.— Nada.

Sanión.— ¿Qué? ¿No sabes quién soy?

Ésquino.— No me importa.

Sanión.— ¿Te he tocado algo tuyo?

Ésquino.— Si lo hubieras hecho, ibas a cargar con tu perdición.

[21] Expresiones muy similares en *Phorm.* 70 y 405.

Sanión.— ¿Y cómo es que a ti te está más permitido quedarte una de mis muchachas por la que pagué un dinero? Responde.

Ésquino.— Mejor será no montar una escandalera aquí, delante de la casa. Pero, si te empeñas en incordiar, te voy a arrastrar adentro y allí te he de cubrir de latigazos hasta matarte.

Sanión.— ¿Latigazos a un hombre libre?

Ésquino.— Pues sí.

Sanión.— ¡Oh, indecente! ¿Y aquí dicen que disfrutamos todos de la libertad en pie de igualdad[22]?

Ésquino.— Si ya te has tenido suficiente bacanal para pagarla conmigo, escúchame ya de una vez, lenón, hazme el favor.

Sanión.— ¿La he pagado yo contigo o tú conmigo[23]?

Ésquino.— Deja eso, y vuelve al asunto.

Sanión.— ¿A qué asunto? ¿Adónde he de volver?

Ésquino.— ¿Quieres que te diga ahora una cosa que te interesa?

Sanión.— Mientras sea algo justo, lo estoy deseando.

Ésquino.— *(Con ironía.)* ¡Vaya, un lenón que no quiere que yo diga nada injusto!

Sanión.— Soy un lenón, lo reconozco. La calamidad habitual de los muchachos, un perjuro, una peste; sin embargo, no he cometido ningún atropello contra ti.

Ésquino.— ¡Pues sólo faltaba eso, por Hércules!

Sanión.— Te lo ruego, Ésquino, vuelve al punto en donde empezaste.

[22] Ésta es la única ocasión en la que Terencio utiliza en su obra la palabra *libertas*, que aquí está reflejando el concepto griego de *isonomía*.

[23] La aparición del muy expresivo verbo *debacchor* nos ha llevado a introducir en nuestra traducción una perífrasis que recogiera su origen etimológico. L. Rubio traduce: «Ésq.— Si te has desahogado ya bastante (...) Sa.— ¿Soy yo quien me he desahogado o lo has hecho tú conmigo?». Por su parte, J. R. Bravo: «Ésq.— Si ya has desahogado tu cólera (...) Sa.— ¿He desahogado mi cólera yo contra ti o tú contra mí?».

ÉSQUINO.— Tú compraste la muchacha por veinte minas[24]. *(Aparte.)* ¡Así se te atraviesen! *(Dirigiéndose a Sanión.)* Te daré lo mismo.

SANIÓN.— ¿Y qué pasa si no te la quiero vender? ¿Me vas a obligar?

ÉSQUINO.— De ninguna manera.

SANIÓN.— Pues es lo que me temía.

ÉSQUINO.— No creo que se pueda vender una muchacha libre; porque mantengo que es legalmente libre[25]. Ahora, mira si quieres recibir el dinero o ir preparando tu alegato. Mientras vuelvo, ve pensándotelo, lenón[26]. *(Entra en su casa.)*

---

[24] En la Comedia Nueva y en la *palliata*, el precio normal de los esclavos oscila entre veinte y treinta minas, aunque excepcionalmente llega a las sesenta. Veinte minas son 2.000 dracmas, equivalentes a unos 8.000 sestercios, unos nueve kilogramos de plata. Sirva como referencia histórica que Catón, contemporáneo de Terencio, tenía a gala no gastar nunca en un esclavo más de 1.500 denarios (6.000 sestercios) (PLUT., *Cat.* 4, 5).

[25] Con el término *asserere* Ésquino está aludiendo a su papel de *assertor libertatis*. El *assertor* pone sus manos sobre un esclavo y declara formalmente que éste es libre *(Cf.* LIV., III 46; SÉN., *Epist.* II 13, 14). El esclavo queda bajo su protección hasta que se celebre el correspondiente juicio (DAREMBERG-SAGLIO, *s. v. manumissio).* Por otra parte, estas palabras de Ésquino pueden ser interpretadas en dos sentidos no excluyentes: de un lado, parecen ser una astuta mentira destinada a hacerse con la muchacha sin pagar. Pues bien, sin excluir tal posibilidad, hemos de señalar que la comparación con los argumentos de otras comedias, tal es el caso de *Eun.*, nos conduce a ver en ello el típico argumento de la esclava finalmente reconocida como ciudadana ateniense. Ahora bien, tal hecho no se da en la presente comedia, ya que Báquide desaparece prácticamente de la trama hasta el final cuando, en el v. 997, Ésquino pregunta qué va a pasar con Ctesifón, a lo que su padre Démeas se limita a responder que consiente que el muchacho se quede con la esclava. Así pues, hemos de considerar que nos hallamos ante un error de ensamblaje entre la escena de los *Synapothnéskontes* y la obra de Menandro que adapta Terencio.

[26] En este punto acaba la escena que Terencio tomó de los *Synapothnéskontes*. El resto de la comedia corresponde, pues, al original de Menandro.

SANIÓN.— *(A solas.)* ¡Oh, Júpiter supremo! Nada me sorprende que haya quien enloquezca a resultas de un atropello. Me saca de mi casa, me azota, y a la fuerza me roba a una de mis muchachas. En pago a semejantes maldades, pretende que se la dé por lo mismo por lo que la compré. ¡Pobre de mí, me ha propinado más de quinientos puñetazos! *(Con ironía.)* Pero, en fin, ya que se lo merece tanto, sea. Reclama sus derechos. ¡Venga, ya lo estoy deseando, con tal de que me dé el dinero! Pero tengo la siguiente premonición: que, cuando le diga que se la dejo en tanto, a continuación ha de presentar testigos de que se la he vendido; y del dinero, humo. Y luego él: *(Imitando a Ésquino.)* «Otro rato; vuelve mañana». Eso, aunque sea injusto, también lo puedo soportar; mientras acabe pagándome. Sin embargo, veo la cosa como es: cuando emprendes este negocio, hay que aguantar y callar los atropellos de los muchachos. Pero nadie pagará; en vano estoy echando estas cuentas.

ESCENA SEGUNDA

SIRO, SANIÓN

SIRO.— *(Saliendo de casa y dirigiéndose a Ésquino, que sigue en el interior.)* Calla, yo mismo me reuniré con él; voy a hacer que acepte encantado y que incluso diga que se le ha tratado bien. *(Dirigiéndose a Sanión.)* Sanión, ¿qué es eso que me han contado? ¿Que has tenido no sé qué altercado con mi amo?

SANIÓN.— Nunca he visto entablar una discusión más desigual que la que hoy ha habido entre nosotros: yo recibiendo y él azotando, hasta que nos cansamos los dos.

SIRO.— ¡Por tu culpa!

SANIÓN.— ¿Y qué iba a hacer?

SIRO.— Tenías que haberle dado gusto al muchacho[27].

SANIÓN.— ¿Y cómo podía haberlo hecho mejor si le he estado poniendo el morro[28] todo el día sin parar?

SIRO.— ¡Venga, que sabes de qué te hablo! A veces olvidarse a tiempo del dinero es el mayor beneficio. *(Sanión se sobresalta.)* ¡Uy! ¿Has tenido miedo de que si ahora te apeabas un poquito de tus derechos[29] y te plegabas al muchacho, hombre tú el más tonto de los hombres, eso no iba a reportar intereses?

SANIÓN.— Yo no compro esperanzas con mi dinero.

SIRO.— ¡Jamás harás fortuna! ¡Anda por ahí! No sabes echar el cebo a la gente, Sanión.

SANIÓN.— Creo que eso es lo mejor, pero nunca he sido lo bastante astuto y he preferido poder cobrar en mano cuanto pudiese.

SIRO.— ¡Venga, que te conozco! ¡Como si fueran algo para ti veinte minas, con tal de darle gusto! Además, por otra parte, tengo entendido que te vas a Chipre...

SANIÓN.— *(Aparte.)* ¿Eh?

SIRO.— ... que has comprado aquí muchas mercancías para llevarlas allá, que has armado una nave. Por eso tienes el alma en vilo. Lo sé. Pero confío en que, cuando vuelvas de allí, arreglarás el asunto.

SANIÓN.— ¡No saco el pie a ninguna parte! *(Aparte.)* ¡Estoy muerto, por Hércules! ¡Con esa esperanza habían emprendido su plan!

[27] Según Donato, la frase encierra un doble sentido sexual.

[28] La traducción «poniendo el morro» (en latín *os praebui)* es un intento de reflejar el remate del chiste sexual mencionado en la nota anterior. El lenón se queja de haber ofrecido la cara a los golpes del muchacho, pero sin darse cuenta también está diciendo que ha puesto la boca para hacerle una felación. *Cf. CIL* XIV 5291c: *Hic ad Callinicum futui orem anum.*

[29] Palabras muy similares en CIC., *Off.* II 64: *Est enim non modo liberale paulum non numquam de suo iure decedere, sed interdum etiam fructuosum.*

SIRO.— *(Aparte.)* Tiene miedo. Les he metido una china en el zapato[30].

SANIÓN.— *(Aparte.)* ¡Qué canalladas! Mira cómo me ha apretado en el momento decisivo. He comprado un montón de mujeres y también otras mercancías que llevo a Chipre. Si no me presento allí en el mercado, voy a tener gravísimos perjuicios; pero, si ahora dejo pasar esto y quiera hacerlo luego, cuando vuelva de allí, ya no habrá solución. La cosa se habrá enfriado: *(Parodiando las supuestas palabras de Ésquino.)* «¿Ahora vienes, después de tanto tiempo? ¿Por qué lo permitiste? ¿Dónde estabas?». Así que será mejor afrontar la pérdida que prolongar aquí mi espera o reclamarlo entonces.

SIRO.— ¿Ya has calculado lo que consideras que vas a ganar[31]?

SANIÓN.— ¿Es esto digno de él? ¿Es que Ésquino pretende robarme la muchacha por la fuerza?

SIRO.— *(Aparte.)* Ya vacila. *(Dirigiéndose a Sanión.)* Esto es lo que hay, y mira si te parece bien. Sanión, antes que correr el riesgo de conservarlo o perderlo todo, divídelo por dos. Él ya rascará diez minas de alguna parte[32].

SANIÓN.— *(Aparte.)* ¡Ay de mí, incluso ahora, desdichado de mí, vengo a poner en peligro mi capital! ¿Es que no tiene ninguna vergüenza? Me ha aflojado todos los dientes y encima de los puñetazos tengo toda la cabeza abollada. ¿Y además ha de estafarme? *(Dirigiéndose a Siro.)* No me voy a ningún sitio.

SIRO.— Como te plazca. ¿Acaso mandas algo más antes de que me vaya?

[30] *Inieci scrupulum* (literalmente «le he metido una piedrecita») es una expresión proverbial. *Cf. Phorm.* 954; CIC., *Pro Clu.* 76.

[31] Se sobreentiende que en su viaje de negocios a Chipre.

[32] Esto es, mil dracmas, equivalentes a cuatro mil sestercios, unos 4,5 kilogramos de plata.

SANIÓN.— ¡Sí, por Hércules! Estén como estén las cosas, Siro, te pido que, antes de emprender un pleito, se me devuelva mi dinero; al menos, la cantidad que pagué por ella. Sé que hasta ahora no te has beneficiado de mi amistad, pero acabarás diciendo que tengo buena memoria y soy agradecido.

SIRO.— Lo haré con todo cuidado. *(Ve llegar a Ctesifón, que entra en escena.)* Pero ahí veo a Ctesifón; *(Aparte.)* y está contento por lo de su amiguita.

SANIÓN.— ¿Y qué pasa con lo que te pido?

SIRO.— Espera un poco[33]. *(Sanión se retira a un lado de la escena.)*

ESCENA TERCERA

CTESIFÓN, SIRO (SANIÓN)

CTESIFÓN.— *(A solas.)* Cuando hace falta, es un placer recibir un favor de cualquier persona. Pero, por supuesto, más agrada, en fin, que se comporte a satisfacción aquel que debe. ¡Oh, hermano, hermano! ¿Cómo podría yo elogiarte ahora? La verdad es que sé bien que jamás mis encomios han de rayar a la altura de tus cualidades. Considero, pues, que sólo hay una cosa que me encumbra sobre el resto de los hombres: que ninguno de ellos tiene un hermano que destaque más en las virtudes más excelsas.

SIRO.— ¡Oh, Ctesifón!

CTESIFÓN.— ¡Oh, Siro! ¿Dónde está Ésquino?

SIRO.— ¡Ahí lo tienes! Te está esperando en casa.

CTESIFÓN.— ¿Eh?

[33] La cuenta se le liquidará al lenón en los versos 281 y ss.

SIRO.— ¿Qué pasa?

CTESIFÓN.— ¿Qué ha de pasar? Gracias a él, Siro, estoy vivo ahora. ¡Qué encanto de persona, que no se ha detenido en postergar cualquier interés a mi conveniencia! Ha trasladado sobre su cabeza las maledicencias, los chismes, mis fatigas y mis faltas. No cabe más. *(Suena la puerta de la casa de Mición.)* ¿Cómo es que ha crujido la puerta?

SIRO.— *(Ésquino sale de casa de Mición.)* Espera, espera, que es él quien sale a la calle.

ESCENA CUARTA

ÉSQUINO, CTESIFÓN, SIRO, SANIÓN

ÉSQUINO.— *(A solas sin ver a los otros.)* ¿Dónde está ese maldito?

SANIÓN.— *(Aparte.)* Me está buscando a mí[34]. ¿Acaso trae algo[35]? ¡Estoy muerto, no veo nada!

ÉSQUINO.— *(Viendo a Ctesifón.)* ¡Anda, mira qué a punto! A ti precisamente te iba buscando. ¿Cómo va, Ctesifón? Todo el asunto está en buen camino. Deja esa pena tuya.

CTESIFÓN.— ¡La dejo a un lado, por Hércules, por tenerte ciertamente como hermano, Ésquino de mi alma! ¡Hermano de mi misma sangre! ¡Ah, tengo miedo de alabarte demasiado en tu presencia, no sea que pienses que lo hago por adularte y no por gratitud!

[34] Donato remarca el hecho de que Sanión reaccione con naturalidad al apelativo de *sacrilegus* (aquí «maldito»), ya que se le adapta a él mejor que a ningún otro personaje.

[35] El lenón mira si Ésquino lleva consigo la bolsa con el dinero para pagarle.

ÉSQUINO.— ¡Venga, tonto, como si no nos conociéramos, Ctesifón! Lo que me duele es que nos hayamos enterado de la situación casi demasiado tarde y que la cosa hubiera llegado casi a tal extremo, que nadie, por mucho que quisiera, en nada pudiera socorrerte.

CTESIFÓN.— Me daba vergüenza.

ÉSQUINO.— ¡Ah, eso era tontería y no vergüenza! ¡Por semejante niñería, a punto de acabar lejos de la patria[36]! ¡Vergüenza da decirlo! ¡Ruego a los dioses que no lo permitan!

CTESIFÓN.— He cometido un error.

ÉSQUINO.— *(Dirigiéndose a Siro.)* En fin, ¿qué nos cuenta Sanión?

SIRO.— Ya está calmado.

ÉSQUINO.— Yo me voy al foro para liquidar el asunto con él[37]. *(Dirigiéndose a Ctesifón.)* Tú, Ctesifón, quédate dentro con ella.

SANIÓN.— *(Dirigiéndose en voz baja a Siro.)* Siro, insístele.

SIRO.— *(Dirigiéndose a Ésquino.)* ¡Vamos, que se marcha a Chipre!

SANIÓN.— *(Dirigiéndose a Siro.)* No tan deprisa como tú querrías; aquí sigo tranquilo todavía.

SIRO.— Se te pagará, no temas.

SANIÓN.— Pero que me lo pague todo.

[36] Ésquino habría amenazado con abandonar Atenas en caso de no poder conseguir a la muchacha, tal como hace el Clinias de *Heaut.* 117. Según Donato, en el original de Menandro, Ctesifón amenazaba con el suicidio. Terencio atempera la situación y sustituye la muerte con el exilio. El público romano no habría podido comprender un suicidio romántico.

[37] Este detalle debió de resultar chocante ante los espectadores romanos, ya que en principio un hijo no tenía capacidad de hacer negocios por su cuenta sin el permiso explícito del *paterfamilias*. El lance da a entender que Ésquino va al foro (al ágora) a realizar una transferencia bancaria para pagar al lenón, pero ningún joven romano poseía patrimonio para realizar tal transacción.

SIRO.— Todo te lo pagará[38]. Ahora calla y sígueme por aquí.

SANIÓN.— Te sigo. *(Siro hace ademán de marcharse seguido por Sanión y Ésquino, que, efectivamente, salen.)*

CTESIFÓN.— *(Reteniendo a Siro.)* ¡Oye, oye, Siro!

SIRO.— *(Se detiene.)* ¿Eh? ¿Qué pasa?

CTESIFÓN.— ¡Por Hércules, te suplico que a ese grandísimo indecente le paguéis cuanto antes, no sea que, si se enfada más, se le filtre esto a mi padre de alguna manera y esté yo muerto para siempre!

SIRO.— No ocurrirá. Estate tranquilo. Tú, entretanto, a pasarlo bien con ella dentro; manda que nos dispongan unos lechos y que nos preparen todo lo demás[39]. Yo, después de hacer el trato, volveré a casa con unas provisiones. *(Sale de escena.)*

CTESIFÓN.— Sí, te lo pido. *(A solas.)* Puesto que esto ha salido bien, pasemos alegremente el día. *(Entra en casa de Mición.)*

[38] Efectivamente, finalmente se le abonan las veinte minas (v. 742).

[39] La imagen de un esclavo bebiendo relajadamente en compañía de sus amos pertenece a la «Atenas de comedia» que describimos en la «Introducción general» (vol. 58 de esta colección).

ACTO III

ESCENA PRIMERA

SÓSTRATA, CÁNTARA

SÓSTRATA.— *(Saliendo de casa con Cántara.)* Por favor, ama querida, ¿qué va a pasar ahora?

CÁNTARA.— ¿Me preguntas qué va a pasar? ¡Por Pólux, espero que todo vaya bien! Ahora los dolores no han hecho más que empezar, niña mía, ¿y ya tienes miedo? ¡Como si nunca hubieras asistido a un parto o no hubieras parido tú misma!

SÓSTRATA.— ¡Pobre de mí! No tengo a nadie; estamos solas. Geta no está aquí. Y no tengo a quien enviar por la partera, ni a nadie para hacer venir a Ésquino.

CÁNTARA.— ¡Por Pólux, que él de inmediato ha de venir aquí, seguro, pues no deja de pasar un día sin presentarse!

SÓSTRATA.— Él es el único remedio para mis pesares.

CÁNTARA.— Señora, según vinieron las cosas, y ya que tu hija fue deshonrada, no pudo pasar nada mejor que lo que pasó, muy en particular por lo que respecta a él: un joven de su categoría, de su carácter y sentimientos, y de semejante familia.

SÓSTRATA.— ¡Por Pólux que es como dices! ¡A los dioses pido que nos lo conserven con salud!

ESCENA SEGUNDA

GETA, SÓSTRATA, CÁNTARA

GETA.— *(Entrando en escena sin verlas.)* Ahora resulta que, aunque todo el mundo ofreciera todos sus consejos y tratara de dar remedio a esta calamidad que se cierne sobre mí, mi señora y la hija de mi señora, no podrían ayudarnos en nada. ¡Ay, pobre de mí! ¡Cuántas tribulaciones nos asedian de repente y de ellas no es posible salir por ningún lado: la violación, la pobreza, la injusticia, la soledad y la infamia! ¡Qué generación! ¡Oh, crímenes! ¡Oh, raza sacrílega! ¡Oh, hombre impío...!

SÓSTRATA.— *(Dirigiéndose a Cántara.)* ¡Pobre de mí! ¿Cómo es que veo a Geta con semejante susto y tan apurado?

GETA.— ¡... al que ni las garantías, ni los juramentos, ni la compasión lo contuvieron ni lo doblegaron! ¡Ni tampoco que el parto inminente apremiara a la desdichada a la que el infame había violado!

SÓSTRATA.— No comprendo bien lo que dice.

CÁNTARA.— Por favor, Sóstrata, acerquémonos un poco más. *(Se aproximan a Geta.)*

GETA.— *(A solas.)* ¡Ah, pobre de mí, con lo indignado que estoy, apenas soy dueño de mí mismo! Nada desearía más que me saliera al paso toda aquella familia para poderles vomitar toda mi ira encima mientras tengo el rencor reciente. Me bastaría este castigo: para empezar, al viejo que crió a ese canalla le quitaría la vida. Y luego a Siro, el instigador... ¡Vaya, de qué modo lo iba a lacerar! Primero lo agarraría por la cintura bien alto y le clavaría la cabeza en tierra para esparcirle los sesos por la calle. Al muchacho[40] le arrancaría los ojos y, luego,

[40] El esclavo se está refiriendo a Ésquino.

lo echaría por un barranco; y a los demás los derribaría, los empujaría, los arrastraría, les daría una tunda y los dejaría por los suelos. Pero ¿a qué espero para comunicarle rápidamente a mi señora este desastre?

SÓSTRATA.— *(Dirigiéndose a Cántara.)* Llamémoslo. *(Dirigiéndose a Geta.)* ¡Geta!

GETA.— *(Sin ver a Sóstrata.)* ¡Eh, quienquiera que seas, déjame!

SÓSTRATA.— Soy yo, Sóstrata.

GETA.— *(Sin verla.)* ¿Dónde está? *(La reconoce.)* ¡A ti te iba buscando precisamente!

SÓSTRATA.— Te estaba esperando.

GETA.— ¡Pero qué a tiempo me has salido al paso, señora!

SÓSTRATA.— ¿Qué pasa? ¿Por qué tiemblas?

GETA.— ¡Ay, pobrecito de mí!

SÓSTRATA.— ¿A qué vienen esas prisas, amigo Geta? Recobra el aliento.

GETA.— En una palabra...

SÓSTRATA.— ¿Qué es eso, pues, de «en una palabra»?

GETA.— ... estamos perdidos. El acabose.

SÓSTRATA.— Te lo suplico; cuéntame, pues, qué pasa.

GETA.— Ya...

SÓSTRATA.— ¿Qué es eso de «ya», Geta?

GETA.— ... Ésquino...

SÓSTRATA.— ¿Pues qué pasa con él?

GETA.— ... ha roto con nuestra familia.

SÓSTRATA.— ¿Eh? ¡Estoy perdida! ¿Cómo?

GETA.— Acaba de liarse con otra.

SÓSTRATA.— ¡Ay, pobre de mí!

GETA.— Y no lo lleva a escondidas. Se la ha robado a su lenón sin disimulo.

SÓSTRATA.— ¿Es eso verdad?

GETA.— Sí; con estos ojos lo he visto yo mismo, Sóstrata.

SÓSTRATA.— ¡Ah, pobre de mí! ¿En qué o en quién puede confiar una? ¡Nuestro Ésquino, la vida de todos nosotros, en quien se hallaban todas nuestras esperanzas y nuestra fortuna! ¡El que juraba que no había de vivir sin Pánfila un solo día; el que decía que iba a depositar al niño en el regazo de su padre y le rogaría que le permitiera casarse con ella!

GETA.— Señora, límpiate las lágrimas y mira más bien lo que ahora es necesario hacer en este apuro. ¿Hemos de aguantarnos o se lo contamos a alguien?

CÁNTARA.— ¡Ay, ay, amigo mío! ¿Estás en tus cabales? ¿Te parece que esto puede contarse[41]?

GETA.— De verdad que no me hace gracia. Para empezar, la propia realidad indica que ya se ha apartado de nosotros. Si lo publicamos ahora, él lo negará todo, estoy seguro. Tu fama y la vida de tu hija quedarían en entredicho. Además, si, como mucho, se aviene a reconocer la situación, no es conveniente que, si quiere a otra, le entregues a tu hija. Por todo esto, es necesario mantenerse callados en cualquier caso.

SÓSTRATA.— ¡Ah, por nada del mundo! No lo he de hacer.

GETA.— ¿Y qué vas a hacer?

SÓSTRATA.— Divulgarlo.

CÁNTARA.— ¡Eh, amiga Sóstrata, mira qué haces!

SÓSTRATA.— La situación no puede estar peor de lo que ahora está. Para empezar, la niña está sin dote y, además, lo que era su segunda dote se ha esfumado: ya no podemos entregarla en matrimonio como doncella. El único recurso que me queda es que, si lo niega todo, este anillo que él perdió será mi testigo[42]. Y en último extremo, Geta, puesto que me consta que estoy libre

[41] *Cf.* MEN., *Sent.* 710: «Es mejor callar que decir lo que no conviene»; 719: «Los sabios ocultan sus desgracias privadas».

[42] El anillo que sirve de testimonio para revelar la identidad de un personaje es un tópico de la *palliata*. Así se ve muy claramente en *Hec.* 811 (*Cf.* MEN.,

de culpa y que no hubo de por medio ni dinero ni ninguna otra cosa indigna ni de mí ni de mi hija, recurriré a la justicia.

GETA.— Y ante eso, ¿qué voy a decir? Cedo ante tus poderosas razones.

SÓSTRATA.— Tú vete corriendo a toda prisa y cuéntale a Hegión, el pariente de Pánfila, todo el asunto punto por punto; pues él era íntimo de mi Símulo[43] y hemos tenido mucho trato.

GETA.— ¡En efecto, por Hércules, que ningún otro cuidará de nosotros! *(Sale de escena.)*

SÓSTRATA.— Y tú, amiga Cántara, date prisa: corre, haz venir a la partera para que, cuando haga falta, no nos haga esperar. *(Sóstrata entra en casa, Cántara sale de escena.)*

ESCENA TERCERA

DÉMEAS, SIRO (DROMÓN)

DÉMEAS.— *(Entrando en escena, y a solas.)* ¡Estoy perdido, he oído que mi hijo Ctesifón ha participado en el rapto con Ésquino! ¡La desgracia que me faltaba, pobre de mí: que ese otro me pueda echar a perder a su hermano Ctesifón, que es persona de provecho! ¿Dónde voy a ir a buscarlo? Creo que se lo han llevado por ahí a algún antro. Ese crápula lo ha convencido, estoy seguro. *(Ve a Siro, que entra en escena.)* ¡Pero mira, veo que viene Siro! Por él me voy a enterar de dónde anda. ¡Por Hércules, que ése es de su pandilla! Pero si se da cuenta de que

Epitrep. 395-405). Sin embargo, más allá de esta mención, Terencio no lo hace entrar en la trama de la comedia.

[43] Tal parece ser el nombre del padre de Pánfila.

lo voy buscando, el criminal de él no va a hablar. No le voy a mostrar mis intenciones.

SIRO.— *(Entrando en escena, y a solas sin ver a Démeas.)* Punto por punto acabamos de contarle al viejo[44] cómo fue toda la historia. No he visto a nadie más alegre.

DÉMEAS.— *(A solas.)* ¡Oh, Júpiter, qué estulticia de hombre!

SIRO.— *(Sin ver a Démeas.)* Alabó a su hijo; y a mí, por haberlo aconsejado, me dio las gracias.

DÉMEAS.— *(Aparte.)* ¡Estoy que reviento!

SIRO.— Contó el dinero en el acto, y además me dio media[45] mina para la compra que, la verdad, repartí a mi gusto.

DÉMEAS.— *(Aparte.)* ¡Mira, si quieres que se ocupen de algo con discreción, encomiéndaselo a éste!

SIRO.— *(Ve a Démeas.)* ¡Anda, mira, Démeas, no te había visto! ¿Cómo va?

DÉMEAS.— ¿Cómo ha de ir? *(Irónicamente.)* No puedo dejar de admirar vuestro estilo de vida.

SIRO.— ¡Por Hércules, es tonto y, para no mentirte, disparatado! *(Dirigiéndose al interior de la casa.)* Dromón, limpia los demás pescados. Ese congrio tan gordo déjalo jugar un poco más en el agua. Cuando yo vuelva, ya le sacarás la raspa; antes no[46].

DÉMEAS.— *(Aparte.)* ¡Menuda desvergüenza!

SIRO.— *(Dirigiéndose a Démeas.)* La verdad es que estoy harto y les grito sin parar. *(Dirigiéndose al interior de la casa.)* ¡Estefanión, esos adobos, haz que se remojen bien!

DÉMEAS.— *(Aparte.)* ¡Valedme, dioses! Eso de echar a perder a mi hijo, ¿lo toma como afición o considera que es digno

[44] Es decir, a Mición.

[45] Cincuenta dracmas, equivalentes a unos 200 sestercios, unos 225 gramos de plata.

[46] Un pasaje muy similar en PLAUT., *Aul.* 399: *Dromo, desquama. Tu, Machaerio, / congrum, murenam exdorsua quantum potest.*

de alabanza? *(Dirigiéndose a Siro.)* ¡Ay, pobre de mí! Me parece que estoy viendo el día, que, ya en la ruina, se vaya de soldado por ahí[47].

Siro.— ¡Oh, Démeas, eso es tener buen juicio! No sólo ver lo que ahora tienes delante de las narices, sino también lo que ha de acontecer.

Démeas.— ¿Qué? ¿Ya tenéis a la citarista esa en vuestro poder?

Siro.— Ya está ahí dentro. *(Señalando la casa.)*

Démeas.— ¿Eh? ¿Y va a tenerla en casa?

Siro.— Según es su locura, me parece que sí.

Démeas.— ¡Que pasen estas cosas!

Siro.— ¡Qué padre más bobo en su blandura y qué condescendencia más culpable!

Démeas.— De verdad que mi hermano me avergüenza y me indigna.

Siro.— ¡Cuánta, cuantísima diferencia hay entre vosotros, Démeas! Y no lo digo porque estés delante. Tú, de la cabeza a los pies, no eres otra cosa que la sabiduría; y aquél la modorra en persona. Además, ¿ibas tú a permitir que ese hijo tuyo hiciera lo mismo?

Démeas.— ¿Si se lo permitiría? ¿No iba yo a olerme cualquier cosa seis meses antes de que él intentara nada?

Siro.— ¿A mí me cuentas lo despierto que eres?

Démeas.— Que se quede como está: es lo único que pido ahora.

Siro.— Cada uno tiene lo que quiere tener.

Démeas.— ¿Y qué pasa con mi hijo? ¿Lo has visto hoy?

Siro.— ¿A tu hijo? *(Aparte.)* A éste lo voy a mandar al campo. *(En alto.)* Me parece que ya hace tiempo tiene faena en el campo.

Démeas.— ¿Estás seguro de que está allí?

[47] Tal como hace el Clinias de *Heaut.* 117. Asimismo, Plaut., *Trin.* 721.

Siro.— ¡Oh, como que yo mismo lo dejé en el camino!

Démeas.— ¡Fenomenal! ¡Miedo me daba que se hubiera quedado aquí!

Siro.— Y muy enfadado que estaba.

Démeas.— ¿Y cómo es eso?

Siro.— Por culpa de la citarista esa se peleó con su hermano en el foro.

Démeas.— ¿Lo dices de verdad?

Siro.— ¡Vaya, no se calló nada! Pues, cuando estaba contando el dinero, de repente se presentó tu hombre y empezó a gritarle: *(Parodiando las supuestas palabras de Ctesifón.)* «¡Ésquino, que hayas hecho esta infamia, que hayas cometido algo tan indigno de nuestro linaje!».

Démeas.— ¡Oh, lloro de alegría!

Siro.— *(Parodiando las supuestas palabras de Ctesifón.)* «No el dinero: estás perdiendo tu vida.»

Démeas.— Espero que le vaya bien. Ha salido a sus mayores.

Siro *(Aparte.)*.— ¡Uy!

Démeas.— Es que está imbuido de buenos preceptos[48], Siro.

Siro.— ¡Caramba! Tuvo en casa de quién aprender.

Démeas.— Me esfuerzo por ello. No le consiento nada, le inculco buenas costumbres; y, en fin, he hecho que se mire en las vidas de todos como en un espejo y que tome de ellos ejemplo diciéndole: «Haz esto».

Siro.— ¡Muy bien!

Démeas.— O diciéndole: «Evita esto».

Siro.— ¡Qué juicioso!

Démeas.— «Esto es digno de alabanza.»

Siro.— ¡La cosa tal cual!

Démeas.— «Eso es censurable.»

[48] *Cf.* Pseud. Cat., *Dist.* 3, 1: *Instrue praeceptis animum, nec discere cesses; / nam sine doctrina vita est quasi mortis imago.*

SIRO.— ¡Sublime!

DÉMEAS.— «Y además...»

SIRO.— ¡Por Hércules, que ahora no tengo tiempo para escucharte! He encontrado un pescado a mi gusto y he de tener cuidado de que no se me eche a perder; pues para nosotros eso es tan vergonzoso, Démeas, como para vosotros dejar de hacer lo que acabas de decir. Y, en lo que puedo, aconsejo a mis compañeros de esta manera: *(Parodiándose a sí mismo.)* «Esto está salado, esto quemado, esto poco limpio, aquello bien, acuérdate otra vez de esto». Con diligencia los aconsejo en lo que puedo, con arreglo a mi sapiencia. En fin, Démeas, hago que se miren en las cazuelas como en un espejo y los aconsejo sobre lo que es necesario hacer. Me doy cuenta de que estas cosas que hacemos son tontadas; pero ¡qué vas a hacer! Según sea el hombre, así has de conducirte. ¿Mandas algo más?

DÉMEAS.— Que se os dé mejor caletre.

SIRO.— Y tú, ¿te vas a ir al campo?

DÉMEAS.— Todo derecho.

SIRO.— Pues ¿qué va a hacer uno si, cuando da buenos consejos, nadie le hace caso? *(Entra en casa de Mición.)*

DÉMEAS.— Desde luego, si Ctesifón, que es por quien había venido, se ha ido al campo, yo me voy de aquí. Él es el único que me preocupa y me incumbe. Si así lo quiere mi hermano, que mire él por el otro. *(Ve a Hegión, que entra en escena acompañado por Geta.)* Pero ¿quién es aquel que veo allá a lo lejos? ¿No es Hegión, compañero de nuestra tribu[49]? Si no me equivoco, es él, por Hércules. ¡Vaya, este hombre es amigo mío ya desde chico[50]! ¡Dioses buenos, sí que son escasos los ciudadanos de su categoría! Es un hombre chapado a la antigua por sus virtudes y su lealtad. Por él ningún mal ha de caer sobre la ciudad. ¡Cuánto me alegro al ver que todavía quedan supervivientes de aquella raza! ¡Vaya, aún merece la pena vivir! Lo voy a aguardar para saludarlo y charlar con él.

[49] El término *tribulis* es verosímilmente un intento de Terencio de traducir al latín el concepto griego de compañero de la misma fratría. En Atenas la fratría y en Roma la tribu son asociaciones ciudadanas que posibilitan la incardinación del individuo en el ámbito de la política de la ciudad. Al llegar a la mayoría de edad, el nuevo ciudadano es inscrito por su padre en la fratría o tribu correspondiente y en su seno desarrollará su actividad política.

ESCENA CUARTA

HEGIÓN, GETA, DÉMEAS (PÁNFILA)

HEGIÓN.— *(Sin ver a Démeas.)* ¡Oh, dioses inmortales, qué canallada indigna, Geta! ¡Qué me cuentas!

GETA.— Así ocurrió.

HEGIÓN.— ¡Que de esa familia haya salido una canallada tan poco noble! ¡Oh, Ésquino, por Pólux, que no has salido a tu padre[51] en esto!

DÉMEAS.— *(A solas.)* Es evidente que se ha enterado de lo de la citarista esa; y, aunque de hecho es un extraño, le duele. Y su padre[52], a ése para nada le importa. ¡Ay, pobrecito de mí, ojalá estuviera él por aquí cerca y pudiera oír la historia!

HEGIÓN.— Si no hacen lo que es justo, no se saldrán con la suya.

[50] En su afán de hacer una comedia más menandriana que la del propio Menandro, Terencio modificó en este punto su modelo griego. En el original, Hegión era hermano de Sóstrata; en Terencio es tan sólo un amigo *(aequalis)* de la familia. El cambio se debe al hecho de que no sería verosímil que un pariente tan cercano ignorara durante nueve meses el embarazo de la muchacha.

[51] Démeas.

[52] Mición.

GETA.— Toda nuestra esperanza la tenemos depositada en ti, Hegión. Sólo te tenemos a ti; eres nuestro defensor, nuestro padre. A ti nos encomendó el viejo al morir. Si nos abandonas, estamos perdidos.

HEGIÓN.— No digas esas cosas. No lo he de hacer, ni considero que yo pueda hacerlo sin quebrantar mis sagrados deberes.

DÉMEAS.— *(Aparte.)* Me voy a acercar a él. *(Dirigiéndose a Hegión.)* ¡Hegión, te mando mis mejores saludos!

HEGIÓN.— ¡Qué sorpresa, a ti te iba buscando precisamente! ¡Salud, Démeas!

DÉMEAS.— ¿Y qué pasa?

HEGIÓN.— Ésquino, tu hijo mayor, el que le entregaste a tu hermano en adopción, no se ha comportado con arreglo al deber de un hombre honesto ni libre.

DÉMEAS.— ¿Cómo es eso?

HEGIÓN.— ¿Te acuerdas de nuestro amigo y camarada Símulo?

DÉMEAS.— ¿Cómo no?

HEGIÓN.— El muchacho deshonró a una hija doncella que tenía.

DÉMEAS.— ¿Eh?

HEGIÓN.— Espera, Démeas, que todavía no has oído lo peor.

DÉMEAS.— ¿Es que aún hay algo más?

HEGIÓN.— Pero que mucho más; pues eso en cierto modo aún es tolerable. La noche, la pasión, el vino y la mocedad lo empujaron: es humano. Cuando se dio cuenta de lo que había hecho, se presentó espontáneamente ante la madre de la doncella llorando, suplicando, jurando y ofreciendo garantías de que se iba a casar con ella. Lo perdonaron, se callaron y confiaron en él. A resultas de la violación, la doncella quedó embarazada; ya ha cumplido el noveno mes. Y ese hombre de bien —¡maldita sea[53]!— se

[53] En latín *si dis placet*, expresión que según DON., *Eun.* 916, es *pro-*

nos ha buscado una citarista para vivir con ella y ha abandonado a la muchacha.

DÉMEAS.— ¿Estás seguro de lo que me cuentas?

HEGIÓN.— Ahí tienes a la madre de la doncella, a la propia doncella y a los propios hechos; y, además, está este Geta, que, para lo que son los esclavos, no es ni malo ni incapaz. Él solo las sustenta a ellas y a toda la familia. Tráelo aquí, átalo y pregúntale por el asunto.

GETA.— ¡Sí, por Hércules, tortúrame, Démeas, a ver si las cosas no fueron así[54]! Finalmente él no lo negará. Tráelo a mi presencia.

DÉMEAS.— *(Aparte.)* Me da vergüenza; no sé qué voy a hacer ni qué voy a responderle.

PÁNFILA.— *(Desde dentro.)* ¡Pobre de mí, los dolores me desgarran! ¡Juno Lucina, socórreme, te ruego que me guardes[55]!

HEGIÓN.— ¡Anda! ¿Es que está de parto? Dime.

GETA.— Sí, Hegión.

HEGIÓN.— Mira, Démeas, ahora está suplicando que cumpláis vuestras promesas. ¡Ojalá consiga por las buenas aquello a lo que estáis obligados[56]! De entrada, ruego a los dioses que cumpláis según os corresponde; pero, si tu intención es otra,

prium... exclamantibus propter indignitatem alicuius rei. De ahí nuestra traducción «¡maldita sea!».

[54] Recordemos que la única declaración válida que puede hacer un esclavo es la que hace bajo tortura. *Cf. Hec.* 773; *Phorm.* 292.

[55] Juno Lucina es la deidad a quien se dirigen las parturientas en busca de protección. *Cf. Andr.* 473, PLAUT., *Aul.* 692.

[56] En caso de que la víctima de una violación sea una ciudadana, la convención cómica obliga al violador a contraer matrimonio con ella. Remarcamos en este punto que tal obligación no responde a ningún precepto legal ateniense, como dan a entender otros traductores en sus notas, sino que se trata de una mera convención cómica. *Cf.* A. C. SCAFURO, *The forensic stage: settling disputes in Greco-Roman New Comedy*, Cambridge University Press, 1997, págs. 241-243.

Démeas, la voy a defender a ella y a su difunto padre con todas mis fuerzas. Él era mi pariente. Desde chiquitines nos criamos juntos; siempre estuvimos juntos en la guerra y en la paz; y juntos sobrellevamos la carga de la pobreza. Por ello, me esforzaré, actuaré y alegaré sus derechos. En fin, he de perder el alma antes que abandonarlas. ¿Qué me dices a eso?

499ª DÉMEAS.— Voy a buscar a mi hermano, Hegión. Seguiré el consejo que me dé sobre este asunto[57].

HEGIÓN.— Pero, Démeas, tú procura meditar esto en conciencia: cuanto más fácilmente os manejáis, cuanto más poderosos, ricos, afortunados y nobles sois, tanto más conviene que, si queréis ser contados entre la gente honrada, reconozcáis lo justo con ánimo justo.

DÉMEAS.— Puedes irte; se hará todo lo que sea justo hacer.

HEGIÓN.— Conviene que así lo hagas. *(Dirigiéndose a Geta.)* Geta, condúceme adentro junto a Sóstrata. *(Entra en casa de Sóstrata acompañado por Geta.)*

DÉMEAS.— *(A solas.)* Esto no está pasando sin que yo no lo hubiera advertido. ¡Ojalá sólo llegue esto hasta aquí! Sin embargo, ese excesivo libertinaje sin duda dará en una catástrofe mayúscula[58]. Me voy a buscar a mi hermano para echarle encima esta mala bilis. *(Sale de escena.)*

[57] El verso es sospechoso por coincidir con *Phorm.* 461. Además, no parece razonable aceptar que Démeas busque aquí el consejo de su hermano, cuyos criterios no respeta en absoluto.

[58] *Cf.* MEN., *Sent.* 795: «La desmesura *(parrhesía)* es el mayor mal para los hombres».

ESCENA QUINTA[59]

HEGIÓN

HEGIÓN.— *(Saliendo de casa de Sóstrata y hablando hacia el interior.)* Sóstrata, procura mantener buen ánimo y consolar a tu hija en lo que puedas. Yo voy a reunirme con Mición —a ver si anda por el foro— y a contarle los acontecimientos punto por punto. Si de verdad va a cumplir con su deber, que lo cumpla; pero, si su opinión va por otro lado, que me responda para que yo sepa cuanto antes lo que he de hacer. *(Sale de escena.)*

ACTO IV

ESCENA PRIMERA

CTESIFÓN, SIRO

CTESIFÓN.— *(Saliendo con Siro de casa de Mición.)* ¿Dices que mi padre se ha ido al campo?

SIRO.— Ya hace rato.

CTESIFÓN.— Cuéntame, haz el favor.

[59] Según Donato, esta escena, constituida por el parlamento de Hegión, se hallaba ausente de algunas de las copias que él pudo manejar. Sin embargo, no hay ninguna circunstancia que induzca a sospechar que el pasaje no sea genuinamente terenciano.

SIRO.— Está en la granja. Me imagino que justo ahora estará haciendo alguna faena.

CTESIFÓN.— ¡Ojalá sea verdad! Mientras lo haga con salud, yo querría que acabara tan agotado que no pudiera levantarse de la cama en tres días seguidos.

SIRO.— ¡Así sea, y si es posible, algo mejor que eso[60]!

CTESIFÓN.— Sí, pues me muero por continuar el día entero con la misma alegría con la que lo he comenzado. Y no odio esa finca por ninguna otra razón salvo porque está muy cerca. Porque, si estuviera más lejos, la noche lo sorprendería antes de que pudiera regresar aquí de nuevo. Ahora, al no verme allí, volverá corriendo; seguro. Y me preguntará dónde he estado: *(Parodiando a Démeas.)* «No te he visto hoy en todo el día». ¿Qué le voy a decir?

SIRO.— ¿No se te ocurre nada?

CTESIFÓN.— Nada de nada.

SIRO.— Tanto peor. ¿No tenéis un cliente, un amigo, un huésped?

CTESIFÓN.— Claro, ¿y entonces?

SIRO.— ¿Y si le cuentas que has tenido que ayudarles?

CTESIFÓN.— ¿Sin haberlo hecho? No puede ser.

SIRO.— Sí puede ser.

CTESIFÓN.— Eso durante el día; pero, si me quedo a dormir aquí, ¿qué pretexto le pondré, Siro?

SIRO.— ¡Vaya, lo que me gustaría que hubiera costumbre de ayudar a los amigos de noche! ¡Hala, tú quédate tranquilo! Yo lo tengo estupendamente calado: cuando más acalorado está, lo dejo tan manso como una oveja.

CTESIFÓN.— ¿Cómo?

[60] Obsérvese cómo Terencio afina el carácter de sus personajes respecto a los precedentes plautinos. Frente a los deseos del muchacho, el esclavo espera que el viejo no se vea obligado a guardar cama por obligación y le desea mejor suerte.

SIRO.— Le encanta oír hablar bien de ti; yo, delante de él, te pongo como un dios, hablándole de tus virtudes.

CTESIFÓN.— ¿Mis qué?

SIRO.— Tus virtudes. Entonces, al hombre se le caen lágrimas de alegría como a un crío. *(Ve llegar a Démeas, que entra en escena.)* ¡Mira!

CTESIFÓN.— ¿Qué pasa?

SIRO.— El lobo del que te hablaba[61].

CTESIFÓN.— ¿Es mi padre?

SIRO.— El mismo.

CTESIFÓN.— Siro, ¿qué hacemos?

SIRO.— ¡Ahora escóndete dentro! Ya veré qué hago.

CTESIFÓN.— Si te pregunta algo, tú por ningún sitio me... ¿Lo has oído? *(Se retira a un lado de la escena[62].)*

SIRO.— ¿Serás capaz de dejarlo?

ESCENA SEGUNDA

DÉMEAS, CTESIFÓN, SIRO

DÉMEAS.— *(A solas, sin ver a Ctesifón y a Siro.)* ¡Sí que soy un hombre desgraciado! Para empezar, no encuentro a mi hermano por ningún sitio. Además, mientras lo iba buscando, he visto a un jornalero de la granja. Me ha dicho que mi hijo no estaba en el campo; y no sé qué voy a hacer.

[61] En latín *lupus in fabula*, expresión equivalente a nuestro «hablando del ruin de Roma, por la puerta asoma». *Cf.* PLAUT., *Stich.* 577: *Atque eccum tibi lupum in sermone.*

[62] Según J. R. BRAVO, Ctesifón desaparece de escena entrando en casa de Mición.

CTESIFÓN[63].— ¡Siro!

SIRO.— ¿Qué pasa?

CTESIFÓN.— ¿Me va buscando?

SIRO.— Sí.

CTESIFÓN.— ¡Estoy perdido!

SIRO.— ¡Venga, anímate!

DÉMEAS.— *(A solas.)* ¿Qué desgracia es ésta? ¡Maldita sea! No soy capaz de saberlo; salvo que creo que sólo he nacido para una cosa: para soportar tribulaciones. Soy el primero en percatarme de nuestras desgracias, el primero en enterarme de todas ellas y el primero en contarlas. Y si pasa algo, yo solo lo sufro.

SIRO.— *(Aparte.)* Me da risa. Dice que es el primero en enterarse, y es el único que no está al tanto de nada.

DÉMEAS.— *(A solas.)* Ahora vengo a ver si, por un casual, ha vuelto mi hermano.

CTESIFÓN.— Siro, por favor, procura que no se meta directamente en casa.

SIRO.— ¿No te callarás de una vez? Ya me cuidaré yo de todo.

CTESIFÓN.— ¡Por Hércules, que en ningún momento voy a dejar esto sólo en tus manos! Pues me voy a encerrar con ella en algún cuarto. Es lo más seguro.

SIRO.— Venga, que te lo voy a sacar de encima. *(Ctesifón entra en casa.)*

DÉMEAS.— *(Ve a Siro.)* ¡Pero mira, el truhán de Siro!

SIRO.— *(Fingiendo hablar a solas.)* ¡Por Hércules, de verdad que aquí nadie puede aguantar si las cosas van así! De verdad que quiero saber cuántos son mis amos. ¡Qué desgracia ésta!

DÉMEAS.— *(A solas.)* ¿Qué es lo que farfulla ése? ¿Qué

[63] Según J. R. BRAVO, Ctesifón pronuncia estas palabras asomando la cabeza por la puerta de la casa de Mición en donde acaba de entrar unos instantes antes.

querrá? *(Dirigiéndose a Siro.)* ¿Qué dices, buen hombre? ¿Está mi hermano en casa?

SIRO.— ¡Maldita sea! ¿A qué viene eso de «buen hombre»? *(Aparte.)* ¡Sí que estoy perdido!

DÉMEAS.— ¿Y a ti qué te pasa?

SIRO.— ¿Me lo preguntas? ¡Pobre de mí, Ctesifón casi me mata a puñetazos, y también a la citarista esa!

DÉMEAS.— ¿Eh? ¿Qué me dices?

SIRO.— ¡Fíjate! Mira cómo me ha partido el labio.

DÉMEAS.— ¿Y eso?

SIRO.— Dice que lo empujé a comprarla.

DÉMEAS.— ¿No decías que acababas de llevarlo al campo?

SIRO.— Lo hice; pero luego se presentó enloquecido; no tuvo respeto con nada. ¡No avergonzarse de azotar a una persona anciana! ¡El crío al que hace nada llevaba en mis brazos!

DÉMEAS.— ¡Mi enhorabuena, Ctesifón! Has salido a tu padre. ¡Bravo, veo que eres todo un hombre!

SIRO.— ¿Lo alabas? ¡Pues sí que va él, en adelante, a contener sus manos si es listo!

DÉMEAS.— ¡Qué valor!

SIRO.— *(Irónicamente.)* Muchísimo; porque nos ha vencido a una pobre mujer y a mí, un esclavillo que no se atrevía a devolver los golpes. ¡Uy, un valor sin igual!

DÉMEAS.— No pudo hacerlo mejor. Piensa lo mismo que yo: que tú eres el cerebro de este embrollo. Pero ¿está mi hermano dentro?

SIRO.— No.

DÉMEAS.— Me pregunto dónde podré encontrarlo.

SIRO.— Sé dónde está, pero hoy no he de decírtelo.

DÉMEAS.— ¡Eh! ¿Qué dices?

SIRO.— Eso.

DÉMEAS.— De verdad que ahora mismo te voy a aplastar los sesos.

SIRO.— Es que no sé el nombre del individuo con el que se halla, pero sí sé dónde está.

DÉMEAS.— Pues dime dónde.

SIRO.— ¿Sabes el pórtico junto al mercado según se baja?

DÉMEAS.— ¿Cómo no voy a saberlo?

SIRO.— Déjalo atrás siguiendo todo recto calle arriba. Cuando llegues, allí hay una cuesta que tira hacia abajo. Baja por ahí; luego a esta mano *(Haciendo el gesto correspondiente.)* hay un templo pequeño y allí al lado hay un callejón.

DÉMEAS.— ¿Cuál?

SIRO.— Allí donde también hay un cabrahígo enorme.

DÉMEAS.— Lo conozco.

SIRO.— Sigue por ahí.

DÉMEAS.— Pero ¡si ese callejón no tiene salida!

SIRO.— ¡Por Hércules, es verdad! ¡Vaya! *(Irónicamente.)* ¿Piensas que estoy en mis cinco sentidos[64]? Me he equivocado. Vuelve otra vez al pórtico. De hecho, por allí vas a ir mucho más directamente y darás menos vuelta. ¿Sabes la casa de Cratino el rico?

DÉMEAS.— Sí.

SIRO.— Cuando la hayas dejado atrás, a mano izquierda siguiendo todo recto la calle, al llegar al templo de Diana, tira a la derecha. Antes de llegar a la puerta de la muralla, junto al abrevadero[65] hay una panadería pequeña y enfrente un taller. Allí está.

DÉMEAS.— ¿Y qué hace allí?

SIRO.— *(Improvisando.)* Ha encargado unos divanes... de exterior... con patas de roble.

[64] En latín, *Censen hominem me esse?*, literalmente «¿Piensas que soy un ser humano?».

[65] Donato nos informa de que a la entrada de las ciudades existían depósitos de agua que, en tiempo de paz, servían de abrevaderos y, en tiempo de guerra, de reserva de agua por si el enemigo prendía fuego a las puertas.

DÉMEAS.— En los que echaréis vuestros tragos[66]. Muy bien. Pero ¿a qué espero para ir a buscarlo? *(Sale de escena.)*

SIRO.— Marcha de una vez. *(Aparte.)* ¡Hoy te voy a menear como mereces, carroña[67]! ¡Qué rabia que Ésquino se retrase! La comida se está echando a perder; Ctesifón a lo suyo, todo entregado a su amor; yo ya he de mirar por mí. Pues ahora mismo me voy adentro, agarro lo más rico que haya, y pasaré el día sorbiendo poco a poco unos cacillos. *(Entra en casa de Mición.)*

ESCENA TERCERA

MICIÓN, HEGIÓN

MICIÓN.— *(Entra en escena acompañado de Hegión.)* No encuentro razón para que en este asunto se me alabe tanto, Hegión. Sólo cumplo mi deber; enmiendo una falta que hemos ocasionado nosotros. A menos que hayas pensado que soy de esas personas que, cuando les pides cuentas por sus acciones, se consideran ultrajadas y encima te lo echan en cara. Puesto que eso no lo he hecho, ¿me das las gracias?

HEGIÓN.— ¡Ah, de ninguna manera! Nunca he pensado que fueras distinto de lo que eres. Pero, Mición, te ruego que me acompañes a casa de la madre de la doncella y le digas personalmente lo que me has dicho a mí: que han sido su hermano y la citarista aquella los causantes del malentendido.

[66] Remitimos en este punto a nuestras consideraciones de la «Introducción general» sobre la «Atenas de comedia» que pone en escena la *palliata*.

[67] Así traducimos el latín *silicernium*, término que, según Donato, designa en primer término al banquete que se ofrecía a los *manes*; y traslaticiamente *senex, qui iam iamque silentibus umbrisque cernendus sit.*

Mición.— Si piensas que es justo o necesario, vayamos.

Hegión.— Haces bien, pues también le vas a quitar un peso de encima, porque ha enfermado de dolor y de pena[68], y así habrás cumplido tu deber. Pero, si eres de otra opinión, yo mismo le contaré lo que me dijiste.

Mición.— No, iré yo.

Hegión.— Haces bien. Todos aquellos para quienes las cosas son menos favorables, no sé por qué, son algo más desconfiados. Pues tienden a tomarse todo por ofensa y, a causa de su debilidad, siempre se consideran acorralados. Por esta razón, si tú te disculpas directamente con ella, se quedará más tranquila.

Mición.— Tienes razón.

Hegión.— Sígueme, pues, por aquí adentro.

Mición.— Muy bien. *(Entran en casa de Sóstrata.)*

ESCENA CUARTA

Ésquino

Ésquino.— *(Entrando en escena.)* ¡Crucificada tengo el alma! ¡Echárseme de repente semejante desgracia que no sé ni qué he de hacer de mí, ni cómo comportarme! Tengo flojos los miembros de miedo; el temor me ha agarrotado el ánimo. Ninguna decisión puede encontrar asiento en mi pecho. ¡Vaya! ¿Cómo voy a salir de este lío? ¡Qué sospechas tan grandes han recaído ahora sobre mi persona, y no sin razón! Sóstrata cree que me he comprado esa citarista. Así me lo dio a entender la

[68] Según Donato, estas palabras se refieren a Pánfila; pero por el contexto es más fácil, a nuestro juicio, pensar que se refieren a su madre.

vieja[69]. Pues, al verla por un casual cuando se dirigía a buscar a la partera, me acerqué y le pregunté qué hacía Pánfila: si ya estaba de parto y si por eso iba a buscar a la partera. Y me soltó: *(Parodiando a la partera.)* «¡Ésquino, vete, vete de una vez! Bastante nos has tomado ya el pelo; bastante nos han engañado tus juramentos». Y le dije: «¿Eh? ¿Qué es eso, por favor?». Y ella me contestó: «Hala, a seguir bien, y quédate con tu capricho». Entonces me di cuenta de sus sospechas; pero sin embargo me contuve para no decirle nada de mi hermano a aquella chismosa y no divulgar el asunto. Ahora, ¿qué voy a hacer? ¿Decir que la citarista es de Ctesifón? Pregonar esto por ningún sitio es lo que menos falta hace. Pero dejémoslo. Es posible que el asunto no salga por ningún sitio. Precisamente, eso es lo que temo, que no me crean. Tantas son las circunstancias que se alían: yo mismo la rapté, yo mismo pagué el dinero y me la han llevado a casa. Reconozco que todo ha sido por mi culpa. ¡No habérselo contado a mi padre, por malo que fuera! Con mis ruegos habría logrado casarme con Pánfila. Hasta ahora no he hecho otra cosa que perder el tiempo. ¡Ésquino, despierta de una vez! Ahora lo primero es ir a su casa y disculparme con ellas. Me acercaré a su puerta. ¡Estoy perdido, en cuanto empiezo a llamar a su puerta, pobre de mí, siempre me aterro! *(Llamando a la puerta.)* ¡Ey, ey, soy yo, Ésquino! ¡Que alguien abra la puerta ahora mismo! *(La puerta se abre.)* No sé quién sale; me voy a retirar a este lado.

[69] Es decir, la nodriza Cántara.

ESCENA QUINTA

Mición, Ésquino

Mición.— *(Saliendo de casa de Sóstrata y dirigiéndose al interior.)* Sóstrata, hacedlo tal como os he dicho. Voy a buscar a Ésquino para que sepa cómo han ocurrido las cosas. Pero ¿quién ha golpeado aquí la puerta?

Ésquino.— *(Aparte.)* ¡Por Hércules, es mi padre! Estoy perdido.

Mición.— ¡Ésquino!

Ésquino.— *(Aparte.)* Y a éste, ¿qué se le ha perdido aquí?

Mición.— ¿No has golpeado tú esta puerta? *(Aparte.)* Se calla. A ver si me burlo un poquito de él. Bien se le está, por no haber querido confiarme esto. *(Dirigiéndose a Ésquino.)* ¿No me respondes nada?

Ésquino.— ¿Esa puerta? No, que yo sepa; de verdad.

Mición.— ¿Sí? Pues ya me extrañaba que aquí se te hubiera perdido algo. *(Aparte.)* Se ha puesto colorado: la cosa va bien.

Ésquino.— Pero, padre, hazme el favor de decirme qué haces aquí.

Mición.— En realidad, nada que tenga que ver conmigo. Un amigo me acaba de traer del foro para que lo aconseje.

Ésquino.— ¿Cómo?

Mición.— Ahora te cuento. Aquí viven unas pobrecillas que me parece —es más, estoy seguro— que no conoces; y es que hace poco que han venido a la ciudad.

Ésquino.— ¿Y entonces, qué?

Mición.— Se trata de una doncella con su madre.

Ésquino.— Sigue.

Mición.— La muchacha es huérfana de padre. Este amigo mío es su pariente más próximo; las leyes lo obligan a casarse con ella[70].

Ésquino.— *(Aparte.)* ¡Estoy perdido!

Mición.— ¿Qué pasa?

Ésquino.— *(Eludiendo la respuesta.)* Nada... Bueno... Sigue.

Mición.— Ha venido para llevársela con él, pues vive en Mileto[71].

Ésquino.— ¿Eh? ¿Para llevarse con él a la muchacha?

Mición.— Así es.

Ésquino.— ¿Cómo? ¿Hasta Mileto?

Mición.— Sí.

Ésquino.— *(Aparte.)* ¡Me falta el aliento! *(Dirigiéndose a Mición.)* ¿Y qué pasa con ellas? ¿Qué dicen?

Mición.— ¿Qué te figuras que dicen? Pues nada. La madre se ha inventado que ha tenido un crío de otro hombre —no sé quién— y no da su nombre; que ese otro va antes y que no está obligada a entregársela a mi amigo.

Ésquino.— Oye, ¿es que éstas no te parecen a ti entonces justas razones?

Mición.— No.

Ésquino.— ¿No? ¡Por favor! ¿Y se la va a llevar de aquí, padre?

Mición.— ¿Por qué no ha de llevársela?

Ésquino.— Esta componenda vuestra es dura y desalmada y, si se me permite hablar con más claridad, padre, poco honorable.

Mición.— ¿Y eso?

[70] La intervención de Mición hace referencia a una ley ateniense atribuida a Solón, que conocemos asimismo por *Phorm.* 125-126, según la cual, en caso de orfandad de una muchacha, el pariente más próximo estaba obligado a casarse con ella o darle una dote para evitarle los peligros de la deshonra. *Cf.* Dem., *In Macar.* 54.

[71] Ciudad de la costa occidental de Asia Menor.

ÉSQUINO.— ¿Tú me lo preguntas? Cuando vea que se la roban de la vista en su propia cara, ¿cómo pensáis que se va a quedar ese pobre que se lió con ella antes, el infeliz que no sé si todavía la seguirá queriendo? ¡Una canallada indigna, padre!

MICIÓN.— ¿Por qué razón? ¿Quién la prometió? ¿Quién la entregó? ¿Cuándo se ha casado con él? ¿Quién es el garante del acuerdo? ¿Por qué se enredó con una extraña?

ÉSQUINO.— ¿Es que una soltera de sus años tenía que quedarse esperando en casa mientras se presentaba un pariente desde allá? Papá, eso es lo que habría sido justo que dijeras y sostuvieras.

MICIÓN.— ¡Vaya gracia! ¿Iba yo a manifestarme en contra de la persona a quien venía a representar? Pero, Ésquino, ¿qué nos importa este asunto o qué tenemos que ver con él? ¡Vámonos! *(Hace ademán de marcharse y se detiene al oír el llanto de Ésquino.)* ¿Qué pasa? ¿A qué vienen esas lágrimas?

ÉSQUINO.— ¡Padre, por favor, escucha!

MICIÓN.— Ésquino, me he enterado de todo y lo sé. Te quiero, y por eso me preocupa más tu comportamiento.

ÉSQUINO.— ¡Así pueda merecer tu cariño mientras vivas, como es cierto que me pesa en el alma haber cometido esta falta, y me avergüenzo de estar ante ti, papá!

MICIÓN.— ¡Te creo, por Hércules! Pues me he dado cuenta de la nobleza de tu carácter; pero me temo que eres excesivamente imprevisor. Pues, ¿en qué ciudad te figuras, pues, que vives? Has deshonrado a una doncella que no tenías derecho a tocar. Para empezar, es una falta muy grande, pero, con todo, es humana. ¡Tantas veces han hecho lo mismo otros hombres de bien! Y después de lo ocurrido, dime, ¿no miraste un poco a tu alrededor o no calculaste qué debías hacer y cómo debías hacerlo? Si te daba vergüenza decírmelo, ¿cómo iba yo a enterarme? Mientras estabas en esas incertidumbres, ya han pasado nueve meses. En lo que de verdad dependía de ti, te has traicionado a ti, a esa pobre y al niño. ¿Qué? ¿Creías que te lo iban a solucionar los dioses mientras dormías y que, sin tu ayuda, te la iban a meter en casa, en tu alcoba? No querría que fueras tan negligente en el resto de tus asuntos. Anímate, que te vas a casar.

ÉSQUINO.— ¿Eh?

MICIÓN.— Que te animes, te digo.

ÉSQUINO.— Padre, por favor, ¿te estás riendo de mí?

MICIÓN.— ¿Yo de ti? ¿Por qué?

ÉSQUINO.— No lo sé. Como ando tan desesperado por que ello sea cierto, eso me causa más miedo.

MICIÓN.— Vete a casa y ruega a los dioses para que puedas traerte a tu esposa. Andando.

ÉSQUINO.— ¿Qué? ¿Dices que traiga ya a mi esposa?

MICIÓN.— Ya.

ÉSQUINO.— ¿Ya?

MICIÓN.— Ya, lo antes posible.

ÉSQUINO.— ¡Así me confundan todos los dioses, si no te quiero ahora más que a mis ojos!

MICIÓN.— ¿Qué? ¿Más que a ella?

ÉSQUINO.— Lo mismo.

MICIÓN.— Eres el colmo de la bondad.

ÉSQUINO.— ¿Qué? ¿Dónde está ese de Mileto?

MICIÓN.— Se ha esfumado; se fue, cogió un barco. Pero ¿a qué esperas?

ÉSQUINO.— Venga, padre, mejor que ruegues tú a los dioses; pues, siendo como eres un hombre mucho mejor que yo, estoy seguro de que han de hacerte más caso.

MICIÓN.— Yo me voy adentro para hacer todos los preparativos necesarios; y tú, si tienes juicio, haz como te he dicho.

ÉSQUINO.— ¿Qué es lo que está pasando? ¿Esto es ser padre? ¿O esto es ser hijo? Si fuera un hermano o un camarada, ¿cómo podría haber hecho por complacerme más? ¿No es digno de ser amado? ¿No debo llevarlo en mi corazón? ¿Eh? Y

así, con su afabilidad me ha echado encima una gran preocupación: que por un casual, y sin darme cuenta, pueda hacer algo que él no quiera. Tendré cuidado de estar atento. Pero ya tardo en entrar; no sea que me haga esperar en mi propia boda. *(Entra en casa.)*

ESCENA SEXTA

Démeas

Démeas.— *(Entrando en escena, y a solas sin ver a Mición.)* Estoy reventado de andar. ¡Siro, ojalá te pierda el gran Júpiter con tus indicaciones! Sin parar me he arrastrado por toda la ciudad: a la puerta[72], al abrevadero —y ¿adónde no?—. Y allí no había ningún taller, ni nadie que dijera haber visto a mi hermano. Pero ahora estoy resuelto a esperar en casa hasta que vuelva.

[72] Se refiere a la puerta de la ciudad. *Cf.* v. 583.

ESCENA SÉPTIMA

Mición, Démeas

Mición.— *(Saliendo de su casa y dirigiéndose al interior*[73]*.)* Me voy para decirles[74] que por nosotros no tienen por qué esperar.

Démeas.— *(Aparte.)* Pero míralo. *(Dirigiéndose a Mición.)* A ti te iba buscando hace rato, Mición.

Mición.— ¿Y eso?

Démeas.— Te traigo otras infamias descomunales del bueno del muchacho ese[75].

Mición.— *(Aparte.)* ¡Ya estás como siempre!

Démeas.— ¡Lo impensable! ¡Para matarlo!

Mición.— ¡Oye, ya está bien!

Démeas.— ¡Ah, no sabes qué clase de hombre es!

Mición.— Lo sé.

Démeas.— ¡Ah, memo! Te figuras que estoy hablando de la citarista. Esta falta ha sido con una doncella y ciudadana.

Mición.— Lo sé.

Démeas.— ¡Uy, uy, uy! ¿Lo sabes y se lo permites?

Mición.— ¿Y cómo no se lo voy a permitir?

Démeas.— Dime, ¿no gritas? ¿No te vuelves loco?

Mición.— No. La verdad, preferiría...

Démeas.— Ha tenido un crío...

Mición.— ¡Así lo saquen adelante los dioses!

Démeas.— La doncella no tiene nada...

[73] Posiblemente se dirige a Ésquino.

[74] A Sóstrata y a su hija.

[75] Es decir, Ésquino.

MICIÓN.— Eso he oído.

DÉMEAS.— ... y tiene que casarse sin dote.

MICIÓN.— Pues claro.

DÉMEAS.— Y ahora, ¿qué va a pasar?

MICIÓN.— Pues lo que es preciso en este caso: que la doncella se traslade a esta casa.

DÉMEAS.— ¡Oh, Júpiter! ¿Es necesario que de esa manera...?

MICIÓN.— ¿Y qué otra cosa voy a hacer?

DÉMEAS.— ¿Que qué vas a hacer? Aunque en realidad no te duela, fingirlo es lo que sería propio de una persona de verdad.

MICIÓN.— Pero si ya he prometido a la doncella. El trato está cerrado y celebraremos la boda. Les he quitado todos los miedos. Eso es lo que es más propio de una persona.

DÉMEAS.— Sin embargo, ¿a ti te hace gracia, Mición?

MICIÓN.— No, si pudiera cambiarlo; pero, como no puedo, me lo tomo con tranquilidad. Así es la vida de los hombres: parecida a los juegos de dados. Si lo que tiene que caer en la tirada no sale por casualidad, corrígelo con habilidad[76].

DÉMEAS.— ¡Menudo corregidor estás tú hecho! Con tu habilidad se han esfumado las veinte minas que se han pagado por la citarista y hemos de largarla a cualquier parte, todo lo lejos que se pueda; y, si no se puede vender, pues gratis.

MICIÓN.— Ni hay que largarla ni, por supuesto, tengo intención de venderla.

DÉMEAS.— Entonces, ¿qué vas a hacer?

MICIÓN.— Se quedará en casa.

DÉMEAS.— ¡Ampárenme los dioses! ¿Una cortesana y una señora juntas en la misma casa?

MICIÓN.— ¿Y por qué no?

[76] *Cf.* PLAT., *Rep.* X 6. Por otra parte, MEN., *Sent.* 740, expresa exactamente la idea contraria: «El azar endereza la habilidad del hombre, no la habilidad el azar».

DÉMEAS.— ¿Crees que estás en tus cabales?

MICIÓN.— De verdad, es lo que pienso.

DÉMEAS.— ¡Asístanme los dioses! Viendo tu estupidez, creo que lo haces para tener con quien canturrear.

MICIÓN.— ¿Y por qué no?

DÉMEAS.— Y la recién casada, ¿también va a adquirir esos talentos?

MICIÓN.— Pues claro.

DÉMEAS.— Y tú, ¿en medio de las dos a bailotear tirando de la cuerda[77]?

MICIÓN.— ¡Buena idea!

DÉMEAS.— ¿Buena idea?

MICIÓN.— Y si hace falta, tú con nosotros también.

DÉMEAS.— ¡Pobrecito de mí! ¿No te da vergüenza?

MICIÓN.— Démeas, deja de una vez ese enfado y ponte contento y de buen ánimo, como conviene para la boda de tu hijo. Yo me voy a reunir con ellos y luego vuelvo aquí. *(Sale.)*

DÉMEAS.— *(A solas.)* ¡Oh, Júpiter, menuda vida! ¡Menudo carácter! ¡Menuda locura! Se va a presentar una esposa sin dote, dentro tenemos una citarista, la casa llena de gastos, un muchacho arruinado por el libertinaje y un viejo chiflado. Aunque la diosa Salud[78] en persona lo quisiera, no podría salvar de ninguna manera a esta familia.

[77] Aquí Démeas parece aludir a algún tipo de baile desconocido para nosotros, pero cuyo sentido erótico-festivo se adivina. Obsérvese, por otra parte, cómo la alusión a la música y, en particular, al baile sería motivo de risa para el grave público romano, que consideraba degradantes tales actividades (*Cf.* CIC., *Pro Mur.* 6, 13: *Nemo enim fere saltat sobrius, nisi forte insanit*). En cualquier caso, sí resulta escandaloso para la mentalidad ateniense que una mujer honrada conviva con una prostituta en la misma casa.

[78] *Salus*, deidad romana que, a su vez, es un calco de la Higia griega. Tenía un templo en el Quirinal desde el año 302 a. C. que fue decorado con frescos por Fabio Pictor.

ACTO V

ESCENA PRIMERA

SIRO, DÉMEAS

SIRO.— *(Saliendo borracho de casa sin ver a Démeas, y a solas.)* ¡Por Pólux, Siricillo, procuraste estar a gusto y has cumplido tu cometido limpiamente[79]! ¡Bravo! Pero, bien harto ya de todo lo que había dentro, me apeteció dar un paseo por aquí.

DÉMEAS.— *(A solas.)* ¡Mira aquello, por favor, ese ejemplo de educación!

SIRO.— *(Ve a Démeas.)* ¡Ah, mira, aquí está este viejo nuestro! *(Dirigiéndose a Démeas.)* ¿Qué pasa? ¿Por qué estás mohíno?

DÉMEAS.— ¡Oh, canalla...!

SIRO.— ¡Oye, ya está bien! ¿Vas a malgastar aquí tus palabras, tú, que eres la Sabiduría personificada?

DÉMEAS.— Si fueras mío...

SIRO.— Ciertamente serías rico, Démeas; y tendrías bien segura tu fortuna.

DÉMEAS.— ... me cuidaría de que sirvieras de escarmiento para todos.

SIRO.— ¿Y eso? ¿Qué he hecho?

DÉMEAS.— ¿Y me lo preguntas? Justo en medio de este lío, y en medio de un gravísimo delito, que a duras penas se acaba de

[79] En latín *munus administrasti* (literalmente, «has cumplido con tu obligación»). El esclavo identifica paródicamente el asalto a la despensa con las empresas políticas propias de los ciudadanos libres. Así, por ejemplo, el esclavo Ergásilo afirma en PLAUT., *Capt.* 907-908: «Ahora voy, para en funciones de mi cargo [*praefectura*] administrar justicia al tocino y prestar auxilio a los jamones, que cuelgan sin haber sido sentenciados».

arreglar, habéis estado bebiendo, canalla, como si se tratara de una hazaña encomiable.

SIRO.— *(Aparte.)* De verdad que querría haberme ahorrado esta salida.

ESCENA SEGUNDA

DROMÓN, DÉMEAS, SIRO

DROMÓN.— *(Saliendo de casa de Mición.)* ¡Ey, Siro, Ctesifón te ruega que vuelvas!

SIRO.— ¡Lárgate!

DÉMEAS.— *(Dirigiéndose a Siro.)* Y éste, ¿qué dice de Ctesifón?

SIRO.— Nada.

DÉMEAS.— ¡Oye, criminal! ¿Está dentro Ctesifón?

SIRO.— No.

DÉMEAS.— ¿Por qué lo menciona?

SIRO.— Está otro, un tipo pequeñajo, un parásito. ¿Lo conoces?

DÉMEAS.— Ahora mismo lo voy a conocer. *(Hace ademán de entrar en casa de Mición.)*

SIRO.— ¿Qué haces, adónde te vas? *(Lo agarra.)*

DÉMEAS.— ¡Déjame en paz!

SIRO.— Te lo repito, ni se te ocurra. *(Intenta retenerlo.)*

DÉMEAS.— ¿No vas a quitarme las manos de encima, carne de látigo? ¿O es que preferirías que te hiciera saltar los sesos por aquí? *(Logra entrar en casa.)*

SIRO.— Se ha ido. ¡Por Pólux, que no es un compañero de francachela precisamente agradable, sobre todo para Ctesi-

fón! Y ahora, ¿qué voy a hacer yo mientras estos líos se van calmando, sino esconderme en algún rincón y dormir este vinillo? Así lo haré. *(Entra en casa de Mición seguido por Dromón.)*

ESCENA TERCERA

MICIÓN, DÉMEAS

MICIÓN.— *(Saliendo de casa de Sóstrata, y dirigiéndose al interior.)* Sóstrata, como te dije, ya hemos hecho todos los preparativos. Cuando quieras... *(Suena la puerta de Mición.)* ¿Quién ha golpeado tan fuerte mi puerta?

DÉMEAS.— *(Saliendo de casa de Mición.)* ¡Ay, pobrecito de mí! ¿Qué voy a hacer? ¿Cómo voy a actuar? ¿Qué voy a gritar o de qué me voy a quejar? ¡Oh cielo, oh tierra, oh mares de Neptuno!

MICIÓN.— *(A solas.)* Ahí lo tienes. Se ha enterado de todo el asunto y por eso está gritando. Se acabó. El follón está montado y hay que hacerle frente.

DÉMEAS.— *(Ve a Mición.)* ¡Mira, aquí se presenta la corrupción que ha perdido a mis dos hijos a la vez!

MICIÓN.— Reprime de una vez tu ira y recóbrate.

DÉMEAS.— La he reprimido; ya me he recobrado y dejo a un lado todas las ofensas. Consideremos el asunto en sí. ¿No pactamos —cosa que salió de ti— que tú no te preocupabas de mi muchacho y que yo no me preocupaba del tuyo? Responde.

MICIÓN.— Así lo hicimos, no lo niego.

DÉMEAS.— Y ahora, ¿por qué se está emborrachando mi muchacho en tu casa? ¿Por qué lo recibes? ¿Por qué le compras

una amiguita, Mición? ¿Acaso no es justo que yo tenga el mismo derecho? ¿Qué te va conmigo? Si yo no me preocupo de tu muchacho, no te preocupes tú del mío.

MICIÓN.— No es justo lo que dices.

DÉMEAS.— ¿No?

MICIÓN.— Pues hay un antiguo refrán que dice que «entre amigos todo ha de ser común[80]».

DÉMEAS.— Vaya gracia. ¿Acabas de descubrir ese proverbio?

MICIÓN.— Si no te molesta, escucha un par de cosas, Démeas. Para empezar, si lo que te corroe es el gasto que hacen tus hijos, te suplico que procures meditar en lo siguiente: en otro tiempo, los sostenías a los dos conforme a tu hacienda, porque pensabas que tus bienes habían de ser suficientes para ambos y, naturalmente, creías que yo iba a acabar casándome. Atente a aquel comportamiento inicial: guarda, amasa patrimonio, ahorra, y procura dejarles lo más posible. Atente a esa gloria. En cambio, deja que se sirvan de mi hacienda, que les ha llegado sin que se lo esperaran. Nada faltará del total de tus bienes; lo que les llegue de mí, haz cuenta de que todo ello es una ganancia. Si te pones a meditar de veras sobre ello, nos ahorrarás una molestia a ti, a mí y a los muchachos, Démeas.

DÉMEAS.— Dejo a un lado lo del dinero. Pero creo que la conducta de los dos...

MICIÓN.— Espera, lo sé, a eso iba. Démeas, en los seres humanos hay muchos indicios en virtud de los cuales es fácil argumentar que, cuando dos de ellos hacen lo mismo, muchas veces uno puede decir: «Esto le está permitido a éste hacerlo impunemente, y al otro no». No porque el asunto sea distinto,

---

[80] Según Donato, se trata de un adagio pitagórico, que ya se hallaba en el original de Menandro. Pasó a ser común en Roma. Así, CIC., *De off.* I 16, 51: *Ut in Graecorum proverbio est, amicorum esse communia omnia.* Asimismo, CIC., *Leg.* I 12, 34; MART., II 43, 1 y 16, lo cita en griego.

sino porque distinto es quien lo hace. Éstos son los indicios que en ellos veo para confiar en que han de ser tal como los queremos: veo que son sensatos, que se dan cuenta de las cosas, que cuando es preciso son respetuosos, que se quieren entre sí; en todo lo cual es posible reconocer el carácter y la nobleza de los hombres libres. El día que quieras, tú los devuelves al buen camino. Ahora bien, evidentemente, quizás te temas que en cosas de dinero sean, con todo, un poco descuidados. ¡Oh, querido Démeas! Con la edad somos más sensatos para todas las demás cosas. La vejez sólo procura a los hombres un único vicio: que todos estamos más atentos al dinero de lo que es preciso. Ya se lo agudizarán los años suficientemente.

DÉMEAS.— ¡Ojalá, Mición, que esas razones tan sumamente justas y esa buena disposición tuya no acaben por arruinarnos!

MICIÓN.— ¡Calla, no ha de pasar! Olvídate ya de esas cosas. Hoy ponte en mis manos y deja de fruncir el ceño.

DÉMEAS.— Evidentemente, es lo que exigen las circunstancias. Habrá que hacerlo. Sin embargo, me voy de aquí con mi hijo al campo mañana, nada más que amanezca...

MICIÓN.— Y aun de noche, de acuerdo; pero por hoy al menos procura estar alegre.

DÉMEAS.— ... y allí me voy a llevar también a la dichosa citarista.

MICIÓN.— ¡Buen golpe! De esa manera, tendrás atado allí a tu hijo para siempre. Limítate a conservarla.

DÉMEAS.— Eso voy a procurar. Haré por cubrirla de ceniza, de humo y de polvo de harina a fuerza de hacerla guisar y moler. Además, la mandaré a espigar a mediodía para dejarla tan recocida y negra como el carbón.

MICIÓN.— Me parece bien. Ahora sí que me pareces sensato. *(Parodiando a Démeas.)* «Y yo ciertamente, aunque él no quiera, he de obligar a mi hijo a que duerma con ella.»

DÉMEAS.— ¿Te burlas? ¡Suerte tienes de ser de semejante temple! Me parece...

MICIÓN.— ¡Ah! ¿Insistes?

DÉMEAS.— Ya, ya lo dejo estar.

MICIÓN.— Marcha, pues, adentro; y tomémonos el día para el asunto que nos interesa. *(Entra en su casa.)*

ESCENA CUARTA

DÉMEAS

DÉMEAS.— *(A solas.)* Nunca ha habido nadie al que, por bien que hubiera echado las cuentas respecto a su vida, la realidad, la edad y la experiencia no le trajeran siempre alguna novedad y le enseñaran algo; de forma que resulta que uno no sabe lo que creía saber, y, con la experiencia, acaba por rechazar lo que consideró principios fundamentales. Eso es lo que me ha pasado a mí. Pues, ahora que casi he llegado al fin de mi camino, dejo a un lado esa vida tan dura que he vivido. ¿Y por qué? He aprendido en la propia realidad que en el hombre no hay nada mejor que la amabilidad y la condescendencia. Por mí y por mi hermano, a cualquiera le es fácil saber que esto es verdad. Aquél siempre pasó su vida en la holganza y los banquetes; condescendiente y tranquilo; sin ofender a nadie y sonriendo a todos. Vivió para sí y para sí gastó. Todos hablan bien de él y lo quieren. Y yo, aquel patán, salvaje, severo, parco, brutal y testarudo, me casé. ¡Cuántas penalidades hube de ver en esa situación! Me nacieron los hijos, otra preocupación[81]. ¡Pero

[81] *Cf.* MEN., *Sent.* 70: «Tener hijos es un dolor voluntariamente buscado».

qué se le va a hacer[82]! Mientras procuraba hacer lo más por ellos, me machaqué la vida y los años buscándome el sustento. Ahora, pasados los años, éste es el fruto que de ellos obtengo por mis fatigas: el odio. En cambio, mi hermano, sin esfuerzo, ha obtenido las ventajas de ser padre. A él lo aman, a mí me evitan. A él le confían todas sus decisiones; a él lo quieren y con él están los dos. Yo, en cambio, he quedado abandonado. Desean que él viva y, sin duda, están esperando mi muerte. Así, después de criarlos yo con tanto esfuerzo, él con poco gasto los ha hecho suyos. Yo me quedo con todas las penalidades, él se lleva las alegrías. ¡Venga, venga! ¡Ya que me desafía, ensayemos ahora lo contrario: a ver si puedo hablar con amabilidad y actuar con generosidad! Yo también quiero que los míos me amen y me tengan en alta consideración. Y si esto se logra dando y complaciendo, no me quedaré atrás. Igual no me alcanza el dinero. Bien poco me importa, que ya estoy muy viejo.

ESCENA QUINTA

SIRO, DÉMEAS

SIRO.— *(Saliendo de casa de Mición.)* ¡Ay, Démeas, tu hermano te suplica que no te alejes mucho!

DÉMEAS.— ¿Quién me...? *(Viendo a Siro.)* ¡Qué sorpresa, nuestro Siro, salud! ¿Qué pasa? ¿Cómo va?

[82] Así hemos tratado de reflejar el valor de resignación que comporta la interjección *heia*.

SIRO.— Bien[83]...

DÉMEAS.— ¡Qué bien! *(Aparte.)* Ya he añadido estas tres nuevas expresiones ajenas a mi naturaleza: «¡Qué sorpresa, nuestro...!», «¿Qué pasa?», «¿Cómo va?». *(Dirigiéndose a Siro.)* Tú, por esclavo que seas, muestras la nobleza de un hombre libre, y de buena gana querría hacer algo por ti.

SIRO.— *(Con incredulidad.)* Te lo agradezco.

DÉMEAS.— Porque, Siro, eso es verdad, y un día de éstos lo experimentarás en la propia realidad.

ESCENA SEXTA

GETA, DÉMEAS (SIRO)

GETA.— *(Saliendo de casa de Sóstrata y hablando hacia el interior.)* Señora, me voy a casa de esa gente[84] a ver si vienen pronto a buscar a la doncella. *(Ve a Démeas.)* ¡Pero mira, aquí está Démeas! *(Dirigiéndose a Démeas.)* ¡Buenas!

DÉMEAS.— ¡Oh! ¿Cómo te llamas?

GETA.— Geta.

DÉMEAS.— Geta, hoy me he convencido de que eres la más valiosa de las personas; pues, a mi juicio, muy digno de consideración es el esclavo para quien su señor es su preocupación, tal como yo he apreciado en ti, Geta. Y por esta razón, si algo te

[83] La respuesta *recte* que da Siro es ambigua, ya que en latín *recte* usado como respuesta se emplea tanto para mostrar acuerdo («bien, de acuerdo»), como para eludir respuestas (nuestro «bueno...»).

[84] Es decir, Mición y Ésquino.

hiciera falta, de buena gana lo haría por ti. *(Aparte.)* Procuro ser amable y me va saliendo bien.

Geta.— ¡Qué bueno eres al pensar estas cosas!

Démeas.— *(Aparte.)* Poquito a poco ya me voy atrayendo a esta canalla.

ESCENA SÉPTIMA

Ésquino, Démeas, Siro, Geta

Ésquino.— *(Saliendo de casa de Mición sin ver a los otros.)* Mientras se afanan en hacer una boda tan solemne, de verdad que me están matando. Se han pasado el día con los preparativos.

Démeas.— ¿Qué pasa, Ésquino?

Ésquino.— ¡Eh, papá! ¿Estabas aquí?

Démeas.— ¡Por Hércules, por supuesto que soy tu padre, no sólo por el cariño, sino también por la naturaleza! Un padre que te quiere más que a sus ojos. Pero ¿por qué no haces traer a casa a tu esposa?

Ésquino.— Eso quiero, pero hay una razón para mi retraso: me hacen falta la flautista[85] y el coro del himno nupcial.

Démeas.— ¡Atiende! ¿Quieres escuchar a este viejo?

Ésquino.— ¿Qué?

[85] Las *tibicinae* son las encargadas en la comedia de amenizar con su música las fiestas nupciales. Por ejemplo, las que contrata Megadoro para su proyectada boda con la hija de Euclión (Plaut., *Aul.* 280). Por su parte, Plauto realiza una vívida descripción del ceremonial de una boda en *Cas.* 798-822.

Démeas.— Manda a paseo todo eso: el himno nupcial, el trajín de gente, las antorchas[86] y las flautistas; y haz que derriben cuanto antes la tapia del huerto[87]. Haz pasar a la novia por allí. Haz de estas dos casas una sola y tráete junto a nosotros a la madre y a toda la familia[88].

Ésquino.— ¡Me parece bien! ¡Eres un padre de lo más encantador!

Démeas.— *(Aparte.)* ¡Bravo! Ya me llama encantador. La casa de mi hermano quedará accesible, meterá allí todo el trajín y le dejará un gasto tremendo. ¿Y a mí qué me importa? Yo, encantador, voy procurándome su favor. *(Dirigiéndose a Ésquino.)* Manda que aquel babilonio[89] vaya contando ahora mismo las veinte minas[90]. *(Dirigiéndose a Siro.)* Siro, ya tardas en ir y hacerlo.

Siro.— ¿Qué hago?

Démeas.— Derriba la tapia. *(Siro entra en casa.)* Y tú *(Dirigiéndose a Geta.)*, vete y sal a buscarlas.

Geta.— ¡Démeas, que los dioses te bendigan, ya que veo que quieres tan de corazón a nuestra familia! *(Entra en casa de Sóstrata.)*

Démeas.— De lo que os considero dignos. *(Dirigiéndose a Ésquino.)* ¿Qué dices tú?

Ésquino.— Lo mismo me parece.

[86] Se refiere a la tea nupcial, símbolo del dios Himeneo, que sostiene un niño que se sitúa entre los contrayentes mientras la matrona *pronuba* les enlaza las manos.

[87] Se trata de un muro de piedra suelta que traza la linde trasera de las casas contiguas. *Cf.* Plaut., *Truc.* 303.

[88] Esto es, el conjunto de sirvientes de Sóstrata, que en este caso se reduce a un solo esclavo, Geta.

[89] Alusión a la proverbial riqueza y prodigalidad de los orientales.

[90] Las que ha costado la citarista.

Démeas.— Recién parida y débil como está, es mucho más correcto que traerla ahora por la calle.

Ésquino.— Nunca he visto nada mejor, papá.

Démeas.— Así soy yo. *(Ve a Mición, que sale de su casa.)* ¡Pero mira, Mición sale a la calle!

ESCENA OCTAVA

Mición, Démeas, Ésquino

Mición.— *(Saliendo de su casa, y dirigiéndose a Siro, que se ha quedado dentro.)* ¿Que lo ha mandado mi hermano? ¿Dónde está él? ¿Eso has mandado, Démeas?

Démeas.— Sí, en esto y en todo lo demás, hasta donde sea posible, mando hacer una sola familia. Que la honremos, que la ayudemos y la unamos a nosotros.

Ésquino.— Sí, padre, por favor.

Mición.— Y yo no pienso de otra manera.

Démeas.— Más aún, por Hércules, que ésa es nuestra obligación. Para empezar, la esposa de Ésquino tiene una madre...

Mición.— Sí. ¿Y qué?

Démeas.— ... honrada y modesta...

Mición.— Eso dicen.

Démeas.— ... y ya de cierta edad.

Mición.— Lo sé.

Démeas.— Hace tiempo que por los años ya no puede concebir. Y no hay nadie que mire por ella. Está sola.

Mición.— *(Aparte.)* ¿Adónde va a parar éste?

Démeas.— Es justo que te cases con ella y *(Dirigiéndose a Ésquino.)* tú, que pongas de tu parte para que lo haga.

Mición.— ¿Casarme yo?

Démeas.— Tú.

Mición.— ¿Yo?

Démeas.— Tú, te digo.

Mición.— Deliras.

Démeas.— *(Dirigiéndose a Ésquino.)* Si fueras persona, él lo haría.

Ésquino.— Papá.

Mición.— *(Dirigiéndose a Ésquino.)* Y tú, burro, ¿por qué lo escuchas?

Démeas.— No te saldrás con la tuya. No puede ser de otra manera.

Mición.— ¡Estás loco!

Ésquino.— Déjate convencer, papá.

Mición.— ¡Estás desvariando! ¡Largo de aquí!

Démeas.— Venga, da gusto a tu hijo.

Mición.— ¿Estás en tus cabales? ¿Yo, de novio con casi sesenta y cinco[91] años para casarme con una vieja decrépita? ¿Eso es lo que me aconsejáis[92]?

Ésquino.— Hazlo. Se lo he prometido a ellas[93].

Mición.— ¿Que se lo has prometido? Niño, sé generoso con lo tuyo.

---

[91] Con esta expresión tratamos de reflejar una cantidad expresada mediante cómputo inclusivo. Por otra parte, obsérvese que los padres de la comedia son de edad muy avanzada. Con arreglo a la costumbre ateniense, se han casado y han tenido hijos siendo mayores incluso para los criterios contemporáneos. En cambio, los hijos muestran un comportamiento muy distinto en la medida en que se casan mucho más jóvenes.

[92] Donato señala que *apud Menandrum senex de nuptiis non gravatur*, expresión ambigua que puede ser interpretada de dos maneras: de un lado, que en el original de Menandro no se le pedía a Mición que se casara; de otro, que éste no se molestaba con tal boda.

[93] En realidad Ésquino está mintiendo con descaro. Jamás ha hecho tal promesa.

Démeas.— Venga, y, ¿qué pasaría si te pidiera algo más comprometido?

Mición.— ¡Como si eso no fuera lo peor!

Démeas.— Dale gusto.

Ésquino.— *(Dirigiéndose a Mición.)* No pongas inconvenientes.

Démeas.— Hazlo, prométela.

Mición.— ¿No me vais a dejar en paz?

Ésquino.— No, hasta que te dejes convencer.

Mición.— De verdad, esto es un atropello[94].

Démeas.— ¡Venga, Mición, sé generoso!

Mición.— Aunque me parezca una insensatez, una tontería, algo absurdo y opuesto a mi estilo de vida, si tanto insistís, sea.

Ésquino.— Haces bien; con razón te quiero.

Démeas.— *(Aparte.)* Pero ¿qué voy a decir yo, si se hace lo que quiero?

Mición.— ¿Qué es lo que falta ahora?

Démeas.— Hegión, que es pobre, es el pariente más próximo que tienen ellas y, por tanto, nuestro pariente político. Estamos obligados a hacer algo por él.

Mición.— ¿Hacer...? ¿Qué?

Démeas.— Aquí, al pie de la ciudad, hay una parcelilla que le arriendas a un extraño. ¿Se la damos para que la disfrute?

Mición.— ¿Ésa es una «parcelilla»?

Démeas.— Y aunque fuera enorme, lo mismo habría que hacer. Para Pánfila es como un padre, es bueno, es deudo nuestro, y con razón se la damos. En fin, ¿no hago mías aquellas palabras que hace un rato pronunciaste tú tan bien y tan sabiamente, Mición: que «es vicio común de todos los hombres que

[94] En latín *Vis est haec quidem.* La expresión se halla también en Plaut., *Capt.* 750: *Vis haec quidem hercle est.* Suetonio pone esta frase en boca de César en el momento de percatarse del ataque de sus asesinos (Suet., *Div. Iul.* 82, 1).

en la vejez estamos demasiado atentos al dinero[95]»? Conviene que evitemos ese desdoro. Es una sentencia verdadera y hemos de aplicárnosla personalmente.

Mición.— ¿Qué se le va a hacer? Puesto que éste lo quiere, se la daré.

Ésquino.— ¡Papá!

Démeas.— ¡Me alegro! Ahora ya somos hermanos por el afecto y por la sangre. *(Aparte.)* Lo degüello con su propia espada[96].

ESCENA NOVENA

Siro, Démeas, Mición, Ésquino

Siro.— *(Saliendo de casa de Mición.)* Se ha hecho lo que mandaste, Démeas.

Démeas.— Eres hombre de provecho. Así pues, ¡por Pólux, a mi juicio, considero que es justo libertar hoy a Siro!

Mición.— ¿Libertar a éste? ¿Por qué razón?

Démeas.— Por muchas razones.

Siro.— ¡Oh, querido Démeas, por Pólux, que eres un buen hombre! Desde que eran niños me he esmerado en velar con so-

[95] A pesar de que no lo hace literalmente, la frase reproduce el contenido de los vv. 833-834.

[96] Existen fuertes discrepancias en la ordenación de las tres últimas intervenciones de la escena. Siguiendo muy de cerca la edición de *Kauer-Lindsay,* me limito a cambiar el *gaudeo* que ésta atribuye a Mición y lo traslado al comienzo de la intervención de Démeas.

licitud por ambos: los eduqué, los aconsejé y siempre los instruí en todo lo que pude.

DÉMEAS.— Bien se echan de ver tus enseñanzas. Además, comprar viandas a crédito, traer consigo a una ramera y prepararse un banquete de día[97]. No son ésos los servicios de un hombre del montón.

SIRO.— ¡Qué encanto de persona!

DÉMEAS.— Y de remate, hoy ha sido el colaborador en la compra de la citarista esa. Si ha sido quien ha apañado el trato, justo es que obtenga algún beneficio; y los demás esclavos mejorarán[98]. Y, en fin, Ésquino quiere que así se haga.

MICIÓN.— ¿Y tú también lo quieres?

ÉSQUINO.— Sí.

MICIÓN.— Si de verdad esto es lo que queréis... Siro, venga, acércate a mí: *(Siro se acerca a Mición.)* sé libre.

SIRO.— Haces bien. A todos os estoy agradecido, y muy particularmente a ti, Démeas.

DÉMEAS.— Me alegro.

ÉSQUINO.— Y yo también.

SIRO.— Te creo. Ojalá se alargue mi alegría al ver liberada conmigo a mi esposa Frigia[99].

DÉMEAS.— Pues sí, una mujer extraordinaria.

SIRO.— Sobre todo, porque hoy ha sido la primera en dar el pecho a tu nieto, el hijo de Ésquino.

DÉMEAS.— ¡Por Hércules! En serio: si de verdad ha sido la primera, no hay duda de que hay que manumitirla. Es lo justo.

[97] Celebrar un banquete de día es una señal de libertinaje, tal como se desprende de CAT., 47, 5-6: *vos convivia lauta sumptuose / de die facitis?*

[98] Se supone que Siro es un ejemplo para sus compañeros de servidumbre.

[99] De hecho, al tratarse de esclavos, no puede hablarse de matrimonio. Técnicamente, Frigia es la *contubernalis* de Siro.

MICIÓN.— ¿Por esa razón?

DÉMEAS.— ¡Pues sí! *(Dirigiéndose a Siro.)* En último extremo, pídeme a mí lo que valga.

SIRO.— ¡Ojalá todos los dioses te concedan siempre todo lo que les pidas, Démeas!

MICIÓN.— Siro, hoy has dado un hermoso paso.

DÉMEAS.— Mición, si sigues cumpliendo tu deber y le adelantas un poco en efectivo para que pueda ir tirando, él enseguida te lo devolverá.

MICIÓN.— ¡Ni un tanto así!

ÉSQUINO.— *(Dirigiéndose a Mición.)* Es hombre de provecho.

SIRO.— *(Dirigiéndose a Mición.)* ¡Por Hércules, que te lo devolveré! Dámelo ahora.

ÉSQUINO.— ¡Venga, padre!

MICIÓN.— Ya veremos.

DÉMEAS.— Lo hará.

SIRO.— ¡Oh, tú, el mejor de los hombres!

ÉSQUINO.— ¡Oh, qué encanto de papá!

MICIÓN.— ¿Qué es esto? De repente, ¿qué es lo que ha cambiado tu carácter? «¿Qué antojo...? ¿A qué viene esta repentina generosidad[100]?»

DÉMEAS.— Te lo diré. Para demostrarte que, si éstos te consideran afable y encantador, eso no se debe a una vida consecuente, ni tampoco a lo que es justo y bueno, Mición, sino a tu condescendencia, a tu indulgencia y a tu esplendidez. Ahora, si la razón por la que mi vida os resulta tan odiosa, Ésquino, se debe a que no me pliego por completo a todo, sea justo o injusto, lo dejo pasar. Derrochad, comprad y haced lo que os venga en gana, pero si más bien queréis que —puesto que a causa de

[100] Las frases que entrecomillamos siguiendo la edición de Kauer-Lindsay son una imitación que sigue muy de cerca a Cecilio (fr. 91 R): *Quod prolubium, quae voluptas, quae te lactat largitas?*

vuestra juventud no os alcanza la vista, deseáis más de la cuenta y calculáis poco— os reprenda, os corrija y os ayude cuando toque, mirad que yo he de ser quien os haga ese favor.

ÉSQUINO.— Dejamos eso en tus manos, padre. Tú sabes más cómo se ha de actuar; pero ¿qué será de mi hermano?

DÉMEAS.— Consiento en que se quede con la muchacha[101]; y que con ella dé fin a sus andanzas.

MICIÓN.— Eso es lo correcto.

CANTOR.— *(Dirigiéndose al público.)* ¡Aplaudid!

[101] Por supuesto, como concubina, nunca como esposa, posibilidad que conculcaría las convenciones matrimoniales de la *Néa*, en donde sólo se puede contraer matrimonio entre ciudadanos atenienses.

ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS Y GEOGRÁFICOS Y TÍTULOS DE OBRAS

ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS Y GEOGRÁFICOS Y TÍTULOS DE OBRAS

(Se excluyen los de los personajes de las propias comedias)

ÍNDICE GENERAL

ÍNDICE GENERAL